

EL HISTORIADOR Y EL MOVIMIENTO SOCIAL



Georges Haupt

EL HISTORIADOR Y EL MOVIMIENTO SOCIAL



Colección
SOCIALISMO y LIBERTAD

Libro 310

Colección
SOCIALISMO y LIBERTAD

Libro 1 LA REVOLUCIÓN ALEMANA

Víctor Serge – Karl Liebknecht – Rosa Luxemburgo

Libro 2 DIALÉCTICA DE LO CONCRETO

Karel Kosik

Libro 3 LAS IZQUIERDAS EN EL PROCESO POLÍTICO ARGENTINO

Silvio Frondizi

Libro 4 INTRODUCCIÓN A LA FILOSOFÍA DE LA PRAXIS

Antonio Gramsci

Libro 5 MAO Tse-tung

José Aricó

Libro 6 VENCEREMOS

Ernesto Guevara

Libro 7 DE LO ABSTRACTO A LO CONCRETO – DIALÉCTICA DE LO IDEAL

Edwald Ilienkov

Libro 8 LA DIALÉCTICA COMO ARMA, MÉTODO, CONCEPCIÓN y ARTE

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 9 GUEVARISMO: UN MARXISMO BOLIVARIANO

Néstor Kohan

Libro 10 AMÉRICA NUESTRA. AMÉRICA MADRE

Julio Antonio Mella

Libro 11 FLN. Dos meses con los patriotas de Vietnam del sur

Madeleine Riffaud

Libro 12 MARX y ENGELS. Nueve Conferencias en la Academia Socialista

David Riazánov

Libro 13 ANARQUISMO y COMUNISMO

Evgeni Preobrazhenski

Libro 14 REFORMA o REVOLUCIÓN – LA CRISIS DE LA SOCIALDEMOCRACIA

Rosa Luxemburgo

Libro 15 ÉTICA y REVOLUCIÓN

Herbert Marcuse

Libro 16 EDUCACIÓN y LUCHA DE CLASES

Aníbal Ponce

Libro 17 LA MONTAÑA ES ALGO MÁS QUE UNA INMENSA ESTEPA VERDE

Omar Cabezas

Libro 18 LA REVOLUCIÓN EN FRANCIA. Breve historia del movimiento obrero en Francia 1789–1848. Selección de textos de Alberto J. Plá

Libro 19 MARX y ENGELS

Karl Marx y Friedrich Engels. Selección de textos

Libro 20 CLASES y PUEBLOS. Sobre el sujeto revolucionario

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 21 LA FILOSOFÍA BURGUESA POSTCLÁSICA

Rubén Zardoya

Libro 22 DIALÉCTICA Y CONCIENCIA DE CLASE

György Lukács

Libro 23 EL MATERIALISMO HISTÓRICO ALEMÁN

Franz Mehring

Libro 24 DIALÉCTICA PARA LA INDEPENDENCIA

Ruy Mauro Marini

Libro 25 MUJERES EN REVOLUCIÓN

Clara Zetkin

Libro 26 EL SOCIALISMO COMO EJERCICIO DE LA LIBERTAD

Agustín Cueva – Daniel Bensaïd. Selección de textos

Libro 27 LA DIALÉCTICA COMO FORMA DE PENSAMIENTO – DE ÍDOLOS E IDEALES

Edwald Ilienkov. Selección de textos

Libro 28 FETICHISMO y ALIENACIÓN – ENSAYOS SOBRE LA TEORÍA MARXISTA EL VALOR

Isaak Illich Rubin

Libro 29 DEMOCRACIA Y REVOLUCIÓN. El hombre y la Democracia

György Lukács

Libro 30 PEDAGOGÍA DEL OPRIMIDO

Paulo Freire

Libro 31 HISTORIA, TRADICIÓN Y CONSCIENCIA DE CLASE

Edward P. Thompson. Selección de textos

Libro 32 LENIN, LA REVOLUCIÓN Y AMÉRICA LATINA

Rodney Arismendi

Libro 33 MEMORIAS DE UN BOLCHEVIQUE

Osip Piatninsky

Libro 34 VLADIMIR ILICH Y LA EDUCACIÓN

Nadeshda Krupskaya

Libro 35 LA SOLIDARIDAD DE LOS OPRIMIDOS

Julius Fucik – Bertolt Brecht – Walter Benjamin. Selección de textos

Libro 36 UN GRANO DE MAÍZ

Tomás Borge y Fidel Castro

Libro 37 FILOSOFÍA DE LA PRAXIS

Adolfo Sánchez Vázquez

Libro 38 ECONOMÍA DE LA SOCIEDAD COLONIAL

Sergio Bagú

Libro 39 CAPITALISMO Y SUBDESARROLLO EN AMÉRICA LATINA

André Gunder Frank

Libro 40 MÉXICO INSURGENTE

John Reed

Libro 41 DIEZ DÍAS QUE CONMOVIERON AL MUNDO

John Reed

Libro 42 EL MATERIALISMO HISTÓRICO

Georgi Plekhanov

Libro 43 MI GUERRA DE ESPAÑA

Mika Etchebéherè

Libro 44 NACIONES Y NACIONALISMOS

Eric Hobsbawm

Libro 45 MARX DESCONOCIDO

Nicolás González Varela – Karl Korsch

Libro 46 MARX Y LA MODERNIDAD

Enrique Dussel

Libro 47 LÓGICA DIALÉCTICA

Edwald Ilienkov

Libro 48 LOS INTELECTUALES Y LA ORGANIZACIÓN DE LA CULTURA

Antonio Gramsci

Libro 49 KARL MARX. LEÓN TROTSKY, Y EL GUEVARISMO ARGENTINO

Trotsky – Mariátegui – Masetti – Santucho y otros. Selección de Textos

Libro 50 LA REALIDAD ARGENTINA – El Sistema Capitalista

Silvio Frondizi

Libro 51 LA REALIDAD ARGENTINA – La Revolución Socialista

Silvio Frondizi

Libro 52 POPULISMO Y DEPENDENCIA – De Yrigoyen a Perón

Milcíades Peña

Libro 53 MARXISMO Y POLÍTICA

Carlos Néelson Coutinho

Libro 54 VISIÓN DE LOS VENCIDOS

Miguel León-Portilla

Libro 55 LOS ORÍGENES DE LA RELIGIÓN

Lucien Henry

Libro 56 MARX Y LA POLÍTICA

Jorge Veraza Urtuzuástegui

Libro 57 LA UNIÓN OBRERA

Flora Tristán

Libro 58 CAPITALISMO, MONOPOLIOS Y DEPENDENCIA

Ismael Viñas

Libro 59 LOS ORÍGENES DEL MOVIMIENTO OBRERO

Julio Godio

Libro 60 HISTORIA SOCIAL DE NUESTRA AMÉRICA

Luis Vitale

Libro 61 LA INTERNACIONAL. Breve Historia de la Organización Obrera en Argentina.

Selección de Textos

Libro 62 IMPERIALISMO Y LUCHA ARMADA

Marighella, Marulanda y la Escuela de las Américas

Libro 63 LA VIDA DE MIGUEL ENRÍQUEZ

Pedro Naranjo Sandoval

Libro 64 CLASISMO Y POPULISMO

Michael Löwy – Agustín Tosco y otros. Selección de textos

Libro 65 DIALÉCTICA DE LA LIBERTAD

Herbert Marcuse

Libro 66 EPISTEMOLOGÍA Y CIENCIAS SOCIALES

Theodor W. Adorno

Libro 67 EL AÑO 1 DE LA REVOLUCIÓN RUSA

Víctor Serge

Libro 68 SOCIALISMO PARA ARMAR

Löwy –Thompson – Anderson – Meiksins Wood y otros. Selección de Textos

Libro 69 ¿QUÉ ES LA CONCIENCIA DE CLASE?

Wilhelm Reich

Libro 70 HISTORIA DEL SIGLO XX – Primera Parte

Eric Hobsbawm

Libro 71 HISTORIA DEL SIGLO XX – Segunda Parte

Eric Hobsbawm

Libro 72 HISTORIA DEL SIGLO XX – Tercera Parte

Eric Hobsbawm

Libro 73 SOCIOLOGÍA DE LA VIDA COTIDIANA

Ágnes Heller

Libro 74 LA SOCIEDAD FEUDAL – Tomo I

Marc Bloch

Libro 75 LA SOCIEDAD FEUDAL – Tomo 2

Marc Bloch

Libro 76 KARL MARX. ENSAYO DE BIOGRAFÍA INTELECTUAL

Maximilien Rubel

Libro 77 EL DERECHO A LA PEREZA

Paul Lafargue

Libro 78 ¿PARA QUÉ SIRVE EL CAPITAL?

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 79 DIALÉCTICA DE LA RESISTENCIA

Pablo González Casanova

Libro 80 HO CHI MINH

Selección de textos

Libro 81 RAZÓN Y REVOLUCIÓN

Herbert Marcuse

Libro 82 CULTURA Y POLÍTICA – Ensayos para una cultura de la resistencia

Santana – Pérez Lara – Acanda – Hard Dávalos – Alvarez Somoza y otros

Libro 83 LÓGICA Y DIALÉCTICA

Henri Lefebvre

Libro 84 LAS VENAS ABIERTAS DE AMÉRICA LATINA

Eduardo Galeano

Libro 85 HUGO CHÁVEZ

José Vicente Rangél

Libro 86 LAS GUERRAS CIVILES ARGENTINAS

Juan Álvarez

Libro 87 PEDAGOGÍA DIALÉCTICA

Betty Giro – César Julio Hernández – León Vallejo Osorio

Libro 88 COLONIALISMO Y LIBERACIÓN

Truong Chinh – Patrice Lumumba

Libro 89 LOS CONDENADOS DE LA TIERRA

Frantz Fanon

Libro 90 HOMENAJE A CATALUÑA

George Orwell

Libro 91 DISCURSOS Y PROCLAMAS

Simón Bolívar

Libro 92 VIOLENCIA Y PODER – Selección de textos

Vargas Lozano – Echeverría – Burawoy – Monsiváis – Védrine – Kaplan y otros

Libro 93 CRÍTICA DE LA RAZÓN DIALÉCTICA

Jean Paul Sartre

Libro 94 LA IDEA ANARQUISTA

Bakunin – Kropotkin – Barret – Malatesta – Fabbri – Gilimón – Goldman

Libro 95 VERDAD Y LIBERTAD

Martínez Heredia – Sánchez Vázquez – Luporini – Hobsbawn – Rozitchner – Del Barco

Libro 96 INTRODUCCIÓN GENERAL A LA CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

Karl Marx y Friedrich Engels

Libro 97 EL AMIGO DEL PUEBLO

Los amigos de Durruti

Libro 98 MARXISMO Y FILOSOFÍA

Karl Korsch

Libro 99 LA RELIGIÓN

Leszek Kolakowski

Libro 100 AUTOGESTIÓN, ESTADO Y REVOLUCIÓN

Noir et Rouge

Libro 101 COOPERATIVISMO, CONSEJISMO Y AUTOGESTIÓN

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 102 ROSA LUXEMBURGO Y EL ESPONTANEÍSMO REVOLUCIONARIO

Selección de textos

Libro 103 LA INSURRECCIÓN ARMADA

A. Neuberger

Libro 104 ANTES DE MAYO

Milcíades Peña

Libro 105 MARX LIBERTARIO

Maximilien Rubel

Libro 106 DE LA POESÍA A LA REVOLUCIÓN

Manuel Rojas

Libro 107 ESTRUCTURA SOCIAL DE LA COLONIA

Sergio Bagú

Libro 108 COMPENDIO DE HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Albert Soboul

Libro 109 DANTON, MARAT Y ROBESPIERRE. Historia de la Revolución Francesa

Albert Soboul

Libro 110 LOS JACOBINOS NEGROS. Toussaint L'Ouverture y la revolución de Haití

Cyril Lionel Robert James

Libro 111 MARCUSE Y EL 68

Selección de textos

Libro 112 DIALÉCTICA DE LA CONCIENCIA – Realidad y Enajenación

José Revueltas

Libro 113 ¿QUÉ ES LA LIBERTAD? – Selección de textos

Gajo Petrović – Milán Kangrga

Libro 114 GUERRA DEL PUEBLO – EJÉRCITO DEL PUEBLO

Vo Nguyen Giap

Libro 115 TIEMPO, REALIDAD SOCIAL Y CONOCIMIENTO

Sergio Bagú

Libro 116 MUJER, ECONOMÍA Y SOCIEDAD

Alexandra Kollontay

Libro 117 LOS JERARCAS SINDICALES

Jorge Correa

Libro 118 TOUSSAINT LOUVERTURE. La Revolución Francesa y el Problema Colonial

Aimé Césaire

Libro 119 LA SITUACIÓN DE LA CLASE OBRERA EN INGLATERRA

Federico Engels

Libro 120 POR LA SEGUNDA Y DEFINITIVA INDEPENDENCIA

Estrella Roja – Ejército Revolucionario del Pueblo

Libro 121 LA LUCHA DE CLASES EN LA ANTIGUA ROMA

Espartaquistas

Libro 122 LA GUERRA EN ESPAÑA

Manuel Azaña

Libro 123 LA IMAGINACIÓN SOCIOLÓGICA

Charles Wright Mills

Libro 124 LA GRAN TRANSFORMACIÓN. Crítica del Liberalismo Económico

Karl Polanyi

Libro 125 KAFKA. El Método Poético

Ernst Fischer

Libro 126 PERIODISMO Y LUCHA DE CLASES

Camilo Taufic

Libro 127 MUJERES, RAZA Y CLASE

Angela Davis

Libro 128 CONTRA LOS TECNÓCRATAS

Henri Lefebvre

Libro 129 ROUSSEAU Y MARX

Galvano della Volpe

Libro 130 LAS GUERRAS CAMPESINAS – REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN EN ALEMANIA

Federico Engels

Libro 131 EL COLONIALISMO EUROPEO

Carlos Marx – Federico Engels

Libro 132 ESPAÑA. Las Revoluciones del Siglo XIX

Carlos Marx – Federico Engels

Libro 133 LAS IDEAS REVOLUCIONARIOS DE KARL MARX

Alex Callinicos

Libro 134 KARL MARX

Karl Korsch

Libro 135 LA CLASE OBRERA EN LA ERA DE LAS MULTINACIONALES

Peters Mertens

Libro 136 EL ÚLTIMO COMBATE DE LENIN

Moshe Lewin

Libro 137 TEORÍAS DE LA AUTOGESTIÓN

Roberto Massari

Libro 138 ROSA LUXEMBURG

Tony Cliff

Libro 139 LOS ROJOS DE ULTRAMAR

Jordi Soler

Libro 140 INTRODUCCIÓN A LA ECONOMÍA POLÍTICA

Rosa Luxemburg

Libro 141 HISTORIA Y DIALÉCTICA

Leo Kofler

Libro 142 BLANQUI Y LOS CONSEJISTAS

Blanqui – Luxemburg – Gorter – Pannekoek – Pfemfert – Rühle – Wolffheim y Otros

Libro 143 EL MARXISMO – EL MATERIALISMO DIALÉCTICO

Henri Lefebvre

Libro 144 EL MARXISMO

Ernest Mandel

Libro 145 LA COMMUNE DE PARÍS Y LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA

Federica Montseny

Libro 146 LENIN, SOBRE SUS PROPIOS PIES

Rudi Dutschke

Libro 147 BOLCHEVIQUE

Larissa Reisner

Libro 148 TIEMPOS SALVAJES

Pier Paolo Pasolini

Libro 149 DIOS TE SALVE BURGUESÍA

Paul Lafargue - Herman Gorter - Franz Mehring

Libro 150 EL FIN DE LA ESPERANZA

Juan Hermanos

Libro 151 MARXISMO Y ANTROPOLOGÍA

György Markus

Libro 152 MARXISMO Y FEMINISMO

Herbert Marcuse

Libro 153 LA TRAGEDIA DEL PROLETARIADO ALEMÁN

Juan Rústico

Libro 154 LA PESTE PARDA

Daniel Guerin

Libro 155 CIENCIA, POLÍTICA Y CIENTIFICISMO – LA IDEOLOGÍA DE LA NEUTRALIDAD IDEOLÓGICA

Oscar Varsavsky - Adolfo Sánchez Vázquez

Libro 156 PRAXIS. Estrategia de supervivencia

Ilienkov - Kosik - Adorno - Horkheimer - Sartre - Sacristán y Otros

Libro 157 KARL MARX. Historia de su vida

Franz Mehring

Libro 158 ¡NO PASARÁN!

Upton Sinclair

Libro 159 LO QUE TODO REVOLUCIONARIO DEBE SABER SOBRE LA REPRESIÓN

Víctor Serge

Libro 160 ¿SEXO CONTRA SEXO O CLASE CONTRA CLASE?

Evelyn Reed

Libro 161 EL CAMARADA

Takiji Kobayashi

Libro 162 LA GUERRA POPULAR PROLONGADA

Máo Zé dōng

Libro 163 LA REVOLUCIÓN RUSA

Christopher Hill

Libro 164 LA DIALÉCTICA DEL PROCESO HISTÓRICO

George Novack

Libro 165 EJÉRCITO POPULAR - GUERRA DE TODO EL PUEBLO

Vo Nguyen Giap

Libro 166 EL MATERIALISMO DIALÉCTICO

August Thalheimer

Libro 167 ¿QUÉ ES EL MARXISMO?

Emile Burns

Libro 168 ESTADO AUTORITARIO

Max Horkheimer

Libro 169 SOBRE EL COLONIALISMO

Aimé Césaire

Libro 170 CRÍTICA DE LA DEMOCRACIA CAPITALISTA

Stanley Moore

Libro 171 SINDICALISMO CAMPESINO EN BOLIVIA

Qhana - CSUTCB - COB

Libro 172 LOS ORÍGENES DE LA CIVILIZACIÓN

Vere Gordon Childe

Libro 173 CRISIS Y TEORÍA DE LA CRISIS

Paul Mattick

Libro 174 TOMAS MÜNZER. Teólogo de la Revolución

Ernst Bloch

Libro 175 MANIFIESTO DE LOS PLEBEYOS

Gracco Babeuf

Libro 176 EL PUEBLO

Anselmo Lorenzo

Libro 177 LA DOCTRINA SOCIALISTA Y LOS CONSEJOS OBREROS

Enrique Del Valle Iberlucea

Libro 178 VIEJA Y NUEVA DEMOCRACIA

Moses I. Finley

Libro 179 LA REVOLUCIÓN FRANCESA

George Rudé

Libro 180 ACTIVIDAD, CONCIENCIA Y PERSONALIDAD

Aleksei Leontiev

Libro 181 ENSAYOS FILOSÓFICOS

Alejandro Lipschütz

Libro 182 LA IZQUIERDA COMUNISTA ITALIANA (1917–1927)

Selección de textos

Libro 183 EL ORIGEN DE LAS IDEAS ABSTRACTAS

Paul Lafargue

Libro 184 DIALÉCTICA DE LA PRAXIS. El Humanismo Marxista

Mihailo Marković

Libro 185 LAS MASAS Y EL PODER

Pietro Ingrao

Libro 186 REIVINDICACIÓN DE LOS DERECHOS DE LA MUJER

Mary Wollstonecraft

Libro 187 CUBA 1991

Fidel Castro

Libro 188 LAS VANGUARDIAS ARTÍSTICAS DEL SIGLO XX

Mario De Micheli

Libro 189 CHE. Una Biografía

Héctor Oesterheld - Alberto Breccia - Enrique Breccia

Libro 190 CRÍTICA DEL PROGRAMA DE GOTHA

Karl Marx

Libro 191 FENOMENOLOGÍA Y MATERIALISMO DIALÉCTICO

Trần Đức Thảo

Libro 192 EN TORNO AL DESARROLLO INTELECTUAL DEL JOVEN MARX (1840–1844)

Georg Lukács

Libro 193 LA FUNCIÓN DE LAS IDEOLOGÍAS - CRÍTICA DE LA RAZÓN INSTRUMENTAL

Max Horkheimer

Libro 194 UTOPIÁ

Tomás Moro

Libro 195 ASÍ SE TEMPLÓ EL ACERO

Nikolai Ostrovski

Libro 196 DIALÉCTICA Y PRAXIS REVOLUCIONARIA

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 197 JUSTICIEROS Y COMUNISTAS (1843–1852)

Karl Marx, Friedrich Engels y Otros

Libro 198 FILOSOFÍA DE LA LIBERTAD

Rubén Zardoya Loureda - Marcello Musto - Seongjin Jeong - Andrzej Walicki

Bolívar Echeverría - Daniel Bensaïd - Jorge Veraza Urtuzuástegui

Libro 199 EL MOVIMIENTO ANARQUISTA EN ARGENTINA. Desde sus comienzos hasta 1910

Diego Abad de Santillán

Libro 200 BUJALANCE. LA REVOLUCIÓN CAMPESINA

Juan del Pueblo

Libro 201 MATERIALISMO DIALÉCTICO Y PSICOANÁLISIS

Wilhelm Reich

Libro 202 OLIVER CROMWELL Y LA REVOLUCIÓN INGLESA

Christopher Hill

Libro 203 AUTOBIOGRAFÍA DE UNA MUJER EMANCIPADA

Alexandra Kollontay

Libro 204 TRAS LAS HUELLAS DEL MATERIALISMO HISTÓRICO

Perry Anderson

Libro 205 CONTRA EL POSTMODERNISMO - UN MANIFIESTO ANTICAPITALISTA

Alex Callinicos

Libro 206 EL MATERIALISMO DIALÉCTICO SEGÚN HENRI LEFEBVRE

Eugenio Werden

Libro 207 LOS COMUNISTAS Y LA PAZ

Jean-Paul Sartre

Libro 208 CÓMO NOS VENDEN LA MOTO

Noan Chomsky – Ignacio Ramonet

Libro 209 EL COMITÉ REGIONAL CLANDESTINO EN ACCIÓN

Alexei Fiodorov

Libro 210 LA MUJER Y EL SOCIALISMO

August Bebel

Libro 211 DEJAR DE PENSAR

Carlos Fernández Liria y Santiago Alba Rico

Libro 212 LA EXPRESIÓN TEÓRICA DEL MOVIMIENTO PRÁCTICO

Walter Benjamin - Rudi Dutschke - Jean-Paul Sartre - Bolívar Echeverría

Libro 213 ANTE EL DOLOR DE LOS DEMÁS

Susan Sontag

Libro 214 LIBRO DE LECTURA PARA USO DE LAS ESCUELAS NOCTURNAS PARA TRABAJADORES – 1^{er} Grado

Comisión Editora Popular

Libro 215 EL DISCURSO CRÍTICO DE MARX

Bolívar Echeverría

Libro 216 APUNTES SOBRE MARXISMO

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 217 PARA UN MARXISMO LIBERTARIO

Daniel Guerin

Libro 218 LA IDEOLOGÍA ALEMANA

Karl Marx y Friedrich Engels

Libro 219 BABEUF

Ilya Ehrenburg

Libro 220 MIGUEL MÁRMOL – LOS SUCEOS DE 1932 EN EL SALVADOR

Roque Dalton

Libro 221 SIMÓN BOLÍVAR CONDUCTOR POLÍTICO Y MILITAR DE LA GUERRA ANTI COLONIAL

Alberto Pinzón Sánchez

Libro 222 MARXISMO Y LITERATURA

Raymond Williams

Libro 223 SANDINO, GENERAL DE HOMBRES LIBRES

Gregorio Selser

Libro 224 CRÍTICA DIALÉCTICA. Ensayos, Notas y Conferencias (1958–1968)

Karel Kosik

Libro 225 LA POLÍTICA REVOLUCIONARIA. Ensayos, Notas y Conferencias

Ruy Mauro Marini

Libro 226 LOS QUE LUCHAN Y LOS QUE LLORAN. El Fidel Castro que yo ví

Jorge Ricardo Masetti

Libro 227 DE CADENAS Y DE HOMBRES

Robert Linhart

Libro 228 ESPAÑA, APARTA DE MÍ ESTE CÁLIZ

César Vallejo

Libro 229 LECCIONES DE HISTORIA. Documentos del MIR. 1965–1974

Miguel y Edgardo Enríquez – Bautista Van Schowen – Ruy Mauro Marini y Otros

Libro 230 DIALÉCTICA Y CONOCIMIENTO

Jindřich Zelený

Libro 231 LA IZQUIERDA BOLCHEVIQUE (1922–1924)

Izquierda Bolchevique

Libro 232 LA RELIGIÓN DEL CAPITAL

Paul Lafargue

Libro 233 LA NUEVA ECONOMÍA

Evgeni Preobrazhenski

Libro 234 EL OTRO SADE. DEMOCRACIA DIRECTA Y CRÍTICA INTEGRAL DE LA MODERNIDAD (Los escritos políticos de D. A. F. de Sade. Un comentario)

Jorge Veraza Urtuzuástegui

Libro 235 EL IMPERIALISMO ES UNA JAULA

Ulrike Meinhof

Libro 236 EL PENSAMIENTO POLÍTICO DE LA DERECHA

Simone de Beauvoir

Libro 237 EUROPA ANTE EL ESPEJO

Josep Fontana

Libro 238 LA GUERRA DE LOS CIENTO AÑOS

Edouard Perroy

Libro 239 TRESCIENTOS MILLONES DE ESCLAVOS Y SIERVOS TRABAJAN BAJO EL NUEVO ORDEN ECONÓMICO FASCISTA

Jürgen Kuczynski

Libro 240 HISTORIA Y COMUNICACIÓN SOCIAL

Manuel Vázquez Montalbán

Libro 241 TEORÍA GENERAL DEL DERECHO y Otros Escritos

Pëteris Ivánovich Stučka

Libro 242 TEORÍA GENERAL DEL DERECHO Y MARXISMO

Evgeni Bronislavovic Pashukanis

Libro 243 EL NACIMIENTO DEL FASCISMO

Angelo Tasca

Libro 244 LA INSURRECCIÓN DE ASTURIAS

Manuel Grossi Mier

Libro 245 EL MARXISMO SOVIÉTICO

Herbert Marcuse

Libro 246 INTELLECTUALES Y TARTUFOS

Jorge Veraza Urtuzuástegui

Libro 247 TECNOLOGÍA Y VALOR. Selección de Textos

Karl Marx

Libro 248 MINIMA MORALIA. Reflexiones desde la vida dañada

Theodor W. Adorno

Libro 249 DOCE AÑOS DE POLÍTICA ARGENTINA

Silvio Frondizi

Libro 250 CAPITALISMO Y DESPOJO

Renán Vega Cantor

Libro 251 LA FORMACIÓN DE LA MENTALIDAD SUMISA

Vicente Romano

Libro 252 ESBOZO PARA UNA CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

Friedrich Engels

Libro 253 LA CIENCIA DE LA SOCIEDAD

Leo Kofler

Libro 254 MARXISMO CRÍTICO. CRÍTICA COMUNISTA

Karl Korsch - Maximilien Rubel

Libro 255 UN LIBRO ROJO PARA LENIN

Roque Dalton

Libro 256 LA REVOLUCIÓN HAITIANA

Oscar de Pablo

Libro 257 SOBRE LA CONSTITUYENTE Y EL GOBIERNO PROVISIONAL

Rosa Luxemburgo

Libro 258 ESCRITOS DE JUVENTUD - SOBRE EL DERECHO

Karl Marx

Libro 259 PAN NEGRO Y DURO

Elizaveta Drabkina

Libro 260 PARA LA CRÍTICA A LAS TEORÍAS DEL IMPERIALISMO

Jorge Veraza Urtuzuástegui

Libro 261 LOS ESCRITOS DE MARX Y ENGELS SOBRE MÉXICO

Jorge Veraza Urtuzuástegui

Libro 262 BOLÍVAR, EL EJÉRCITO Y LA DEMOCRACIA

Juvenal Herrera Torres

Libro 263 MERCADERES Y BANQUEROS DE LA EDAD MEDIA

Jacques Le Goff

Libro 264 LOS SIETE PECADOS CAPITALES

Bertolt Brecht

Libro 265 HISTORIA DE LA COMUNA DE PARÍS

H. Prosper-Olivier Lissagaray

Libro 266 TEORÍA MARXISTA DEL IMPERIALISMO

Paolo Santi - Jacques Valier - Rodolfo Banfi - Hamza Alavi

Libro 267 MALCOLM X

Maria Elena Vela

Libro 268 EROS Y CIVILIZACIÓN

Herbert Marcuse

Libro 269 MANUAL CRÍTICO DE PSIQUIATRÍA

Giovanni Jervis

Libro 270 LOS MÁRTIRES DE CHICAGO

Ricardo Mella

Libro 271 HISTORIA DE LAS DOCTRINAS SOCIALES

Raúl Roa

Libro 272 PARTIDO Y LUCHA DE CLASES

Selección de Textos

Libro 273 SARTRE Y EL 68

Jean-Paul Sartre

Libro 274 EL HUMANISMO DE MARX

Rodolfo Mondolfo

Libro 275 LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LA REALIDAD

Peter Berger y Thomas Luckmann

Libro 276 LAS RAÍCES SOCIOECONÓMICAS DE LA MECÁNICA DE NEWTON

Boris Mijailovich Hessen

Libro 277 PSICOANÁLISIS, FEMINISMO Y MARXISMO

Marie Langer

Libro 278 MARX Y LA PSICOLOGÍA SOCIAL DEL SENTIDO COMÚN

Jorge Veraza Urtuzuástegui

Libro 279 EL MARXISMO Y LA CULTURA VIETNAMITA

Trường Chinh

Libro 280 VIETNAM. PUEBLO HEROICO

Memorias de Militantes

Libro 281 CONTRIBUCIÓN A LA HISTORIA DE LA SOCIEDAD BURGUESA

Leo Kofler

Libro 282 CARLOS MARX Y SU PENSAMIENTO – EL MARXISMO VIVIENTE

Mario Miranda Pacheco

Libro 283 OMNIA SUNT COMMUNIA

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 284 LA FILOSOFÍA DEL ARTE DE KARL MARX

Mijaíl Lifshitz

Libro 285 TEORÍA DE LA VANGUARDIA

Peter Bürger

Libro 286 LA DIMENSIÓN ESTÉTICA

Herbert Marcuse

Libro 287 EL DOMINGO ROJO

Máximo Gorki

Libro 288 IDEALISMO Y MATERIALISMO EN LA CONCEPCIÓN DE LA HISTORIA

Jean Jaurès - Paul Lafargue

Libro 289 LA DIALÉCTICA COMO SISTEMA

Zaid M. Orudzhev

Libro 290 LA ESTRUCTURA LIBIDINAL DEL DINERO.

Horst Kurnitzky

Libro 291 LA EMANCIPACIÓN DE LA MUJER Y LA LUCHA AFRICANA POR LA LIBERTAD

Thomas Sankara

Libro 292 CRÓNICA SOBRE LA GUERRA SOCIAL EN CHICAGO (1886–1887)

José Martí

Libro 293 EL IMPERIO DEL CAOS. La nueva mundialización capitalista

Samir Amin

Libro 294 LO IRRACIONAL EN POLÍTICA

Maurice Brinton

Libro 295 LOS ORÍGENES DEL MATERIALISMO

George Novack

Libro 296 EL ESTADO Y LA REVOLUCIÓN. La doctrina marxista del Estado y las tareas del proletariado en la Revolución

Vladimir Ilich Lenin

Libro 297 LA INTERNACIONAL COMUNISTA Y EL PROBLEMA COLONIAL

Rudolf Schlesinger

Libro 298 EL ORIGEN DE LA CONCIENCIA HUMANA

Alexander Georgyevich Spirkin

Libro 299 LA REVOLUCIÓN PERMANENTE Y EL SOCIALISMO EN UN SOLO PAÍS

León Trotsky - Nicolai Bujarin - Grigori Zinóviev - Josep Stalin

Libro 300 MARXISMO, PSICOANÁLISIS Y SEXPOL

Bernfeld - Fenichel - Fromm - Leistikow - Sapir - Sternberg - Teschitz

Libro 301 EL MARXISMO CRÍTICO EN MÉXICO

Bolívar Echeverría - Jorge Veraza Urtuzuástegui - Luis Arizmendi, et al

Libro 302 TEORÍA MARXISTA DEL PARTIDO POLÍTICO

Vladimir Lenin – Rosa Luxemburg – György Lukács, et al

Libro 303 DIALÉCTICA MARXISTA E HISTORICISMO

Cesare Luporini

Libro 304 SOBRE CRISIS, GUERRA Y TRANSFORMACIÓN

Andrés Piqueras Infante

Libro 305 COMO ACTUABAN LOS BOLCHEVIQUES EN LA CLANDESTINIDAD

V. I. Lenin, N. Krupskaya , L. Krasin, A. Yenukidze, V. N. Sokolov, S. Obolenskaya y Otros

Libro 306 LA DINÁMICA DEL CAPITALISMO

Fernand Braudel

Libro 307 LA CONQUISTA DEL PODER

Benito Marianetti

Libro 308 HUMANISMO BURGUÉS Y HUMANISMO PROLETARIO

Aníbal Ponce

Libro 309 LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA DE 1936 Y LA REVOLUCIÓN ALEMANA DE 1918-1919

Kurt Landau

Libro 310 EL HISTORIADOR Y EL MOVIMIENTO SOCIAL

Georges Haupt



<https://elsudamericano.wordpress.com>



La red mundial de los hijos de la revolución social

EL HISTORIADOR Y EL MOVIMIENTO SOCIAL

Georges Haup¹

INTRODUCCIÓN: HISTORIA E INTERNACIONAL

1. ¿POR QUÉ LA HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO?

2. LA COMUNA COMO SÍMBOLO Y COMO EJEMPLO

- I. La comuna como símbolo
- II. La comuna como ejemplo

3. MARX Y EL MARXISMO

- I. El marxismo: ¿una facción o una idea?
- II. La difusión de las ideas de Marx
- III. Kautsky y el marxismo como ciencia
- IV. La crisis revisionista y el nacimiento de los «marxismos»

4. LENIN, LOS BOLCHEVIQUES Y LA II INTERNACIONAL

- I. Los bolcheviques en la internacional: ¿confianza u hostilidad declarada?
- II. El viraje: el problema de la unidad en el BSI
- III. LA situación de los bolcheviques en la internacional en vísperas de la primera guerra mundial

5. EL PARTIDO-GUÍA: LA IRRADIACIÓN DE LA SOCIALDEMOCRACIA ALEMANA EN EL SUDESTE EUROPEO

6. ¿GUERRA O REVOLUCIÓN? LA INTERNACIONAL Y LA «UNION SAGRADA» EN AGOSTO DE 1914

7. GUERRA Y REVOLUCIÓN EN LENIN

¹ Título original: *L'historien et le mouvement social*. Primera edición en francés, Librairie François Maspero, París. 1980. Primera edición en español, octubre de 1986. Traducción de Flora Guzmán excepto los capítulos 3 («De Marx au marxisme») y 9 («Dynamisme et conservatisme de l'idéologie: Rosa Luxemburg á l'orée de la recherche marxiste dans le domaine national»), publicados en *Historia del marxismo* (vol. 1, t. 2, Barcelona, Bruguera, 1980, pp. 197-233) y en *Cuadernos de Pasado y Presente*, n.º 71, 1979, pp. 7-53.

8. GRUPOS DIRIGENTES INTERNACIONALES DEL MOVIMIENTO OBRERO.

- I. El momento nacional
- II. La dinámica de alternancia de los tipos de dirigentes y grupos de dirigentes internacionales
- III. El factor personal

9. DINAMISMO Y CONSERVADURISMO DE LA IDEOLOGÍA: ROSA LUXEMBURG Y LA INVESTIGACIÓN MARXISTA SOBRE LA CUESTIÓN NACIONAL

- I. Las premisas
- II. Un debate significativo
- III. El internacionalismo intransigente

INTRODUCCIÓN: HISTORIA E INTERNACIONAL²

El término genérico de Internacional designa las sucesivas organizaciones que se han considerado a sí mismas expresión de la solidaridad internacional del movimiento obrero y se han propuesto ofrecer el marco o la estructura institucional para realizar a escala planetaria la divisa del *Manifiesto Comunista*: «Proletarios de todos los países, ¡uníos!». El término se remonta a la AIT (Asociación Internacional de Trabajadores), fundada en Londres en septiembre de 1864. Pero sólo con la caída de la Comuna de París este término, bajo la pluma de sus adversarios, hizo fortuna y conoció amplia difusión. La Internacional fue agitada entonces como un espantajo, acusada de fomentar un complot mundial cuyo producto habría sido la insurrección parisiense. Así pues, esta campaña de desprestigio dirigida por la prensa mundial hizo salir de la oscuridad a la AIT. «De espectro, la Internacional se ha convertido en una realidad: los periódicos reaccionarios recurren a todos los medios para desvelar el secreto de su *jefe supremo*, Karl Marx, el prusiano», señala Paul Lafargue en abril de 1871. «Gracias a la Comuna, la Internacional se ha convertido en una potencia moral en Europa», señala Engels tres años más tarde.

A partir de esa época, el término forma parte del vocabulario político. Su empleo es amplio y variado. Utilizado por la burguesía, es sinónimo de enemigo y designa una conspiración que amenaza al orden establecido. Se habla de agentes de la Internacional que fomentan las huelgas, de agitaciones subversivas de la Internacional, etcétera. Para el movimiento obrero, en cambio, la Internacional es el símbolo de su propia identidad: expresa a la vez el objetivo y los medios para alcanzarlo. La iconografía traduce en imágenes cambiantes la representación colectiva y la conciencia que los movimientos obreros tienen de ellos mismos. En vísperas de la guerra, a menudo la Internacional es representada bajo los rasgos de un musculoso proletario blandiendo el

² Nota del editor: La mayor parte de estos estudios han sido presentados en coloquios, discutidos en el seminario sobre la historia de los movimientos sociales en la École des Hautes Études en Sciences Sociales, o han aparecido en distintas revistas, cuyas referencias se dan al comienzo de este capítulo (las referencias conciernen a cada estudio). Para la presente publicación, los textos han sido revisados, completados y actualizados por el autor.

martillo para aplastar al mundo capitalista; el telón de fondo es la bandera roja. Erigido en símbolo de la Comuna, el rojo es, desde entonces, el emblema universal del socialismo y adquiere su significación contemporánea: estandarte internacional de la liberación del trabajador. De igual modo, el canto de guerra *–La Internacional–* con letra del francés Eugène Pottier de junio de 1871 y con música del belga Pièrre Degeyter de 1888, pese a haber caído en el olvido durante dos décadas, conocerá la fama al finalizar el siglo y será adoptado por el conjunto de la Internacional.

La institución u organización conocida actualmente con el nombre de II Internacional, cuyo origen data de los dos congresos internacionales rivales celebrados en París el 14 de julio de 1889, se materializa sin que su existencia se reconozca oficialmente. Sólo diez años más tarde, con la creación del Buró socialista internacional en 1900, se admite la reconstitución de la «nueva Internacional». Prematuramente enterrada en agosto de 1914, su certificado de defunción le sirve, en cierto modo, de acta de bautismo. A diferencia de la AIT, la «nueva Internacional» no recibirá denominación oficial. Asume el símbolo sin institucionalizar la sigla. Invoca a la AIT, de la que se siente continuadora. La unidad orgánica no necesita ser demostrada: prevalece en la conciencia de los contemporáneos. Los militantes socialistas la consideran como la prolongación *–bajo nueva forma–* de la obra emprendida en 1864.

En 1914, en vísperas de la celebración del 50° aniversario de la fundación de la AIT, en los medios socialistas se adopta un sistema de numeración, destinado a marcar una sucesión cronológica; desde entonces se habla de la I Internacional o «antigua» y de la II o «nueva».

Después del estallido de la guerra mundial se generaliza el empleo de estas designaciones, aunque con un nuevo sentido. En una época en que la Internacional vuelve a adquirir un valor emblemático, la numeración reviste, cuando es empleada por la izquierda internacionalista, una significación política e ideológica muy precisa. Tanto

Rosa Luxemburgo como Lenin las utilizan en un sentido polémico para establecer una distinción tajante entre la AIT y su indigna sucesora. La I Internacional encarna la tradición, es el símbolo del internacionalismo, mientras que el calificativo de II Internacional designa por igual el oportunismo, la traición a los principios fundamentales, y también la institución que, habiendo fracasado, está destinada a desaparecer. El término de III Internacional, que surge entonces, no designa todavía una nueva organización sino que expresa la voluntad de erigir el socialismo internacional sobre nuevos fundamentos.

La división del movimiento socialista provocada por la guerra, que se extiende después de la revolución rusa, así como el proceso conflictivo de restablecimiento de las relaciones internacionales, consagran definitivamente su uso. Desde entonces, las Internacionales van precedidas por cifras. El sistema de numeración empleado en los años veinte, más que como título oficial de las Internacionales rivales y enemigas, sirve para identificarlas y delimitarlas. La Internacional comunista se autodesigna III Internacional. La Internacional socialista, reconstituida en 1919 (la Internacional de Berna), sigue siendo la II, mientras que la efímera Unión de Partidos Socialistas para la Acción Internacional, constituida en 1921 (la Internacional de Viena), se conoce sobre todo con el sobrenombre de Internacional dos y media. Su fusión en 1923 da origen a la Internacional obrera socialista; su adversario no tarda en colgarle la etiqueta peyorativa de II Internacional. Así recoge el odio y el sarcasmo de su rival de Moscú. En el vocabulario de la Komintern, II Internacional se convierte en una invectiva estigmatizante. Lenin eleva al nivel de categoría mental la actitud que se ha de tomar frente a la socialdemocracia y al pasado que ésta encarna: repudiarla no es sólo un imperativo ideológico sino una posición de principio.

Hábilmente manejada, la denuncia de la socialdemocracia se revela como un poderoso instrumento de justificación del stalinismo que, además, contribuye a alejar del campo de reflexión el problema del fascismo en general y del totalitarismo en particular. Así pues, a través de la II Internacional se repudia menos el oportunismo que las ideas y

valores tradicionales atribuidos al socialismo y a la democracia. El «socialfascismo», según la terminología vigente en 1927, señala al enemigo principal, cuando no al único obstáculo en el camino de la conquista del poder por la vanguardia leninista en los principales países de Europa occidental.

En los años veinte, para fundamentar la aspiración de la Komintern a la hegemonía en el movimiento obrero internacional, así como para conferir al bolchevismo una vocación universal y erigirlo en modelo absoluto y obligatorio, es necesario destruir la II Internacional. Porque la socialdemocracia no sólo conserva las posiciones conquistadas antes de 1914 sino que, una década después del fin de la guerra, acrecienta notablemente su influencia política y se afirma como legataria universal de las grandes tradiciones del movimiento obrero.

Stalin define con precisión el objetivo buscado y los medios que se han de emplear en la campaña sin tregua contra el temible adversario. A través de insinuaciones, ataques y mentiras se propone desacreditarlo y, de ese modo, demostrar la tesis según la cual octubre de 1917 marca «la victoria del marxismo sobre el reformismo, la victoria del leninismo sobre la socialdemocracia. El dominio de la II Internacional en el movimiento obrero ha terminado; ha llegado la era de dominación del leninismo de la III Internacional». Por tanto es preciso aplastar a tan incómoda rival que encarna y reivindica el peso del pasado, quitándole el derecho moral de ser su depositaria.

La historia de la Internacional se sitúa en el corazón mismo de la guerra ideológica que enfrenta a la III Internacional con su homóloga «reformista», objeto de una polémica de notorios riesgos políticos. En virtud de la tradición, la legitimidad histórica es indispensable a las dos Internacionales rivales para hacerse reconocer como la única expresión organizada del movimiento obrero internacional. En efecto, la batalla por la sucesión de la Internacional entre las escuelas socialistas rivales, la utilización de su autoridad moral y de su sigla, se remonta a la época en que se disuelve la AIT. La socialdemocracia proclama el principio de continuidad al crearse la II Internacional en

1889 y lo esgrime como fuente de legitimidad ante los anarquistas quienes, a su vez, reclaman para sí la herencia de la AIT. El papel hegemónico que ejerce el SPD en la II Internacional se justifica también en nombre de la tradición: «La socialdemocracia alemana se ha convertido, evidentemente, en la heredera de la I Internacional», concluye G. Jaeck en su historia de la AIT de 1904. La Internacional obrera socialista –después de 1923– sostiene la tesis de la continuidad, del desarrollo orgánico de la Internacional, que ni el fracaso de agosto de 1914 ni el accidente histórico de la revolución rusa han podido interrumpir.

También Lenin debe recurrir a la historia para conferir un estatuto universal a la creación de la III Internacional y erigirse en único sucesor de la Internacional extinta. La Internacional comunista aparece, en consecuencia, como el resultado de un proceso dialéctico de continuidad y de ruptura: «La III Internacional prosigue y cumple la gran obra comenzada por la AIT», declara Lenin. Por lo tanto, es la única heredera legítima de las verdaderas tradiciones, del movimiento obrero y la encarnación misma de sus aspiraciones fundamentales.

Partiendo de ese postulado leninista, la representación histórica de la Internacional se ajusta a los objetivos políticos previstos por la Komintern. Así, en la versión stalinista posterior a 1928, la historia de la II Internacional se presenta como «el desarrollo lógico de la tendencia oportunista hacia una total reacción, a través del social-imperialismo hacia el socialfascismo. Tal es el sentido histórico de este conjunto de traidores que se designan con el nombre de Internacional obrera y socialista». La tarea de la historiografía leninista consiste en aportar pruebas. Y a ello se dedica con la ayuda de una terrible dialéctica simplificadora. Con el pretexto de una investigación histórica, el pasado es interpretado con una finalidad preestablecida. Agosto de 1914, la bancarrota de la II Internacional, constituye el desenlace lógico a partir del cual se reconstruye y ordena la historia socialista de medio siglo. El traumatismo de la guerra, que ha trastocado las perspectivas y las retrospectivas de los contemporáneos, facilita tal demostración. A partir de sus juicios y con la ayuda de textos de

circunstancia, se produce una distorsión de imágenes históricas exagerada hasta la caricatura. De este modo, el comienzo de la II Internacional, heredera de la AIT, deja en la memoria de los contemporáneos el recuerdo de una juventud brillante que forja «un tesoro intelectual único, un arsenal de armas modernas afinadas», pero que se hunde luego en el marasmo del reformismo y de la impotencia. La historiografía stalinista aprovecha esa imagen para construir la historia de la II Internacional conforme a un estereotipo. Distingue un primer período revolucionario cuya continuidad está asegurada por la presencia de Engels y una segunda fase de degeneración en el oportunismo, ocurrida después de la muerte del padre fundador.

El tratamiento de que fue objeto la historia del socialismo es ilustrativo de la sorprendente pobreza del pensamiento histórico y político stalinista, de su incapacidad para analizar las realidades del pasado y el presente a no ser en términos maniqueos. A fin de cuentas, a través de la denuncia a la socialdemocracia, el stalinismo disimula sus propias taras. La visión de la historia, la representación de la Internacional, varían en función del uso que se hace de ellas. Sin embargo, la postura de los ideólogos coincide en un punto esencial: la historia de la Internacional –disputada por pretendidos o legítimos herederos– borra el pasado del movimiento obrero en beneficio de congresos, dirigentes buenos o malvados, resoluciones justas o injustas, partidos reformistas o revolucionarios e ideologías rivales.

Aunque mantiene un interés actual, la historia de la II Internacional ha perdido el contenido pasional y la función ideológica que tuvo. En realidad, el pasado sigue dividiendo al movimiento comunista internacional y a la Internacional socialista, pero ni el uno ni la otra necesitan ya apelar a la herencia de la Internacional para afirmar su legitimidad. El terreno se abandona, pues, a los historiadores. Un terreno devastado, cubierto por los vestigios de las polémicas ideológicas, por el peso de la historia tradicional del socialismo e incluso por las fuentes de que disponemos y que perpetúan la imagen que los protagonistas querían dar de ellos mismos. Los restos del pasado, las tradiciones históricas siguen pesando. Más aún cuando los mitos

retrospectivos y los estereotipos –de los que el pensamiento simplificador de nuestros días se apropia para perpetuarlos– han entrado en el campo de la conciencia colectiva. ¿Hace falta recordar que en nuestro vocabulario, invadido por términos deliberadamente equívocos, aquel de II Internacional sigue teniendo un matiz peyorativo y equivale a un juicio de valor?

Sin embargo, la crisis del stalinismo y la del movimiento comunista internacional que la siguió, han provocado una nueva toma de conciencia histórica. El historiador italiano G. Procacci hace referencia a esto en 1959, con las siguientes palabras:

«La historia de la II Internacional [...] antes de 1914, en su grandeza y decadencia, se mantiene como uno de los puntos de referencia obligatoria para la conciencia histórica e incluso para la orientación del hombre moderno. Demasiados problemas de nuestro tiempo requieren –para ser resueltos o simplemente planteados– un nuevo juicio sobre este período.»

Varias obras importantes dedicadas a la historia de la II Internacional entre 1950-1960 testimonian ese renovado interés por la historia del socialismo; así, el ensayo de síntesis de James Joll, la obra monumental de C. D. Cole –que aún hoy es texto de consulta–, la amplia historia de la Internacional de Julius Braunthal –la más acabada visión que la socialdemocracia tiene de su propio pasado–, o bien un enorme trabajo colectivo de los historiadores soviéticos que, rompiendo con un silencio de tres décadas, proporciona una versión neoleninista de la historia de la II Internacional, situada entre la visión stalinista del pasado y las nuevas orientaciones de la ciencia histórica. Estas síntesis excelentes representan la cima alcanzada por la historia tradicional y marcan, al mismo tiempo, las limitaciones e inconvenientes científicos de una problemática y de una metodología anticuadas. En los años sesenta, a partir de esos trabajos, se ha abierto un debate metodológico articulado en torno a la pregunta: ¿historia de la Internacional socialista o historia internacional del socialismo? Esto ha contribuido a romper el cerco en que fue encerrada la historia del socialismo.

Condición indispensable, además, para abrir las vías de renovación de los estudios, para ampliar su problemática y para poder elaborar un marco conceptual que permita una reflexión histórica sobre el pasado del movimiento obrero. En realidad, las dificultades con que tropieza la historia del socialismo internacional no por eso han quedado resueltas, pues radican tanto en las dudas metodológicas como en la amplitud y en la diversidad del tema. Pero la hipoteca que pesaba sobre esta historia –objeto a la vez de insólitas falsificaciones y de fervientes polémicas que enfrentaban a los defensores de la III Internacional con los partidarios de la socialdemocracia– ha sido levantada. La posición del problema es otra. Nuestros conocimientos se han enriquecido, el horizonte se ha ampliado gracias a numerosas publicaciones de una nueva generación de historiadores que ha vuelto la espalda a las interpretaciones sistematizadas, que no admite los puntos de vista partidistas. Para ellos «el apriorismo que los marxistas han usado» –según los términos de Jean Bruhat– representa el verdadero escollo, la trampa que es preciso evitar. Lo rescatable de la historia tradicional es el sistema de numeración de las Internacionales rivales y enemigas, sistema que ha adquirido carta de ciudadanía en el vocabulario histórico y político. Los historiadores lo emplean como referencia cronológica y también para designar el tipo y el contenido diferente –e incluso antagónico– que adquiere la expresión organizada del movimiento obrero internacional en las distintas fases de su desarrollo, correspondientes a un conjunto de opciones ideológicas. Así, el término II Internacional recubre, primero, una época crucial, polifacética, de la historia del movimiento obrero internacional, que se sitúa entre los años 1873 y agosto de 1914; a continuación un tipo de movimientos obreros englobados en la designación genérica de socialdemócratas; y por último, una institución, es decir, la organización socialista internacional que se concreta en 1889.

Los estudios reunidos en este volumen son el producto de un «combate por la historia obrera», iniciado hace dos decenios y librado en un sector marginado: la historia del socialismo internacional. Estos estudios giran alrededor de un tema central: la Internacional que, lejos de ser una especie de paréntesis, constituye el momento capital de la historia del socialismo, su matriz misma. La unidad de este volumen reside ante todo en la actitud que nace de una triple consideración. Despejar el terreno devastado por las polémicas del pasado y despojar a la historia del maquillaje que la ha desfigurado; restituir las dimensiones internacionales del socialismo; contribuir, por fin, a replantear la función de la historia del movimiento obrero, la importancia que su conocimiento real puede tener para sus protagonistas pero poniéndolos en guardia: las referencias al pasado y el uso arbitrario de ellas suelen ser con frecuencia engañosos.

1. ¿POR QUÉ LA HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO?³

I

Hace apenas dos decenios, los historiadores del movimiento obrero asistieron al comienzo de un cambio profundo. La historia obrera, ignorada, desvalorizada o negada, se impuso entonces a partir de las realidades y de las fuerzas sociales de nuestra época. Penetró incluso en la ciudadela, hasta entonces hermética, de la Universidad. El centenario de la AIT se celebró ya en coloquios internacionales, bajo el patrocinio de instituciones académicas. Los historiadores vieron en ello la prueba de un reconocimiento, cuando no de una consagración científica.

«La celebramos porque después de cien años [...] la historia de la AIT ha alcanzado la edad adulta, porque esta historia ha adquirido derecho de ciudadanía en el círculo severamente cerrado de la investigación histórica»⁴.

Una pléyade de investigadores, jóvenes en su mayoría, se consagró a la tarea: forjar instrumentos de trabajo, inventariar las fuentes, redactar bibliografías, editar documentos, elaborar monografías. Surgen institutos especializados, se multiplican los coloquios. El campo de los interrogantes se amplía.

Desde los años sesenta, los debates metodológicos cuestionan la manera tradicional, convencional, de concebir y abordar la historia obrera. Los trabajos fundamentales de E. P. Thompson, Eric Hobsbawm, Rolande Trespé, Michele Perrot, por no citar sino los más importantes⁵, logran sacarla del reducido marco de la historia política e ideológica en que había sido encerrada, imprimirle una nueva

³ Incluido en George Haupt: *L'Internazionale socialista dalla Comune a Lenin*, Turín, Einaudi. 1978

⁴ Jacques Rougerie, «Sur l'histoire de la I^{ère} Internationale. Bilan d'un colloque et de quelques récents travaux», *Le Mouvement Social*, 51, mayo-junio de 1965, p. 23.

⁵ Me refiero en especial a sus monografías fundamentales: E. P. Thompson, *The making of the English working class* [La formación histórica de la clase obrera, Barcelona, Laia, 1977]; Eric Hobsbawm, *Labouring man* [Los trabajadores, Barcelona, Crítica, 1979]; Rolande Trespé, *Les mineurs de Carmaux*; Michéle Perrot, *Les ouvriers en grève (France, 1871-1890)*.

orientación, obligarla a explorar otros campos históricos y a abrirse hacia campos teóricos más vastos. El interés se desplaza. La problemática cambia. La relación entre historia obrera e historia social ocupa desde entonces el primer plano. En suma, la historia del movimiento obrero, rejuvenecida, vivificada, está hoy en plena transformación.

Sin embargo, pese a este florecimiento de libros, estudios, revistas, tesis universitarias, se percibe un innegable malestar. Hay que rendirse a la evidencia. Convertida en dominio académico, la historia obrera no ha conseguido más que un lugar secundario en la universidad. Y entre los militantes obreros esos trabajos universitarios alcanzan escasa audiencia. Al ganar en respetabilidad, ¿ha perdido interés para los sectores de opinión hacia los cuales está destinada por su propio tema? ¿O bien es que el movimiento obrero se ha vuelto en apariencia indiferente a su propio pasado? A juzgar por el ejemplo de Francia, la escasa difusión de las obras sobre el movimiento obrero y la restringida receptividad de aquellos que deberían sentirse directamente interesados (organizaciones obreras, militantes, jóvenes) son signos innegables de un fenómeno, pero insuficientes para aclarar el problema. También son lamentadas en términos diversos la indiferencia por la historia del movimiento obrero, la falta de conocimientos de la joven generación de militantes –socialistas o comunistas– que ignoran el pasado de su movimiento y de sus tradiciones o se muestran cansados de los habituales discursos anclados en el pasado. Con frecuencia, se afirma fervorosamente la necesidad de asimilar la experiencia de tan rico pasado y de conseguir que sea asumida por las nuevas promociones llegadas a las organizaciones obreras. Pero ¿hasta qué punto los militantes sienten aún como una necesidad absoluta esa «zambullida en el pasado»? ¿Encuentran «en el acontecimiento vivido o contado elementos para [sus] certidumbres»⁶ como los encontraron durante casi un siglo las generaciones precedentes?

El historiador no ignora esta realidad. Por esa razón, a la controvertida pregunta de cómo concebir la historia del movimiento obrero, de cómo abordarla bajo un nuevo ángulo que permita insertarla en la

⁶ François Fonvieille-Alquier, «Le militant et l'histoire», *Le Monde*, 10 de abril de 1976, p. 10.

historia, se agregan otros interrogantes surgidos –según la expresión de Lucien Febvre– «en la encrucijada donde se entrecruzan y funden todas las influencias [...] en la conciencia de los hombres que viven en sociedad».⁷ ¿Para quién es esta historia? ¿Cuál es su objetivo? ¿A quién y para qué ha de servir en relación con el movimiento obrero⁸?

Se pueden distinguir dos tipos de respuestas diametralmente opuestas. La primera cuestiona los límites científicos, teóricos y, en consecuencia, políticos de una historia obrera tradicional, practicada durante decenios, que ya no responde a las exigencias de una ciencia histórica en plena renovación ni a los intereses y a la sensibilidad de las nuevas generaciones de militantes. Aún puede servir para la propaganda, pero no para el conocimiento de la realidad. Este discurso histórico no presenta interés teórico ni tampoco cumple una función militante. Es un tipo de historia que sólo logra transmitir imágenes envejecidas y oculta los verdaderos problemas. Reduce las dimensiones del mundo obrero y lo encierra en moldes fijos y estereotipados. Sucede así porque su mirada no se dirige a la clase obrera, sino a sus representaciones organizativas e ideológicas, en particular a las instancias dirigentes del partido.

Sin embargo, esta manera convencional de concebir la historia obrera sigue siendo dominante. Corregida pero no revisada, sólo ha experimentado, en suma, algunas operaciones estéticas. Ya sea escrita por militantes para militantes o por universitarios para sus pares, continúa produciendo y perpetuando «una versión esotérica de la historia».⁹ Cuando pretende ser algo más que una historia «vista desde arriba», consagra sus esfuerzos, sin discernimiento, al estudio de diversas organizaciones, o de grupos con frecuencia marginales, a los que otorga una atención, una importancia, desproporcionadas respecto al

⁷ Cf. su prefacio a la obra de E. Dolléans, *Histoire du mouvement ouvrier*, París, Armand Colin, 1937.

⁸ Por iniciativa de Claudio Pozzoli, editor del *Jahrbuch Arbeiterbewegung* publicado por Fischer Taschenbuch Verlag, se realizó una mesa redonda en Francfort, el 17 de febrero de 1974, en la que se formularon claramente las coordenadas del problema. Cf. el resumen de ese debate, publicado con el título «Zwischen Sozialgeschichte und Legitimationswissenschaft», *Jahrbuch Arbeiterbewegung*, 2, 1975, pp. 267-300.

⁹ Eric Hobsbawm, «Labour history and ideology», *Journal of Social History*, verano de 1974, pp. 371 ss.

conjunto del tema. El pasado del movimiento obrero así miniaturizado en estudios minuciosos, pedantes, carentes de perspectiva general, aislados de su contexto, no despierta más que un interés muy limitado. En realidad, estos estudios interesan a un restringido círculo de partidarios o aficionados a las antigüedades.

Un segundo tipo de respuesta, por el contrario, responsabiliza a la historia universitaria y a sus objetivos científicos del desafecto de los militantes hacia el pasado y las tradiciones del movimiento obrero. De ahí, el rechazo en bloque a cualquier historia que lleve el sello de los historiadores profesionales y, además, la reivindicación de una vuelta a la saga de los militantes, a aquellos buenos viejos relatos del pasado heroico e idealizado.

«¿La historia? Pero ¿qué historia? No por cierto aquella historia aséptica, cuidadosamente sopesada, pacientemente disecada, medida al milímetro, desvitalizada a fuerza de confrontarla consigo misma y con sus fuentes, tal como nos queda después de que los historiadores han pasado por ella. ¡No! Una historia en la que todavía vibren los colores de la vida, los vastos frescos apasionados de la gesta republicana: un álbum en relieve de imágenes de Epinal donde se mezclen la sangre, el sudor, las lágrimas y el polvo. Sin duda, ya no es más la historia con mayúscula, pero es la política del pasado tal como la han vivido y la han hecho generaciones de hombres cuyas esperanzas no han sido sino ilusiones y que hasta ahora no han encontrado más que la decepción como respuesta a sus sueños. Así compuesta, la historia sigue siendo la compañera cotidiana del militante»¹⁰.

Este discurso, sintomático, no desprovisto de sentido común, revela tantas ilusiones como desconocimiento o ignorancia deliberada de algunos problemas fundamentales: la función que las organizaciones obreras asignan a la historia y, en particular, a la historia del movimiento obrero. Sin duda, los historiadores profesionales no son inocentes. Su obra raramente despierta la emoción de los militantes o

¹⁰ François Fonvieille-Alquier, art. cit.

los enfervoriza. Al rechazar con frecuencia y voluntariamente el discurso vulgarizador, pecan de una desmesurada simpatía hacia el objeto de su estudio, y a veces le son francamente hostiles. Persiguen los objetivos de su oficio universitario –con las exigencias inherentes al mismo– en lugar de buscar una audiencia militante o, si se quiere, popular. Pero ¿tenemos derecho a culparles, a convertirlos en chivos expiatorios, con el pretexto de que sus obras no conmueven la sensibilidad histórica de los militantes? ¿No tendríamos que preguntarnos más bien en qué consisten, cómo funcionan, los bloques de la conciencia histórica? ¿Cómo habría que superarlos para generar una toma de conciencia, una nueva sensibilidad ante los problemas del pasado?

Un análisis crítico que no sea un discurso retórico o apasionado, sino que se plantee circunscribir los orígenes del fenómeno, requiere una doble articulación. Debe poner a un lado la producción histórica; a otro, la memoria colectiva, vinculándola con la manera cómo el movimiento obrero, o más bien, las organizaciones que se reclaman de él, se refieren a su propia historia. Con el uso que hacen de ella y con la función política e ideológica que le asignan.

Pues, no sólo el modo de aproximarse a la historia obrera, sino también su lectura, su difusión, siguen siendo tributarias de sus orígenes y de sus tradiciones historiográficas, del papel que la historia del movimiento obrero ha desempeñado en su propio desarrollo, en sus divergencias internas, en el logro de sus cambiantes objetivos. Es preciso recordar, por tanto, cuál fue la matriz de la reflexión histórica acerca del movimiento obrero para comprender, por ejemplo, las razones profundas de sus limitaciones, es decir su reducción a una historia de las ideas, de las instituciones, de los dirigentes, a un relato coyuntural de éxitos y victorias, a una epopeya heroica rehecha incesantemente según las necesidades de las controversias ideológicas.

Las vicisitudes de la historiografía del movimiento obrero a este respecto son ricas en significación. Es una historia que está por hacer. Es un aspecto, incluso, de la historia del movimiento obrero, indispensable para comprender mejor no sólo las articulaciones de las luchas ideológicas del pasado o para los debates políticos fundamentales, sino sobre todo para captar una de las complejas dimensiones de la historia del socialismo: la de las imágenes transmitidas y las realidades ocultas de un partido. Gracias a numerosas obras consagradas a la historia de los partidos o de las Internacionales –algunas de las cuales llevan el sello de la historia oficial– se ha perpetuado una determinada imagen, siempre renovada pero profundamente anclada en los temas de referencia de los militantes obreros y, a través de polémicas encarnizadas, han surgido las representaciones que de ellos mismos tenían los socialdemócratas, los comunistas, los anarquistas o los sindicalistas. Por otra parte, con la ayuda de la producción y del discurso histórico «científico», se han realizado –mediante un juego sutil de luces y sombras–, manipulaciones de hechos y de textos, el escamoteo de realidades molestas y la alteración lenta pero profunda de la memoria colectiva. Todo hay que decirlo: el silencio, la ocultación, «procedimiento favorito del poder» en los dispositivos de control del pasado, no ha sido ni es monopolio de las clases dirigentes¹¹. Tan sólo varían o difieren los procedimientos de escamoteo y los objetivos perseguidos por los partidos que apelan a la clase obrera y que, a su vez, se han convertido en organizadores de la memoria social y mantienen un control –con frecuencia, exclusivo– de la conciencia del pasado.

¹¹ Esto es a lo que hace alusión, aunque con demasiado pudor, Jean Chesnaux en *Du passé faisons table rase? A propos de l'histoire et des historiens*, París, Maspero, 1976, p. 29 [*¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y de los historiadores*, Madrid, Siglo XXI, 1977].

II

En 1960, en un momento de coyuntura política e ideológica particularmente estimulante, que alienta el optimismo y la esperanza en cambios profundos, Bert Andreas señala con lucidez:

«En Occidente, la historiografía obrera no ha conseguido sino después de grandes dudas un reconocimiento o incluso un apoyo oficial y académico, y esto muy en los últimos tiempos. El mismo movimiento obrero raramente ha prestado a su propia historia y a las exigencias científicas inherentes a ella más atención que la requerida por las necesidades cotidianas de la política y de la propaganda».¹²

Paradójicamente, ningún movimiento social tiene tanto apego a su propia historia como el movimiento obrero, ninguno siente tanto la necesidad, incluso el imperativo, de unir el pasado al presente. La clase obrera, postulada clase teleológica, tiene necesidad de la conciencia histórica y, por lo tanto, del conocimiento de su pasado para cumplir su misión.

El interés que manifiesta por su propia historia aparece con el movimiento mismo. En el siglo XIX, los obreros militantes eran sensibles a la historia, tenían una aguda conciencia del alcance histórico de su movimiento. Hicieron suya y repitieron la fórmula de Johann Jacoby: «Los futuros historiadores de la civilización otorgarán mayor importancia a la historia de la más pequeña asociación obrera que al día de Sedan».¹³ En este período inicial, que se extiende hasta finales de siglo, son en parte los militantes obreros los que escriben la historia de sus organizaciones, ya sea para sacar conclusiones con ocasión de un aniversario o para luchar contra las calumnias difundidas por los publicistas y los escritores, «esos plumíferos a sueldo de la clase dirigente»¹⁴.

¹² Annali Istituto Feltrinelli, 1961, III, p. 689.

¹³ Esta frase es citada por el obrero tipógrafo Carl Hillmann, *Die Internationale Arbeiter-assoziation (1864-1871). Ihre Geschichte, Programm und Tätigkeit*, separata de *Correspondent für Deutschlands Buchdrucker und Schriftgiesser*, 1871, p. 5.

¹⁴ *Ibid.*, p. 1

Así, antes de que la historiografía obrera sea aplastada por el peso de un pasado al que las tendencias, los partidos y los aparatos del Estado comienzan por invocar y del que luego se apropian, lleva ya la marca de sus orígenes. Destinada a los militantes, esa historia es obra, por lo general, de los mismos militantes, guiados tanto por la pasión de la investigación y el respeto a la verdad histórica, como motivados por sus compromisos: al subordinarse a las exigencias de su *parti pris* ideológico, pagan tributo a las luchas apasionadas que desgarran al movimiento obrero. La conjunción de estas motivaciones pesa sobre las obras producidas —en adelante consideradas clásicas— y sobre el porvenir de toda la historia obrera.

Antes de 1914, los violentos debates acerca de la herencia de la I Internacional y de su interpretación alimentan la reflexión de los historiadores militantes. Las versiones bakuninistas (Guillaume, Nettlau), proudhonianas (Puech), marxistas (Jaeckh, Riazanov, Steklov, F. Mehring) nacen al calor de la polémica, a menudo sometidas, es cierto, a la crítica vigilante de testigos supervivientes o de historiadores «burgueses» de indiscutible autoridad, como C. Grünberg, G. Meyer, G. Bourgin. Los «clásicos» de la historia obrera demuestran tener oficio, una considerable erudición y verdadero talento literario. Al entrar en las polémicas de la AIT avalan y asumen los argumentos, los prejuicios, el sistema de justificación de sus protagonistas. El campo histórico se contrae a la dimensión de los litigios ideológicos y, de este modo, al privilegiar una problemática única, su perspectiva reduce la historia de la Internacional a una justa aislada sólo para teóricos. Después, los epígonos se contentan a menudo con «transcribir las leyendas» y «perpetuar las acusaciones», sin tener el valor intelectual ni la sinceridad de un Riazanov o de un Guillaume, sin hablar de la falta de aptitud para utilizar una documentación inédita de incomparable riqueza. En compensación, para darse una respetabilidad científica, estos propagandistas-funcionarios caen en un academicismo pedante, destinado a camuflar las manipulaciones de un discurso histórico donde sólo se admite como referencia el punto de vista del poder.

Consciente de hacer un trabajo militante, la pléyade de historiadores que está en la brecha a comienzos del siglo XX se interroga por los fines, por los objetivos perseguidos por la historia del socialismo. Sus respuestas son de indiscutible interés. Así, con ocasión del 40º aniversario de la AIT en 1904, G. Jaeckh, al justificar su empresa, formula de este modo la preocupación y los objetivos de un historiador socialdemócrata: cuando una generación del movimiento obrero pasa la antorcha a la siguiente y ésta debe asimilar la experiencia de sus mayores:

«es esencial para el progreso y el éxito del movimiento que el joven relevo adquiera un conocimiento íntimo del contexto, de las luchas y victorias de sus antepasados espirituales y de los pioneros, a fin de saber en qué terreno histórico se sitúa y combate. Por esto, cuando la clase obrera celebra las jornadas de evocación, en ello hay que ver más que una significación ceremonial o un acto de piedad histórica; lo hace en un sentido revolucionario por cuanto considera el pasado de su clase a la luz universal de la historia del mundo y, a la vez, confronta el camino a seguir con las directrices dadas al movimiento por una generación anterior, más generosa»¹⁵.

Este postulado, en sí, no requiere comentarios. Como lo destaca Eric Hobsbawm: «Una tarea digna de los historiadores es la de reconstruir un pasado olvidado, estimulante, imperecedero»¹⁶.

La distorsión aparece en el modo en que se reconstruye y utiliza esta historia-tradición, en el momento en que las «leyendas arraigadas del partido»¹⁷ sustituyen a la historia real y viva y en que el historiador se consagra a la producción de mitos *ad usum delphini*.

Los cambios operados en el discurso histórico de la socialdemocracia alemana antes de 1914 y del partido bolchevique después de la revolución rusa son altamente significativos a este respecto. El recurso

¹⁵ Gustav Jaeckh, *Die Internationale. Eine Denkschrift zur vierzig jährigen Gründung der Internationalen Arbeiter-Association*, Leipzig, 1904, página 111.

¹⁶ Eric Hobsbawm, art. cit., p. 375.

¹⁷ La expresión es de Franz Mehring.

a la historia-tradición es tan patente y sincero como ambiguos son el modo en que se elabora y el uso que se hace de ella. La ritualización del pasado desemboca, en última instancia, en ese «culto reaccionario del pasado» del que habla Marx y que va desde el culto a los héroes o la celebración de las victorias hasta el escamoteo de una herencia considerada molesta. La historia del movimiento obrero erigida en ideología, adecuada a la didáctica, manipulada, vaciada de su savia mediante el uso de un lenguaje estereotipado, hace perder interés por la época y atrofia la memoria colectiva de la clase obrera.

Es sorprendente la oposición entre la teoría histórica marxista —el materialismo histórico— y el género de historia del movimiento obrero practicado y bautizado desde entonces como exposición de «historia del partido». Se recurre a un historicismo tradicional, moralizador, chato y banal, copiado de la historia de las ideas dominantes (*Geistesgeschichte*) y con sus mismas funciones¹⁸. Fuente de legitimación, la historia obrera se convierte así en instrumento de justificación, de autojustificación. Su función esencial es ideológica: consiste en forjar la cohesión, demostrar la continuidad, perpetuar las leyendas oficiales que sirven de referencia y de explicación.

Desde entonces, la idea que los partidos obreros tienen de ellos mismos y la imagen que quieren dar de sí orientan sus discursos históricos. El control de las fuentes y una actitud voluntarista hacia la historia facilitan la tarea y condicionan su perspectiva: los hechos que corresponden a las versiones oficiales se separan y se declaran esenciales, aquellos que las contradicen o no sirven en la presente coyuntura se consideran marginales o inoportunos. Tal clasificación, en la que los casilleros son intercambiables, se ordena en torno a una invariante: las exigencias de una historia utilitaria, proyectiva, que acaba convirtiéndose en una historia manipuladora. Al tiempo que se proclama la preocupación por la verdad, por la franqueza —las únicas

¹⁸ De un modo general, en el campo socialdemócrata «falta una colaboración convincente entre el principal teórico de la historia, Karl Kautsky, y los estudios socialdemócratas especializados en historia (*fachwissenschaftliche Geschichtsdarstellungen*)». Cf. Wolfgang Zorn, «Eingagierte und werturteilsfreie Geschichtswissenschaft», en *Die Funktion der Geschichte in unserer Zeit*, Stuttgart, Ernst Klett Verlag, 1975, pp. 76-77.

que pueden servir a la clase obrera—, se realiza una selección de los hechos o de los documentos destinados a ser publicados. La herencia literaria de Marx, en especial, conocerá o padecerá antes de 1914 las leyes de esa selección. En realidad, esta práctica se halla en sus tímidos comienzos. A partir de los años veinte se hace más decidida y cuando se convierte en dominante se la llama «espíritu de partido».

Es preciso destacar que los celosos guardianes de las leyendas oficiales —erigidas en tradición, institucionalizadas— han sido a menudo los «viejos», los dirigentes más prestigiosos. Sus recuerdos personales respecto de asuntos controvertidos debían pesar más en el balance que el trabajo crítico, «minucioso y aséptico», de los historiadores. Inquietantes procedimientos contra los que se levanta un reducido número de historiadores militantes. En primer término lo hace Franz Mehring, cuya talla, talento, competencia teórica y espíritu científico son ya más bien excepcionales en la época anterior a 1914. A propósito de las *Memorias* de Bebel, en las que su autor se obstina en perpetuar las graves acusaciones formuladas contra Von Schweitzer en el momento de la polémica de 1870, desmentidas después por la crítica histórica, F. Mehring (que no duda en decir crudamente que al gran tribuno «le faltan las cualidades del historiador»)¹⁹ señala con malicia:

«Las memorias deben darnos vivo al hombre que las publica, tanto por lo que ha escrito como —mucho más aún— por *el modo* como lo ha escrito. Bebel tiene razón al citar la franqueza y la verdad como las primeras exigencias del género, pero también se puede jugar con la franqueza y la verdad, tal y como lo muestran algunas memorias célebres»²⁰.

Mehring defiende y plasma otra concepción de la historia militante y, en consecuencia, otra manera de abordar las relaciones pasado/presente. No rechaza el presente como motivación profunda del interés por la historia. Al contrario. Lo que rechaza es la proyección del

¹⁹ Franz Mehring, *Gesammelte Schriften, Atefsätze zur Geschichte der Arbeiterbewegung*, vol. IV, Dietz Verlag, Berlín, 1964.

²⁰ *Ibid.*, vol. IV, p. 459.

presente sobre el pasado o a la inversa. A través del estudio de la historia, Mehring se propone comprender, profundizar y dar forma a los verdaderos problemas de la actualidad, del presente. Está convencido de que para el historiador no hay opción posible ni compromiso alguno entre las exigencias del momento y la verdad histórica. Esta última debe prevalecer sobre todos los intereses, aunque sean proclamados interés del partido o razón de Estado. El historiador de la socialdemocracia alemana se vanagloria de no haber hecho jamás una concesión, ni a los «ortodoxos» desde Kautsky hasta Riazanov, ni a los dirigentes del partido, ya fuesen Bebel o Auer, que le atacan encarnizadamente. En 1918, en el prefacio a su biografía ya clásica de Marx, les desafía por última vez y destaca que «no ha cedido un ápice al terrorismo intelectual» de sus atacantes y que «ha presentado las relaciones de Lassalle y Bakunin con Marx ignorando totalmente la leyenda del partido, conforme a las leyes de la verdad histórica»²¹. Y este marxista consecuente no vacila en hacer justicia a Bakunin frente a Marx, así como tampoco vacila en su monumental *Historia de la socialdemocracia alemana* en remover prejuicios, en herir la sensibilidad o el conformismo tradicionalista de los militantes. Mehring concibe conjuntamente el objeto de la historia y su utilización como una reflexión crítica acerca de la praxis que es el pasado. La aparición de su *Historia de la socialdemocracia alemana*, en la que somete los mitos a un análisis crítico, provoca numerosos comentarios entre los militantes. En la segunda edición, responde a éstos y define así su actitud y la tarea del historiador comprometido con el movimiento obrero.

«Nadie reconocerá con tanta claridad la justificación subjetiva o el carácter objetivo inevitable incluso de las tradiciones y representaciones como el historiador de un partido revolucionario; pero tampoco tendrá nadie menos derecho a manipularlos. Una

²¹ Cf. Franz Mehring, Karl Marx, *Geschichte seines Lebens*, Leipzig, 1918. En el mismo prefacio, recusa otro terrorismo intelectual que se ejerce a través del estilo impuesto: «Toda obra de historia es arte y ciencia a la vez... No recuerdo ahora quién fue el aguafiestas que tuvo la gloriosa idea de afirmar que las consideraciones estéticas nada tenían que hacer en el templo de la ciencia histórica. Pero debo confesar, con gran vergüenza, que no odio tanto a la sociedad burguesa como a esos severos pensadores que, por asestar un golpe a Voltaire, decretaron que la escritura aburrida era la única válida».

exposición histórica que se detuviera prudentemente ante una leyenda –por justificada que estuviese y comprensible que fuese–, reconocería con ello su falta de valor. Aun si el partido obrero revolucionario está sometido al destino general de los ejércitos combatientes, que consiste en forjar sus leyendas y su prestigio, no tiene necesidad de seguir el célebre consejo de Moltke de cultivar artificialmente esas leyendas, ese prestigio, considerándolos como elementos indispensables de su disciplina. Por el contrario, lo que le es indispensable es la autocrítica infatigable, y en este orden de ideas creo poder decir que mi exposición de la historia del partido ha conquistado su derecho a la existencia»²².

Esta concepción de la historia obrera, comprometida y crítica, por cuanto pretende ser militante y no un piadoso ejercicio de hagiografía destinado a perpetuar las convenciones establecidas, no dura mucho tiempo. La versión practicada y aceptada por la historiografía –desde entonces oficial– del movimiento obrero entre los años 1920-1950 es la negación misma de una interpretación histórica crítica. Sólo algunos historiadores aislados, altamente cualificados, de una envergadura y una cultura científicas excepcionales, como Arthur Rosenberg –historiadores para los que «el socialismo, más que bronce resonante, es una campanilla que tintinea o un medio en el curso de la carrera»–²³ van a continuar la ingrata tarea del viejo maestro y atacar los mitos consagrados, erigidos en dogmas y perpetuados mediante poderosos aparatos ideológicos²⁴.

²² Notas a la segunda edición de su *Geschichte der deutschen Sozialdemokratie*, vol. I, p. 375 (cito por la 4.ª edición). Sobre las concepciones históricas de Franz Mehring, véase Helga Grebing y Monika Kersten «Franz Mehring», *Deutsche Historiker*, vol. V, Gotinga, Kleine Reihe Vandenhoeck, 1972, así como los estudios de Ernesto Ragionieri, «Franz Mehring», *Studi Storici*, I, n.º 2, pp. 410-420; introducción a F. Mehring, *Storia della socialdemocrazia tedesca*, Roma, Editori Riuniti, 1961, pp. IX-XLI; introducción a F. Mehring, *Vita di Marx*, Roma, Editori Riuniti, 1966, pp. XI-XLIII.

²³ La expresión es de Franz Mehring, *Geschichte...*, *ob. cit.*, vol. IV, p. 507.

²⁴ Arthur Rosenberg formula la exigencia de una historia abiertamente comprometida, no conformista, a la par que rechaza también el historicismo. Convoca además a una toma de posición consciente, profesional pero no ideologizante, del historiador que renueva la objetividad científica a través de una nueva problemática y un nuevo enfoque científico.

III

El proceso de mitologización de la historia del movimiento obrero, esbozado a partir de la crisis revisionista, encuentra su forma institucionalizada desde los años veinte. Las organizaciones, los partidos políticos, reivindican el derecho de representar, reconstituir y controlar la memoria colectiva del movimiento obrero, del cual pretenden ser al mismo tiempo depositarios y legatarios. Modulan la manera de conservar, concebir y transmitir la historia obrera.

A raíz de la gran división ocurrida tras el fracaso de la II Internacional y profundizada por la revolución de Octubre, protagonistas hostiles confiscan definitivamente la historia del movimiento obrero, que sufre todo el peso de sus exigencias. «Desde entonces, la historiografía del movimiento obrero (socialista o comunista) es un componente esencial del conflicto ideológico entre las diversas fracciones de dicho movimiento»²⁵. La historia del movimiento obrero se convierte fundamentalmente en un arma entre rivales en el seno del movimiento, que sirve para justificar esta hostilidad y para legitimar las pretensiones hegemónicas. Instrumento de polémica, de propaganda, de educación ideológica, la historia-directriz se transforma en una «ciencia de legitimación», en el fundamento mismo de la construcción ideológica elaborada por el aparato.

En este sistema de discurso histórico, concebido en términos de poder e impregnado de nacionalismo, el Estado surgido de la revolución es el punto central de referencia. A fin de cuentas, el aparato ideológico no inventa nada, simplemente reúne los modelos existentes y los utiliza para sus fines. La observación de Karl Korsch, hecha en 1930, acerca de la historiografía de la revolución francesa es muy sugerente a este respecto:

«El esquema aplicado por esta historiografía política consiste simplemente en hacer coincidir la revolución con un resultado político alcanzado por ella en un cierto momento del desarrollo revolucionario, estimado de modo diferente por las diferentes

²⁵ Informe de Hans-Josef Steinberg en *Jahrbuch der Arbeiterbewegung*, 2, pp. 274-275.

fracciones de la historiografía burguesa, es decir simplemente con el nuevo Estado revolucionario surgido de ella y en calificar a partir de ese momento, hacia adelante o hacia atrás, a todos los partidos, individuos, acontecimientos, concepciones, desarrollos y tendencias, según éstos hayan contribuido a la realización y a la consolidación de ese logro revolucionario o a combatirlo, en calificarlos de partidos, personas, acontecimientos, etc., positivos y negativos, revolucionarios y contrarrevolucionarios, conforme a las palabras de las Escrituras: «Que vuestra palabra sea sí o no. Lo demás viene del maligno»²⁶.

La historiografía staliniana erige la manipulación en sistema, la historia proyectiva en regla. La historia deja de ser la memoria colectiva, el reflejo de la praxis acumulada, la suma de las experiencias vividas por el movimiento obrero, para convertirse en el dogal que lo ahoga, en un instrumento esencial de reificación.

Con la ayuda de inauditas falsificaciones, atropellando y menospreciando las realidades históricas más elementales, el stalinismo borra, mutila y remodela metódicamente el campo del pasado para reemplazarlo por su propia representación, sus mitos, su autoglorificación. La historia del movimiento obrero internacional se petrifica también en una colección de imágenes muertas, trucadas, vacías de contenido, reemplazadas por copias acicaladas donde apenas se reconoce el pasado. La función que el stalinismo asigna a aquello que considera y declara que es la historia y cuya validez será impuesta con desprecio absoluto de toda verosimilitud, expresa un miedo profundo a la realidad histórica, a la que se esfuerza por enmascarar, deformar y mutilar sistemáticamente para convertirla en el espacio del conformismo y la docilidad. Con ayuda de un pasado imaginario, fetichizado, carente de elementos que recuerdan la realidad, el poder busca no sólo impedir la visión de lo real sino paralizar la facultad de percepción. De ahí la permanente necesidad de anestesiar, de pervertir la memoria colectiva, cuyo control se hace

²⁶ Informe de Karl Korsch, «Das Problem Staatseinheit Föderalismus in der Französischen Revolution», *Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung*, XV, 1930, p. 135.

total desde el momento en que el pasado se trata como secreto de Estado y se prohíbe el acceso a los documentos.

Así, en los años veinte, Riazanov y su equipo, a costa de grandes sacrificios materiales y con ejemplar abnegación, reúnen los documentos del movimiento obrero dispersos por todo el mundo para conservarlos y salvarlos. Pero los archivos se convierten en prisiones, donde los documentos encerrados, inaccesibles, son celosamente custodiados por guardias jurados. La tarea asignada al historiador es justificar el poder político, ilustrar las tesis elaboradas por el aparato ideológico y no utilizar los documentos inéditos susceptibles de aclarar episodios y litigios del pasado. En 1931, en la tristemente célebre carta a la redacción del periódico *Proletarskaia Revolutsia*, con motivo de la discusión abierta por el estudio de Sluckij sobre las relaciones entre los bolcheviques y la III Internacional, Stalin dictamina sin ambages: «¿Quién, aparte de los burócratas incurables, puede fiarse sólo de los documentos de papel? ¿Quién, pues, aparte de las ratas de archivo, no comprende que es preciso juzgar a los partidos y a los dirigentes sobre todo por sus actos y no sólo por sus declaraciones?» Stalin impone su versión, las «ratas de archivo» terminan en el gulag y los documentos en cuestión permanecen inaccesibles.

El stalinismo pertenece al pasado. Las contraverdades han sido públicamente denunciadas y reemplazadas por... verdades a medias. La memoria colectiva del movimiento obrero ya no padece de amnesia, pero sigue estando adulterada. El «inmenso poder de alienación de las conciencias» ejercido por el stalinismo, los estragos causados, podemos medirlos por el profundo arraigo de los estereotipos, de las falsas apariencias convertidas en referencias aceptadas, más allá del círculo de militantes, por la opinión pública ilustrada. Y ello hasta tal punto que las sucesivas remodelaciones y acicaladuras de la historia del PCUS o de la Komintern son aclamadas como revisiones fundamentales de una visión y una práctica de la historia heredadas y asumidas.

En cuanto al uso que se ha hecho de la historia del movimiento obrero, la situación no ha cambiado en lo fundamental. Sigue siendo una ciencia de legitimación. Esa práctica de la historia guarda incluso cierto atractivo. Pero continúa causando estragos. Hace apenas un decenio, la «nueva izquierda» antirreformista y antiestalinista, severa censora de la historia universitaria rechazada por burguesa, mostraba una actitud «tradicional» hacia la historia, cayendo de nuevo en los mismos senderos trillados que los stalinistas y los socialdemócratas al vaciar el pasado en idénticos moldes. También los ideólogos de la oposición extraparlamentaria de los años sesenta en Alemania «se dedicaron a buscar su legitimidad en el pasado. Trataron la historia como un gran pastel del que cada uno podía cortar un trozo según su gusto o apetito»²⁷. Erigida en fuente de legitimidad y utilizada, como instrumento de legitimación, la historia obrera queda convertida en una especie de depósito de accesorios, de disfraces, donde cada fracción, cada grupúsculo encuentra su referencia justificadora, apta para las necesidades del momento. Si «el derecho a la memoria colectiva significa el derecho a definir en el pasado lo que obstaculiza y lo que ayuda»²⁸, ese «trapecio intelectual» hace que, en nombre del «sentido común popular» y de la «reflexión colectiva», el ejercicio hipotético de tal derecho pase simplemente de una minoría a otra. Combatir esta práctica, denunciarla con las mismas armas recurriendo a un discurso diferente no será suficiente para poner el pasado al servicio del presente. La mera retórica, los gritos de guerra «contra las referencias-trampas de la historia» no pondrán fin a la manipulación ni a una cierta práctica heredada y desacreditada. Únicamente cambiarán los manipuladores. Una historia obrera ahistórica, sociologizante, al igual que el «historicismo pedante», que el relato historizante, desemboca en las «sempiternas conclusiones prefabricadas» y continúa causando estragos «a la izquierda y a la extrema izquierda, en esas tierras donde florece y reflorece la ilusión»²⁹.

²⁷ B. Rabehl, *Geschichte und Klassenkampf*, Berlín, Rotbuch Verlag, 1973, p. 5.

²⁸ Como lo afirma Jean Chesnaux, *ob. cit.*

²⁹ Cf. *Les Cahiers du Forum-Histoire*, n.º 3, junio de 1976, pp. 20-21.

IV

La dimensión internacional del movimiento obrero se ha visto particularmente afectada, hasta el punto de que los estudios sobre este aspecto apenas logran escapar, tambaleantes, del lecho de Procusto al que se los ha reducido. Estos estudios siguen siendo débiles en el plano metodológico e inciertos en su afiliación. En nuestros días, pocos historiadores se muestran sensibles a la problemática internacional. Esta dimensión es relegada cada vez más al papel de simple decorado o limitada a una actitud institucional.

Una historia obrera integral no puede abandonar este aspecto ni cederlo para acantonarse, deliberadamente, en otro más vistoso, así como tampoco puede reducirlo a un molde donde se vacían los prototipos nacionales. La historia internacional del movimiento obrero es, en sí, una dimensión esencial, rica y compleja, pero también es una manera de abordar la evolución del socialismo. Es cierto que las dificultades con que tropieza el estudio de esta dimensión capital de la historia obrera se deben tanto a las dudas metodológicas como a la amplitud y a la extrema complejidad del tema, dificultades destacadas desde finales del siglo XIX por los sociólogos atentos a los cambios y metamorfosis del socialismo internacional. Así, Durkheim advierte a sus lectores:

«No hay que considerar el socialismo en abstracto, fuera de las condiciones de tiempo y lugar; por el contrario, hay que vincularlo a los medios sociales donde ha nacido; tampoco hay que someterlo a discusión, sino hacer su historia, considerarlo... como una cosa, como una realidad»; –no limitarse– «a determinar su génesis, sino intentar dilucidar qué transformaciones ha sufrido y quién las ha determinado»³⁰.

Por la misma época, Antonio Labriola lamenta *ya* la dificultad de considerar el tema en su totalidad, dadas sus dimensiones y riqueza:

³⁰ Émile Durkheim, *Le socialisme*, prefacio de Pierre Birnbaum, París, Presses Universitaires de France, 1971, p. 40.

«La especialización y la complejidad del movimiento proletario han llegado a ser tales que no existe mente capaz de abarcarlo en su totalidad, de comprenderlo en sus detalles»³¹.

Para superar las dificultades, los autores de las innumerables historias de la Internacional o de las visiones superficiales del socialismo han recurrido a soluciones que hoy nos aparecen como artificios. Primero fue la moda de las tradicionales historias de las ideas; luego vino la época de los relatos de los congresos internacionales y los sonados debates de los grandes protagonistas en la arena internacional. A esa reducción institucional se opone, por fin, una apertura –sin límites precisos– que se presenta bajo la forma de yuxtaposición de prototipos nacionales, cuya adición pretende representar la totalidad, es decir una historia general del socialismo.

El campo histórico no hace más que reflejar la práctica misma del movimiento obrero y confirmar una mutación profunda. Si, en su origen, el socialismo internacional fue el crisol de la reflexión histórica sobre el movimiento obrero, con la nacionalización de los movimientos se ha reducido a una garantía indispensable y, después, a una simple referencia. La reducción de la reflexión histórica ha sido la consecuencia de ese desarrollo. Además, es tributaria de la imagen que las sucesivas Internacionales han dado de sí mismas al propalar la idea de una construcción piramidal cuya cima es, de alguna manera, la Internacional y postular la existencia de una adecuación orgánica entre el socialismo internacional y la Internacional. Esa es la imagen que se impone a la conciencia de una época. Así, para Lucien Febvre, la Internacional obrera se presenta como una suma

«que resulta de los intercambios de ideas cada vez más numerosos entre los movimientos nacionales –en un principio confinados al hermetismo– y de los vínculos cada vez más estrechos entre las profesiones organizadas de cada país»³².

³¹ Antonio Labriola, *Essais sur la conception matérialiste de l'histoire*, París, Ed. Giard et Brière, 1897, p. 40.

³² Lucien Febvre, prefacio al libro de E. Dolléans, *Histoire du mouvement ouvrier*, ob. cit., p. 1.

Mediante sucesivos desplazamientos entre la realidad y la imagen inicial, se efectúa una doble operación: 1) la Internacional, como institución, sustituye al movimiento obrero en sus dimensiones internacionales; 2) los adversarios de la corriente dominante, es decir las tendencias excluidas de la institución, son acantonadas fuera del movimiento obrero internacional.

Señalemos a este propósito que, a comienzos de la década de 1880, y continuando los esfuerzos de la AIT, los marxistas hablan todavía de una comunidad internacional del socialismo que engloba a todas las tendencias sin discriminación. Parten del postulado de que «la liberación de la clase obrera ha de ser obra de los proletarios *unidos* de todos los países» y añaden que:

«para llevar a cabo con posibilidades de éxito la lucha emprendida contra las viejas fuerzas de la opresión es preciso oponer a toda costa la unión internacional del proletariado, del socialismo, a la poderosa unión internacional de la reacción y del capitalismo; esto permitirá que todos los socialistas marchen unidos, sin distinción de lenguas o escuelas, contra nuestros enemigos comunes»³³.

Dos década más tarde, el lenguaje de la II Internacional cambia: se hace restrictivo y abandona parte de este postulado. Desde entonces, los anarquistas, los sindicalistas revolucionarios, son excluidos de sus filas y, en consecuencia, del movimiento internacional.

En lo que respecta a la III Internacional, los límites que fija son aún más restringidos. Sólo se admiten en sus filas y, por lo tanto, se consideran como parte del movimiento obrero internacional –que ella pretende encarnar–, a los partidos que suscriben los veintiún puntos draconianos establecidos en su II Congreso, en 1920. A partir de esa fecha, la historia de la Internacional se transforma en el objeto de ásperas luchas ideológicas, en el centro de violentas polémicas que enfrentan a los leninistas con la socialdemocracia. «La III Internacional continúa y cumple la gran obra empezada por la AIT», declara Lenin. Así reivindica

³³ *Der Sozialdemokrat*, n.º 38, 19 de septiembre de 1880.

la herencia de tan gloriosa precursora. Esta legitimación histórica es indispensable para fundamentar las pretensiones hegemónicas de la Komintern y hacerse reconocer como la única expresión del movimiento internacional. Para ello, es necesario aniquilar a la II Internacional que postula la continuidad, el desarrollo orgánico, y encarna la herencia de medio siglo de historia obrera. Es preciso desacreditarla, aplastarla con el peso del pasado que reivindica y quitarle el derecho moral a ser su depositaria.

Los restos de esta acerba polémica, sus consecuencias ideológicas, en nada facilitan la tarea del historiador que quiere ir más allá de las ideas establecidas. Las tradiciones historiográficas vuelven particularmente difícil la tarea. De un lado, durante demasiado tiempo la requisitoria ha ocupado el lugar del análisis y la autojustificación ha sustituido al juicio histórico. De otro lado, desde los años veinte, Internacional y movimiento obrero internacional se confunden en el vocabulario político y en la práctica historiográfica. Identificación abusiva pero cómoda en la medida en que permite realizar una serie de sustituciones. Hay que esperar el debate metodológico de los años sesenta para que se denuncie la confusión entre la historia de la Internacional y la historia del movimiento obrero internacional, para que se rechace la problemática tradicional y para que se esboce una renovación de los intereses de los historiadores jóvenes por ese aspecto capital, descuidado, del socialismo.

V

Más allá de las vicisitudes de la historiografía, condicionadas por las grandes fases de desarrollo del movimiento mismo, se puede señalar otra constante: el movimiento obrero organizado se enfrenta a una doble exigencia que requiere a su vez una doble utilización de su propia historia.

a) *La historia del movimiento obrero como praxis*, es decir, laboratorio de experiencias, fracasos y éxitos, campo de elaboración teórica y estratégica, en donde se imponen el rigor y el examen crítico para fijar la realidad histórica y, por ese camino, descubrir sus resortes ocultos, para inventar y por tanto innovar a partir de un momento histórico percibido como experiencia.

«Una ventaja del proletariado consciente, en relación con los demás partidos, consiste en poder extraer sin cesar nuevas fuerzas de la historia de su propio pasado para llevar a cabo la lucha en el presente y alcanzar el nuevo mundo del futuro», —escribe Mehring en la *Neue Zeit*, en 1896.

De hecho, Mehring recoge una tesis esencial de Marx, expuesta entre las motivaciones de la creación de la AIT. Tanto en el «Mensaje inaugural» como en los considerandos de los estatutos, Marx destaca que la experiencia del pasado enseña a los obreros la necesidad de desarrollar la unión y la solidaridad entre la clase obrera de todos los países. Que, para cumplir con su misión histórica, los trabajadores disponen —aparte de la fuerza que les confiere su número— de una fuente de conocimiento que deben aprovechar: sus errores, la experiencia surgida de su propia historia.

Como premisa de su actitud tras el hundimiento de la II Internacional, Rosa Luxemburgo plantea, de manera precisa, el problema del pasado en cuanto praxis del movimiento obrero. Pide revisar de un modo crítico todo el pasado del movimiento —dentro del cual el 4 de agosto de 1914 (la votación de los créditos de guerra por parte del SPD) no es más que una consecuencia lógica— y destaca:

«No existe esquema previo, válido de una vez y para siempre, no existe guía infalible para mostrarle [al proletariado] el camino que debe seguir. *No hay otro maestro que la experiencia histórica*. El *vía crucis* de su liberación no sólo está sembrado de sufrimientos sin límites, sino también de innumerables errores. Su objetivo, su liberación, lo alcanzará si sabe aprender de sus propios errores»³⁴.

Una constante atraviesa, pues, la historia del movimiento obrero. El conocimiento o desconocimiento de su verdadero pasado es un factor importante para su propio desarrollo. El pasado, suma de las experiencias vividas, no se asimila automáticamente, como tampoco se fija por sí solo en la memoria colectiva. Jacques Juilliard, tomando como ejemplo el sindicalismo francés de fin de siglo, señala la amnesia que sufre la clase obrera y sus consecuencias:

«La falta de memoria colectiva, la ausencia de saber acumulado, siguen marcando la condición obrera, obligando a cada generación a partir prácticamente de cero y a recorrer las etapas por las que ya pasaron sus predecesores»³⁵.

La historia más reciente proporciona ilustraciones aún más elocuentes. Basta con citar el ejemplo del movimiento obrero alemán contemporáneo o el del posestalinismo en la URSS para medir las dimensiones y las consecuencias de esa borradora de la memoria colectiva debida a la imposibilidad de asumir la herencia o, simplemente, la historia. Estas circunstancias explican, en gran parte, el hecho de que todavía no tengamos una historia de la III Internacional digna de ese nombre y de que la historia del stalinismo siga siendo la de un proceso jamás incoado y, sin embargo, declarado cerrado. Las verdades a medias aceptadas y repetidas dicen más acerca de la actitud de los partidos pretendidamente marxistas-leninistas hacia el pasado —en el que tuvieron su origen— que las elucubraciones y el silencio. La historia es un terreno explosivo en la medida en que la realidad de los hechos o

³⁴ Rosa Luxemburgo, *La crise de la social-démocratie*; citado por Rosa Luxemburgo, Textes, presentados por Gilbert Badia, París, Ed. Sociales, 1969, pp. 194-195. El subrayado es nuestro [*La crisis de la socialdemocracia*, Barcelona, Anagrama, 1976],

³⁵ Jacques Juilliard, *Fernand Pelloutier et les origines du syndicalisme d'action directe*, París, Le Seuil, 1974, p. 189.

las experiencias de un pasado –con frecuencia escamoteado– son susceptibles de cuestionar cualquier pretensión a la representación única de la clase obrera. Porque la historia del mundo obrero afecta al fundamento ideológico sobre el que se apoyan todos los partidos de vanguardia para mantener sus objetivos hegemónicos.

b) *La historia como tradición*. Aquí se pueden distinguir dos tipos de problemas: el primero está vinculado a la transmisión del pasado; el segundo a la utilización que del mismo se hace. La transmisión de las tradiciones se realiza de diferentes maneras, según la importancia que se conceda a la historia y el papel que se asigne a las tradiciones.

La actitud de las distintas corrientes del movimiento obrero hacia su historia y sus tradiciones es reveladora de por sí. Así, en el momento de la crisis revisionista, Bernstein comprende el peso notable que tiene la tradición en la socialdemocracia alemana cuando se trata de valorar hechos e ideas. Si los ortodoxos cristalizan esta tradición en un dogma, y perpetúan los mitos, con la fuerza y los inconvenientes que implica, los revisionistas, por el contrario, tratan de abolirlos por ser un grave obstáculo para «adaptarse a las realidades». Bernstein destaca:

«La revisión a la que debemos proceder no tendrá significación práctica más que si dejamos de conceder un sitio desmesurado a la tradición y si perdemos la costumbre de referirnos continuamente a las luchas del pasado»³⁶.

Pero, el papel de la tradición en el movimiento obrero, la voluntad de éste de permanecer unido a su propia historia, no podrían juzgarse a través de las manipulaciones de los ortodoxos, para quienes la tradición se ha convertido en una tienda de verdades prefabricadas, y por lo tanto en un factor conservador, ni a través de los juicios de los revisionistas, quienes, al atacar las luchas del pasado, quieren borrar lo esencial del movimiento obrero: su identidad. La tradición conservada, transmitida, es a la par un elemento de cohesión de grupo y un elemento de continuidad, un factor movilizador y una fuente que alimenta la memoria colectiva y la conciencia de clase. Asume una

³⁶ Eduard Bernstein, *Les pré-supposés du socialisme*, París, Le Seuil, 1974, p. 57.

función crucial en los virajes históricos. Rosa Luxemburgo, en enero de 1918, celebrando la aparición de la biografía de Karl Marx escrita por Mehring, señala: «En este momento, no se podría ofrecer nada más hermoso a las masas para recordarles sus mejores tradiciones»³⁷. Durante la guerra, fustiga el «empantanamiento» de los centristas que confunden la tradición con el culto al pasado y no guardan «más que un nostálgico recuerdo de los tiempos felices en que no se sentía vergüenza de llamarse socialdemócrata alemán»³⁸.

¿Se trata de escamotear el pasado o, por el contrario, de situarlo en el centro mismo de las reflexiones y las referencias críticas? ¿Se usa el pasado como fuente de legitimidad, de justificación y de argumentación ideológica, o se le concibe como factor de movilización y de cohesión colectiva? Esta alternativa define la función que se asigna a la tradición. En el primer caso, el recurso a la memoria es selectivo y la utilización de la historia, en consecuencia, está sometida a los imperativos de una coyuntura dada. En el segundo caso, el redescubrimiento o el uso de la experiencia histórica pasa por la mediación de los problemas del presente, sin que el conjunto de las realidades históricas sea por ello escamoteado. Dos enfoques diferentes, aun cuando la confusión parece fácil. La historia-praxis y la historia-tradición son dos ejes constantemente entrecruzados, complementarios o contradictorios en sus exigencias, que la historia tradicional, institucional y política, llamada historia del partido, parecía estar en condiciones de resolver mediante un revoque de la fachada ideológica.

³⁷ Carta a Mehring del 28 de junio de 1918, en Rosa Luxemburgo, *J'étais, je suis je serai! Correspondance 1914-1919*, preparado por Gilbert Badia, Irène Petit y Claudie Well bajo la dirección de Georges Haupt, París, Maspero, 1977, p. 347.

³⁸ Carta a Mehring del 30 de diciembre de 1917, *ibid.*, nota 90.

VI

Pese a los crueles desmentidos y a las consecuencias desastrosas, la ilusión de poder superar estas contradicciones persiste. Sin embargo, los historiadores militantes, ellos mismos comprometidos, dan la alarma. La historia del movimiento obrero, desnaturalizada, reducida al papel de auxiliar de la ideología, confunde más de lo que aclara, perjudica más de lo que beneficia. Porque así quedan disimuladas las sustancias del movimiento obrero y la posibilidad de su conocimiento, y por tanto de su control: el desarrollo y el desplazamiento de las contradicciones de clase, las transformaciones sociales y las mutaciones socioprofesionales que se operan en el seno de la clase y del movimiento obrero como consecuencia de las transformaciones estructurales y tecnológicas de la sociedad capitalista, los cambios realizados en el proceso objetivo de enfrentamiento de las fuerzas sociales, sus efectos políticos, ideológicos, sociales y su implicación en los distintos niveles de la lucha obrera, las constantes y las rupturas que de todo esto resultan. Sólo el conocimiento lúcido y global del pasado, del «movimiento real», para emplear el término de Marx, permite en última instancia comprender la naturaleza y el alcance de la intervención de los partidos obreros en el proceso histórico en el que están insertos, gracias al cual ejercen una acción en el desarrollo del movimiento que condiciona las modalidades de su intervención, las relaciones con las fuerzas sociales, su audiencia o sus fracasos, y que determina también las formas que deben tomar sus acciones. Como señala Mehring a propósito de la I Internacional:

«La clase obrera moderna lucha en las condiciones que le han sido impuestas por el desarrollo histórico, es decir, en condiciones que ella no puede trastocar de golpe, que sólo puede superar por la comprensión, en el sentido hegeliano del término: comprender es superar».³⁹

Su reflexión sobre la historia es la de su propia identidad.

³⁹ Franz Mehring, *Geschichte...*, ob. cit., vol. IV, p. 359.

Asumirla íntegramente o distanciarse seleccionando hechos o poniendo entre paréntesis las situaciones incómodas equivale, en definitiva, a plantear el problema fundamental: la capacidad de ejercer una auto-crítica enfrentándose con el propio pasado o seguir ocultándolo e hipertrofiar así la memoria colectiva.

Ahora bien, para que la historia sea comprendida o para que el llamamiento de Gramsci de «tomar de nuevo posesión de nuestra propia memoria como proceso histórico desarrollado hasta hoy» sea entendido y realizado, no basta con abandonar una práctica envejecida, anacrónica o desacreditada, de la historia. Borrar los apriorismos y los estereotipos, negarse a avalar las mentiras, sólo es un paliativo, o a lo más, un primer paso. Tampoco la inversión de las relaciones entre pasado y presente, entre política e investigación histórica, podría reducirse a una declaración de guerra contra la institución histórica oficial envuelta en la retórica de moda. Las dimensiones teóricas de una asunción del pasado como praxis vivida son considerables, sin hablar ya de sus implicaciones políticas. Oskar Negt formula los datos partiendo de la pregunta: ¿de qué manera y en qué condiciones se presenta, para una clase, la necesidad de escribir su historia bajo una nueva forma? Para él:

«el problema esencial es volver a la frase de Lukács: tratar el presente como un problema de historia. Lo cual significa que la historia no designa tan sólo una forma del pasado sino también, conjuntamente, una forma del porvenir. Por tanto, la historia representa, ante todo, una intervención consciente en las tendencias históricas en el plano práctico y político, pero también un análisis adecuado de dichas tendencias que constituyen los puntos nodales de encuentro del presente, del pasado y del porvenir»⁴⁰.

⁴⁰ Informe de Oskar Negt, en *Jahrbuch der Arbeiterbewegung*, 2, páginas 277-278.

El problema fundamental que plantea la historia del movimiento obrero es, pues, creer o saber (es decir, comprender para actuar), perpetuar los credos del siglo XIX o atreverse a reconsiderar unas premisas convertidas en axiomas: ¿en qué medida la clase obrera sigue siendo una clase teleológica investida de una misión histórica?

VII

Aunque la herencia del pasado haya sido gravosa y siga pesando sobre la historia obrera, han sido levantadas hipotecas –y no pequeñas– gracias a un contexto sensiblemente modificado. «El creciente academicismo de la historia obrera ha corregido algunos de los prejuicios de la historia obrera tradicional, y la inestable coyuntura política en la izquierda ha corregido otros»⁴¹, comenta Hobsbawm. No tengo la menor intención de emprender una defensa *pro domo*, de elogiar los méritos o fustigar los defectos de la llamada historia universitaria, académica, tan violentamente acusada por procuradores más o menos objetivos o cualificados. Proceso tanto más fácil de incoar cuanto que nadie tiene intención de ganarlo. De momento se parece más bien a un ajuste de cuentas, de viejas cuentas. Lo que se reprocha a *Mouvement Social*, revista que ha desempeñado un papel considerable en esta transformación, es el estar a la cabeza de la investigación, el trabajar «de acuerdo con los criterios del discurso profesional de los historiadores: espejismo de lo cuantitativo, monografías eruditas, prioridad de la documentación sobre los problemas», para luego afirmar que:

«los explotados, los campesinos, los obreros son a su vez atrapados por la máquina universitaria, por intermedio de quienes han optado por hacer de ellos su “especialidad” según las reglas del encasillamiento profesional establecidas por la institución»⁴².

Ese tipo de discurso tiene más de vehemencia panfletaria, de busca de un efecto, que de reflexión fundada en el conocimiento y en el análisis de los hechos. Ante todo, son el rigor y las exigencias universitarias los que han sabido crear una contracorriente, hacer prevalecer otra manera de comprender, abordar y practicar una nueva historia obrera.

⁴¹ Eric Hobsbawm, art. cit., p. 274.

⁴² Jean Chesnaux, ob. cit., p. 140.

Además —y una simple lectura de las obras convencerá a las mentes críticas a condición que obren de buena fe— la «literatura de los profesores» no se parece en nuestros días a una «novela por entregas», según palabras de Mehring, como sucedía en Alemania a fines del siglo XIX y comienzos del actual con la historia del movimiento obrero, incluso si los prejuicios y el espíritu partidista se han infiltrado y escondido bajo ropajes académicos.

En fin, aunque la historia tradicional, superada, dudosa, sigue dominando, esto ya no impide una lúcida toma de conciencia. Los historiadores del movimiento obrero, independientemente de la posición en que están situados, se interrogan. Incluso para aquellos que continúan practicando una historia tradicional, se hace más o menos evidente que tal enfoque, una problemática así circunscrita, podrá paliar el mal orgánico heredado pero no extirparlo. El malestar —del que los partidarios de la «socialización del saber histórico» son, de algún modo, portavoces— es también expresión de un proceso de cambio, del proceso de percepción por parte de los historiadores de una nueva acepción de la función de la historia del movimiento obrero y de una nueva estrategia de la investigación. Una certeza aparece, aun cuando las modalidades e incluso la finalidad sigan siendo objeto de controversias o función de opciones ideológicas conflictivas. Poner término a la hipertrofia de la historia ideológica, acabar con ese montaje de los acontecimientos al que se presta la llamada historia del partido, hacer saltar esos cerrojos, no son sino condiciones previas, indispensables sin duda, pero insuficientes. Para poder superar la historia aparente, es preciso aventurarse por nuevos caminos, abiertos en parte por las ciencias sociales. «Tarea seguramente difícil», como señala Michèle Perrot (cuya obra nos proporciona el ejemplo del modo de superar la dificultad). La historia es, pues, «una disciplina compartida, incierta, desgarrada entre varios lenguajes, requerida por distintos métodos, hostigada por muchas interrogaciones, comprometida en la prosecución infernal de una realidad que la asedia y la rehuye»⁴³.

⁴³ Michèle Perrot, *Les ouvriers en grève* (France 1871-1890), París, Mouton, 1974, vol. II, p. IV.

La confrontación entre la historia tradicional y la historia obrera abiertamente social no es tan sólo una controversia académica estéril, un debate metodológico abstracto; es el combate por una historia obrera nueva, que va mucho más allá del saber histórico. Sacrificar por consideraciones ideológicas o por rutina el estudio de una realidad multiforme, compleja y rica, equivale a sacrificar lo esencial de la historia del movimiento obrero, el conocimiento de una experiencia duramente adquirida de la que siempre se le ha privado.

2. LA COMUNA COMO SÍMBOLO Y COMO EJEMPLO⁴⁴

Al día siguiente de la caída de la Comuna, se abrió un debate vehemente, pasional, en el que muchos antagonistas blandieron la Comuna como ejemplo. Thiers, Jules Favre reactualizaron la vieja y fácil tesis del complot, convirtiendo a la Comuna en una prueba típica de las sórdidas intrigas de esa sociedad diabólica, la Internacional. Esa tesis, destinada a desnaturalizar la imagen de la insurrección de los obreros parisienses en el mundo entero, contribuyó en gran parte a forjar su leyenda. Recordemos a Marx, quien señala con cierta sorpresa:

«Se creía hasta ahora que la formación de los mitos cristianos en el Imperio romano no había sido posible sólo porque la imprenta aún no se había inventado. Todo lo contrario. La prensa cotidiana y el teléfono, que en un abrir y cerrar de ojos difunden sus noticias por todo el globo, fabrican más mitos en un día que los que antiguamente podían fabricarse en un siglo (y esos zopencos de burgueses se los tragan y los difunden)»⁴⁵.

Por su parte, las distintas familias socialistas —cada una a su modo— se han alimentado de la Comuna, han evocado su ejemplo para justificar, reforzar sus posiciones. Cien años más tarde, las controversias aparentemente continúan. Adoptada como símbolo o enarbolada como bandera, la Comuna reaviva los fervores partidarios: cada tendencia que invoca al movimiento obrero pretende rodearse de la aureola de 1871 y se proclama como su única heredera legítima. Palpable demostración de la longevidad de viejas polémicas, que hacía prever el testimonio de Engels de 1874: «Cuando la Internacional se convirtió en Europa, gracias a la Comuna, en una potencia moral, inmediatamente empezó la discordia. Cada tendencia quería explotar el éxito en favor

⁴⁴ Publicado en *La Commune de 1871, Actes du colloque de Paris, mai 1971*, París, Ed. Ouvrières, 1972. (Este volumen constituyó originariamente el número de abril-junio de 1972 de *Mouvement Social*.)

⁴⁵ Carta a Kugelmann del 27 de julio de 1871, en Karl Marx, Jenny Marx y F. Engels, *Lettres à Kugelmann*, París, Ed. Sociales, 1971, p. 201; *MEW*, XXXIII, p. 252 [*Cartas a Kugelmann*, Barcelona, Península, 1974].

suyo. Sobrevino la disgregación, que era inevitable»⁴⁶. De hecho, esta controversia es menos un testimonio de la continuidad de los debates que de la función ideológica de la historia de la Comuna, de su tradición en el movimiento obrero. Pasado y presente, historia e ideología continúan mezclándose, entrecruzándose en este eterno debate que confirma –si la confirmación fuera necesaria –el extraño destino que ha conocido la insurrección parisiense, convertida a la vez en ejemplo y en símbolo profundamente arraigados en la memoria colectiva. Este aspecto, la prolongación teórica, política, ideológica, mental de la Comuna, constituye por sí solo toda una historia, de hecho la segunda fase de su misma historia. Pero, de algún modo, la Comuna ha marcado profundamente el curso de la historia del movimiento obrero y ha modelado sus aspiraciones. Por su realidad y por su imagen, la Comuna es parte orgánica del patrimonio del movimiento obrero: está sólidamente incorporada a su desarrollo teórico, a sus tradiciones, sus mitos, su conciencia histórica, su sistema de referencias y, desgraciadamente, también a sus divergencias y desacuerdos ideológicos fundamentales. Vasto tema en el tiempo y en el espacio, complejo, difícil de acotar y de definir. Sería inútil negar que existe un marcado divorcio entre las dos fases. En las imágenes transfiguradas por la memoria colectiva, o en las fórmulas cristalizadas en dogmas, erigidas en axiomas, el historiador de la Comuna busca, a menudo en vano, el reflejo de sus eruditas investigaciones. Edouard Vaillant lo constata con mucha lucidez treinta y un años después del 18 de marzo:

«Podemos dejar [...] a la crítica histórica la tarea de separar de esos grandes acontecimientos grandiosos y dolorosos las circunstancias y las pasiones que los crearon, y marcar en ellos los diversos factores de su desarrollo».

Para Vaillant, tales investigaciones no podrían modificar ya lo esencial, la imagen sólidamente implantada en la clase obrera. A su juicio:

⁴⁶ Carta de Engels a Sorge, del 12 de septiembre de 1874, *M EW*, XXXXXI, página 642. Por razones de comodidad, tomamos las siguientes citas del pequeño volumen, Karl Marx y Engels, *La Commune de Paris de 1871*, París, 10/18, 1971; recopilación útil que comprende numerosos textos a menudo inéditos en francés, aunque no exentos de errores de traducción [*La Comuna de París*, Madrid, Akal, 1979].

1) «Lo que domina y dirige, lo que da su valor histórico y político [a los acontecimientos de 1871], es su carácter obrero, socialista y revolucionario.»

2) «¿Qué importa ahora que [la Comuna] fuera efímera, o si se quiere, inferior en los hechos a la leyenda que la ha engrandecido? La generación que luchó, que sufrió, ha desaparecido. Sus males han concluido: ha dejado su ejemplo»⁴⁷.

Lo que para Vaillant era la comprobación de una ruptura como producto mismo de la historia, se convirtió algunas décadas más tarde en todo un argumento razonado, que ha tenido gran peso en los destinos de la historiografía de la Comuna. La ambigüedad del término leyenda⁴⁸, que engloba ejemplo y símbolo, fue ampliamente explotada por una historiografía partidista⁴⁹. Ha culminado en dos operaciones. La primera se ha traducido en la voluntad de remodelar la realidad de la Comuna para adecuarla a una imagen transfigurada por la ideología. De ejemplo estimulante para la reflexión –como lo fue durante medio siglo–, la Comuna se transformó en argumento político, en ejercicio de estilo de una ortodoxia que sólo podía derivar en una jerga lo menos histórica posible. Los razonamientos basados en un análisis pseudo-histórico, que treinta años de historiografía stalinista nos hicieron familiares, gozan de buena salud; en suma, no han hecho más que contribuir a desacreditar el tema, a desviarlo de los verdaderos caminos de la historia. La segunda, por reacción, se ha propuesto como objetivo «purificar» la historia, denunciar el divorcio realidad/

⁴⁷ El artículo de Vaillant fue publicado en *Le Sociáliste*, 15-22 de marzo de 1903. Está íntegramente reproducido en Maurice Dommanget, *Edouard Vaillant, un grand sociáliste*, París, La Table Ronde, 1956, pp. 394-95.

⁴⁸ El término leyenda fue empleado por los socialistas para denunciar las calumnias de los adversarios de la Comuna. En una carta abierta aparecida en *Le Rappel* del 25 de julio de 1880, Lissagaray escribía: «He aquí a la canalla literaria que, como amo único de periódicos y librerías, durante años ha fabricado la leyenda de las cosas y los hombres de la Comuna [...] Esta carta está íntegramente reproducida en el prefacio de Jean Maitron al libro de P. O. Lissagaray, *Histoire de la Commune de 1871*, París, Máspero, 1970, p. 7 [*Historia de la Comuna*, Barcelona, Laia, 2 vols., 1975]. Sobre las leyendas que corrieron en Francia, véase la tesis de G. Tersen, *L'opinion publique et la Commune de París, 1871-1879*, inédita, París, 1952, y sus artículos en el *Bulletin de la Société d'Études Historiques, Géographiques et Scientifiques de la Région Parisienne*, vol. 34, n.º 106-109, 1960, y vol. 36, n.os 144-145, 1962.

⁴⁹ Véase Catherine Ournow, «De Historiographie van de Commune», *Socialistische Standpunten*, n.º 1, 1971.

imagen, pero finalmente ha llegado a desacreditar cualquier interpretación o análisis marxista, rechazándolos de entrada. El concepto de leyenda engloba así, mezclados, interpretación e ideología, análisis científico y manipulación. En 1930 apareció la obra, no desprovista ciertamente de interés, del historiador americano Edward S. Mason⁵⁰, quien se empeña en demostrar que las reflexiones, interpretaciones y recuerdos sobre la Comuna tan sólo han dado origen a un tipo de explotación de la historia apta para maquinaciones políticas. Mason ha hecho escuela, mezclando tradiciones y mitos incorporados a la Comuna con interpretaciones socialistas y comunistas que él intenta refutar por considerarlas como «una leyenda elaborada con fines políticos». En esta línea se sitúa también el trabajo del historiador suizo Heinrich Koechlin⁵¹, y sobre todo una obra muy documentada de Günther Grützner, cuyo título es de por sí evocador: *Poder y carrera de una leyenda política*⁵². Esta actitud con pretensiones de «deontología histórica» sólo logra, en última instancia, acumular falsos problemas. De hecho, la «leyenda» ha sido tan importante para la historia del movimiento obrero como el «acontecimiento de la Comuna» en sí mismo⁵³. Fue esa leyenda la que desempeñó un papel «movilizador», la que sirvió para forjar una conciencia de clase, confiriendo larga duración y vasto alcance a la herencia de la Comuna. En otras palabras, tiene probablemente una importancia diferente (o más bien, digamos, una importancia de otro género) que la propia historia de la Comuna. Los cambios en la recepción y en la proyección de las imágenes del levantamiento de 1871, imbricados en la evolución ideológica general, son en sí mismos un fenómeno histórico que merece un prolijo estudio.

⁵⁰ Edward S. Mason, *The Paris Commune. An episode in the history of the socialist movement*, Nueva York, reed. 1967.

⁵¹ Heinrich Koechlin, *Die Pariser Kommune im Bewusstsein ihrer Anhänger*, Basilea, 1950.

⁵² Günther Grützner, *Die Pariser Kommune. Match und Karriere einer politischen Legende. Die Auswirkungen auf das politische Denken in Deutschland*, Colonia, Westdeutscher Verlag, 1963.

⁵³ Como lo proclama Vaillant en *Le Cri du Peuple* del 19 de marzo de 1884: «A los ojos de todos, la Comuna sigue siendo la revolución militante, la marcha del proletariado en armas hacia la conquista del poder» (Maurice Dommangeat, ob. cit., p. 100).

J. Bruhat, en un reciente artículo, hablaba de los procedimientos lamentables de la historiografía que dan por resultado la mutilación de los acontecimientos⁵⁴. En el marco de ese tema, donde desgraciadamente los hechos corren el riesgo de desaparecer en provecho de lo anecdótico, el aspecto más odioso reside en los razonamientos pseudo históricos que operan a través de la mutilación de palabras y nociones tales como lección, experiencia, enseñanza, ejemplo. Utilizaré aquí los términos de símbolo y ejemplo más bien en una acepción restrictiva que en su realidad plena. La distinción que quiero hacer entre estas dos nociones es la siguiente:

–el *símbolo*, es decir lo descriptivo, sugiere a mi juicio la atracción ejercida por la imagen de la Comuna, tal como ha plasmado en los recuerdos y en las mentalidades colectivas, o tal como ha sido transfigurada por las ideologías;

–el *ejemplo*, o lo significativo, agrupa los múltiples esfuerzos para aprovechar una experiencia, para sacar conclusiones teóricas de los acontecimientos, para extraer nuevas ideas directrices orientadas a la acción, a una cierta acción.

Va de suyo que la compartimentación que aquí realizo no es en absoluto estanco. Entre los fenómenos que abarcan esos dos conceptos existen relaciones orgánicas de negación a la vez que de complementariedad.

⁵⁴ Jean Bruhat, «Les interprétations de la Commune», *La Nouvelle Critique*, número especial consagrado a la Comuna, 1971, p. 120.

I. LA COMUNA COMO SÍMBOLO

La Comuna de París, «primera revolución social», tuvo, como es bien sabido, un profundo eco en el movimiento obrero. ¿Cómo delimitar el contenido y la duración de esta influencia, es decir de las esperanzas, las imágenes, que la memoria colectiva evoca ante el nombre de Comuna de París? M. Moissonnier señalaba no hace mucho, a este propósito, que «en la conciencia popular se desarrolló luego, de manera fatalmente esquemática, una representación un tanto idealizada de la Comuna»⁵⁵ Comprobación razonable que sugiere dos preguntas: 1) ¿Qué significa y qué expresa esta idealización? 2) Las imágenes transfiguradas por la memoria colectiva ¿han sido una «secreción endógena»? Voy a intentar responder con brevedad a estos dos puntos.

A través del prisma de la insurrección parisiense nace una nueva conciencia histórica. La Comuna aporta a los militantes socialistas, en busca de referencias, la confirmación de que el proletariado es el vector de la historia proyectado hacia la revolución social, que ese proletariado puede conquistar el poder, constituir un gobierno obrero, en suma, que encarna la voluntad de asumir el futuro. Así, en el movimiento de solidaridad que desencadena en 1871, la Comuna es considerada ya como un fenómeno precursor. «La democracia en Alemania espera impaciente el momento en que podrá imitar este hermoso ejemplo», proclama la resolución votada a comienzos de mayo de 1871 por los obreros de Hannover. «La hora de la liberación de los obreros ha llegado».⁵⁶ La represión sangrienta, traumática, fue también, en gran medida, una liberación⁵⁷. Alimentó un sentimiento

⁵⁵ Maurice Moissonnier, «L'expérience de la Commune, le marxisme et les problèmes de l'Etat», número especial ya citado de *La Nouvelle Critique*, p. 27.

⁵⁶ *Journal Officiel de la République Française sous la Commune*, n.º 122, martes 2 de mayo de 1871, p. 1

⁵⁷ Evidentemente, la Comuna no produce el mismo impacto en los distintos sectores de la clase obrera, en todos los países. Si en Italia es el catalizador del joven movimiento obrero y si allí la AIT penetra siguiendo sus pasos, en Inglaterra el efecto es el inverso: contribuye al distanciamiento de los *trade-unions* con respecto a la I Internacional. En Inglaterra, la insurrección parisiense despierta poco entusiasmo y los incidentes ocurridos en el Consejo General de la AIT lo demuestran. Dos de sus fundadores, Odger, que fue su primer presidente, y el viejo cartista Lucraft, se niegan a suscribir el manifiesto redactado por Marx en nombre de la AIT (*La guerra civil en Francia*) y dimiten. Lo que hará decir a Marx: «Una parte de la misma clase obrera no

de odio, de venganza; la convicción de que se había entablado una indudable guerra social, una lucha a muerte entre proletarios y burgueses en una sociedad, desde entonces, bipolar:

«De un lado, se veía a los proletarios de todos los países que, con orgullosa seguridad y grandes esperanzas, habían vuelto sus ojos hacia los hombres de la Comuna, considerándolos, a justo título, su vanguardia en la presente guerra social. Del otro lado estaban los vampiros de las fábricas, los caballeros de la Bolsa y todo el resto de parásitos que, llenos de angustia, escondían la cabeza entre los hombros».

He aquí lo que se podía leer en el editorial del 29 de mayo de 1872 redactado por Johann Most, en la *Chemnitzer Frete Presse*, que apareció recuadrado de negro el día del aniversario de la caída de la Comuna, Una de las consecuencias más importantes del impacto sufrido fue que la conciencia obrera dejó de seguir los pasos de las revoluciones burguesas; ya no necesitaba alimentarse tan sólo del recuerdo de las de 1789 y 1848, ahora disponía de «una revolución con ropaje obrero», como dice Valles. A partir de la década de 1870, en muchos países se empezó a celebrar la Comuna, concebida como símbolo. La conmemoración del 18 de marzo se convirtió en un acontecimiento capital para la vida del joven movimiento obrero internacional. La celebración «de la fecha inolvidable del 18 de marzo» llegó a ser «más que ningún otro, el día de fiesta internacional del socialismo o, para ser más exactos, el día de fiesta del internacionalismo»⁵⁸. Jornada de evocación del proletariado, en la que «nuestra memoria debe recordar el pasado con más profundidad que de costumbre, a fin de que podamos sacar de él enseñanzas para el porvenir»⁵⁹. También, jornada de combate:

había comprendido aún que su bandera acababa de sucumbir [en París]. El Consejo tuvo una prueba de ello, entre otras cosas, con la dimisión de dos de sus miembros, los ciudadanos Odger y Lucraft» (*La Première Internationale*, recopilación de documentos publicada bajo la dirección de Jacques Freymond, Ginebra, Droz, 1971, vol. II, p. 266). La actitud de los dirigentes sindicales no sorprendió a Marx. Ya el 8 de abril de 1871, en la reunión del Consejo General, se lamentaba: «Mientras los parisienses luchaban con peligro de sus vidas, en Inglaterra la clase obrera se comportaba de un modo vergonzoso».

⁵⁸ «Sozialpolitische Rundschau», *Der Sozialdemokrat*, n.º 13, 22 de marzo de 1883, p. 3.

⁵⁹ *Der Sozialdemokrat*, n.º 22, 30 de marzo de 1880, p. 1.

«La celebración del 18 de marzo –fecha gloriosa de la revolución del siglo XIX– es una fiesta internacional que os convoca, pues en todo el mundo los proletarios conscientes de su clase la reivindican como fecha conmemorativa de las luchas revolucionarias y sociales de los tiempos modernos. Al reunimos el 18 de marzo, lo que festejamos no es sólo la Comuna de París; son también las diversas revoluciones de 1848, la lucha del pueblo berlinés en las barricadas y, sobre todo, las heroicas luchas de la Rusia revolucionaria contra el despotismo zarista»⁶⁰.

En Alemania y en Austria, la Comuna coincide con el aniversario –desde entonces tradicional– de las jornadas de marzo de 1848, a las que se asocia. Como escribe W. Liebknecht el 15 de marzo de 1890, en el discurso leído durante el banquete internacional de la agrupación parisiense del Partido Obrero:

«Vais a celebrar el 18 de marzo. También nosotros. Es una fecha común para franceses y alemanes: el 18 de marzo, levantamiento del pueblo de Berlín; el 18 de marzo, levantamiento del pueblo de París. Al celebrar juntos esta fecha gloriosa –fecha internacional y fecha franco-alemana por excelencia– celebramos el pacto de alianza que concertamos el 14 de julio del año pasado en el gran París de la revolución»⁶¹

La Comuna de París se convierte en idea, profesión de fe, confirmación del devenir histórico y del inevitable cumplimiento de la revolución proletaria:

«Hoy no sólo millares sino millones de proletarios han hecho suyas las aspiraciones revolucionarias que la Comuna llevaba en sus entrañas, y se disponen a convertirlas en realidad»⁶².

⁶⁰ «La redacción del *Sozialdemokrat* a los ciudadanos reunidos en la fiesta del aniversario del 18 de marzo, ofrecida por la agrupación parisiense del Partido Obrero», en *Le Socialiste*, órgano del Partido Obrero, n.º 83, 26 de marzo de 1887, p. 2.

⁶¹ El original de la carta de Liebknecht, escrita en francés, se encuentra en Amsterdam, IHS, Archivos Guesde, 100/4. Fue publicada en hoja volante: «Parti ouvrier. Le Conseil National aux fédérations, groupes et membres du parti, avril 1890», Lille, Imprimerie Ouvrière, Archivos Guesde 189/4.

⁶² Discurso de Pablo Iglesias y Francisco Diego, Madrid, 16 de marzo de 1890, *ibid*.

En otros términos, la Comuna proporciona al movimiento obrero una tradición autónoma, una *legitimación*. Gracias a esta «santa tradición» –para emplear las palabras de Rosa Luxemburgo– el proletariado europeo toma conciencia de sí mismo.

Los dirigentes de todas las tendencias que se enfrentan en el seno de la I Internacional comprenden muy bien el peso de las tradiciones incorporadas a la Comuna. No carece de interés comprobar que Marx y Bakunin en 1871 encuentran el mismo acento, las mismas fórmulas para exaltar la importancia del ejemplo de los protagonistas de la Comuna⁶³:

MARX

[París estaba] radiante en el París, afirmando de nuevo su entusiasmo de su iniciativa histórica [...]

¡Qué iniciativa histórica y qué capacidad de sacrificio tienen estos parisienses!

Sus mártires tienen su santuario en el gran corazón de clase obrera.

[Con la Comuna] se ha conquistado un nuevo punto partida que tiene importancia para la historia de todo el mundo [...]

BAKUNIN

París, afirmando de nuevo su potencia histórica de iniciativa [...]

La Comuna de París, que por de la haber sido masacrada, ahogada en sangre [...] ha resurgido más viva, más poderosa en la imaginación y en el corazón del proletariado de Europa.

París ofrece una base real al de socialismo revolucionario [...]

⁶³ Las citas de Marx han sido tomadas de *La guerra civil en Francia* y de las *Cartas a Kugelmann*; las de Bakunin de su obra *La Comuna de París y la noción de Estado*, publicada en 1871.

MARX

Gracias a la Comuna de París la lucha de la clase obrera contra la clase de los capitalistas y contra el Estado que representa los intereses de ésta ha entrado en una nueva fase.

La insurrección de París [...] constituye la proeza más heroica de nuestro Partido desde la insurrección de junio [de 1848].

He aquí su verdadero secreto [...]

BAKUNIN

París inaugura una nueva era: la de la emancipación definitiva y completa de las masas populares y la de su solidaridad, desde ahora real, a través de las fronteras de los Estados y a pesar de ellas [...]

El socialismo revolucionario acaba de dar una primera manifestación deslumbrante y práctica con la Comuna de París.

Tal es el verdadero sentido [...]

La acusación que se hacen recíprocamente de haber querido captar la herencia de la Comuna pone de manifiesto que estos grandes dirigentes han comprendido la significación de aquélla para el mundo obrero, para sus tradiciones. Así, Bakunin pretende que los «marxistas» se han visto obligados a inclinarse ante el hecho de que la Comuna es la destrucción del Estado y, contra toda lógica, han hecho suyos el programa y los objetivos de ésta:

«Los mismos marxistas, cuyas ideas habían sido trastocadas por esta insurrección, se vieron obligado a descubrirse ante ella. Y fueron más lejos aún. En contra de la lógica más elemental y de sus verdaderos sentimientos, *proclamaron que el programa y el objetivo de la Comuna eran los suyos*. Fue un travestismo verdaderamente grotesco pero forzoso. Hubieron de hacerlo so pena de verse desbordados y abandonados por todos, tan poderoso era el fervor que había despertado esta revolución en todo el mundo»⁶⁴.

⁶⁴ Carta al diario *Liberté* (Bruselas), del 5 de octubre de 1872, en M. Bakunin, *Oeuvres*, París, Stock, t. IV, pp. 385-387. Es de señalar que un historiador marxista de envergadura como Arthur

No iré más adelante en esta guerra de apóstrofes, aun siendo reveladora del estado de ánimo imperante y de las pasiones que alimentaba la Comuna, porque ha quedado como un punto de referencia obligado dentro de una visión del mesianismo revolucionario del siglo XIX. Por lo demás, sus adversarios comprendieron la significación que tenía para el mundo obrero, el interés que suscitaba. Una abundante literatura contraria a la Comuna se desencadenó sobre Europa con el propósito de vaciar ese acontecimiento de su sentido histórico. Así, Dühring, en Alemania, se empeñaba en negar el carácter socialista de la Comuna⁶⁵.

El problema que se plantea es el de saber si la tradición y la toma de conciencia a partir de la Comuna fueron sólo producto de la imaginación popular, o si fueron alimentadas y modeladas por lecturas, palabras e imágenes, es decir por interpretaciones ideológicas proyectadas en la conciencia obrera⁶⁶. Esto podría verificarse estudiando la gran variedad de documentos aún sin explotar producidos por las conmemoraciones

Rosenberg en cierto modo profundiza este análisis al señalar que con *La guerra civil en Francia* «Marx se anexionó la Comuna. Sólo a partir de entonces el marxismo dispuso de una tradición revolucionaria a los ojos de la humanidad. Hasta 1870, Marx tenía ya la reputación de excelente teórico del movimiento obrero, pero el gran público nada sabía de la actividad política y revolucionaria de los marxistas. Sólo en 1871, cuando Marx, con firmeza y convencimiento, tomó partido públicamente por la Comuna y atrajo sobre sí la indignación de la sociedad burguesa, consiguió que para la opinión pública mundial coincidieran su Internacional y la Comuna. Sólo después de 1871 marxismo y revolución obrera van a la par... Así, en 1871, Marx creó una importante tradición para los movimientos futuros del pueblo trabajador y situó su propia teoría en el centro de estos movimientos» (Arthur Rosenberg, *Demokratie und Sozialismus. Zur politischen Geschichte der letzten 150 Jahren*, Amsterdam, 1938, p. 194).

⁶⁵ Cf. a este respecto, G. Grütznher, ob. cit., así como los estudios de Eberhard Hacketal, en *Staat und Recht*, 1966, t. 6, y en *Jahrbuch für Geschichte*, 1967, vol. II.

⁶⁶ En Francia el debate en torno a la Comuna se prolonga en los medios socialistas. Louis Dubreuilh, brazo derecho de Edouard Vaillant, destaca la actitud diferenciada de los intelectuales y los obreros socialistas, a finales de siglo: «Nada es tan penoso como juzgar un movimiento abortado. Los vencidos siempre están equivocados, aun para quien los ama, para quien confraterniza con ellos. Aquel que más habría deseado su victoria siente con frecuencia la tentación de mostrarse el más severo. Sin duda, es ésta la razón de que la Comuna haya obtenido y obtenga aún tan escasa indulgencia por parte de los intelectuales, incluso entre los simpatizantes que han tenido a bien ocuparse de ella. La Comuna no ha encontrado benevolencia, en suma adhesión franca y total, más que entre el proletariado que, olvidando el detalle y lo accidental, es decir las flaquezas, incapacidades, taras individuales, sólo recuerda la barricada, cuya imagen proyecta sobre la pantalla del pasado como la del episodio más notable de la lucha secular contra los detentadores del capital y del poder. ¡Visión simplificada, quizá, y que no toma en cuenta contradicciones ni matices! Pero, aun así, ¿no sería sin embargo la más justa, e incluso la única justa?...» (L. Dubreuilh, *La Commune*, t. XI, de *Histoire socialiste*, dirigida por Jean Jaurès, p. 494).

del 18 de marzo: folletos, artículos de periódicos, discursos, canciones, obras teatrales, poemas y una importante iconografía. Durante varias décadas, las organizaciones obreras desplegaron una enorme actividad para cultivar un recuerdo y, a la vez, proyectar una imagen: la Comuna fue la asignatura privilegiada de su educación, cuando no la única. Así, en los primeros años que siguieron a la Comuna, los socialdemócratas alemanes difundieron miles de ejemplares de los folletos de Wilhelm Liebknecht, Wilhelm Blos, Johann Most, F. Rohleder y August Bebel (el folleto de este último lleva un título evocador, *Pour et encaire la Commune*) que exaltan, analizan, defienden e interpretan la insurrección de los obreros parisienses. Además, una importante literatura popular anarquista italiana, española y rusa abordará también el tema de la Comuna.

Es cierto que en los medios obreros se evidenciaba un profundo interés por el relato histórico. La suerte de la obra de Lissagaray es un buen ejemplo de ello. Traducida desde su primera edición a numerosas lenguas, fue reeditada en distintas ocasiones y se convirtió en una de las obras más consultadas de las bibliotecas obreras⁶⁷ hacia fines del siglo XIX. Marx contribuyó ampliamente a su difusión. Fue él quien corrigió la versión alemana mientras que la traducción inglesa fue obra de su hija, Eleanor Aveling Marx.

Dicho de otro modo, la imagen que se implanta en la mentalidad colectiva se configura a través del prisma de interpretaciones divergentes en el seno del movimiento obrero. Esto explica por qué, sobre un telón de fondo común, en la insurrección de 1871, se injertan diversas tradiciones. En Italia, y sobre todo en España, la interpretación anarquista toca la sensibilidad colectiva y desemboca en una viva tradición libertaria. Los internacionalistas italianos interpretan la Comuna como la disolución rápida e inmediata del Estado y la ven a través de las gafas de Bakunin. Por el contrario, en Alemania, el

⁶⁷ La difusión del libro por los marxistas es tanto más significativa cuanto que Engels daba una interpretación negativa del papel de Lissagaray en el movimiento obrero francés de la década de 1880. Bernstein va aún más lejos: «En lo que respecta a Lissagaray, soy totalmente de su opinión; lástima que le hayamos hecho tanta propaganda en Alemania». (E. Bernstein, *Briefwechsel mit Friedrich Engels*, Helmut Hirsch, comp., Assen, Van Gorcum, 1970, pp. 138 ss.).

manifiesto sobre *La guerra civil en Francia* de Marx alcanza inmediatamente una vasta audiencia y una enorme difusión. Sin embargo, la imagen pasa a través del filtro de las preocupaciones propias de los militantes socialdemócratas alemanes. Una réplica de W. Liebknecht a Engels, en 1872, aclara bastante la idea en torno a la cual se articula la imagen:

«Los obreros franceses han pasado por una escuela revolucionaria desconocida aún entre nosotros. Si nuestros obreros tuviesen esta escuela ¡oh, dioses! estaríamos más avanzados que los franceses, y ello gracias a nuestra organización. La Comuna no habría sido vencida con una organización de este calibre»⁶⁸.

Los ejemplos de Rusia, Alemania y, sobre todo, China despiertan interrogantes complementarios. ¿Cómo se ha integrado la tradición del levantamiento parisiense obrero y urbano de un país a otro y en estructuras infinitamente diversas? ¿Con qué aspectos de la Comuna, rica y contradictoria, se han identificado los diferentes sectores y las múltiples tendencias del movimiento obrero? Esta tradición de sacrificio, de heroísmo, consagra «a la vez, la espontaneidad revolucionaria y la dictadura popular, la democracia de masas y el rechazo del centralismo burocrático, el sentimiento patriótico y la fidelidad al internacionalismo proletario». El peso de la ideología es considerable. Tiende a nutrir la tradición, a modelarla, al tiempo que sufre su presión. La imagen del «alba de la gran revolución social», del «proletariado en armas» persiste pese a las mutaciones que conoce el movimiento y, en consecuencia, la interpretación de la Comuna. Al cambiar el siglo, su celebración tiende a caer en un ritual, su leyenda a empalidecer, su tradición a ser controvertida e incluso rechazada. Y, sin embargo, la Comuna sigue presente en el sistema de referencias, en el vocabulario, en la imaginería de la II Internacional. En noviembre de 1912, en el Congreso extraordinario de Basilea, cuando Vaillant sube al podio, los 550 delegados presentes se ponen de pie, espontáneamente, al grito de «¡Viva la Comuna!». De hecho, la Comuna se asocia entonces a la consigna «¡Guerra a la guerra!» y se esgrime en

⁶⁸ Cf. Gustav Mayer, *Friedrich Engels, eine Biographie*, La Haya, 1931, vol. II, p. 219.

todos los documentos de la Internacional como un ejemplo amenazador en caso de que la burguesía osara desencadenar una matanza.

El símbolo subsiste, pues, en el seno de las mutaciones. Inalterable en los medios anarquistas, tiende a diferenciarse entre los socialdemócratas de acuerdo con la orientación que toma el socialismo internacional. La tradición se mantiene viva entre los marxistas revolucionarios, pero la imagen es difuminada por las revoluciones posteriores. Primero, por la revolución rusa de 1905, aunque ésta hace resurgir el recuerdo de la Comuna con una fuerte pincelada de mimetismo. Todavía no se ha estudiado a fondo el fenómeno de estos grupos obreros que intentaban modelar los soviets tomando como punto de referencia la Comuna. Lenin considera que ese mimetismo es dañino para los intereses de la revolución rusa y comienza a desplazar el acento: la imagen cambia. Los errores, las debilidades de la Comuna –convertida, ahora, en espantajo–, son llevados a primer plano por los bolcheviques con la finalidad de subrayar mejor su propia fuerza ascendente, su seguridad. En 1905, Lenin califica la consigna «Comuna revolucionaria» de fraseología mistificadora:

«La palabra Comuna no da respuesta alguna y no hace más que llenar la cabeza con ecos lejanos... o con frases vacías. Cuanto más entrañable es para nosotros la Comuna de París de 1871, tanto menos tolerable es que salgamos del paso aludiendo a la misma sin examinar sus errores y sus condiciones peculiares [...]. En la historia se entiende por este nombre un gobierno obrero que no sabía ni podía [...] cumplir las tareas [que le concernían]».

Y después de haber pasado revista a los «errores» de la Comuna, concluye:

«En una palabra, tanto si os referís en nuestra respuesta a la Comuna de París como a otra cualquiera, esta respuesta será: éste fue un gobierno como no debe ser el nuestro»⁶⁹.

⁶⁹ V. I. Lenin, *Werke*, vol. IX, p. 69 [*Obras completas*, Madrid, Ayuso, 1974. La numeración de los tomos es la misma que en las ediciones alemana y rusa].

¿Cómo reaparece la imagen de la Comuna en 1917? Hay que distinguir dos momentos: antes y después de octubre. Según las observaciones de Marc Ferro, en el primer período sólo Lenin y los anarquistas sitúan explícitamente los acontecimientos de 1917 bajo el signo de la Comuna. Nada de sorprendente hay en esto: los mencheviques definen febrero de 1917 como una revolución burguesa, no como una revolución proletaria; el enemigo es apodado Bonaparte o Cavaignac, nunca Thiers.

Algo muy diferente ocurre con Lenin que, a partir de las «Tesis de abril», define los objetivos proletarios de la revolución. Algo también muy diferente ocurre con los anarquistas, para quienes la desestructuración de los poderes observada en 1917 corresponde a lo que a partir de la Comuna esperan de una revolución. Apenas los soviets se multiplican, llaman a sus periódicos *Kornmuna*, *Svobodnaia Kommuna* (La Comuna libre)⁷⁰...

Pero pronto los anarquistas identifican a la revolución proletaria no con la acción de los soviets –transformados en meros apéndices del poder– sino con la de los comités de fábrica. Para ellos, la referencia a la Comuna se sitúa en el marco de la lucha contra cualquier poder, puesto que ése poder está en vías de reestructuración. Entonces, Lenin se detiene más bien en las realizaciones que la Comuna ha proyectado pero no ha cumplido: «Si se toma el poder, hay que ir más lejos».

Cuando en octubre los soviets bolchevizados pasan a la insurrección, los anarquistas se unen al movimiento porque, a su juicio, Rusia ya ha logrado lo que las Comunas de 1870 y 1871 no habían llegado a realizar: una federación de colectividades (comités de fábrica, soviets, comités de salvación pública...) cada una de las cuales expresa una forma específica, espontáneamente creada, de la dictadura del proletariado. Queda por destruir lo que subsiste del viejo poder de Estado, federar esas instituciones revolucionarias. A los anarquistas les parecía

⁷⁰ P. Avrich, *The Russian anarchists*, Princeton, 1967, p. 125 [Los *anarquistas rusos*, Madrid, Alianza, 1974],

impensable que un partido político pudiese tener los medios para confiscar todo el poder en su provecho.

Lenin piensa lo contrario: precisamente para no repetir la trágica experiencia de la Comuna, es necesario apoderarse del poder político y conservarlo.

A partir de 1918, la imagen –digamos más bien un símbolo readaptado– resurge. Los bolcheviques, y luego la III Internacional, asumen la herencia y magnifican deliberadamente su propia revolución en el espejo de la Comuna, situándose así en una continuidad histórica que los justifique. Desde entonces, las opciones, los principios y los temas que hacen referencia a la insurrección parisiense se inspiran con frecuencia en el bolchevismo, en sus preocupaciones inmediatas o a largo plazo. Los elementos de estudio que proporciona M.-C. Bergère sobre dos situaciones en China, la de la Comuna de Cantón de 1927, y luego el resurgimiento del modelo de la Comuna de París durante la Revolución Cultural como medio de legitimación ideológica (la Comuna de Shanghai), son muy reveladores a este respecto⁷¹.

La insurrección de Cantón de diciembre de 1927, mal preparada por los dirigentes, aparece como el prototipo del golpe de Estado. Sin embargo:

«en la historia y la leyenda revolucionarias se sitúa al lado de la Comuna de París. Esta aproximación entre las dos Comunas ¿ha nacido de una voluntad consciente de imitación? ¿Surge de semejanzas objetivas o no es más que el resultado de una determinada política que trata de camuflar la naturaleza del fracaso cantonés asimilándolo al de la Comuna de París? Si existen semejanzas entre la Comuna de París y la de Cantón, es indudable que no han sido buscadas por los insurgentes chinos [...]. Si la Comuna de Cantón, en su proyecto, no hace referencia a la de París, tampoco la evoca durante su desarrollo [...]. Por su

⁷¹ Véase en especial el estudio de Marie-Claire Bergère, «La Chine: du mythe de référence au modèle d'action», *International Review of Social History*, número especial dedicado a la Comuna, 1972, vol. XIX, partes I-II, páginas 512-18. Este número especial ha aparecido también en forma de libro: *1871: jalons pour une histoire de la Commune*, Assen, Van Gorcum, 1972.

radicalismo —y su falta de realismo—, el programa de los insurgentes de Cantón puede ciertamente recordar al de la Comuna de París, aunque el modelo evocado con insistencia sea el de los soviets. De hecho, parece que el único punto en que la Comuna de Cantón coincide indiscutiblemente con la de París es la amplitud y el salvajismo de la represión a que da lugar [...]. En definitiva, parece ser que los orígenes de la referencia a la Comuna de París y las causas de la integración en el mito revolucionario hay que buscarlos en otro sitio que en Cantón. Llamar la atención sobre el heroísmo y los sacrificios de los insurgentes era una manera de desviarla de una búsqueda de responsabilidades que habría revelado, con demasiada evidencia, los errores del Partido Comunista chino y, a través de ellos, los de la Komintern y los de Stalin. Asimilar el fracaso de Cantón al de París era magnificarlo, convertirlo de inmediato en objeto de respeto y no de análisis».

Este no es sino un aspecto de la utilización, después de 1918, de un símbolo que conserva todo su prestigio. Se puede afirmar, incluso, que la tradición de la Comuna conoce entonces una segunda juventud. Se sitúa en la línea de la revolución de octubre o en oposición a ella. Y mayo de 1968 lo confirma.

II. LA COMUNA COMO EJEMPLO

A partir de 1871, las diversas tendencias y corrientes del pensamiento socialista, cada una por su lado, sacaron argumentos de la Comuna, blandieron su ejemplo para justificar o reforzar sus posiciones. El célebre debate Marx-Bakunin, que resurgió por entonces, encontró en ella un punto de apoyo concreto. En cada etapa crucial del movimiento obrero, el ejemplo de la Comuna fue evocado sin cesar; su enseñanza parecía recobrar cada vez una actualidad insospechada, como lo testimonia en 1918 el debate no menos célebre entre los fundadores de la III Internacional, Lenin, secundado por Trotsky y Radek, de un lado, y de otro, el que fue autoridad suprema de la II Internacional, Karl Kautsky. Me limito a los dos momentos más importantes en esta cadena ininterrumpida de controversias en la que la palabra ejemplo se repite como un *leitmotiv*, en la que pasado y presente, historia e ideología, continúan entremezclándose.

No intentaré descifrar esos debates, cuya diversidad reside tanto en los tipos de discursos como en los tipos de situaciones que explican los cambios correspondientes de temática. Dicho de otro modo, no mé propongo acumular y explicitar ejemplos, sino reducir a su denominador común las metamorfosis de la interpretación y precisar el porqué de esta utilización multiforme del ejemplo⁷².

La compleja historia de la Comuna se presta ya de por sí a una pluralidad de interpretaciones divergentes. Su complejidad es la de todo fenómeno revolucionario inconcluso, que deja la puerta abierta a todas las promesas que no ha sabido realizar, es decir, a las ambigüedades. Marx era consciente de ello cuando observaba, quince días después de la «semana sangrienta»: «La multiplicidad de interpretaciones a que ha sido sometida la Comuna y la multiplicidad de intereses que la invocan muestran que era una forma política totalmente susceptible de expansión». Después, esas interpretaciones,

⁷² F. Rudé observa que la ambigüedad de los análisis de Marx y Bakunin se corresponde con la ambigüedad de la Comuna de París: «Así, cada uno ha podido ver en la Comuna lo que ha querido: Bakunin, la negación del Estado; los marxistas, una forma embrionaria de la dictadura del proletariado» (F. Rudé, en el prólogo a M. Bakunin, *De la guerre à la Commune*, París, Anthropos, 1972, p. 31).

esos juicios socialistas sobre la Comuna han sufrido modificaciones y cambios sucesivos; además, el ejemplo de la Comuna (o la Comuna como ejemplo) ha sido invocado, utilizado en diferentes contextos y en distintos niveles: 1) en cuanto materia de reflexión para las elaboraciones teóricas y las decisiones políticas; 2) como argumento o como referencia en la lucha de tendencias, es decir, como elemento justificativo de un sistema ideológico preciso, estructurado; 3) como medio de movilización a través de símbolos anclados en las mentalidades colectivas. De hecho, no se puede acotar rigurosamente el campo de cada uno de esos tres componentes, ya que no tienen existencia autónoma. Una vez fijados esos tres niveles, surge una pregunta complementaria pero esencial: ¿ejemplo para quién y cuándo? ¿Para los marxistas o para los anarquistas? ¿Para los marxistas revolucionarios o para los revisionistas? ¿En un período defensivo o en el momento de un cambio revolucionario?

Una de las primeras tareas por hacer es el análisis interno de la estructura de los textos clásicos. Tomemos por ejemplo la célebre *Guerra civil en Francia* de Marx con sus conocidas variantes. La lectura de esta obra de combate, casi lírica, permite distinguir tres estructuras, tres niveles distintos, diferenciados de inmediato en el estilo mismo de Marx: 1) la imagen concreta de la Comuna, la reconstrucción histórica de hechos y acontecimientos; 2) un modelo teórico de la Comuna basado en la interpretación y la proyección, procedimiento que Engels prudentemente designa como el hecho de «cargar en la cuenta de la Comuna proyectos más o menos conscientes, cuando sus tendencias eran más o menos inconscientes»⁷³; 3) una imagen de algún modo idealizada, heroizada, y por tanto didáctica, construida en fórmulas solemnes, impresionantes, expuestas en un lenguaje categórico que contrasta con los enunciados prudentes y discretos de Marx al hablar del alcance teórico y práctico de la experiencia de la Comuna. Esos tres niveles se precisan en los escritos posteriores de Marx y Engels.

⁷³ Carta de Engels a Bernstein del 1 de enero de 1891, citado en Marx y Engels, *La Commune de París de 1871*, ob. cit., p. 250.

¿Cuál es la articulación de esas diversas estructuras? Esta pregunta nos lleva a un segundo punto: la necesidad de definir la naturaleza de los enfoques de los pensadores socialistas respecto de la Comuna. En las palabras finales de Lenin en *El Estado y la Revolución*, donde explica por qué su obra ha quedado inconclusa, por qué no ha escrito el segundo fascículo titulado «La experiencia de las revoluciones rusas de 1905 y 1917», destaca que «es más agradable y provechoso vivir la “experiencia de una revolución” que escribir acerca de ella»⁷⁴. ¿No convendría examinar también bajo este ángulo el enfoque de Marx? Tanto en 1871 como más tarde, Marx no se propone hacer la historia del presente, integrar en el análisis de la Comuna la totalidad de la realidad de ésta sin renegar de su complejidad. Tampoco su interés está dictado únicamente por preocupaciones teóricas que le lleven a considerar los acontecimientos de Francia como un laboratorio de historia en el que verificar y desarrollar sus tesis. Marx concibe la Comuna, a la vez, en términos de praxis y de devenir histórico. Por lo tanto, subordina la elaboración de la teoría «al impulso dado por las necesidades de la lucha práctica», dicho con palabras de Engels. Ahora bien, el impulso dado por lo que, según Marx, fue «la primera revolución en que la clase obrera fue abiertamente reconocida como la única clase capaz de tomar una iniciativa social» reside en el movimiento histórico que abre en el cambio que consagra y determina dentro del desarrollo del movimiento obrero internacional. Para retomar la expresión de Rosa Luxemburgo, la «tumba de la Comuna» fue la del primer período del movimiento obrero europeo, el de las «revoluciones espontáneas, los levantamientos, las barricadas, después de los cuales el proletariado recaía siempre en su apatía»⁷⁵. Cambio sentido ya por todos los dirigentes de la I Internacional, que dan una respuesta distinta a la pregunta que suscita: ¿qué hacer? La respuesta de Marx va más lejos y en contra de la institución: necesidad de desarrollar un movimiento obrero de masas sólidamente implantado en las realidades de los diferentes países, dentro de los marcos nacionales de los Estados existentes. De ahí, una aparente paradoja: la

⁷⁴ V. I. Lenin, *Oeuvres*, t. 25, París, Ed. Sociales, 1957, p. 531.

⁷⁵ Rosa Luxemburgo, *La crise de la social-démocratie*, Bruselas, La Taupe, 1970.

Comuna dio impulso a la Internacional y, al mismo tiempo, anunció su fin. «La vieja Internacional dejó de existir definitivamente. Y eso está bien», observa en 1874 Engels, quien enuncia así, junto con Marx, los primeros elementos de una nueva estrategia: 1) «El primer gran éxito [la Comuna] debía poner fin a esa ingenua colaboración de todas las fracciones» que fue la AIT; 2) la Comuna de París proporciona la prueba de que el proletariado ha llegado a actuar como clase y ha inaugurado «una nueva fase» en la lucha de la clase obrera contra la clase capitalista y su Estado; 3) el cambio ha convertido la existencia de las «sectas» –inevitable en la primera fase del movimiento– en un estadio superado. En Marx, el término secta adquiere una resonancia polémica. Las que han subsistido más allá del cambio –él designa de esta manera sobre todo a los grupos bakuninistas o lassallistas– deben ser aisladas y eliminadas del «movimiento obrero real». La controversia teórica alimentada por la Comuna gira, entonces, alrededor del problema del Estado y la lucha política. Marx la libra implícitamente en dos frentes: contra las concepciones de Bakunin y contra las de Lassalle. Ello explica la articulación de esta problemática en Marx y las dificultades de interpretación que plantea *La guerra civil en Francia*⁷⁶. Mientras que la Comuna precipitó el retroceso de los lassallistas y aceleró la unificación de los partidos socialistas en Alemania, produjo, en cambio, un «auge de la agitación» entre los bakuninistas. El mayor adversario sigue siendo Bakunin quien considera la Comuna como la aplicación concreta de sus ideas, el antídoto que preservaría al movimiento del virus «autoritario». Esto le vale una áspera réplica de Engels: «No conozco nada más autoritario que una revolución. Fue la falta de centralización y de autoridad lo que costó la vida a la Comuna de París»⁷⁷.

Pero el gran desacuerdo entre Marx y Bakunin, que llevó a la escisión de la Internacional, era el problema de la lucha política. Para Marx, la nueva constelación creada por la contrarrevolución triunfante después de la insurrección parisense obliga al movimiento obrero a precisar su

⁷⁶ Cf. J. Rougerie, «Karl Marx, l'Etat et la Commune», *Preuves*, números 212-13, 1965, pp. 45-46.

⁷⁷ Carta de Engels a C. Terzaghi del 14 de enero de 1872, en Marx y Engels, *La Commune de París de 1871*, ob. cit., p. 218; MEW, XXXIII, p. 374.

estrategia. Como declara Engels en la conferencia de Londres de la AIT, en septiembre de 1871: «Más que nunca después de la Comuna de París que ha puesto en vigencia la acción política del proletariado, la abstención política es completamente imposible»⁷⁸. La caída de la Comuna acelera el desarrollo político del movimiento obrero o su desplazamiento hacia la política. Como señala Eduard Bernstein a propósito de la decadencia del mutualismo: «En parte, fue una de las consecuencias de la Comuna de París, que dio a la totalidad del movimiento obrero un carácter diferente, casi exclusivamente político». La orientación política cristalizará, de hecho, en el contexto económico y social de la gran depresión de los años 1873-1895. Pero, al día siguiente de la Comuna, encuentra su expresión inmediata en la controversia Marx-Bakunin en torno al reconocimiento de la prioridad de la lucha política o de su rechazo absoluto. Como precisa Engels a propósito de este conflicto:

«El *quid* del asunto es la actitud de *la*, Internacional en materia política. Esos señores preconizan *la abstención respecto de cualquier acción política*, sobre todo en materia de participación en *todas* las elecciones, cuando la Internacional, desde el comienzo, ha inscrito en su bandera la conquista del poder político por la clase obrera como medio de lograr su emancipación social y el Consejo general siempre la ha defendido»⁷⁹.

Del lado bakuninista, James Guillaume resume las posiciones en el congreso de La Haya de la AIT en 1872:

«La mayoría quiere la conquista del poder político dentro del Estado, la minoría, por el contrario, quiere la destrucción del poder político»⁸⁰.

Este conflicto se salda con la victoria de Marx, pues la resolución del Congreso de La Haya de la AIT consagra su concepción y su orientación estratégica. La conquista del poder político se convierte en el gran

⁷⁸ A este respecto, véase la obra de M. Molnar, *Le déclin de la ère Internationale: la Conférence de Londres de 1871*, Ginebra, 1963.

⁷⁹ Carta de Engels a Louis Albert François Pio, 7 de marzo de 1872, en *MEW*, XXXIII, p. 415.

⁸⁰ *La Première Internationale*, ob. cit., vol. II, p. 360.

deber del proletariado. El proletariado no puede actuar como clase si no es constituyéndose él «mismo en partido político diferenciado. De allí surge una nueva problemática: la del partido, la de la organización como base del movimiento obrero moderno. Pero el giro desborda ampliamente el marco institucional, tal como puede advertirse en los debates teóricos y en las apreciaciones tácticas posteriores. Revolución anunciadora, la Comuna fue sobre todo una revolución *reveladora*. De ahí el «viraje» que se produce después de 1871 en la temática teórica del socialismo. Se aborda aquí un tercer punto: el de los cambios en los temas de reflexión sobre la Comuna, proceso que comienza algunos años después del acontecimiento. Se imponen dos comprobaciones: estas reflexiones no se concretarán en estudios doctrinales y serán ante todo de naturaleza crítica. Está claro que si la nueva problemática del movimiento obrero del siglo XX se deriva de la insurrección parisiense, la insistencia en la realidad, aunque sea idealizada, de la Comuna puede hacer retroceder al movimiento hacia los horizontes del socialismo romántico del siglo XIX, considerado también como una etapa superada. «¡Qué falta de espíritu crítico, santificar literalmente la Comuna!»⁸¹, replica Engels a los blanquistas en 1874. El acento que se había puesto en la Comuna como ejemplo, en el fuego del entusiasmo provocado por los acontecimientos, se desplaza hacia la necesidad de un estudio crítico del «gran drama de la revolución proletaria de 1871». La rivalidad con los anarquistas contribuirá a alterar la imagen de la Comuna y a desplazar la significación del análisis. «Las ilusiones deben ser destruidas, y a fondo, pues hasta el presente nada ha dañado tanto a los socialistas... como las ilusiones», escribe Bebel en 1877.

«Ahora bien, nada puede ser más rico en enseñanzas para el socialismo moderno que el estudio de la historia de la Comuna: ella le muestra su grandeza en el heroísmo de la defensa, pero también su pequeñez en organización y a claridad de voluntad».

⁸¹ Marx y Engels, *La Commune de Paris de 1871*, ob. cit., p. 231; MEW, XVIII, p. 534.

Las experiencias de 1871 pueden convertirse en «un modelo, pero un modelo a rechazar, un modelo a estudiar no para imitarlo sino para preservarnos de tal imitación». En suma, Bebel destaca que «los errores y las debilidades... no han sido los errores y debilidades de los hombres sino de las circunstancias» y que «en esa situación, la Comuna no podía ser más que lo que fue»... «Una administración verdaderamente socialista de París en 1871 era tan poco viable como en Berlín en 1877»⁸².

Este enfoque vuelve a encontrarse en la correspondencia de Marx y Engels (y en toda la primera generación marxista). Así, en la célebre carta de Marx a Domela Nieuwenhuis, del 22 de febrero de 1881, se puede leer:

«La dificultad en que se encuentra un gobierno formado tras una victoria popular no tiene específicamente nada de “socialista” [...]. Un gobierno socialista jamás llegaría al poder si las condiciones no se hubieran desarrollado hasta el punto en que pudiera, ante todo, adoptar las medidas necesarias para intimidar a la masa de burgueses y, de este modo, conquistar lo más necesario para él: tiempo para una acción duradera. Me remitirá usted, tal vez, a la Comuna de París. Pero, haciendo abstracción de que se trató de una simple sublevación de una ciudad en condiciones excepcionales, la mayoría de la Comuna no era socialista ni podía serlo»⁸³.

¿Reflexión aislada de Marx o tema difundido entre los marxistas de las décadas de 1880 y 1890? Una carta inédita de Rosa Luxemburgo, escrita trece años más tarde, va exactamente en el mismo sentido. Rosa Luxemburgo rechaza la explicación, frecuente en la época, de que la Comuna, absorbida por la guerra, no dispuso más que de escaso tiempo para realizar un programa socialista, y fue muy tímida en el aspecto social. Contesta del siguiente modo al argumento expuesto por Boris Kraitschewski en un artículo escrito para la revista que ella dirigía:

⁸² Informe de Bebel a Lissagaray, *Histoire de la Commune de 1871*, en *Zukunft*, I, 1877-1878, pp. 456-460.

⁸³ Marx y Engels, *La Commune de París de 1871*, ob. cit., pp. 255-256; *MEW*, XXXV, p. 160.

«Se tiene la impresión de que sólo la falta de tiempo y los obstáculos exteriores impidieron a la Comuna instaurar un sistema socialista [...]. Propongo añadir un pequeño pasaje: la Comuna no pudo introducir entonces el socialismo por razones internas, sobre todo por la manera como estaba planteada la cuestión obrera en Francia, en toda Europa y en América. No tuvo tiempo de efectuar las mínimas reformas básicas en beneficio del proletariado, ni siquiera como medidas provisionales, en el marco del sistema actual»⁸⁴.

Como en el caso de Marx, la cita de Rosa Luxemburgo plantea temibles problemas de interpretación. ¿De qué socialismo se trata? ¿No habría que ver en este distanciamiento negativo que adopta el deseo, ya subrayado, de marcar sus diferencias respecto al socialismo del siglo XIX? Rosa Luxemburgo asimila el modo que tiene Engels de abordar el problema: la incapacidad de la Comuna para instaurar el socialismo. Las decepciones de ésta no se deben a errores contingentes sino a circunstancias históricas. En 1898, en su famosa polémica contra Bernstein, Rosa Luxemburgo precisa mejor su pensamiento; advierte «una serie de malentendidos en cuanto a la naturaleza real de la revolución social». Primer malentendido: la toma del poder político por el proletariado, es decir por una gran clase popular, no se hace artificialmente, salvo en ciertos «casos excepcionales, como la Comuna de París, donde el proletariado no obtuvo el poder al cabo de una lucha consciente, sino que lo recibió como un bien que nadie quiere: la toma del poder político implica una situación política y económica que ha alcanzado cierto grado de madurez». En la interpretación de Rosa Luxemburgo, este «caso excepcional» no significa obligatoriamente un hecho negativo. El proletariado debe tomar el poder, incluso de manera prematura como en 1871; ello es inevitable y, más aún, necesario, pues

⁸⁴ Rosa Luxemburgo, *Vive la lutte! Correspondance, 1891-1914*, preparado por Claudie Weill, Irène Petit y Gilbert Badia bajo la dirección de Georges Haupt, París, Maspero, 1976, pp. 39-40.

«si se consideran las *condiciones sociales* de la conquista del poder, la revolución no puede [...] producirse prematuramente; si es prematura, lo es desde el punto de vista de las consecuencias políticas cuando se trata de conservar el poder»⁸⁵.

A finales de siglo, los marxistas se niegan a convertir la historia de la Comuna en leyenda, en detrimento de su estudio crítico en cuanto experiencia única a aprovechar. En 1896, en un artículo de aniversario, Franz Mehring formula los presupuestos de esta actitud y su sentido. Destaca que la Comuna «fue hija de su tiempo y sólo podía moverse en el terreno de las condiciones históricas que la posibilitaron». Cualquier análisis de la Comuna debe partir de esa comprensión de la historicidad del fenómeno. Y Mehring agrega:

«Por muy lejos que haya ido la socialdemocracia a la hora de renegar de la Comuna de París, no ha ido menos lejos a la hora de convertir su historia en una leyenda falaz y engañosa. Mediante una crítica precisa y despiadada ha examinado las relaciones de causa a efecto en la Comuna de París. Ninguna simpatía ha suavizado el filo de su crítica; no ha retrocedido ante la tragedia ni ante los méritos... La historia de la Comuna de París se ha convertido en la piedra de toque para determinar el modo en que la clase obrera revolucionaria ha de elaborar su táctica y su estrategia para conquistar la victoria final... Con la caída de la Comuna cayeron también y para siempre las últimas tradiciones de la vieja leyenda revolucionaria»⁸⁶.

Veinte años más tarde, Rosa Luxemburgo recoge esta misma idea al afirmar que la tumba de la Comuna fue también la de toda una época del movimiento revolucionario.

¿Por qué estas reflexiones críticas han quedado, en el fondo, como algo tan sólo implícito en los análisis de la generación marxista posterior a la Comuna de París? La respuesta a esta pregunta suscita a su vez una serie de dificultades metodológicas que se podrían formular

⁸⁵ Rosa Luxemburgo, *Oeuvres*, I, París, Maspero, 1969, p. 76.

⁸⁶ Franz Mehring, «Zum Gedächtnis der Pariser Kommune», *Die Neue Zeit*, XIV, 1, pp. 737-740; reproducido en *Gesammelte Schriften*, IV, pp. 390-91.

de la siguiente manera: no basta con precisar los temas alrededor de los cuales se articula la reflexión sobre la Comuna en función de los objetivos que se plantea el movimiento obrero en una etapa determinada. Hay que tener en cuenta también el contexto global en el que se inscribe esta reflexión. Pero a partir de 1878-1880, se entabla una verdadera ofensiva contra la Comuna en el interior de la socialdemocracia alemana. Inspirada por Dühring, Bernhardt Becker, Bruno Geiser, reanudada por Ignaz Auer, Vollman y otros reformistas o «revisionistas», la ofensiva lleva a esta conclusión: el partido debe marcar sus distancias respecto a la insurrección parisiense, que no tuvo nada de socialista. Esta idea la formula con claridad el diputado socialdemócrata Rittinghausen en el Parlamento en 1880: la Comuna no habría sido más que un consejo comunal, sin relación alguna con el desarrollo del socialismo, con los progresos de la socialdemocracia alemana y francesa. Ese rechazo de la Comuna se inserta en el contexto global de la ofensiva reformista de fines del siglo XIX.

Ello explica también la necesidad de los marxistas ortodoxos, revolucionarios, de reasumir plenamente la Comuna, al menos públicamente. Pero era preciso navegar entre el Caribdis de la glorificación absoluta de la Comuna por los «jóvenes» de tendencia anarquizante (oposición de extrema izquierda militante en el interior del SPD hacia 1890) y el Escila del pretexto invocado por el gobierno para prorrogar las leyes de excepción contra los socialistas, que ve en la solidaridad del SPD con la tradición de la Comuna la prueba de sus maquinaciones subversivas. Entonces es cuando se produce la separación, se inicia la bipolarización, alrededor del tema de la Comuna en el seno de la socialdemocracia. Este contexto de fines del siglo XIX explica en parte la actitud de Engels, que entonces se encarga de elaborar la nueva estrategia, la de la «lucha de clases legal», según expresión de Kautsky, en la cual la experiencia de la Comuna desempeña un papel importante⁸⁷.

⁸⁷ A este respecto, véase Karl Kautsky, *Le chetnin du pouvoir*, París, Anthropos, 1969, p. 71 [El camino del poder, Barcelona, Fontamara, 1979].

En el Congreso socialista internacional de París de julio de 1889, de donde surgió la II Internacional, Peter Lavrov destacó la necesidad de «sacar lecciones provechosas de la Comuna de París». Pero ¿qué lecciones? La respuesta a este interrogante será una de las piedras de escándalo, una de las causas fundamentales de división en el interior de la socialdemocracia. La referencia a la Comuna es permanente en la lucha ideológica durante los primeros años de la II Internacional. Geográficamente, se localiza en Alemania, en donde la elaboración de una nueva estrategia provoca una extraordinaria diversidad de opciones. El movimiento, sólidamente implantado sobre bases nacionales, manifiesta su vitalidad en la creciente importancia parlamentaria de la socialdemocracia. Frente a este ascenso del movimiento obrero, los días del capitalismo parecen contados; la burguesía, para defenderse, parece verse obligada a apelar a la violencia, ya sea exterior (la guerra) o interior (la represión o la guerra civil). No es lugar aquí para exponer el amplio debate suscitado por la interpretación de los textos de Engels de la década de 1890. Me contentaré con decir en pocas palabras lo que opino sobre él. Es sabido que, cuando el SPD se aprestaba a adoptar su nuevo programa en Erfurt, Engels publicó un prefacio para la reedición de *La guerra civil en Francia*, con ocasión del vigésimo aniversario de la Comuna. Ese prefacio se sitúa en la línea del análisis marxista, recoge las críticas hechas por Marx al *Programa de Gotha* y hace de la Comuna el ejemplo de la dictadura del proletariado. Un año más tarde, en 1892, la *entente* de Thiers y Bismarck contra la Comuna y el comienzo de la guerra civil le sirven para demostrar que la legalidad trabaja a favor de la socialdemocracia. Y sobre este análisis va a basar la estrategia que elabora en su prefacio a *Las luchas de clases en Francia*, de 1895. Para Engels, el centro de gravedad de la revolución se ha desplazado de Francia a Alemania, la era de los combates callejeros ha terminado, el miedo que siente la burguesía ante el crecimiento legal del movimiento es una garantía de su eficacia. La socialdemocracia alemana debe dar ejemplo de las posibilidades reales del sufragio universal. Se hace referencia a la Comuna de París, a la «gran sangría», para afirmar la necesidad primordial de conservar el control y la iniciativa, de no dejar a la

burguesía ni la elección del terreno ni la del momento del enfrentamiento. Sin embargo, más allá de este escrito «coyuntural», Engels negará ser un legalista a toda costa tanto como un revolucionario a toda costa. Considera que en la situación del momento se ha de rechazar el empleo del factor militar, así como el voluntarismo, pero rechaza también toda absolutización de esta estrategia, por cuanto puede, de un día para otro, perder vigencia. Sin embargo, este análisis servirá como punto de referencia a los reformistas para hacer de la Comuna un «contraejemplo». ¿Cómo? Simplemente, seleccionando determinados elementos. Se hace hincapié en el aspecto traumático de la Comuna, en la inútil sangría provocada; se argumenta que la violencia engendra siempre la violencia y que toda revolución prematura, artificial, desemboca necesariamente en su aplastamiento. Corolario: la Comuna es asimilada a un golpe blanquista o anarquista. Bernstein trata de matizar este análisis descubriendo en la insurrección de 1871 las premisas de un socialismo comunal⁸⁸. En todos estos debates la izquierda marxista debe adoptar, en cierto modo, una posición defensiva y limitarse a cuestionar la legitimidad de la argumentación reformista.

Para la izquierda, el interés teórico por la Comuna resurge con la revolución rusa de 1905, que genera una nueva mutación tanto de la imagen de 1871 como de la utilización de su experiencia como ejemplo. Me limitaré al examen de la actitud de Lenin⁸⁹. Recordaré un detalle que se remonta a abril de 1901.

En nombre de la redacción de *Iskra*, Lenin pide a Plejánov un artículo conmemorativo sobre la Comuna. Sin negarse a ello, Plejánov señala que la Comuna ya es «historia antigua». Lenin no comparte esta opinión. Para él, la Comuna sigue teniendo *actualidad*, en el sentido de que aún es posible *actualizarla*. Desde finales de 1904, las referencias a la Comuna se multiplican en sus escritos y discursos. Interés

⁸⁸ Cf. Günther Grutzner, ob. cit., p. 177 y *passim*.

⁸⁹ Numerosos artículos se han dedicado al tema «Lenin y la Comuna de París». Citemos los más recientes: Klaus Meschkat, *Die Pariser Kommune von 1871 in Spiegel der sowjetischen Geschichtsschreibung*, Berlín, 1965, pp. 65-97; V. A. Eremina, «V. I. Lenin kako istorik Parizskoj Kommuny», *Voprosy Istorii*, n.º 2, 1971, pp. 31-43; V. V. Gordunov, «Ispol'zovanie V. I. Leninom opyta Parizskoj Kommuny», *Voprosy Istorii K. P. S. S.*, número 3, 1971, pp. 70-82.

continuado y, sin embargo –diría yo– siempre puntual. Apela al gran ejemplo en función de los problemas concretos que le preocupan y entonces, privilegia en tal momento tal aspecto, tal componente, de manera aislada. La Comuna se convierte para Lenin en el ejemplo típico que permite replantear el problema de la revolución, reconsiderarlo: ¿cómo conquistar el poder? ¿Por qué medios? ¿Cómo conservarlo? Esto, entre 1904 y 1914. Con la revolución de 1917, su temática se amplía y se articula alrededor de una pregunta más vasta: ¿cómo ejercer el poder? ¿Cuál es la naturaleza del Estado revolucionario? En suma, tenemos *El Estado y la revolución*.

¿Cómo utiliza Lenin el ejemplo de la Comuna? Cada uno de los aspectos a los que voy a hacer referencia demasiado rápidamente merecería un estudio mucho más preciso.

1. Como *referencia histórica*. Reafirmar el ejemplo es reafirmar la revolución. La Comuna es, a la vez, el punto de partida de un proceso histórico, es decir de un «ciclo» del que forma parte la revolución rusa, y la legitimación histórica de esta revolución. Sobre todo después de octubre de 1917, Lenin resaltará este segundo componente: «El poder soviético es el segundo paso de la historia mundial en el proceso de la dictadura del proletariado. El primero fue la Comuna de París».
2. Como *paralelo histórico*. A partir de 1905 y en el contexto de la revolución, la Comuna se convierte en un frecuente elemento de comparación dentro del sistema de referencia de Lenin. Se podría citar su estudio de 1908, titulado *Las enseñanzas de la Comuna*, en el que establece un paralelismo entre 1871 y la revolución de 1905 analizando los elementos comunes y las diferencias.
3. Como *experiencia histórica*. Se trata de sacar lecciones de la Comuna; y, por tanto, de relativizarla. En 1905, el periódico bolchevique *Vperiod* publica unos capítulos de las *Memorias* del general Cluseret. La publicación va precedida de una nota de Lenin:

«Los pensamientos originales de Cluseret sólo han de servir al proletariado ruso como documentación para una reflexión autónoma, aplicada a nuestra situación, sobre la experiencia de nuestros camaradas de Europa occidental».

Los intereses de Lenin se centran entonces en tres puntos: los problemas de la táctica, de las alianzas; el papel de la fuerza armada en la revolución, o sea el problema de la insurrección y la guerra civil; la técnica revolucionaria y, en especial, la dosificación entre la preparación y lo imprevisto.

Después de octubre de 1917, el ejemplo se sitúa en un nuevo contexto: el de la búsqueda de una solución a las dificultades. Ante la pregunta «¿Cómo debe organizarse la emulación?» Lenin responde: «La Comuna de París nos ha ofrecido un magnífico ejemplo de iniciativa, de independencia, de libertad de movimiento, de despliegue de energías desde abajo, todo ello combinado con un centralismo voluntario alejado de las formas estereotipadas».

4. Como *referencia teórica*. Con la necesidad de clarificar la forma específica que debe darse a un Estado revolucionario, en *El Estado y la revolución*, en septiembre de 1917, Lenin se replantea la problemática de la Comuna, esta vez desde una perspectiva teórica. Introduce entonces un elemento capital *ausente* en los debates anteriores: la *dictadura del proletariado*. Desde ese momento se formula una tercera diferenciación en toda la interpretación de la Comuna, que se materializa en su polémica con Kautsky y subsiste hasta hoy.
5. Como *modelo*. En los meses siguientes a la revolución de Octubre, Lenin trata de resolver algunos problemas prácticos a partir del «modelo» de la Comuna. Su atención se centra en el gran problema del momento: el del pueblo armado, el de la sustitución del ejército profesional por una milicia permanente. Al término de una investigación a fondo, Gerhard Ritter toma de sus conclusiones el título de su obra: *El modelo de la Comuna y la justificación del*

*Ejército Rojo en 1918*⁹⁰. Pero el análisis de este último punto nos llevaría mucho más allá de los objetivos de este estudio.

Para terminar, una constatación y, sobre todo, algunos interrogantes.

En esta rápida ojeada, lo que me sorprende no es la pluralidad de interpretaciones ni sus cambios sucesivos, sino la falta de síntesis o, para ser más exacto, las fluctuaciones en los análisis puntuales, así como el divorcio cada vez más notable entre ejemplo y símbolo en provecho de este último.

Las mutaciones en el modo de percibir y proyectar la Comuna están imbricadas en la historia general del movimiento obrero. Las reflexiones acerca de la Comuna como ejemplo o la utilización de este ejemplo, se han subordinado a los imperativos de la lucha práctica. Por otra parte, los análisis sucesivos de Marx y Engels son a menudo complementarios pero no siempre convergentes y no expresan sólo una evolución de las perspectivas. Ahora bien, en los análisis de los marxistas, las contradicciones se acentúan. Sus posiciones sobre la evaluación y el ejemplo a extraer de 1871 no coinciden frecuentemente con las de Marx, ni entre ellas ni incluso en su sucesión en una misma persona. ¿Dónde buscar la explicación a esto? Me parece que la respuesta va más allá del solo caso de la Comuna y del análisis sobre la articulación interna de los diversos textos.

¿No habría más bien que buscarla en el papel que ha desempeñado la historia del movimiento obrero en su propio desarrollo, en sus divergencias internas y en la realización de sus objetivos? Como constata G. Lukács, ningún otro movimiento social tiene como el movimiento obrero un apego tan profundo a su propia historia, ninguno siente tanto la permanente necesidad de vincular pasado y presente. Sus organizaciones políticas se constituyen en órganos de memoria histórica del movimiento y quieren ser al mismo tiempo sus depositarias y sus legatarias. Según la definición de Trotsky, «el partido obrero —el verdadero— [...] es la experiencia acumulada y organizada del proletariado»⁹¹. Las organizaciones obreras se enfrentan a una

⁹⁰ Gerhard Ritter, *Das Kommunemodell und die Reegründung der Roten Armee im Jahre 1918*, Berlín, 1965.

⁹¹ Prefacio de Trotsky al libro de Talès, *La Commune de 1871*, París, 1921 (reeditado en 1971 en la colección Spartacus).

doble exigencia, que dicta una doble utilización de esta historia: de un lado, la historia del movimiento obrero en cuanto *praxis*, laboratorio de experiencias, de fracasos y de éxitos, campo de elaboración teórica y estratégica donde el rigor y el espíritu crítico se imponen para fijar la realidad histórica y, de ese modo, describir sus resortes ocultos y también para inventar, y por tanto innovar, a partir de un momento histórico percibido como experiencia; de otro lado, la historia en cuanto *tradición*, es decir en cuanto fuente de legitimidad, de justificación o de argumento ideológico, en cuanto elemento de movilización y de cohesión colectiva, subordinada por consiguiente a los imperativos de la acción, en una coyuntura dada. La historia-praxis y la historia-tradición, dos ejes constantemente entrecruzados, complementarios o contradictorios por sus mismas exigencias.

Plantear el problema de los destinos de la Comuna en términos de leyenda reduciría singularmente el campo de investigación. En el prefacio a un libro consagrado a Saint-Just, Malraux –con conocimiento de causa– aconsejaba al historiador que se esforzara por descubrir «el secreto de la leyenda y no la prueba de su impostura».

A medida que uno se aleja de la Comuna, diferenciar lo que hay de símbolo y de ejemplo en su herencia plantea como cuestión previa y corolario –el trabajo de K. Meschkat y el estudio de M. C. Bergerè proporcionan demostraciones suficientes de ello⁹²– la necesidad de responder a interrogantes de nuevo tipo, surgidas de una nueva situación. Así, después de octubre de 1917, el artículo de Lenin *Las enseñanzas de la Comuna* conoció un rebrote de actualidad entre los bolcheviques.

«La Comuna de París sirvió a los dirigentes del partido como punto de referencia, como índice para apreciar aciertos y carencias. Lenin, Trotsky, Zinoviev y Kamenev, Bujarin y Stalin se refirieron a 1871 en varias ocasiones para justificar su política exterior y, a veces, las disensiones internas del partido»⁹³.

⁹² Sorprende comprobar que no se encuentra ninguna referencia a la obra de Klaus Meschkat en un artículo soviético dedicado al desarrollo de la historiografía de la Comuna que, sin embargo, es el tema mismo de estudio del joven historiador marxista alemán: A. Z. Manfred, «Sovjetskaia istoriografiia Parivskoi Kommuni», *Voprosy Istorii*, n.º 5, 1971, pp. 31-46.

⁹³ Klaus Meschkat, ob. cit., p. 84.

Cito este único ejemplo para ilustrar una problemática que podría formularse en los siguientes términos: ¿cómo se diferencian entre sí las interpretaciones de un mismo fenómeno histórico dentro de la misma corriente de pensamiento? ¿Cómo la imagen, en cuanto realidad, substituye a la realidad compleja de la historia? ¿Cómo lo significativo –el ejemplo– se confunde con lo descriptivo, cómo el símbolo se transmuta en resorte ideológico, cristaliza en norma política para convertirse en dogma justificador?

¿Se puede relegar la producción de imágenes, símbolos, leyendas, únicamente a la esfera ideológica y no ver en las controversias que suscitan más que una «mistificación política deliberada? ¿O bien es necesario penetrar en la sensibilidad y en la mentalidad colectivas de los militantes para descubrir la significación y el poder de la «leyenda»? Demoler esta leyenda liberando a la historia del dominio de la imagen, de la ideología, sería una empresa tan vana como excluir a la Comuna de la historia. Pero ¿qué leyenda? Acaso sería conveniente recordar aquí esta frase de Lissagaray:

«Aquel que crea falsas leyendas revolucionarias para el pueblo, aquel que le divierte con historias cautivadoras es tan criminal como el geógrafo que traza mapas falaces para los navegantes»⁹⁴.

⁹⁴ Prefacio a la primera edición (1876) de Lissagaray, ob. cit., p. 14. En su comentario a esta frase, Bebel agrega: «Los socialistas deben ser severos y veraces hacia ellos mismos y hacia los suyos; no tienen derecho a confundirse ni a confundir a los otros con espejismos y sofismas; deben ser conscientes de que cuanto mayor es el objetivo que se han propuesto, mayor es también la obligación de evitar ligerezas y errores que pudieran causar daños y comprometer una causa justa y que, a largo plazo, podrían llevar al fracaso. La historia debe ser un espejo que les devuelva la imagen objetiva de las acciones pasadas y les permita, desapasionadamente, sacar lecciones de ellas» (*Zukunft*, I, 1877-1878, p. 457). Bebel desarrolla la misma idea en una nota crítica sobre el libro de B. Becker, en el *Sozialdemokrat*, I, n.º 8, 23 de noviembre de 1879, pp. 1-2.

3. MARX Y EL MARXISMO⁹⁵

Los términos «marxista» y «marxismo» son universalmente conocidos, corrientemente empleados y usados tal vez sin demasiado discernimiento. Ha habido algunos marxólogos que han discutido la misma legitimidad de tales términos, y, por ejemplo, Maximilien Rubel los ha calificado de «abusivos e injustificables». En particular, Engels, «el fundador», ha sido acusado de haber «cometido el error imperdonable de dar su aprobación a este absceso», de haberlo «sancionado con su autoridad», porque, si hubiese puesto el veto, «este escándalo universal nunca se habría producido».⁹⁶

La tesis, formulada de un modo tan tajante, me parece discutible, porque este modo de plantear el problema corre el riesgo de simplificar demasiado un asunto bastante complejo. Esto no significa que el punto de vista de Rubel tenga que ser menospreciado; al contrario, debe ser tenido muy en cuenta porque nos obliga a plantearnos interrogantes sobre algunos lugares comunes que nos resultan cómodos porque son engañosos, y sobre todo nos obliga a dedicarnos más a fondo al estudio de los mecanismos de formación y difusión de conceptos cuya adopción abusiva contamina nuestro vocabulario político.⁹⁷ La historia de los términos «marxista» y «marxismo» puede resultar esclarecedora por otras razones, en particular porque ilustra el proceso complejo de la difusión y el enraizamiento de las ideologías en el movimiento obrero internacional y nos revela la naturaleza, las transformaciones y las metamorfosis sufridas por la teoría revolucionaria designada con un término bastante genérico. Me parece que el problema consiste, más que en preguntarse por la legitimidad o la fidelidad de una noción de este tipo con respecto al proyecto inicial de Marx, en el examen del modo en que se ha impuesto y de las razones de su consolidación y de su utilidad.

⁹⁵ Publicado en *L'Internazionale socialista dalla Comune a Lenin*, Turín 1978

⁹⁶ M. Rubel, *La légende de Marx ou Engels fondateur*, en ID., *Marx critique du marxisme. Essais*, París 1974, pp. 20-21.

⁹⁷ Cfr. J. Gabel, *Idéologies*, París 1974, p. 43.

La confusión terminológica es contemporánea al nacimiento de los términos «marxista-marxismo», y ha continuado hasta hoy a través del uso y la interpretación que se ha hecho de ellos. Estos términos están vinculados a muchos significados distintos y a muchos prejuicios de partidarios y adversarios, y el contenido de la palabra «marxismo» resulta tan elíptico que es lícito preguntarse qué se ha querido decir con ella en las distintas fases de su historia.⁹⁸ Además, la aparición, difusión y los cambios experimentados en el significado del término nos indican en cierto modo el sentido del proceso que ha llevado al ascenso y expansión a escala universal del marxismo.

I. EL MARXISMO: ¿UNA FACCIÓN O UNA IDEA?

Como ha sucedido a menudo en la historia de los grandes movimientos políticos e intelectuales, la denominación no nació de su interior, de las filas de sus partidarios, sino del exterior, de las filas de sus oponentes. Las distintas etapas de la cristalización del nuevo término están vinculadas a las etapas recorridas por el movimiento obrero. Hasta los años cuarenta del siglo pasado, y sobre todo en el proceso de disolución de la Liga de los comunistas a principios de los años cincuenta, los adversarios de Marx hablan de un «partido de Marx».⁹⁹ Ya entre 1853 y 1854, en el transcurso de la polémica entre los seguidores de Weitling y Marx, aparece el calificativo de «marxiano» (*Marxianer*), que se refiere a Marx y «sus ciegos seguidores» que representan en Alemania la «kritische ökonomische Richtung».¹⁰⁰

⁹⁸ Cfr. I. Fetscher, *Karl Marx und der Marxismus. Von der Philosophie des Proletariats zur proletarischen Weltanschauung*, Munich 1967, pp. 61 y ss.

⁹⁹ Cfr. Rubel, *La charte de la Première Internationale*, en Marx cit., p. 26, nota 2.

¹⁰⁰ Cfr. *Republik der Arbeiter, Centralblatt der Propaganda für die Verbrüderung der Arbeiter*, en «New York», V, n.º 14, 1 de abril de 1854. Debo esta referencia a Gian Mario Bravo, a quien se la agradezco desde aquí.

La palabra «marxiano» se difundirá una década después, contraponiéndola a «lassalliano».¹⁰¹ En la Primera Internacional, Bakunin y sus seguidores usarán, en su dura polémica contra Marx y el Consejo general, el atributo «marxeses»¹⁰² y la expresión entonces corriente de «marxianos» (sinónimo de «dinastía de los marxeses», «leyes de Marx», «comunismo autoritario») de modo que el nuevo término onomástico «marxistas» servirá más para acusar a Marx y a sus partidarios que para definir sus ideas. Por otra parte, al recurrir a estos epítetos onomásticos, Bakunin no hace más que pagar a Marx con su misma moneda, ya que en la pluma de éste abundan términos como «proudhoniano», «bakuniniano», usados para descalificar o ridiculizar a sus adversarios. Como observa Margarete Manale, «a primera vista el término “marxianos” se ha deslizado por la pluma de Bakunin por analogía verbal con el término “mazzinianos”», y Bakunin usa hábilmente estos epítetos polémicos para encerrar a Marx «en el sectarismo al que éste había empujado a sus propios adversarios y críticos». Por otra parte, «el uso de esta etiqueta terminológica, que conoce una serie de transformaciones»,¹⁰³ desemboca en Bakunin y en los jurasianos en dos términos distintos: «marxianos», o «partido marxiano, el de la democracia llamada socialista», que sirve para designar a los partidarios, los «agentes» de Marx, y «marxistas», que sirve para definir su orientación y sus acciones.¹⁰⁴ El término tiene siempre una fuerte resonancia polémica; así, Bakunin y sus seguidores hablan del Congreso «marxista» de La Haya, o de «falsificaciones marxistas» a propósito de las resoluciones del Congreso de La Haya, o de «inquisidores marxistas» para designar a la comisión de investigación nombrada en aquel Congreso. En suma, el uso de la etiqueta

¹⁰¹ Véase E. Ragioneri, *Il marxismo e l'Internazionale. Studi di storia del marxismo*, Roma 1968, p. 17, nota 34, donde se dan algunas indicaciones esclarecedoras sobre el tema.

¹⁰² Pero no sólo los partidarios de Bakunin; en 1869 A. Herzen habla también de «marxeses». Cfr. A. I. Hercen, *Sobranie socinenija*, vol. 30, Moscú 1966.

¹⁰³ Cfr. M. Manale, *Aux origines du concept de «marxisme»*, en «Economie et sociétés. Cahiers de l'Issea», serie S, octubre de 1974, n.º 17, p. 1424.

¹⁰⁴ La observación de Rubel según la cual desde los años 40 «el uso de estas etiquetas correspondía a la necesidad de designar o denunciar a un grupo de individuos sometidos a la influencia de un “jefe”, o una mentalidad colectiva ligada a las enseñanzas de este “jefe”» (*Marx cit.*, p. 26), requiere, en mi opinión, una corrección cronológica: la actitud de quienes se reclaman de «las enseñanzas de un jefe» no empieza a cristalizar hasta el período de cambio que tiene lugar en los años 80.

«marxista» sirve para acusar («los marxistas no persiguen la emancipación inmediata del proletariado»), y sólo después de un proceso lingüístico que está por aclarar, las distintas etiquetas acaban siendo englobadas en el vocablo infinitamente más cómodo, lingüísticamente plausible y actualmente sin connotaciones negativas de «marxista».¹⁰⁵

Inmediatamente después de la escisión producida en el Congreso de La Haya de la AIT, la etiqueta «marxista» empieza a difundirse. Pero su significado no es el mismo que le atribuye Bakunin. El término designa a la fracción que permanece fiel al Consejo general y se usa como contraposición a «aliancista» o «bakuninista». Pero sigue siendo aún uno de los numerosos apelativos del vasto arsenal de los internacionalistas. Así, en el Mensaje del grupo revolucionario socialista de Nueva York al Congreso internacional de Ginebra de 1873 se puede leer:

«Queremos la unión aunque sea al precio de sacrificar algunas de nuestras ideas; sacrifiquemos también algunos individuos, y que londinenses y jurasianos, federalistas y centralistas, marxistas y aliancistas se den de nuevo la mano.»¹⁰⁶

Es, principalmente, la prensa burguesa hostil a la AIT la que hace suyo el término.¹⁰⁷ Se asiste a una «sistemática confusión terminológica», observa en septiembre de 1872 Johann Philipp Becker, próximo a las posiciones de Marx, hablando del «Journal de Genève». La suya es una protesta característica de la reacción de los implicados directamente por los términos usados:

¹⁰⁵ Manale, *Aux origines du concept de «marxisme»* cit., p. 1424.

¹⁰⁶ *Le groupe révolutionnaire socialiste au Congrès international réuni à Genève le 1^{er} septembre 1873*, en *La Première Internationale. Recueil de documents*, publié sous la direction de Jacques Freymond. Textes établis et annotés par Bert Andreas et Miklos Molnar (en adelante citado: *Preière Internationale*), vol. 4, Ginebra 1971, p. 109.

¹⁰⁷ Véase, por ejemplo, el informe del Congreso de Ginebra de la AIT de 1873 publicado en el «Journal des débats politiques et littéraires de Paris», en el que se resumen las discusiones de este modo: «Los anarquistas reprocharon a los autoritarios su comportamiento en el Congreso de la paz, y a esto los autoritarios replicaron recordando lo que había ocurrido en el Congreso de Basilea, en el que los bakuninistas realizaron por anticipado todo lo que luego han reprochado a los marxistas» (*Preière Internationale*, vol. 4, página 196).

«Llamando «marxistas» a los seguidores del socialismo internacional, que ha nacido libremente del suelo cultivado de la ciencia, la prensa burguesa, a no ser que actúe con ignorancia de los hechos, pone de manifiesto un enorme mal gusto que resulta aún más indignante por el hecho de que actúa así para oponerlos a la secta insensata de los «bakuninistas», que arrastran esta denominación llena de ironía y de escarnio como un bien merecido castigo.»¹⁰⁸

Por su parte, los «antiautoritarios», como el belga Verrycken, deploran el hecho de que «los diarios burgueses, aprovechándose del desgraciado incidente de La Haya, [hayan] hecho personalismo con cuestiones de principio».¹⁰⁹ «Marxistas» y «bakuninistas» están de acuerdo al menos en que «la Internacional ha sido sacudida por dos corrientes de ideas, y no por la lucha entre dos jefes».

La utilización de los epítetos onomásticos y la personalización de las corrientes ideológicas, hieren la sensibilidad de los militantes obreros. Una parte de ellos se opone a esta práctica. Así sucede en el caso de los internacionalistas ginebrinos, como Henri Perret, corresponsal de Marx, que en un opúsculo publicado en vísperas del Congreso de Ginebra de la AIT de septiembre de 1873, sitúa la aparición de estos términos en 1869, en la polémica provocada por las maniobras escisionistas de la Alianza internacional de la democracia socialista en Ginebra: «Fue en aquella primera disputa cuando aparecieron las expresiones de marxistas y bakuninistas». Su rechazo de los términos onomásticos nos parece revelador:

«Ya el hecho de agrupar las secciones en torno a nombres propios es deplorable, contrario a nuestros principios y a los intereses de la emancipación de los trabajadores. El amor propio, el orgullo, la ambición, todas las pasiones humanas inherentes a la personalidad humana sustituyen a los intereses generales de

¹⁰⁸ J. P. Becker, *À propos des Congrès de Genève*; estos artículos reproducidos *ibid.*, pp. 242 y ss., aparecieron en el «Volksstaat» del 5 y 8 de octubre de 1873.

¹⁰⁹ *Compte rendu du Congrès de Bruxelles, 1874 (Fédéraliste)*, en *Première Internationale*, vol. 4, p. 270.

las masas. Se olvida la acción lenta, fría, continua, metódica, necesaria en defensa de estos intereses, y surgen las pasiones favorables o contrarias a tal o cual individualidad, a las que siempre es más fácil ensalzar o ultrajar que conseguir un progreso o eliminar un abuso.»

El acento obrerista de esta argumentación queda explícito cuando Perret subraya:

«Estas personalidades raramente son obreros; son burgueses desclasados, doctores, profesores, escritores, estudiantes, e incluso, a veces, capitalistas.»

Y atacando a los dos campos enfrentados, a los que considera responsables de la crisis de la Internacional, concluye:

«[Es necesario] no sólo cambiar a los hombres, sino también destruir la causa del mal. ¡Basta de marxistas y bakuninistas! [Es necesaria] la alianza sincera y real de los *trabajadores*.»¹¹⁰

¿Hay que creer que el llamamiento fue seguido? El hecho es que en poco tiempo (entre 1874 y 1877) aquellos epítetos tienden a desaparecer del vocabulario socialista. Por ejemplo, los bakuninistas, que al principio aceptan sin mucho enojo el apelativo que se les ha adjudicado, lo rechazan en nombre de los mismos principios. Así, en 1876, en el Congreso de la AIT (federalista) de Berna, Errico Malatesta declara que, a pesar de la devoción y el respeto que les une a Bakunin, sus partidarios no son «bakuninistas», en primer lugar porque «no compartimos todas las ideas prácticas y teóricas de Bakunin», y sobre todo «porque nosotros seguimos a las ideas y no a los hombres; nos rebelamos ante la costumbre de encarnar un principio en un hombre, una costumbre digna de los partidos políticos, pero totalmente incompatible con las tendencias del socialismo moderno». Además, señala que «el mismo Bakunin ha protestado siempre contra estos calificativos adjudicados a sus amigos».¹¹¹ En el mismo Congreso, el diputado socialdemócrata alemán Vahlteich, que asistía a título

¹¹⁰ *Brochure génevoise* (sin título), reproducida en *Première Internationale*, cit., pp. 229-232.

¹¹¹ *Congrès de Berne, 1876 (Fédéraliste)*, en *Première Internationale*, cit., p. 487.

personal, desaprobaba «los ataques dirigidos desde Alemania contra tal o cual personalidad» socialista extranjera, y declaraba: «Entre nosotros no hay ni “marxistas” ni “dühringuanos”, y los lassallianos de otros tiempos se han unido lealmente al movimiento general.»¹¹²

Es un lenguaje que se explica, sobre todo, por el espíritu de reconciliación que se creó a partir de los esfuerzos de los internacionalistas belgas para organizar, en 1877, en Gante, un Congreso general socialista; pero la iniciativa, que tendía a dar un paso adelante «en la vía de la reaproximación de las distintas fracciones hostiles»,¹¹³ acabó en fracaso. Desde entonces las hostilidades estaban condenadas a reaparecer, aunque en un contexto bastante cambiado. Los calificativos onomásticos reaparecen e incluso aumentan: paralelamente a «marxista», aparece ahora otro neologismo, «marxismo». Pronto constituirán un par de términos estrechamente ligados. ¿Quién fue el inventor de los mismos? Es difícil dar una respuesta. Puede asegurarse que en 1882 aparece ya en el título de un panfleto polémico, *Le marxisme dans l'Internationale*, de Paul Brousse, un ex antiautoritario, «anarquista extremista» en el Congreso de Gante, que se convirtió en el dirigente de los posibilistas de Francia.¹¹⁴ En las páginas de quien había sido definido por Engels en 1881 como un buen muchacho –«Kreuzbraver Kerl»– «totalmente incapaz en el plano de la teoría y de la expresión escrita» y el «mayor confusionista que nunca he conocido»,¹¹⁵ el término «marxista» no designa una teoría, sino la práctica y el objetivo de la socialdemocracia, de los partidos obreros que se sitúan en el terreno de la lucha de clases.

«El marxismo no consiste en ser partidario de las ideas de Marx. (...) En este sentido, no pocos de sus actuales adversarios, y en particular el que escribe, serían marxistas», declara Brousse, que polemiza con el modo de actuar de una «facción marxista que existe en Europa», o

¹¹² *Ibid.*, p. 463.

¹¹³ *Ibid.*, pp. 483 y 500.

¹¹⁴ Rubel observa que éste es «el primer texto en cuyo título figura el término». Pero la hipótesis puede ser discutida, ya que «el término parece que ya había recibido su consagración casi oficial» (*Marx cit.*, p. 27).

¹¹⁵ Cf. E. Bernstein, *Briefwechsel mit Friedrich Engels*, a cargo de H. Hirsch, Assen 1970, p. 49; F. Engels, *Briefwechsel mit Karl Kautsky*, a cargo de B. Kautsky, Viena 1955, p. 39.

sea, «los socialdemócratas de la escuela de Marx», que quieren imponer en Francia su concepción de partido. En suma, el término «marxismo», usado indistintamente con el adjetivo «marxista», no indica para Brousse una teoría, sino la tendencia de los presuntos partidarios «de las doctrinas alemanas de Marx», el «partido marxista», o sea, la socialdemocracia alemana y su «apéndice» en Francia, los guesdistas.¹¹⁶

El tono polémico de ambos términos, a pesar de la persistencia en su utilización polémica por parte de los anarquistas,¹¹⁷ empieza a atenuarse a partir de principios de los años 80. Su significado y su uso muestran pronto cambios notables. Así sucede, por ejemplo, en Rusia, donde estos términos siempre han tenido una connotación positiva, a partir de 1881.¹¹⁸ La explicación puede estar en el precoz interés por la obra de Marx en los ambientes populistas y la temprana acogida de que fue objeto de un modo particularmente intenso hasta penetrar a fondo en la ideología.¹¹⁹ Desde este punto de vista, nos parece significativa la carta del 7 de febrero de 1883 enviada por J. Stefanovich, uno de los teóricos del populismo, a Lev Deich, que había sido uno de los fundadores del primer grupo marxista en Rusia, el grupo *Liberación del trabajo*:

«Hay algo que no entiendo: ¿por qué hay que contraponer el populismo al marxismo? Puede parecer que su principio fundamental no es idéntico al adoptado por la economía política contemporánea (para Kireievski y Dostoievski, en efecto, no era así). Pero nosotros nos referimos al populismo actual. El populismo consiste (me parece) en la aplicación de los principios

¹¹⁶ A este respecto son explícitas las cartas escritas por él en los años 1884-1888 a César de Paepe: cfr. *Entre Marx et Bakounine: César De Paepe. Correspondance*, présentée par B. Dandois, París 1974. Ataca en privado «las doctrinas alemanas de Marx», declara que el partido obrero en Francia no tiene derecho a profesarlas oficialmente, y acusa a Guesde y Lafargue de querer imponer un «socialismo de importación»: «no nos uniremos nunca a una nueva Internacional marxista» (p. 247).

¹¹⁷ En el vocabulario anarquista, el término conservará siempre su significado polémico inicial. Así, a propósito del Congreso internacional de Londres de 1896, en el que fueron expulsados de la Internacional, hablan exclusivamente de «maquinaciones y maniobras marxistas».

¹¹⁸ Cfr. la carta de Vera Zasluch a Marx de 16 de febrero de 1881.

¹¹⁹ Cfr. A. Walicki, *The Controversy over Capitalism. Studies in Social Philosophy of the Russian Populist*, Oxford 1969, pp. 132 y ss.

marxistas a un caso particular, entendiendo por tal las características espirituales y físicas de un país determinado, el nivel y las características de su civilización y de su cultura, etc... Ser marxistas en la teoría, y no como miembros de un partido socialista militante en Occidente, no impide de hecho ser populistas, mientras que lo contrario, naturalmente, no es siempre cierto.»¹²⁰

A partir de los años 80 los términos «marxistas» y «marxismo» se incorporan al vocabulario socialista internacional en distintas acepciones. En primer lugar sirven como identificación y delimitación, y hay muchas razones que hacen cambiar rápidamente su uso. Hay que tener en cuenta, ante todo, las modificaciones que se están realizando en la terminología socialista, en particular en la auto-designación de las distintas corrientes, en su voluntad de distinguirse de las demás corrientes socialistas rivales. Recordemos a este respecto que en los tiempos de la Primera Internacional tres términos definen las tres tendencias principales, sus objetivos y sus métodos: el primero, el comunismo, se refiere a Marx (aunque también es reivindicado por los blanquistas); el segundo, el colectivismo, se refiere a Bakunin y a su tendencia, y por último el término socialismo se aplica a las tendencias moderadas, de características pequeñoburguesas. Sin embargo, estas tres denominaciones tienden a desaparecer o a modificarse a partir de la disolución de la AIT. El sustantivo socialdemócrata viene a sustituir al de comunista,¹²¹ e indica las orientaciones y los partidos que se colocan en el terreno de la lucha de clases y de la lucha política. A pesar de las resistencias de Marx y Engels, hará fortuna.¹²² La etiqueta de «anarquía»¹²³ será apropiada por una corriente vasta y heterogénea, opuesta globalmente a la lucha política

¹²⁰ «Gruppa osvodozdenie truda», Moscú-Leningrado 1926, recopilación n.º 4, p. 196.

¹²¹ Una de las razones por las que el término «comunismo» fue rechazado por el de «socialdemocracia» puede residir en lo que César de Paepe dice en su informe al Congreso de Bruselas de la AIT de 1874: «La palabra comunismo ha tenido el singular destino de ser rechazada por los socialistas como una calumnia, ser vista por los economistas como la mayor de las utopías, y ser finalmente, en opinión de la burguesía, una teoría que consagra el robo y la promiscuidad permanente y en definitiva la peor de las pestes» (*Compte rendu du Congrès de Bruxelles, 1874, Fédéraliste* cit., p. 323). De Paepe, por su parte, protesta contra este rechazo del término, que en su opinión tiene un significado preciso y «representa una idea realmente científica».

¹²² Rappoport recordaba a menudo: «Engels me dijo personalmente (...) que Marx y él mismo aceptaron el término socialdemocracia a pesar suyo, como una especie de compromiso con la realidad; pero que la definición preferida de sus ideas fundamentales era comunismo.»

como instrumento de acción socialista. Las tendencias moderadas, de carácter reformista, serán designadas preferentemente por sus adversarios como «posibilistas». En el léxico socialista de los años 80 el término «marxista» está vinculado al de socialdemócrata para marcar la diferencia con el de «posibilistas». Así, los dos congresos internacionales reunidos en París en julio de 1889 fueron diferenciados por los contemporáneos con los apelativos de «Congreso marxista» y «Congreso posibilista».¹²⁴

Desde entonces se habla corrientemente en Francia del Parti ouvrier français como de la «fracción marxista del Partido socialista» o como del «Partido obrero marxista».¹²⁵ Por otra parte, los militantes guesdistas se autodesignan marxistas; así, Dormoy, al anunciar a Guesde en 1888 su intención de no presentarse como candidato a las elecciones parlamentarias, y de aspirar en cambio a un escaño en el Consejo municipal, explica su decisión en estos términos: «Hoy como ayer digo: no es Dormoy el que ha vuelto al Consejo municipal, sino todo el partido marxista.»¹²⁶ Asimismo, el 8 de noviembre de aquel año, al referirse a los trabajos del III Congreso nacional de los sindicatos reunidos en Burdeos, escribe: «Los marxistas dominaban con una sólida mayoría, y aunque muchos no eran marxistas... todas nuestras resoluciones fueron adoptadas por unanimidad.»¹²⁷ Por su parte, Osip Zetkin, también guesdista, en una breve historia del

¹²³ Sobre el origen y la adaptación del término, *cfr.* J. Maitron, *Le mouvement anarchiste en France*, París 1975, vol. I.

¹²⁴ El término «posibilista» fue la réplica de los guesdistas al adjetivo «marxista», y se advierte su difusión durante la polémica desatada en vísperas del Congreso de Saint-Etienne de 1882, en el que tuvo lugar la ruptura entre las dos corrientes. Osip Zetkin da la siguiente explicación: «En 1881, tras el fracaso de la elección de Jouffrin, brazo derecho de Brousse, Guesde y sus amigos pidieron al Consejo nacional de la Federación de los trabajadores socialistas que se votara una moción de censura por la falta de disciplina que Jouffrin había puesto de manifiesto a propósito del programa del partido durante las elecciones.» El Consejo, por 25 votos contra 5, rechaza la propuesta y aprueba la actitud de Jouffrin. Entonces el «Egalité» atacó al Consejo nacional por esta decisión, y el Consejo nacional replicó a través de su propio órgano, «Le Prolétaire», tachando a los redactores de «Egalité» de «autoritarios» y «marxistas». «Egalité» respondió acunando un nuevo apelativo: «posibilistas». «Le Prolétaire» había escrito en la réplica polémica que era necesario «plantear de algún modo en lo inmediato algunas de nuestras reivindicaciones para hacerlas finalmente posibles». *Cfr.* O. Zetkin, *Der Sozialismus in Frankreich seit der Pariser Kommune*, Berlín 1889, pp 25-26

¹²⁵ Carta de Fournière a J. Guesde de 27 de marzo de 1893: Am IISG, Archives Guesde, 224-226.

¹²⁶ Am IISG, Archives Guesde, 180-183.

¹²⁷ *Ibid.*, 172-173

movimiento socialista en Francia después de la Comuna de París escrita en alemán en 1888 para los militantes del Partido socialdemócrata alemán, habla de los afiliados al partido francés como «marxistas», distinguiéndolos de los «blanquistas» y de los «socialistas independientes».¹²⁸

El uso de los términos «marxista» y «marxismo» se precisa en el seno de la socialdemocracia alemana. De apodos pejorativos se convierten en indicaciones positivas y se incorporan con una nueva acepción al vocabulario político.

La evolución semántica producida en un lapso de tiempo relativamente breve debe ser examinada en relación con los fenómenos profundos de transformación del movimiento obrero en el período de transición de la Primera a la Segunda Internacional. La «gran depresión», abierta por la crisis de 1873, acelera un cambio de tendencia. La corriente abstencionista, mayoritaria tras el Congreso de La Haya de la AIT, pierde terreno rápidamente, mientras que la coalición «antiautoritaria» reunida en torno a la AIT federalista, se escinde en 1876. De este modo los partidarios de la lucha política alcanzan la mayoría en el seno del movimiento obrero, y siguiendo el ejemplo del SPD, la formación de partidos obreros independientes se acelera en una década, entre 1884 y 1892, y se constituyen los principales partidos socialistas europeos. En este proceso, el arsenal ideológico cambia sus funciones, y la formación de partidos obreros pone las premisas de la difusión y la recepción del marxismo, que ofrece las bases a sus ideologías oficiales, es decir, el principio de la lucha política, medio de acción y de autolegitimación, y el principio de la lucha de clases, elemento constitutivo de su identidad y de su conciencia colectiva.

Estas transformaciones provocan también cambios importantes en la sensibilidad de los militantes. Los términos onomásticos «marxista» y «marxismo» ya no hieren sus convicciones, sino al contrario, hallan favorable acogida hasta el punto de ser conscientemente asumidos con voluntad de diferenciación y demarcación, y con mayor intensidad

¹²⁸ O. Zetkin, *Der Sozialismus*, cit., p. 37.

por el hecho de que la difusión del marxismo y su capacidad de arraigo creciente en el movimiento obrero internacional, a partir de la fundación de la Segunda Internacional, le confieren un nuevo contenido.

II. LA DIFUSIÓN DE LAS IDEAS DE MARX

¿Qué representaban los «marxianos» en la Primera Internacional? Hablar de los «marxistas» como de una corriente en el seno de la AIT corresponde más a las argumentaciones polémicas de Bakunin que a la realidad de los hechos. Paradójicamente, ha sido una historiografía que se declara marxista la que ha asumido posteriormente tales afirmaciones, dándoles un significado positivo, y ha construido, gracias a una extraña amalgama, un esquema lineal de difusión del marxismo. Es cierto que en torno a Marx se reunían, tanto en el Consejo general como en un determinado número de secciones, muchos militantes que constituían el «partido de Marx»; pero, con pocas excepciones, ni tan sólo aquellos que se reclaman explícitamente de la «escuela de Marx» o los considerados «marxianos» comparten o conocen sus ideas.¹²⁹ Sus partidarios más próximos, como W. Liebknecht, aceptan su guía y la plataforma política, pero no por ello son «marxistas».

En el Consejo general, observa Kautsky, «la orientación particular de Marx estaba presente con gran moderación». Sólo gracias a su superioridad intelectual y a su «arte de manejar a los hombres», Marx consigue conducir a la AIT a sus líneas estratégicas.¹³⁰

No hay que confundir la talla de Marx, que domina las instancias de la AIT, con la repercusión de sus ideas teóricas en el ámbito ideológico del movimiento obrero de su tiempo. La autoridad personal de Marx en los medios socialistas es enorme. Goza de una notoriedad extraordinaria no sólo en las cumbres de la Internacional, sino también

¹²⁹ En una réplica a una carta de Lafargue, publicada en «Egalité» del 1 de junio de 1872, se puede leer: «¿Cuántos (...) miembros del Consejo general son marxistas sin haber abierto nunca el libro de Marx [*El Capital*]?» (*Première Internationale*, vol. 2: *Les conflits au sein de l'Internationale*, p. 315).

¹³⁰ Cfr. sus memorias, *Aus der Frühzeit des Marxismus*, publicadas como introducción a Engels, *Briefwechsel mit K. Kautsky* cit., p. 26.

entre los militantes. Sus dotes científicas, y sobre todo la calidad de su obra económica, son reconocidas incluso por sus más decididos adversarios. Bakunin llega a declarar que Marx es «el sostén más seguro, más influyente y más sabio del socialismo, uno de los más sólidos diques contra la penetración de las orientaciones y las aspiraciones burguesas de todo tipo».¹³¹ Y reconoce: «Marx es el primer científico economista y socialista de nuestro tiempo.»¹³² También en la prensa alemana el autor de *El Capital* es definido como «el mayor economista viviente, el doctor Karl Marx, maestro de Lassalle».¹³³

La publicación del primer volumen de *El Capital* en 1867 consolidó la fama de Marx y la extendió más allá de los medios socialistas. En primer lugar esto repercutió en su posición en el seno del movimiento obrero. Así, en 1868 en Hamburgo, en la asamblea general del *Allgemeiner Deutscher Arbeiterverein*, W. Bracke leyó un informe de orientaciones dedicado a la «obra de Karl Marx» y presentó una resolución, que fue adoptada sin debate, que decía: «Por su obra sobre el proceso de producción del capital, Karl Marx se ha hecho merecedor del agradecimiento eterno de la clase obrera.»¹³⁴ Pero, por lo que se refiere a sus tesis, penetran muy lentamente en la realidad del movimiento obrero, y si *El Capital* es conocido es gracias a varios opúsculos de síntesis y divulgación que no siempre son obra de partidarios de Marx.

La difusión de las ideas de Marx se realiza, en los años 60 y 70 del siglo XIX, sobre todo a través de los documentos fundamentales de la AIT redactados por él, en primer lugar el Manifiesto inaugural, posteriormente las resoluciones de los Congresos, y finalmente los Mensajes del Consejo general, entre los cuales los más importantes y difundidos

¹³¹ Carta a Herzen de 29 de octubre de 1869, en M. Bakunin, *Sozialpolitische Briefwechsel mit Alexander Herzen und Ogarëv*, Stuttgart 1895, pp. 174-177.

¹³² Carta a Ludovico Nabuzzi de 23 de enero de 1872, en *Archives Bakounine*, vol. I, parte II: *Michel Bakounine et l'Italie*, Leiden 1966, pp. 199-207.

¹³³ Mew, vol. 32.

¹³⁴ Citado por H.-J. Steinberg, *Sozialismus und deutsche Sozialdemokratie. Zur Ideologie der Partei*, Hannover 1967, p. 16.

son los que tratan de la «guerra civil» en Francia. Esta «propaganda educativa», observa Mehring, expresa y resume el marxismo de la Primera Internacional.¹³⁵ Los documentos programáticos de la AIT son instrumentos eficaces de reclutamiento y de conversión de militantes aislados. Su influencia se ejerce en primer lugar en Alemania, en particular en el partido eisenachiano. Fue precisamente la lectura del Manifiesto inaugural lo que llevó a Bebel a adherirse a las ideas de Marx, y este Manifiesto siempre es invocado como ejemplo y como argumento esencial por los ponentes sobre el programa en la Conferencia de Nuremberg de septiembre de 1868, cuando el partido se adhiere a la AIT. Los internacionalistas alemanes explican la influencia y la fuerza de la AIT por el hecho de que dispone de un riguroso programa científico. Así, el obrero tipógrafo Hillman, eisenachiano, publica en el diario de la asociación de tipógrafos un largo artículo sobre la AIT, poniendo el acento en la función realizada por Marx, como autor del Manifiesto.

«Un *Manifiesto a las clases trabajadoras de Europa*, redactado por Karl Marx, el conocido economista social, ha sido presentado a la Asociación; el Manifiesto competía con un proyecto estatutario mazziniano de carácter muy conspirativo que podía hacer abortar el nacimiento de una Asociación Internacional de los Trabajadores. Por lo tanto, fue rechazado, y en cambio fue aprobado el *Manifiesto* presentado por Marx, así como los Estatutos (definitivamente sancionados, posteriormente, por el Congreso de Ginebra de 1866). La iniciativa de fundar aquella sociedad fue, pues, obra de un alemán. Este *Manifiesto* es uno de los escritos más importantes salidos de la pluma de esta autoridad científica; contiene la más dura crítica que nunca haya sido lanzada contra una clase dominante en el curso de la historia universal.»¹³⁶

¹³⁵ *Zum Gedächtnis der Internationale*, en F. Mehring, *Gesammelte Schriften*, Berlín 1963, vol. 4, p. 360.

¹³⁶ K. Hillmann, *Die Internationale Arbeiterassoziation (1864-1871). Ihre Geschichte, Programm und Tätigkeit*, extraído del «Correspondent für Deutschland Buchdrucker und Schriftgiesser», 1871, p. 1.

La Comuna de París tuvo notable importancia en la notoriedad europea alcanzada por Marx. La prensa lo señala como el jefe de la omnipotente Internacional, y a través de la identificación de la AIT con la insurrección parisina, el «partido de Marx» y Marx personalmente adquirieron una fama que contribuyó notablemente a suscitar interés por su obra en amplios sectores de la opinión pública. La reputación científica de Marx sirvió en gran medida a sus discípulos y epígonos en la lucha por hacer prevalecer su teoría en el movimiento obrero. Así, en la necrológica publicada por la *Neue Zeit*, se pone el acento en el hecho de que Marx, el fundador del socialismo científico, fue uno de los más eminentes sabios de su tiempo.

«A través de la investigación sobre las leyes del movimiento histórico y económico, Marx se ha situado entre los principales pensadores y científicos. Nadie podrá o querrá discutirlo. [Su teoría] ha adquirido para la ciencia la misma importancia que la teoría darwiniana; del mismo modo que ésta domina en las ciencias naturales, aquélla domina en las ciencias económicas y sociales.»¹³⁷

En estas líneas se resumen los temas en los que se basará la difusión del «marxismo» a finales del siglo diecinueve.¹³⁸

En el período de transición de la Primera a la Segunda Internacional, la teoría de Marx se convierte en un factor esencial en el panorama ideológico. Aumenta el interés por los escritos de Marx y Engels y se extiende su difusión. Todas las tendencias y todas las corrientes de pensamiento socialista se alinean a partir de entonces en relación con las posiciones teóricas de los fundadores del «socialismo científico». Las distintas escuelas existentes en el seno del movimiento socialista, con la excepción de los anarquistas, reconocen la importancia de la obra y se inclinan ante la autoridad indiscutida de Marx y Engels. El

¹³⁷ «Neue Zeit», I, 1883, p. 448.

¹³⁸ Son sensiblemente distintos a los de los años 70; los partidarios de Marx como J.-P. Becker escriben: «Raramente ha habido pensadores e investigadores independientes que hayan atacado a Marx, quien, por su parte, nunca ha pretendido haber inventado principios, sino únicamente haberlos descubierto, o sea haber probado científicamente la presencia de los mismos en el proceso de evolución socio-económica» (Beckers, *À propos des Congrès de Genève* cit., p. 242).

lenguaje socialista sufre una larga transformación hacia el vocabulario de Marx, mientras se multiplican las citas de sus escritos. Pero este proceso receptivo se inserta en una ideología socialista ecléctica dominante, que integra al mismo tiempo a Marx y a Lassalle, a Bakunin y a Proudhon, a Dühring y a Benoît Malon. Las líneas generales del socialismo «ecléctico» de los años 70-80 en Alemania son descritas por Kautsky del siguiente modo:

«Los resultados de las investigaciones de Marx y Engels habían sido aceptados en general, pero su fundamento solía estar mal digerido y el número de marxistas consecuentes era escaso. El Programa de Gotha, la influencia de Dühring, el éxito de la *Quinta- esencia del socialismo* del señor Schaffle en los medios del partido muestran hasta qué punto estaba difundido el eclecticismo.»¹³⁹

A partir de los primeros años 80 aparece una distinción entre la escuela marxista y el «socialismo ecléctico». El fenómeno tiene lugar en el seno de la socialdemocracia alemana. El impulso parte del mismo Engels, con su polémica directa contra Dühring, cuya influencia sobre los socialistas alemanes era enorme. El *Anti-Dühring* supone en muchos aspectos un momento crucial en la formación del «marxismo» como sistema. Entre los numerosos testimonios, recordemos el de Kautsky:

«La subversión que produjo en nuestras mentes *La subversión de Dühring*, de qué modo aprendimos a comprender completamente a Marx gracias a este texto, a verlo globalmente, de qué modo esto eliminó los residuos de socialismo utópico, de socialismo de cátedra, de los modos de pensar democrático-burgueses que aún arrastrábamos, sólo pueden entenderlo quienes vivieron aquel proceso.»¹⁴⁰

¹³⁹ K. Kautsky, *Darwinismus und Marxismus*, en «Neue Zeit», XIII, vol. I, 1894-1895, p. 715.

¹⁴⁰ *Ibid.*

El núcleo marxista que se forma en la socialdemocracia alemana se convierte en una corriente bien delimitada que se apresta, a través de una constante lucha ideológica, a conquistar la hegemonía. El destino de los términos «marxista» y «marxismo», su presentación y difusión en una nueva configuración y con un nuevo contenido tuvieron lugar en el transcurso de una larga y dura batalla teórica y política, dirigida por un grupo que se definió desde el principio como «marxista consecuente» y se propuso hacer triunfar el «marxismo», elevándolo a doctrina oficial de la *Parteibewegung* (movimiento del partido). Este grupo contó con el apoyo teórico de Engels, cuya intervención en esta hegemonía creciente fue bastante notable, y con el apoyo político de los dos jefes indiscutidos del partido, Bebel y Liebknecht. Pero el bautizo de la escuela y de la doctrina se hicieron sin que Marx y Engels lo supieran y a pesar de ellos. No sólo no dieron el visto bueno a este neologismo, sino que reaccionaron con irritación y lo rechazaron. Marx prefería definir su teoría como «socialismo materialista crítico», Engels hablaba a su vez de «socialismo crítico y revolucionario» (para «distinguirlo de sus antecesores [...] precisamente por esta base materialista»), o bien lo llamaba «socialismo científico», un término usado en contraposición al «socialismo utópico».¹⁴¹ Sólo excepcionalmente y en un tono vagamente irónico Engels recurrió en los años 70-80 a las definiciones que ya por entonces eran corrientes en la pluma de sus adversarios. Así, en 1877, a propósito de la «Dühringmanía» difundida en el SPD, habla de las «afirmaciones de los marxianos y de los dühringianos»; en noviembre de 1882, en una alusión irónica al panfleto de Paul Brousse, usa los términos «marxista» y «marxiano» entre comillas. En una carta de respuesta a Bernstein del 2-3 de noviembre de 1882, escribe:

«En cuanto a su repetida afirmación acerca del infortunio del «marxismo» en Francia, probablemente no tiene más fuente que ésta, o sea «el Malón de segunda mano». En efecto, el supuesto «marxismo» es en Francia un producto muy particular, hasta el punto de que Marx ha podido decir a Lafargue: «Lo cierto es que

¹⁴¹ Mew, vol. 34, p. 403.

yo no soy marxista.» Pero el hecho de que en el pasado verano se vendieran 25.000 ejemplares del *Citoyen* y haya adquirido tal posición que hasta Lissagaray ha puesto en juego su reputación para alcanzarlo, contradice el famoso infortunio.»¹⁴²

Este sonsonete de Marx fue citado por Engels en varias ocasiones. Aunque ha sido citado con frecuencia, su sentido queda desnaturalizado si se saca del contexto.¹⁴³

Marx y Engels se rebelaban principalmente contra la utilización de un término que consideraban ridículo y caricaturesco. Son reacciones características de las personas que militan en el movimiento obrero de antes de los años 70, ya que la etiqueta onomástica se considera una «marca sectaria». Así, en 1873, J.-P. Becker, al denunciar una práctica semejante por parte de la gran prensa hostil a la AIT, observa:

«Incluso en el campo socialista hay miembros de una gran sociedad que, o bien por orgullo fanático e ignorancia, o bien por una astucia interesada, adoptan el nombre de lassallianos y se aplican a sí mismos esta marca sectaria. ¿Acaso no constituye esto la crítica más despiadada de la acción lassalliana, que ya está casi totalmente acorralada por los corsés de sus dogmas?»¹⁴⁴

Marx reacciona del mismo modo y considera asimismo particularmente peligrosos estos términos que sólo pueden servir para aislarle como jefe de una secta y para reducir sus teorías a dogmas.

¹⁴² Bernstein, *Briefwechsel mit F. Engels*, cit., p. 154.

¹⁴³ Así la cita Kautsky, deformando el significado de la misma. Habla de Lafargue como si fuese el único, con Kautsky, en haberse «pronunciado tempranamente por la concepción materialista de la historia y en haberla utilizado en sus investigaciones», pero subraya la paradoja, que «tal vez desesperaba a Marx», y añade: «Precisamente a él se refiere el sonsonete de Marx, tan frecuentemente citado y la mayor parte de las veces deformado: “Si el marxismo es esto, yo no soy marxista”» (Engels, *Briefwechsel mit K. Kautsky* cit., p. 90).

¹⁴⁴ Becker, *À propos des Congrès de Genève* cit., p. 242.

III. KAUTSKY Y EL MARXISMO COMO CIENCIA

En cambio, los discípulos más próximos a Marx y Engels no comparten, a principios de los años 80, esta repugnancia y consideran injustificables estos temores. Han captado los cambios que se han producido en la mentalidad colectiva y en la constelación ideológica socialista, que requieren una denominación clara de los grupos y de las tendencias. Los militantes ya no se niegan a recurrir al nombre de un hombre para identificarse, sino que por el contrario están orgullosos de una etiqueta que los vincula al gran pensador, cuya fama de científico, de «fundador» del socialismo científico ya se ha consolidado.

La paternidad de las nociones de «marxista» y de «marxismo» en el sentido asumido por nuestro vocabulario corresponde a Kautsky. Mientras que en la pluma de sus contemporáneos alemanes y en la de los colaboradores de Engels estas expresiones suelen ser aún fortuitas, Kautsky las usa a partir de 1882 de un modo consciente, sistemático, en un contexto bien definido y con un significado ideológico y político que no tiene nada que ver con el mimetismo o la contaminación del lenguaje.

El contexto es la publicación, a partir de 1883, de la revista teórica *Neue Zeit*, que Kautsky estaba preparando desde hacía un año y con la ayuda de Heinrich Braun:

«En el momento de mayores dificultades, en el verano de 1882 [cuando las leyes de excepción antisocialistas], propuse impaciente al editor Dietz la fundación de una revista mensual. Me había liberado del socialismo ecléctico, que entonces alcanzaba gran difusión, una mezcla de elementos lassallianos, rodbertusianos, languianos, dühringianos con elementos marxianos, y me había convertido en un marxista consecuente, unido a Bernstein, con quien colaboraba desde enero de 1880. Queríamos dedicar todos nuestros esfuerzos precisamente a la difusión de esta nueva toma de conciencia.»¹⁴⁵

¹⁴⁵ K. Kautsky, *Zum 70. Geburtstag Heinrich Dietz*, en «Neue Zeit», XXXII, 1914, pp. 1-8.

Kautsky subraya en varias ocasiones que la *Neue Zeit*, que se había convertido en semanario diez años después de su fundación, desde sus orígenes había sido «redactada como órgano marxista», y se planteaba la tarea de elevar el bajo nivel teórico de la socialdemocracia alemana, disgregando el socialismo ecléctico y haciendo triunfar el programa marxista.¹⁴⁶

La ambición de Kautsky no se limitaba únicamente a Alemania. A los dos años de haber iniciado la publicación, escribía a Engels:

«Quizá mis esfuerzos por convertir la *Neue Zeit* en el centro aglutinador de la escuela marxista se vean coronados por el éxito. Voy consiguiendo la colaboración de numerosas fuerzas marxistas al mismo tiempo que me desembarazo de eclécticos y rodbertusianos.»¹⁴⁷

O sea que, a partir de 1882, Kautsky y luego el pequeño grupo que le rodea usa corrientemente, en su correspondencia y en la revista, los nuevos términos. Con motivo de enviar a Leo Frankel el primer número de la revista, Kautsky le escribe, en abril de 1883:

«Me interesa mucho su opinión sobre esta iniciativa. Está claro que es muy útil y oportuna, pero yo mismo me doy cuenta de lo mucho que todavía nos falta para realizar nuestro ideal. Sin embargo, me parece que la *Neue Zeit* no es peor que la *Zukunft* o la *Neue Gesellschaft*; es más variada y más atractiva, y espero que el marxismo, en sentido amplio (terreno en el que nos situamos todos, dentro de lo que resulta posible bajo un régimen de leyes de excepción) constituya siempre la línea directriz de pensamiento.»

¹⁴⁶ Estas afirmaciones son sometidas a un análisis crítico por Ragioneri (*Il marxismo e l'Internazionale* cit., pp. 57-58, 63 y 81), que expone las características, la orientación y los objetivos de la «*Neue Zeit*». La publicación de la «*Neue Zeit*» fue considerada por los contemporáneos como «un giro en la historia teórica de la socialdemocracia alemana».

¹⁴⁷ Carta de Kautsky a Engels del 9 de enero de 1885, en Engels, *Briefwechsel mit K. Kautsky*, cit., p. 163

Y al exponer su posición sobre la cuestión judía, que preocupaba a Frankel, terminaba así su carta: «Pero ¿por qué decir todo esto a un veterano marxista?»¹⁴⁸

Los términos «marxista» y «marxismo» tienen para Kautsky y el grupo que le rodea un valor programático y sirven como instrumento de lucha ideológica y política. Con energía y agresividad, a la ofensiva, Kautsky se dispone, encabezando el pequeño grupo de la *Neue Zeit*, a realizar la tarea fijada que consiste en llevar la escuela marxista a la victoria. El mismo que treinta años después declarará que es solamente un teórico y un mediocre político, demuestra entonces una gran habilidad táctica. Elige cuidadosamente su blanco y el terreno de lucha, y no dirige sus ataques contra los lassallianos, sino contra los partidarios de Rodbertus. Los primeros continúan ejerciendo una gran influencia en los medios obreros, y sus posiciones acerca de los problemas esenciales no se distinguen de las de los «marxistas». En cambio las teorías de Rodbertus seducen a los intelectuales, con los que Kautsky tiene una actitud más distanciada.¹⁴⁹ Explica explícitamente su opción táctica a Engels:

«Ahora está de moda en Alemania oponer Rodbertus a Marx; el socialismo ha vencido en el plano científico en Alemania, y para bloquear la victoria de Marx la canalla científica reaccionaria corre a parapetarse detrás de Rodbertus.»¹⁵⁰

Así, sus ataques se concentran en C. A. Schramm, que como economista y divulgador de las ideas de Marx y de Rodbertus, ha conquistado una cierta fama de teórico en las filas de la socialdemocracia.¹⁵¹ Precisamente en una polémica con éste, los términos «marxista» y «marxismo» han sido públicamente impugnados en la

¹⁴⁸ Am IISG, Fondo Kautsky (*Kautsky et les socialistes des Balkans. Correspondance*).

¹⁴⁹ En su correspondencia de los años 1883-1885 Kautsky identifica sistemáticamente a los adversarios de la escuela marxista con los intelectuales, tanto de dentro como de fuera de la socialdemocracia. Cfr. Steinberg, *Sozialismus* cit.

¹⁵⁰ Carta del 14 de febrero de 1884, en Engels, *Briefwechsel mit K. Kautsky* cit., p. 98. Tres meses después vuelve a la carga escribiendo: «Entre nuestros intelectuales reina un auténtico odio contra Marx y el marxismo y se aferran ávidamente a cualquier socialista no marxista, de Louis Blanc a Rodbertus, para oponerlo a Marx» (p. 118).

¹⁵¹ Sobre esta polémica, cfr. Steinberg *Sozialismus* cit. y Ragioneeri, *Il marxismo e l'Internazionale* cit.

Neue Zeit en 1883. La «escuela marxista» hace suyo el término y lo usa para definir su propio programa. Los términos expresan la idea de una polarización de dos corrientes, y definen la línea adoptada por Kautsky en su revista: «Hay dos escuelas socialistas que dominan principalmente los espíritus en la Alemania actual: la de Marx y la de Rodbertus.» La primera recluta a sus partidarios entre los obreros y la segunda encuentra su expresión en el «socialismo de cátedra» («Akademischer Sozialismus»)¹⁵².

Como jefe de la escuela marxista (que es «una escuela más marxista que Marx», según Schramm), Kautsky gana fama, a partir de 1883, de «fanático defensor de la concepción materialista de la historia».¹⁵³ Él mismo la reivindica cuando escribe en mayo de 1884 a Engels con evidente satisfacción a propósito de la *Neue Zeit*:

«Para los señores antimarxistas alemanes, es desde hace tiempo una espina que tienen clavada, porque es el único órgano socialista en Alemania que se sitúa en el terreno del marxismo»¹⁵⁴

En el muy polémico clima intelectual en que vive, las apreciaciones de Kautsky sobre la situación son algo exageradas y expresan un cierto partidismo; sin embargo, es indudable que la actividad y la orientación de la *Neue Zeit* encontraban en el seno del SPD fuertes resistencias. Éstas son de distintas procedencias y tienden a evitar un ataque directo a Marx o una oposición a la difusión de sus doctrinas; atacan «el modo de actuar» de un grupo, de una camarilla, la sedicente «escuela marxista», a la que acusan de haber usurpado el nombre de Marx para alcanzar sus propios fines. Los argumentos de los rodbertusianos, de los lassallianos y sobre todo del ala moderada del partido, son parecidos a los de Brousse y los posibilistas franceses. Diferenciando entre la obra teórica de Marx y el «marxismo», en el

¹⁵² «Marx encuentra generalmente a sus seguidores entre las clases trabajadoras (...). Rodbertus, en cambio, se ha convertido en el guía adulado por el socialismo de cátedra» (K. Kautsky, *Das Kapital*, en «Neue Zeit», II, 1884, p. 337).

¹⁵³ Son palabras de C. A. Schramm, *Kautsky und Rodbertus*, en *Neue Zeit*, II, 1884, pp. 484 y 488.

¹⁵⁴ En octubre de 1884 escribe en los mismos términos a Bebel: «Quiero continuar la “Neue Zeit”; me mantengo en ella porque es el único órgano en Alemania que se sitúa plena y totalmente en terreno marxista» (A. Bebel, *Briefwechsel mit K. Kautsky*, a cargo de K. Kautsky jr., Assen 1971, p. 21).

que ven una ideología construida por veleidosos epígonos de aquél, señalan a Kautsky como el principal responsable, el pérfido inspirador, el inventor de un dogma que predica y eleva a evangelio, apropiándose de la autoridad de Marx en la tentativa de imponer al partido sus propias doctrinas como doctrina oficial. Auer habla sarcásticamente a sus corresponsales de los «misterios del marxismo puro administrado por Karl Kautsky y sus amigos»,¹⁵⁵ mientras Schramm ataca públicamente a los «falsos profetas», la pareja Kautsky-Bernstein, que desde hace años predicán en la socialdemocracia alemana «la infalibilidad del marxismo y declaran que el marxismo es el evangelio». E insiste: «Yo no conozco una religión de Marx, ni un programa de Marx al que yo u otros compañeros hayamos jurado fidelidad, sino que conozco únicamente un programa del partido. Kautsky predica una religión de Marx.»¹⁵⁶ Esta imagen de la Iglesia y del Evangelio, así como la del sumo sacerdote, serán utilizadas en determinados medios del SPD para ridiculizar los dogmas y el dogmatismo de Kautsky, y en realidad para atacar a través de ellos al marxismo. Así, en plena crisis revisionista, Ignaz Auer declara en las sesiones de debate del SPD: «Yo no soy marxista, en el sentido en que éste ha sido progresivamente desarrollado por los padres de la Iglesia del marxismo», o sea Kautsky y Bebel.¹⁵⁷

Para Kautsky, en los primeros años de la *Neue Zeit*, uno de los mejores modos de responder a estos ataques y de demostrar su inconsistencia consiste en asegurar la colaboración de Engels en la revista, publicando escritos suyos o bien manuscritos inéditos de Marx. Así, la publicación en alemán de *Miseria de la filosofía* (editada originariamente en 1844 en francés) en plena polémica con los rodbertusianos, asume para Kautsky una importancia fundamental: «Será un buen bofetón para todos los adversarios del marxismo.»¹⁵⁸

¹⁵⁵ Citado por Steinberg, *Sozialismus* cit., p. 39, nota 81.

¹⁵⁶ *Ibid.*, p. 37.

¹⁵⁷ *Protokoll über die Verhandlungen des Parteitages der SPD, abgehalten zu Hannover vom 9-14.10.1899*, Berlín 1899, p. 208.

¹⁵⁸ Engels, *Briefwechsel mit K. Kautsky* cit., p. 108.

Pero ¿qué contenido atribuye a este concepto la «escuela marxista» que se ha formado en torno a la *Neue Zeit*? Kautsky no usa nunca este término de un modo casual, sino que le da una precisa acepción. «Marxista» se refiere a Marx y a sus escritos: «Pretender vulgarizar el modo de escribir marxista me parece insensato porque Marx ha escrito de un modo muy popular y comprensible»;¹⁵⁹ define también una posición de principio: «H. Braun no es un socialista de cátedra, sino que se sitúa totalmente en un terreno marxista, en el terreno de la lucha de clases»;¹⁶⁰ frases en las que «marxista» se refiere a un determinado contenido ideológico («la literatura marxista»). Y por último el término se refiere a una tendencia, una escuela: «Braun es un miembro diligente y concienzudo de la escuela marxista.»¹⁶¹ En lo que respecta a la elección del término «marxismo», su definición está estrechamente ligada a la interpretación que hace Kautsky de la teoría de Marx y a la sistematización que intenta hacer de la misma. En términos globales, la palabra es sinónimo de «sistema de Marx»; en particular, realiza una doble función. La primera consiste en designar el principio director: «el marxismo, la concepción de nuestro partido como organización del proletariado comprometido en la lucha de clases»;¹⁶² y la segunda sirve para definir la teoría de Marx como ciencia en general y como socialismo científico en particular. Kautsky lo precisa repetidamente. Así, en el décimo aniversario de la *Nene Zeit*, escribe:

«El término “científico” englobaría, sin duda, todos los aspectos del marxismo, pero al mismo tiempo diría algo más o podría entenderse como algo más ambicioso que el marxismo, que no pretende de hecho decir la última palabra en cuestiones de ciencia.»

Y en la polémica con Bernstein, añade otra dimensión:

¹⁵⁹ *Ibid.*, p. 92.

¹⁶⁰ *Ibid.*, p. 60, carta de 6 de septiembre de 1882. Para el uso de este término es significativo lo que escribe a Bebel el 14 de febrero de 1885: «Debemos tratar los acontecimientos alemanes desde nuestro punto de vista, desde el punto de vista marxista y no desde el punto de vista del socialismo pequeño-burgués y filisteo» (Bebel, *Briefwechsel mit K. Kautsky cit.*, p. 27).

¹⁶¹ Bebel, *Briefwechsel mit K. Kautsky cit.*, p. 24, carta a Bebel de 8 de noviembre de 1884.

¹⁶² K. Kautsky, *Bernstein und das sozialdemokratische Programm*, Stuttgart 1899, p. 17.

«Es el método resultante de aplicar la concepción materialista de la historia a la política; gracias a él el socialismo se ha convertido en una ciencia (...). Lo esencial en el socialismo marxista es el método, no los resultados.»¹⁶³

Esta insistencia en la definición del marxismo como ciencia nos da la clave para entender las razones por las que Kautsky se apropia del término y de la interpretación que da al «sistema de Marx». Hay que recordar a este respecto que en los años 80 Kautsky, que era un ferviente admirador, como toda su generación, de Darwin, parece inspirarse en el éxito, la resonancia y la fuerza de atracción del término «darwinismo». La voluntad de expresar simbólicamente una dimensión esencial de la obra de Marx guía su modo de proceder, y si darwinismo es sinónimo de ciencia de la naturaleza, marxismo lo es de ciencias sociales. Hay que advertir que en esto Kautsky no es realmente un innovador, ya que el paralelismo entre Darwin y Marx es constante en el discurso socialista de finales de siglo y corresponde a la sensibilidad y a la mentalidad colectivas de la época, saturadas de cientismo y dominadas por el materialismo monista y por las ideas de progreso y de evolución derivadas de las ciencias naturales.

Para Kautsky el carácter esencial del marxismo como ciencia es la concepción materialista de la historia. Ésta es la definición que da en 1883 en su polémica con Schramm, cuando declara que su adversario no puede entender a Marx «porque (...) el contenido histórico del marxismo le resulta totalmente extraño»; quien dice escuela marxista,

«dice escuela histórica marxista. Si se puede hablar de los economistas de la escuela marxista, se puede hablar también de sus historiadores (...). Marx ha introducido el materialismo, la economía, en la historia, pero ha introducido también la historia en la economía. Para él ambas constituyen una unidad indisoluble».¹⁶⁴

¹⁶³ Al explicar a Bebel, en su carta de 14 de febrero de 1885, las dificultades que encontraba la «Neue Zeit» y las tensiones con su editor, volvía a la misma idea: La *Neue Zeit* debe (...) ser un órgano resueltamente marxista, un órgano que se coloque en el terreno del *Manifiesto comunista*, en el terreno de la concepción de la historia desarrollada en este texto» (Bebel, *Briefwechsel mit K. Kautsky* cit., p. 27).

¹⁶⁴ K. Kautsky, *Eine Replik*, en *Neue Zeit*, II, 1884, p. 496

Ante la réplica de Schramm, que pone en duda la existencia de un escuela histórica marxista (afirmación que también Engels considera demasiado forzada), Kautsky precisa que se refiere a *El Capital*, «que es una de las más grandiosas obras de historia», y declara tajantemente:

«Con Marx se abre una nueva época en la ciencia histórica. Y todos los miembros de la tendencia marxista deben ser historiadores como lo fue Marx. Quien no sea historiador, y quien considere la historia como algo ajeno será impermeable a la concepción marxista en su totalidad.»¹⁶⁵

El historicismo marxista de la Segunda Internacional es contemporáneo a la formación de la escuela marxista en torno a la *Neue Zeit*. La definición del marxismo dada por Kautsky en los años 80 fue conceptualizada por él mismo en 1908 en una fórmula que se hizo célebre: «En última instancia, el socialismo marxista no es más que la ciencia de la historia desde el punto de vista del proletariado.»¹⁶⁶ Veinte años después, con motivo del setenta cumpleaños de Kautsky, el marxista americano Louis Boudin sintetizó de este modo el resultado final de una evolución iniciada en los años 80: el marxismo, que «era la teoría generalmente aceptada por el movimiento socialista», es «actualmente una teoría general de la historia y no una teoría particular de la revolución».¹⁶⁷

¹⁶⁵ K. Kautsky, *Die historische Leistung von K. Marx*, Stuttgart 1908, p. 30. Enunciaba esta idea ya en 1886, cuando formulaba la tesis de que gracias a la concepción materialista de la historia «Marx ha realizado la unión del socialismo con el movimiento obrero, demostrando que el fin del socialismo (...) será natural y necesariamente alcanzado a través del desarrollo del modo de producción moderno y la lucha de clases, y sólo podrá ser entendido a través del estudio de este modo de producción, de su influencia y de su génesis (ID., *Das Elend der Philosophie und das Kapital*, en «Neue Zeit», IV, 1886, p. 15).

¹⁶⁶ L. B. Boudin, *Theorien der Revolution*, en «Die Gesellschaft», *Kart Kautsky zum 70. Geburtstag*, p. 38.

¹⁶⁷ F. Engels, *Correspondance avec Paul et Laura Lafargue*, textes recueillis, annotés et présentés par E. Bottigelli, París 1956, vol. 2, p. 288.

IV. LA CRISIS REVISIONISTA Y EL NACIMIENTO DE LOS «MARXISMOS»

En los años de la primera gran penetración del «marxismo» en el socialismo internacional en vísperas de la fundación de la Segunda Internacional, las definiciones inicialmente polémicas sufrieron, como se ha dicho, una transformación radical por la que asumieron un significado teórico y político y arraigaron de este modo en los usos socialistas. En los años 80 aquellos términos se imponen en la acepción kautskiana y alcanzan una resonancia internacional tan amplia que Engels –sin corroborar su utilización– los acepta sin demasiada convicción. «Los anarquistas –escribe a Laura Lafargue el 11 de junio de 1889–¹⁶⁸ se morderán los puños por habernos atribuido tal calificativo.» ¿Les da, pues, el visto bueno? Por otra parte, ¿acaso estaba en condiciones de oponerse a una práctica que ya no dependía sólo de su uso lingüístico sino que se había convertido en un auténtico hecho político? El modo en que son usados estos términos (sus corresponsales los utilizan sistemáticamente), el significado que asumen y los contenidos que incorporan, continúan provocando su irritación. Y, por ejemplo, A. M. Voden, que visitó a Engels en 1893, explicó más tarde en sus memorias que éste «hubiese preferido que los rusos –y todos los demás– dejaran de coleccionar citas de Marx y Engels y empezaran a pensar como habrían pensado Marx y Engels en su lugar. Si de algún modo una palabra como “marxista” podría tener derecho a existir, sería únicamente en este sentido».¹⁶⁹ Sin embargo, aunque ya habían alcanzado amplia difusión y eran usados normalmente, estos apelativos no alcanzaron una consagración oficial hasta la crisis revisionista. Es cierto que en 1895 la enciclopedia Meyer consagra el término «marxista» incluyéndolo en la nueva edición de aquel año con una llamada que remite a «socialdemocracia».¹⁷⁰ Pero en la primera enciclopedia socialista, publicada en 1897 y redactada por dos miembros de la «escuela marxista», Stegmann y Hugo, la expresión «socialismo marxista» es la única que aparece. El término es

¹⁶⁸ H. M. Enzensdgerger, *Conversaciones con Marx y Engels*, Barcelona 1974.

¹⁶⁹ Manale, *Aux origines du concept de «marxisme»* cit., pp. 1400-1401.

¹⁷⁰ C. Stegmann y C. Hugo, *Handbuch des Sozialismus*, Zurich 1897, pp. 166, 164, 640 y 387.

usado preferentemente, en lo que se refiere a la socialdemocracia alemana, para indicar las etapas y los momentos más significativos del ascenso del marxismo.¹⁷¹ Los eisenachianos son definidos como «partidarios del socialismo marxista internacional»; Dühring es caracterizado por «su posición hostil hacia el socialismo marxista»; la *Neue Zeit* es llamada «desde el principio órgano del socialismo marxista»; y a propósito de la Internacional se afirma que «el Congreso de Bruselas (1891) fue un éxito completo del socialismo marxista, cuyos dirigentes dominaron los debates»; las resoluciones del Congreso han recogido «los dos puntos principales del programa marxista»: 1) el Congreso «se sitúa en el terreno de la lucha de clases»; 2) recomienda «conquistar a través de la lucha los derechos políticos que permitirán acceder al poder político».

El término «marxismo» es consagrado definitivamente por la crisis revisionista y es usado a partir de entonces en varios sentidos:

«Al cambiar el siglo el término «marxismo» (...) sirve para designar el pensamiento y la obra de Marx, sin que ello comporte ningún problema en lo que se refiere a las ya numerosas controversias sobre el texto más importante del autor. El término «marxista», usado corrientemente como adjetivo o como nombre, designa tanto a una obra de Marx como a un seguidor de sus teorías o a un movimiento político que se reclame de las mismas.»¹⁷²

Esta observación sólo recoge parcialmente las múltiples interpretaciones que se dan del término y a las que éste se presta. Como observa Bernstein, durante el debate revisionista: «Con el término “marxismo” no se alude sólo a una teoría científica, sino también a una doctrina política.» Esto explica en parte el uso del término en el vocabulario político a partir de los primeros años del siglo, en un doble significado: el primero, restringido, llama marxismo a la teoría de Marx y al socialismo científico; el segundo, en una acepción bastante amplia, ya no se aplica sólo a la teoría de Marx, sino también a las aportaciones de sus sucesores, e incluye todo el arsenal ideológico de

¹⁷¹ Manale, *Aux origines du concept de «marxisme»* cit., p. 1401.

¹⁷² E. Bernstein, Prólogo a la edición francesa de *Voraussetzungen des Sozialismus*, París 1902.

los partidos obreros. La extensión ilimitada del término asume, pues, en último análisis, la forma de una identificación del marxismo con la socialdemocracia, y en particular con el partido socialdemócrata alemán.

Por otra parte, la utilización de los términos «marxista» y «marxismo» es bastante desigual por parte de los distintos protagonistas e intérpretes de primera fila en los distintos países. Al igual que Kautsky, los marxistas rusos, y sobre todo Lenin, adoptan la práctica ya corriente en Rusia y los usan ampliamente a partir de los años 90: en la prensa legal se definen como «marxistas», se proponen desarrollar «el punto de vista marxista», toman posición en nombre del «marxismo» contra los populistas que intentaban apoderarse de Marx para utilizarlo contra la socialdemocracia. En cambio, Rosa Luxemburg, al empezar el siglo, es más precavida en su uso y prefiere recurrir a los términos «socialismo científico» y «socialdemocracia». Por otra parte, sería un error sacar conclusiones precipitadas sobre la frecuencia del uso de estos términos. Este tema no puede ser tratado con un método de cuantificación textual porque está en relación tanto con el contexto y las costumbres intelectuales y políticas, como con el estilo personal de los autores, su expresión individual y una determinada concepción de la actividad y de la expresión ideológica. Por ejemplo, en un país como Rusia, en el que el marxismo se inserta en una pluralidad de doctrinas y de tendencias socialistas, todas ellas influidas por la obra de Marx, su precoz influencia se explica por la voluntad de caracterizarse y de calificarse como corriente política y teórica distinta. Pero en cuanto se dibujan varias tendencias en el seno del campo «marxista», aparecen varios términos políticos (aparte de la definición de «marxistas legales») que ya no son onomásticos, como economismo, bolchevismo, menchevismo, liquidadores, etc.

En Alemania, donde se ha convertido en ideología oficial del SPD, el marxismo domina formalmente el campo teórico del movimiento del partido, y las diferencias se indican a través de la denominación de las corrientes: revisionismo, ortodoxia, radicalismo de izquierda, etc. Es más: a partir del ejemplo del SPD se puede advertir una tendencia más

general en el sentido de que, cuando el marxismo ha conquistado la hegemonía en el movimiento obrero internacional, las expresiones onomásticas tienden a ser sustituidas por epítetos genéricos para designar las corrientes divergentes en el seno de la Segunda Internacional.

Las razones del éxito de estos neologismos están en relación con su utilidad. Son instrumentos útiles en un proceso que supera las perspectivas de Marx y al mismo tiempo corresponde a los objetivos perseguidos por los marxistas con la creación de la Primera Internacional. A medida que se producen deslizamientos en su significado, la utilidad y las ventajas del uso de estos conceptos son rápidamente entendidos por quienes han sido designados de este modo por sus adversarios. Una vez apropiados y reivindicados por la «escuela marxista» y enarbolados como bandera, «marxista» y «marxismo» sirven como punto de referencia y como términos de identificación y demarcación. Pero ante todo indican una ideología universal y un saber totalizante, considerado al mismo tiempo como método, como concepción del mundo y como programa de acción.

Sus vicisitudes son de algún modo el reflejo de la ascensión del marxismo y luego de sus diferenciaciones internas. Los términos se incorporan al vocabulario más habitual y se imponen en los años del cambio de siglo. Su reconocimiento oficial corresponde a un momento histórico preciso, el de la separación y la ruptura definitiva entre socialdemocracia y anarquismo, la sistematización y la formación como corpus de la teoría de Marx, la delimitación de la escuela marxista con respecto a todas las demás corrientes socialistas, y la consolidación de su hegemonía política en la Segunda Internacional. La conquista por parte del marxismo de la socialdemocracia internacional en ascenso, en plena expansión, pero también en plena transformación, desemboca al mismo tiempo en la crisis provocada por Bernstein. Siguiendo el ejemplo de T. Masaryk, los contemporáneos hablaron de «crisis del marxismo» o de «crisis en el marxismo».

La crisis revisionista tiene diversas consecuencias, y en particular asegura la estabilización del uso de los dos términos y una difusión y una publicidad inesperada de los mismos. Pero también pone de manifiesto la ambigüedad de conceptos que engloban aspiraciones y orientaciones que a menudo son contradictorias. El «marxismo» se escinde en escuelas hostiles, y la terminología, por consiguiente, sufrirá varias modificaciones. La palabra «marxismo» irá acompañada de diversos calificativos que en conjunto constituirán toda una serie de etiquetas: habrá marxismo «verdadero» y «falso», «estricto» y «amplio», «ortodoxo» y «revolucionario», «dogmático» o «creador». Pero de este modo el término cambia fundamentalmente de significado y acaba designando orientaciones e interpretaciones contradictorias cuyo único denominador común es una profesión de fe o una simple referencia a Marx. A partir de entonces, más que hablar de marxismo en general habrá que usar el plural: marxismos.

4. LENIN, LOS BOLCHEVIQUES Y LA II INTERNACIONAL¹⁷³

El tema que voy a tratar aquí es de aquellos en los que la necesidad de una investigación minuciosa no está determinada por el gusto de una pedante erudición sino por la necesidad de dilucidar uno de los aspectos importantes de la historia de la II Internacional en general y de la socialdemocracia rusa en particular. Durante años, este tema ha despertado tales pasiones, ha conocido tantas vicisitudes que su historia podría llenar numerosas páginas. Me limitaré a evocar algunos momentos. En los «años eufóricos» que siguieron a la revolución de Octubre, impregnados por la expectativa de la revolución mundial próxima, el problema de las relaciones entre los bolcheviques y la II Internacional retuvo mucho la atención de los historiadores y los publicistas soviéticos.¹⁷⁴ La historia del bolchevismo anterior a 1914 fue tratada en un contexto «internacional» como un aspecto del socialismo internacional. A pesar del tono polémico empleado hacia la II Internacional, la participación de los bolcheviques en su actividad, sus relaciones con los partidos socialdemócratas occidentales, fueron analizados desde un punto de vista científico. Una nueva página comenzó en 1930. Por estas fechas, la redacción de la revista *Proletarskaia Revolutsia* propuso desde sus columnas el estudio de «una serie de problemas referentes a las relaciones de los bolcheviques con la II Internacional anteriores a la guerra» y publicó un estudio de Slutski que abría la discusión sobre las relaciones entre Lenin y la izquierda socialdemócrata alemana¹⁷⁵. La discusión jamás tuvo lugar¹⁷⁶. En efecto, el estudio de Slutski provocó la bien conocida respuesta de Stalin¹⁷⁷ en 1931, que puso fin brutalmente a cualquier investigación

¹⁷³ Publicado en *Cahiers du Monde Russe et Soviétique*, n.º 3, 1966.

¹⁷⁴ Cf. por ejemplo S. Bantke, «V. Lenin i boltsevism na mezunarodnoi arene v dovoenni period» (Lenin y el bolchevismo en la arena internacional durante el período de preguerra), *Proletarskaia Revolutsia*, números 2-3 (85-86), 1929, pp. 3-57.

¹⁷⁵ A. Slutski, «Boltseviki o germanskoj s.d. v period ego predvoennogo krisisa» (*Los bolcheviques y la socialdemocracia alemana durante la crisis de preguerra*), *Proletarskaia Revolutsia*, n.º 6 (101), 1930, pp. 38-72.

¹⁷⁶ Cf. V. I. Dunaevski, «Boltseviki i germanskie levie na mezunarodno i arene», *Evropa v novoe i noveisee vremia*, sbornik state i pamjati akademika N. M. Lukina, Moscú, 1966, pp. 491-513.

¹⁷⁷ J. Stalin, *Questions du léninisme*, París, Ed. Sociales, 1952, t. 2, pp. 62 siguientes [*Fundamentos del leninismo*, Madrid, Akal, 1975].

sobre el tema e impuso su propio criterio. La versión de Stalin, que en su época causó una enorme conmoción en toda la Internacional comunista y vivos debates entre los comunistas alemanes¹⁷⁸, puede resumirse del siguiente modo: entre 1903-1905, Lenin se orientó hacia una ruptura con la II Internacional y empujó a los socialdemócratas de izquierda occidentales –en especial a la izquierda alemana –a una escisión con los oportunistas y, los centristas que dominaban el SPD. Según Stalin, los bolcheviques rusos no podían provocar la escisión con «sus propios oportunistas y centristas conciliadores», sin orientarse a la vez hacia la ruptura, la escisión, con los centristas y los oportunistas de la II Internacional». Desde entonces, toda la historiografía soviética se alinea en este sentido. Esta concepción había de influir también en algunos historiadores occidentales, como lo testimonia la obra –muy útil por otra parte– de Gankin y Fisher¹⁷⁹.

Observemos, de paso, que la paternidad de esta versión más que tendenciosa no es de Stalin. Fue elaborada mucho antes de 1930 en las esferas dirigentes de la Komintern¹⁸⁰, concretamente por Zinoviev, que en forma de testimonio respaldó la idea de «la repugnancia de Lenin por el oportunismo en la Internacional». Zinoviev afirmó, en especial, que Lenin «asistía apenado a los congresos de la Internacional y a las reuniones del BSI y regresaba casi enfermo a causa del espectáculo que allí debía presenciar»¹⁸¹.

¹⁷⁸ Cf. Rudolf Schlesinger, «Lenin as a member of the International Socialist Bureau», *Soviet Studies*, XVI, n.º 4, 1965, pp. 448-49.

¹⁷⁹ Olga Hess Gankin y H. H. Fischer, *The Bolsheviks and the World War. The origins of the Third International*, Stanford University Press, 1940.

¹⁸⁰ Señalemos que esta versión de Stalin aún hoy es difundida por ciertos «veteranos» de la Komintern. Así, una memorialista un tanto abusiva como A. Balabanova, escribía recientemente: «En efecto, por lo que recuerdo, durante el período anterior a la primera guerra mundial no hubo una sola reunión del Buró de la III Internacional en la que Lenin o su representante no tomara la palabra para lanzar una viva crítica a la táctica de la Internacional, oponiéndole la teoría y la práctica que se conoce en la historia con el nombre de bolchevismo. No se puede hablar de una verdadera escisión dada la cohesión interna y externa del movimiento obrero sindical y político de la época, pero desde 1905-1907, Lenin de hecho se preparaba psicológicamente para ella» (Angélica Balabanova, «Lenin i sozdanie Kominterna» [Lenin y la creación de la Komintern], *Socialističeskii Vestnik*, n.º 2, 1964, p. 73).

¹⁸¹ G. Zinoviev, *Sochinenia (Obras)*, t. XV, pp. 254-55.

Entre el bombardeo de la propaganda y el amordazamiento, el camino del historiador quedó bloqueado largo tiempo y el acceso a los documentos le fue prohibido. Stalin descartó la observación de Slutski según el cual los documentos necesarios para el estudio de las relaciones entre los bolcheviques y los centristas de la II Internacional eran aún «insuficientemente conocidos», la calificó de «tesis burocrática» y cerró el acceso a los archivos.

Hasta después de la muerte de Stalin no se levantó esta hipoteca. La historiografía soviética retomó el estudio de los problemas suscitados por Slutski durante la ola de la desestalinización abortada de los años sesenta. Desde entonces, el tema de las divergencias fundamentales entre los bolcheviques y la II Internacional se delimitó en el tiempo: la conferencia de Praga de 1912, es decir, la escisión definitiva en el POSDR, marca el comienzo de una crisis en las relaciones de Lenin con la Internacional. El tema también se vio delimitado en su objeto: el comportamiento del Buró Socialista Internacional (BSI) hacia los bolcheviques —a propósito de la unificación de la socialdemocracia rusa— prevaleció sobre los otros asuntos¹⁸². Pero, al mismo tiempo el campo de reflexión se amplió. La controversia chino-soviética de los años sesenta confirió súbita actualidad a este problema que parecía pertenecer ya sólo a la historia. A partir de ahí, los responsables ideológicos del PCUS rechazan la versión de Stalin, defendida por los chinos, y destacan los esfuerzos que hizo Lenin antes de 1914 «por... reforzar la unidad» del movimiento obrero internacional:

«Lenin tenía en alta estima la acción desplegada por la II Internacional para reforzar la unidad de la clase obrera de todos los países...

¹⁸² Cf. G. Kuranov, «Borba V. I. Lenina s reformistami v Mezhdunarodnom Socialsticheskom Buró» (La lucha de Lenin con los reformistas en el BSI) *Novaia i noveisaia istoriia*, n.º 4, 1963; y el informe de V. M. Dalin sobre la correspondencia entre Lenin y Camille Huysmans, en *Novaia i noveisaia istoriia*, n.º 4, 1964. V. M. Dalin, en una obra colectiva recientemente publicada, intenta destacar la actitud siempre crítica de Lenin hacia la Internacional y sobre todo hacia el BSI (Cf. *Lenin v borbe za revoliutsionni internacional*, Moscú, Nauka, 1970, pp. 155-159.) En su conjunto, dicha obra es una valiosa contribución al tema aquí tratado.

En el plano de la organización, no se pronunció a favor de la ruptura con los oportunistas de la II Internacional y de sus partidos más que cuando los dirigentes socialdemócratas hubieron traicionado al internacionalismo»¹⁸³.

Esta frase, escrita en 1964, pertenece a B. Ponomarev, secretario del Comité Central y encargado, además, de la redacción de la nueva historia del PCUS.

Más allá de esta ampliación política del tema, la reflexión se ha profundizado en el plano de la investigación histórica propiamente dicha. La antigua forma de concebir la historia de la II Internacional ha sufrido, en estos últimos tiempos, una revisión fundamental por parte de los historiadores soviéticos. El profesor Zubok ha formulado las premisas teóricas¹⁸⁴ de esa revisión, aplicada luego en el libro de Krivoguz y, sobre todo, en la obra colectiva sobre la historia de la II Internacional¹⁸⁵. Estos autores sustituyen la apreciación totalmente negativa de la II Internacional, considerada templo del oportunismo y del reformismo, por una concepción más matizada que pone el acento en su aporte positivo. Esta revisión, a la par que rechaza antiguas tesis, crea otras nuevas: por ejemplo, exagera el papel y la influencia de la izquierda socialista, presentada como el factor decisivo de los éxitos y progresos de la II Internacional¹⁸⁶.

Estas son, pues, las condiciones en las que hoy se realizan las investigaciones sobre Lenin, los bolcheviques y la II Internacional. Esas investigaciones han tomado cuatro direcciones principales.

La primera es la seguida por Dietrich Geyer¹⁸⁷: estudia las relaciones de la socialdemocracia rusa con «la gran potencia de la Internacional», el partido alemán, la reconstitución del clima ideológico y de las

¹⁸³ *La Nouvelle Revue Internationale*, agosto de 1964, p. 11.

¹⁸⁴ L. Zubok, «Nekotórie voprosi istorii vtorovo Internacionala» (Algunas cuestiones de historia de la III Internacional), *Novata i noveisaia istoriia*, n.º 4, 1964, pp. 50-58.

¹⁸⁵ I. M. Krivoguz, *Vtoroi Internacional 1889-1914* (La II Internacional 1889-1914), Moscú, 1964.

¹⁸⁶ A este respecto, la obra citada de Krivoguz es un ejemplo característico.

¹⁸⁷ Dietrich Geyer, «Die russische Parteispaltung im Urteil der deutschen Sozial-Demokratie, 1903-1905», *International Review of Social History*, números 2 y 3, 1958. Cf. también C. Weill, *Marxistes russes et social-démocratie allemande, 1898-1904*, París, Maspero, 1977.

actitudes políticas de los dirigentes del SPD en los momentos cruciales, por ejemplo ante las divergencias en las filas socialistas rusas después de su II Congreso, luego de la Conferencia de Praga. Una segunda dirección de los estudios sigue la línea que en otros tiempos sugirió Slutski: el lugar de los bolcheviques y del bolchevismo en las corrientes de izquierda dentro de la Internacional, la historia de sus relaciones, de sus disensiones y desacuerdos. Una tercera dirección se orienta hacia el estudio de las posiciones de Lenin en los grandes debates de la Internacional¹⁸⁸, consideradas como una prolongación natural de su pensamiento y acción, más allá de su partido y de su país, a fin de situarlo en las corrientes discordantes que se enfrentaban en el seno del socialismo internacional antes de 1914. Y por fin, una cuarta dirección, más limitada en cuanto a los problemas que trata pero más rica en posibilidades de utilizar nuevas fuentes: el estudio de las relaciones de Lenin y la socialdemocracia rusa con la Internacional como institución, es decir, con el BSI, ante el cual Lenin fue delegado del POSDR desde 1905 hasta junio de 1914.

El éxito de este método imponía una condición previa: la posibilidad de acceder a los archivos de la II Internacional. Si los legajos del BSI no fueron abiertos no se debió a una cuestión de principios sino de acontecimientos: los archivos, conservados por el antiguo secretario del BSI, Camille Huysmans, sufrieron graves daños durante la guerra.

Los documentos concernientes al problema que nos interesa figuran por desgracia entre los más deteriorados y están muy incompletos. Sin embargo, los papeles conservados, que reúnen parte de la correspondencia entre los principales dirigentes del POSDR y el secretario de la Internacional, permiten conocer mejor los entresijos de las relaciones entre los bolcheviques y el mundo socialista internacional antes de 1914¹⁸⁹.

¹⁸⁸ La historiografía soviética se atiene principalmente a esa dirección. Cf. K. Pol, «Bolshevik i dovoenni Internacional» (Los bolcheviques y la Internacional antes de la guerra), *Proletarskaia Revoliutsia*, n.º 5 2 y 3 (109-110), 1931, pp. 22-58 y n.os 4-5 (11-112), pp. 35-79. A. Krutikova, *Is istorii borbi V. I. Lenina protiv oportunizma na mezhdwiarodnoi arene Stuttgartski Kongress (A propósito de la lucha de Lenin contra el oportunismo en el campo internacional. El Congreso de Stuttgart)*, Moscú, 1955.

I. LOS BOLCHEVIQUES EN LA INTERNACIONAL: ¿CONFIANZA U HOSTILIDAD DECLARADA?

Si bien ha sido abandonada la tesis de que la escisión de hecho entre los bolcheviques y la II Internacional se produjo antes de 1914, en cambio la afirmación de que Lenin y los bolcheviques chocaron continuamente con la hostilidad de los dirigentes centristas, oportunistas, que dominaban la Internacional, goza aún de una sólida audiencia. Las dificultades, los fracasos de los bolcheviques en el plano internacional se atribuyen todavía a una «hostilidad declarada y sistemática». Para aclarar el asunto, repasemos los hechos con brevedad y, sobre todo, la trama; institucional.

La II Internacional, desde su origen, adoptó una estructura de federación de partidos autónomos y sólo en 1900 se dotó de un organismo ejecutivo rudimentario. En los cuatro primeros años de su existencia, el BSI no fue más que un simple Buró permanente, con escaso prestigio. Sin embargo, los partidos afiliados mandataron como delegados en el BSI a sus dirigentes más representativos. El POSDR designó a Plejánov, que gozaba entonces de gran autoridad, desbordando con mucho las fronteras del socialismo ruso. Por su parte, la Unión de Socialdemócratas rusos en el extranjero confirmó un mandato a Boris Kritschevski. Los delegados rusos aprovecharon las posibilidades del Buró para intensificar la lucha contra la autocracia zarista¹⁹⁰. No es casual que gran número de manifiestos y circulares emitidos por el BSI a partir de 1901 hicieran referencia a los acontecimientos de Rusia¹⁹¹. Pero las mayores divergencias que en esta época agitaban a la socialdemocracia rusa no hallaron ningún eco en la Internacional y el BSI tampoco pareció preocuparse por ellas. ¿Consideraba poco prudente inmiscuirse en los problemas internos de los partidos

¹⁸⁹ No quisiera exagerar la importancia de estos archivos. Los legajos están incompletos, numerosos documentos se han dañado o perdido. Falta también otra parte: las notas de I. Popov, representante permanente de Lenin en Bruselas, que informaba sobre las conversaciones con los dirigentes de la Internacional, conversaciones que sólo conocemos por alusiones que aparecen en algunas cartas.

¹⁹⁰ A este respecto son reveladoras las cartas de Plejánov dirigidas al BSI. Se conservan en los archivos del BSI (Amberes, Archives C. Huysmans).

¹⁹¹ Cf. G. Haupt, *La Deuxième Internationale, étude critique de sources. Essai bibliographique*, París-La Haya, Mouton, 1964, pp. 289-96.

autónomos afiliados? ¿O bien, se sentía inclinado a minimizar estas divergencias, cuyo alcance «tan evidente retrospectivamente» según Deutscher, «quedó oculto a la mayor parte de los actores»¹⁹²?

En la cuarta reunión del BSI, que tuvo lugar en febrero de 1904 y a la que asistió Plejánov, el secretario de la Internacional, Victor Serwy, se limitó a anunciar brevemente que «se habían hecho esfuerzos para fusionar las dos fracciones de la socialdemocracia rusa»¹⁹³. Pero el asunto ni siquiera fue discutido por los delegados presentes. Estos votaron sin debate un mensaje de felicitación a la socialdemocracia rusa con ocasión de su II Congreso. El mensaje constataba «con viva alegría los esfuerzos realizados para unificar las fuerzas socialistas de Rusia». En 1904, en su Congreso de Amsterdam, la Internacional llegará a tomar conocimiento –si no conciencia– de la situación real de la socialdemocracia rusa. Las dos fracciones rivales difundieron entre los delegados un informe impreso de sus actividades, documento que exponía la situación de manera partidista¹⁹⁴. Pese a las vivas polémicas y discusiones que hallaron eco en las columnas de la *Neue Zeit*¹⁹⁵, el Congreso de la Internacional no concedió importancia a la escisión rusa y la englobó en el problema general concerniente a la unidad socialista. La resolución adoptada, que recomendaba con insistencia a los socialistas no ahorrar esfuerzos para poner fin a sus rivalidades y unirse en un partido único, se dirigía sobre todo a los socialistas de Francia y Gran Bretaña.

La revolución rusa de 1905 marcó un cambio de rumbo. El impulso de radicalismo y la ola de entusiasmo provocados por la revolución rusa en los medios socialistas del mundo entero hicieron del BSI un organismo con audiencia y autoridad verdaderamente internacionales. Este organismo desempeñó un papel muy importante en el desarrollo del vasto movimiento de solidaridad en favor de la revolución rusa, papel mal conocido o pasado por alto aún por los historiadores. La

¹⁹² Isaac Deutscher, *Trotsky, le prophète armé*, París, Julliard, 1962, página 123 [*Trotsky. El profeta armado*, México, Era].

¹⁹³ «Compte rendu de la réunion du BSI», en *Bureau Socialiste International*, vol. I, 1900-1907, documentos recogidos y presentados por Georges Haupt, París-La Haya, Mouton, 1969, p. 100.

¹⁹⁴ Cf. G. Haupt, *La Deuxième Internationale...*, ob. cit., p. 195.

¹⁹⁵ Cf. D. Geyer, art. cit.

Internacional ayudó a la revolución rusa en los dos planos: material y moral. En el plano material, procuró los fondos tan necesarios. En el plano moral, utilizó su autoridad para movilizar a la opinión pública en favor de la revolución y en contra del zarismo y las maniobras contrarrevolucionarias. A esto se agregó una tercera tarea, más delicada, cuya urgencia se vio enseguida: el BSI quedó encargado de la difícil misión de lograr, si no la unificación del socialismo ruso, al menos el acallamiento temporal de la pelea fratricida que lo desgarraba.

Para la mayoría de los dirigentes de la Internacional, la condición *sine qua non* de la victoria de la revolución parecía ser la *unidad* de las fuerzas del socialismo ruso, cuyas disensiones no podían por menos que debilitar la lucha¹⁹⁶. Pero la revolución, en un principio, sólo acentuó las animosidades, al menos entre los emigrados. Las divergencias entre los socialistas rusos se hicieron visiblemente más profundas y se evidenciaron brutalmente en la Internacional bajo formas diversas, tanto en cuestiones de principio como en asuntos materiales. Estos conflictos mostraban el estado de ánimo reinante a partir del nuevo desafío lanzado en febrero de 1905 por bolcheviques con su rechazo de la propuesta de Bebel de unificar las fracciones rivales¹⁹⁷. En todos estos penosos litigios que la socialdemocracia rusa llevó ante el BSI —como el del reparto de los fondos recogidos para la revolución— Plejánov intentó desempeñar el papel moderador de un hombre al margen de la disputa. Pero su autoridad no bastaba para conferirle el papel de árbitro, sobre todo cuando en 1905 él mismo se convirtió en objeto de violentas controversias. En efecto, el 2 de junio de 1905, un personaje casi desconocido para la mayoría de los delegados, Vladimir Ulianov, dirigió una carta lacónica al BSI y, en nombre del Comité Central del POSDR, declaró nulo el mandato de Plejánov. Así, bruscamente, replanteó ante el BSI el problema de la representación de la socialdemocracia rusa, dando lugar a una larga polémica epistolar entre Lenin y Plejánov, que duró de junio a agosto de 1905. El secretariado de la Internacional difundió esos textos entre

¹⁹⁶ Esto llevó a Bebel, Hyndman y Lee a intervenir ante el BSI para restablecer la unidad rusa.

¹⁹⁷ Cf. D. Geyer, art. cit.

todos los partidos afiliados¹⁹⁸. Pero si bien el nuevo secretario del BSI, Camille Huysmans, y el Comité Ejecutivo se comportaron de modo absolutamente correcto con Lenin, manifestaron a Plejánov el respeto debido a la autoridad de un veterano. Aunque el Comité Ejecutivo estaba dispuesto a hacer concesiones a Lenin, en ningún momento pensó admitir la renuncia de Plejánov¹⁹⁹.

Este episodio –la conquista por Lenin del cargo de delegado ruso en el BSI– tiene una cierta importancia y, sobre todo, un alcance a largo plazo. Lenin emprendió esta acción por iniciativa propia, sin contar con el acuerdo ni con el apoyo de su Comité Central²⁰⁰. ¿Cuáles fueron los motivos que impulsaron a Lenin, en la coyuntura revolucionaria, a plantear con tanta insistencia un problema aparentemente menor? ¿La importancia mayor del papel del delegado ruso? ¿Los intereses financieros? Estos son sólo motivos secundarios. La apuesta era mucho más ambiciosa. En lo inmediato, tratando de conseguir la exclusión de Plejánov en su favor, Lenin pensaba evitar el aislamiento de su fracción y, a la vez, imponer su reconocimiento por la Internacional, es decir adquirir una legitimidad y una garantía que estimaba indispensables. Además, en caso de que la Internacional convocara una conferencia para plantear el problema de la unidad de la socialdemocracia rusa, Lenin, al formar parte del BSI, podría orientar las discusiones y la fusión sobre una base favorable a los bolcheviques. De estos objetivos inmediatos se derivaba la política a largo plazo que, hasta agosto de 1914 y pese a todas las vicisitudes, fue la línea de conducta de los bolcheviques dentro de la Internacional. Consistía en acrecentar y consolidar su posición en el seno mismo de la Internacional, y en obtener a la larga el derecho de representación única del POSDR.

¹⁹⁸ Cf. Gankin y Fischer, ob. cit.; y *Correspondance entre Lenin et Camille Huysmans 1905-1914*, compilada por Georges Haupt, París-La Haya, Mouton, 1963, pp. 25-32.

¹⁹⁹ Cf. por ejemplo el «Rapport confidentiel du secrétariat du BSI pour les mois de juin-juillet-août 1905», *Bureau Socialiste International: comptes rendus, manifestes, circulaires*, vol. I, 1900-1907, documentos compilados y presentados por Georges Haupt, París, Mouton, 1970, p. 328.

²⁰⁰ Cf. *Correspondance...*, ob. cit., prefacio, p. 1.

La actitud de Lenin durante el verano de 1905 no respondía, pues, a una rivalidad entre dos figuras importantes de la socialdemocracia rusa, sino a un antagonismo mucho más profundo. Pero este hecho se escapó hasta 1914 a la mayoría de los dirigentes de la Internacional. Verdad es que poco a poco fue haciéndose evidente que esas luchas intestinas no tenían por objeto tan sólo problemas de organización y que las divergencias no se reducían a las discusiones que tradicionalmente devastaban a los ambientes de emigrados. Pero nadie creyó que se tratara del choque de opciones y posturas irreconciliables, y nadie pudo prever entonces sus consecuencias históricas.

¿No había sostenido el mismo Plejánov que «las divergencias entre las dos fracciones son mínimas»²⁰¹? El «bolchevismo» (el término era desconocido por entonces en la II Internacional) no aparecía a ojos de los delegados del BSI como una nueva corriente, sino como una simple fracción rival. Incluso la tensión que nació en 1905 en la socialdemocracia rusa, a propósito de la táctica a seguir durante la revolución, no parecía suficiente a la Internacional como para justificar esta polémica. La mayoría de los dirigentes del socialismo europeo acusaron a los socialistas rusos de excesiva ligereza y de falta de madurez política al verlos actuar de esa manera en momentos decisivos para el ascenso de la revolución y suscribían la apreciación de Plejánov que afirmaba que «la escisión es un error grave, tal vez imperdonable»²⁰². Estaba claro que la Internacional no podía continuar siendo una espectadora pasiva de las discusiones. A pesar de sus principios de respeto a la autonomía de los partidos afiliados y de no injerencia en los asuntos internos de los mismos, la Internacional debía ofrecer e incluso imponer sus buenos oficios.

²⁰¹ Carta de Plejánov al BSI del 16 de junio de 1905, *Archivos del BSI*; publicada en inglés en Gankin y Fischer, ob. cit., pp. 44-45.

²⁰² *Ibid.*

En julio de 1905, los llamamientos a la concordia se multiplicaron: el prestigioso dirigente de la socialdemocracia alemana, Bebel, y el delegado inglés Lee propusieron, uno tras otro, reunir el Buró lo antes posible para discutir la unidad socialista en Rusia. A su juicio, bastaba la autoridad de la Internacional para que el BSI, más exactamente su Comité Ejecutivo, pudiese resolver el problema mediante un arbitraje.

Del lado ruso, Plejánov apoyó sin reservas el principio del arbitraje, así como la idea de una conferencia de unificación bajo la égida del Comité Ejecutivo del BSI. Sin pronunciarse categóricamente en contra, Lenin puso sus condiciones a este proyecto²⁰³. Confiando en su autoridad y decidido a distender el ambiente antes de la conferencia, el Comité Ejecutivo se mostró dispuesto a aceptarlas; Huysmans, que intentaba a toda costa facilitar la cooperación mediante una solución de compromiso, propuso conceder un sistema de doble representación a la subsección socialdemócrata de Rusia. Lenin, satisfecho en el fondo, pudo mostrarse conciliador y dio su conformidad. En noviembre de 1905, se convirtió –junto a Plejánov– en el segundo delegado del POSDR en el Buró de la II Internacional. Su éxito fue completo. A pesar de la lamentable impresión que produjo su ataque a Plejánov, su fracción fue reconocida como una realidad en el seno de la Internacional y él mismo pudo ocupar un puesto entre los dirigentes más destacados del socialismo.

Sin embargo, la proyectada conferencia no se realizó. No fueron consideraciones tácticas ni personales las que modificaron el proyecto, sino los acontecimientos de Rusia. En octubre de 1905, el avance victorioso de la revolución, el entusiasmo general que provocó, parecieron poner término a la crisis del partido, cuyas divergencias parecían haberse desvanecido. Fue Lenin quien tendió la mano a Plejánov dirigiéndole, a fines de octubre de 1905, una larga carta donde expresaba su convicción de que «las circunstancias son en este momento excepcionalmente favorables para realizar la unidad»²⁰⁴.

²⁰³ Cf. *Correspondance...*, ob. cit., documentos n.º 8-12, pp. 29-34.

²⁰⁴ V. I. Lenin, *Sochinenie* (Obras), 3.ª ed., Moscú, t. 8, pp. 348-350.

En 1906-1907, las fracciones adversas multiplicaron los signos de buena voluntad y los partidarios de la unidad miraron confiados el porvenir. Después del IV Congreso del POSDR, la Internacional alimentó la ilusión de que la resolución del Congreso de Amsterdam había tenido su aplicación en el caso. Y hasta 1912, el problema de la unidad rusa desapareció de sus preocupaciones.

Los años comprendidos entre 1906-1911 parecen haber sido un período de confianza e incluso de complicidad entre los bolcheviques y el Secretariado del BSI. Confianza: la colaboración entre el secretario del BSI y el delegado ruso resulta franca y cordial. Además, los problemas por resolver son en general fáciles, pues sólo afectan a asuntos menores. Complicidad: he aquí un ejemplo que la ilustra. Parte del dinero procedente de las famosas «expropiaciones» practicadas por los bolcheviques en el Cáucaso –que provocaban gran malestar en el seno de la socialdemocracia rusa– fue remitida por intermedio de Litvinov al secretario del BSI, Camille Huysmans. El asunto era estrictamente confidencial. Sin la aprobación de Litvinov, nadie tenía derecho a consultar los documentos secretos ni a tocar el dinero²⁰⁵. Huysmans se mostró digno de confianza: jamás hizo alusión a este asunto, ni siquiera más tarde, cuando los bolcheviques lo atacaron. En cambio, ayudó a Litvinov en 1906-1907 en las compras de armas para la revolución rusa, así como en la transferencia de las sumas necesarias a las organizaciones revolucionarias en Rusia. Un pequeño detalle: los últimos mil francos del dinero depositado en el Secretariado del BSI fueron enviados en 1907 por Camille Huysmans, a petición de Litvinov, a un banco del Cáucaso a nombre de un tal *Koba*, que, años más tarde, tomó otro pseudónimo: Stalin²⁰⁶.

²⁰⁵ El 9 de julio de 1906, Litvinov entregó al secretario del BSI un cheque por valor de 120.000 francos. En 1907, depositó nuevas sumas. Desgraciadamente, los archivos del BSI no han conservado más que fragmentos de la correspondencia entre Litvinov y Huysmans.

²⁰⁶ Cf. los documentos que figuran como anexo de mi artículo en la *Rivista Storica del Socialismo*, n.º 29, pp. 28-30.

Se podrían citar muchos otros ejemplos como prueba de la cordialidad de las relaciones entre los bolcheviques y la Internacional durante este período. Lenin asistió asiduamente a las reuniones del BSI y a los congresos de la Internacional y afirmó su confianza en el futuro de esta organización. La lucha de ideas que él sostenía, sus tomas de postura contra el revisionismo y el reformismo se situaban en el seno de la Internacional y en su marco: la existencia de múltiples corrientes y tendencias en el seno de la Internacional, su libertad de expresión, eran para él, como para todos los dirigentes socialistas de la época, un fenómeno normal y natural. Al mismo tiempo, Lenin se esforzó por hacer prevalecer los principios del «marxismo revolucionario» en la política de la Internacional. En el Congreso internacional de Stuttgart de 1907, sus esfuerzos fueron coronados por el éxito.

La moción que Lenin preparó con Rosa Luxemburgo y Martov sobre la cuestión central de la actitud y el deber de los socialistas en caso de guerra, fue adoptada después de largá lucha. Lenin valoró los trabajos de Stuttgart en términos de victoria del marxismo revolucionario sobre el revisionismo.

II. EL VIRAJE: EL PROBLEMA DE LA UNIDAD EN EL BSI

El viraje en las relaciones de Lenin con la Internacional se produjo en 1912, al consumarse la escisión en las filas de la socialdemocracia rusa. El mismo Lenin informó inmediatamente a la Internacional de las resoluciones tomadas en la Conferencia de Praga, presentándolas como una acción dirigida a reforzar el partido y a restablecer su unidad. Poniendo al BSI ante el hecho consumado, Lenin trataba de adelantarse a sus adversarios. Estos no tardaron en replicar: surgió una enérgica protesta contra la Conferencia de Praga. Por un momento, en marzo-abril de 1912, el Comité Ejecutivo del BSI pensó, bajo la presión de Plejánov, intervenir directamente en los asuntos rusos²⁰⁷. La prudencia acabó imponiéndose después de que Lenin se opusiera categóricamente a tal iniciativa.

¿Qué motivos llevaron al BSI en los años 1913-1914 a insistir en el restablecimiento de la unidad en el partido ruso? ¿La hostilidad hacia Lenin y el deseo de terminar con los bolcheviques?

¿La voluntad de ayudar al «Comité de Organización» menchevique²⁰⁸? Es falso plantear el problema en estos términos. Los archivos nos muestran que para comprender el papel desempeñado por el BSI en la tentativa de restablecer la unidad y el juicio que merecieron sus gestiones es preciso salir del contexto estrecho de la socialdemocracia rusa e inscribir el problema en el contexto, más amplio, del movimiento socialista internacional de esa época. Las escisiones y divergencias que por entonces se multiplicaban en las secciones nacionales alarmaron a los dirigentes de la Internacional, deseosos de poner fin, a toda costa, a este proceso que amenazaba la unidad del socialismo internacional. Los preparativos del X Congreso internacional socialista que debía reunirse en Viena (en un principio, en 1913) agudizaron el problema de la unidad socialista. En la elección de la fecha del Congreso –cuestión polémica que provocó vivas discusiones

²⁰⁷ Cf. *Correspondance...*, ob. cit., documentos n.ºs 90, 95, 131 y 132, pp. 104-105, 111 y 144-147.

²⁰⁸ En estos términos han planteado el problema los historiadores soviéticos, incluso en el reciente estudio de S. S. Saumian, «V. I. Lenin i Brjusselskoe obdinitelnoe soveschanie» (Lenin y la Conferencia de Bruselas), *Istorii S.S.S.R.*, n.º 2, 1966.

entre el partido alemán y los delegados francés e inglés– tuvo un peso decisivo la alarmante situación que se vivía dentro de las diversas secciones, y éste fue uno de los argumentos principales de los que querían aplazar el congreso hasta agosto de 1914. El secretario de la Internacional, Camille Huysmans, fue explícito en las cartas que dirigió en octubre de 1912 a Vaillant y Hyndman:

«No podemos reunirnos en Viena en medio de las hostilidades checo-alemanas. Esperamos que el asunto estará liquidado en 1914. Agreguemos a ello que la división reina por igual entre los polacos, los socialdemócratas rusos, los búlgaros, etc., y se ha llegado a tal punto de exasperación que el Congreso de Viena –al día siguiente del Congreso Eucarístico– sería el congreso de las divisiones socialistas.»

Según Huysmans, «es absolutamente imprescindible ganar tiempo para lograr que se calmen las pasiones»²⁰⁹. Ante la multiplicación de escisiones y divergencias, el BSI decidió ocuparse cuanto antes de los casos que parecían más urgentes. En primer término figuraba la unidad de los socialistas ingleses, y luego la de los rusos, tanto más cuanto que un nuevo impulso del movimiento obrero en Rusia acrecentó la atención que la Internacional prestaba a la situación del Imperio.

¿Cómo se proponía actuar el Buró? Partiendo del principio de no intervención en los asuntos internos de los partidos afiliados, se limitó a ofrecer sus buenos oficios con el propósito de crear un clima adecuado para las discusiones preliminares y de este modo ejercer una mediación entre las fracciones rivales. El arbitraje que propuso fue más diplomático que político: tan sólo concernía a las cuestiones de procedimiento.

Los representantes de los numerosos grupos interesados, y en primer término el Comité de Organización surgido del «Bloque de Agosto», bajo la dirección de Trotsky y, sobre todo, los socialdemócratas polacos, cuyo portavoz ante el BSI era Rosa Luxemburgo, consideraron

²⁰⁹ Cf. G. Haupt, *Le Congrès manqué: l'Internationale a la veille de la première guerre mondiale*, París, Maspero, 1965, p. 39.

insuficiente el objetivo y el método. Querían que el BSI zanjara las diferencias y, si era necesario, impusiera la unidad. Lenin, que como máximo estaba dispuesto a suscribir la mediación, objetivo inicial del Comité Ejecutivo, combatió vigorosamente este punto de vista. El Secretariado de la Internacional se dio cuenta rápidamente de que, de nuevo, las divergencias en el seno de la socialdemocracia rusa, los vínculos entre los dirigentes rusos y los principales dirigentes socialistas de Europa, las tentativas de intervención de la socialdemocracia alemana en los asuntos rusos²¹⁰, la multiplicidad de puntos de vista y las diversas presiones no hacían más que complicar este problema, ya de por sí muy embrollado: alrededor de la cuestión de la unidad rusa se iba creando una atmósfera cargada de sospechas, maniobras y hasta intrigas. En palabras de Kautsky: «Jamás, en ningún país, una lucha semejante ha creado tanto odio y desconfianza como en Rusia»²¹¹.

El Comité Ejecutivo del BSI trató, por lo tanto, de guardar el máximo de independencia y neutralidad para poder cumplir su papel, tanto más cuanto que Vandervelde tenía la esperanza de ser finalmente el árbitro de la situación. El secretario de la Internacional, Camille Huysmans, cumplió su tarea de informante con imparcialidad. Pero los representantes de los partidos rusos, ante los intrincados juegos que se tejían entre bastidores, debían mantenerse atentos y vigilantes para poder contrarrestar las maniobras de sus adversarios. Las informaciones oficiales proporcionadas por el BSI eran insuficientes. Pero en julio de 1912 Lenin cometió una imprudencia: al ir a establecerse a Cracovia, se olvidó de nombrar su sustituto en el BSI. En ese momento, Lenin estaba seguro de haber logrado persuadir al Secretariado del BSI de que olvidara el problema de la unidad rusa. Lenin no asistió, pues, a la reunión del BSI celebrada en Bruselas el 28 de octubre de 1912 y nadie fue mandatado en su lugar. Ahora bien, en esta reunión, donde se debatió el asunto del futuro congreso internacional, el problema de

²¹⁰ Este problema requiere un estudio minucioso. Para las premisas, cf. la obra de P. Lösche, *Der Bolschewismus im Urteil der deutschen Sozialdemokratie, 1903-1920*, Berlín, 1967, pp. 48-65.

²¹¹ Kautsky pronunció esta frase en la reunión del bsi del 14 de diciembre de 1913 en Londres, al discutirse el asunto de la unidad rusa. Cf. *Bulletin Périodique du BSI*, suplemento, V, 1914, n.º 11, p. 5.

la unidad del socialismo ruso fue evocado también en las discusiones. Lenin se enteró de este hecho por la prensa, y en especial por los periódicos mencheviques. Sin saber con exactitud lo que ocurría –las actas de la reunión del BSI no mencionaban esta discusión que se efectuó a puerta cerrada– Lenin tomó inmediatamente medidas. A fines de noviembre de 1912, su Comité Central decidió no rechazar las negociaciones si el BSI las proponía y, en ese caso, convocar inmediatamente la reunión plenaria del Comité Central y una conferencia de los miembros socialdemócratas de la Duma. Al mismo tiempo, Lenin se apresuró a enviar a Kamenev en su lugar, como delegado en el BSI, y pidió a Huysmans informaciones precisas sobre lo ocurrido en la reunión. Este le respondió con una carta confidencial que, una vez más, testimoniaba la corrección del Comité Ejecutivo del BSI hacia los bolcheviques. Lenin lo sabía y estaba dispuesto a seguir el consejo personal de Huysmans de «apresurar la solución de este asunto» (es decir, la unificación), pues estaba seguro de que el secretario no exageraba al afirmar que «el Buró parecía exasperado»²¹².

El Comité Central bolchevique, reunido en conferencia en enero de 1913, fijó su posición y sus condiciones. Kamenev las presentó al BSI en estos términos:

«En lo que respecta a la unidad del partido socialdemócrata obrero de Rusia, hacemos constar lo siguiente. En su conferencia de agosto de 1912, los liquidadores no se constituyeron en partido. Tan sólo constituyeron el Comité de Organización cuyo objetivo es realizar la unidad. De esto se desprende que mientras los liquidadores continúen preconizando un partido legal, nos veremos obligados a esperar que lo funden. Si un día este partido se constituye, el Comité Central decidirá qué tipo de relaciones –federativas u otras– han de vincular al partido legal con el ilegal. En cambio, si los liquidadores no fundan ese partido (y por nuestra parte estamos seguros de que la fundación de un partido legal en Rusia es una quimera imposible de alcanzar, una frase

²¹² Carta de C. Huysmans a V. I. Lenin, en *Cahiers du Monde Russe et Soviétique*, 1966, n.º 3, pp. 405-406.

vacía de oportunistas hecha para desmoralizar al proletariado y para desorganizar el único partido posible, el partido ilegal), la unidad no podrá hacerse a menos que los liquidadores reconozcan sin reservas que el partido ilegal es el único existente en Rusia, que se opongan a cualquier ataque dirigido contra el partido, que todos los que de ellos han abandonado el partido, vuelvan a las organizaciones ilegales.»

Pese a su voluntad de intervenir con la mayor rapidez y firmeza en el asunto ruso, el BSI no pudo poner en práctica su decisión. A fines de 1912 y comienzos de 1913, toda su atención y su energía se centraron en la amenazadora situación internacional y sus esfuerzos tendieron a conjurar el peligro de una guerra europea. Así, gracias a los acontecimientos internacionales, Lenin y los bolcheviques obtuvieron una tregua. Pero, bruscamente, el asunto de la unidad rusa fue puesto de nuevo en el orden del día. En la sesión del BSI del 14 de diciembre en Londres, se debatió el tema y, a propuesta de Rosa Luxemburgo, se decidió que el Comité Ejecutivo del BSI quedaría encargado de convocar en el más breve plazo una conferencia sobre la unificación de la socialdemocracia rusa²¹³. Esta vez, las «diversas fracciones y tendencias del movimiento ruso» se unieron y actuaron «en la Internacional como un grupo homogéneo» contra los bolcheviques. Paso a paso, lograron ganar terreno, partidarios y amigos entre los delegados del BSI «antes neutrales»²¹⁴ y que se aceptara la idea de pasar de la mediación al arbitraje.

A este respecto, es preciso señalar que la historiografía confunde, voluntaria o involuntariamente, dos aspectos diferentes: la motivación y los objetivos perseguidos por el BSI cuando aborda con insistencia el asunto de la unidad rusa, por un lado, y la toma de posición y las inclinaciones de los distintos dirigentes de la Internacional, por otro. De hecho, la simpatía personal de los delegados del BSI constituye un

²¹³ Cf. «Berichte und Anträge des Zentralkomitees der SDAPR an das ISB» (diciembre de 1913), reproducido en *Jahrbuch Arbeiterbewegung*, 3, 1975, páginas 39-49; y «Rapport du Comité du Parti Social-Démocrate Ouvrier de Russie au Bureau Socialiste International», *Archivos del BSI*, multicopiado, p. 3.

²¹⁴ Cf. los recuerdos de Ivan Popov que fue informante de Lenin en Bruselas ante el Comité Ejecutivo del BSI, en *Lénine tel qu'il fut. Souvenirs des contemporains*, vol. 3, Moscú, 1965, p. 142.

problema muy distinto. Las consideraciones ideológicas fueron un elemento menor en la toma de posición de los delegados del BSI: brindaron su apoyo a las fracciones socialistas rusas cuya plataforma era la unidad.

La posición intransigente de Lenin no hizo más que acrecentar la audiencia de sus adversarios, tanto más cuanto que éstos manifestaron enseguida su total acuerdo con la posición del BSI y se mostraron dispuestos a facilitar su tarea sin condiciones. El Comité de Organización sostenía la tesis de que en la socialdemocracia rusa no existían divergencias de fondo susceptibles de justificar una escisión, de que se trataba simplemente de una crisis del partido. En 1914, el Comité de Organización aseguraba estar «perfectamente de acuerdo con el BSI acerca del carácter de las divergencias de opinión existentes en el seno de la democracia socialista rusa. Cualquiera que sea la importancia de dichas divergencias en los distintos campos de la acción socialista, no pueden justificar una escisión prolongada por la simple razón de que las diferentes fracciones reconocen el mismo programa y, respecto de la táctica a seguir, todas invocan los principios del marxismo»²¹⁵.

La vía de la unidad pasaba por el acuerdo entre todas las corrientes y fracciones. Tal actitud no podía por menos de unir a la mayor parte de los dirigentes de la Internacional, que manifestaron una total incomprensión respecto de los problemas que estaban en la base de las divergencias entre los socialistas rusos. En cambio, el lenguaje y los argumentos de Lenin difícilmente encontraban audiencia y comprensión. En primer lugar, el dirigente bolchevique impugnaba el derecho del BSI a inmiscuirse en los asuntos de un partido autónomo y a pretender imponerle un arbitraje²¹⁶. También se oponía de modo

²¹⁵ Carta al Comité Ejecutivo del BSI, 30 de marzo de 1914, Archivos del BSI; véase también «Exposé de la situation actuelle dans la socialdémocratie de Russie et de Pologne au point de vue de la résolution sur l'unité adoptée á la séance de Londres du Comité Exécutif du BSI». Archivos Kautsky, documento G 5 (Am IISG), 19 pp. mecanografiadas. Cf. también el informe del Comité de Organización, «Der Kampf um die Einheit in der Sozialdemokratischen Arbeiterpartei Russlands und in der Sozialdemokratischen Dumafraktion zur Londoner Sitzung des IBS (dezernber, 1913)», *Archivos de la II Internacional*, Am IISG, 12 pp.

²¹⁶ Véanse las instrucciones de Lenin a Inessa Armand sobre la actitud a adoptar en la conferencia de Bruselas: «Somos un partido autónomo. Recuérdalo bien. Nadie tiene derecho a imponernos una voluntad ajena y el BSI *no tiene ningún derecho a hacerlo*» (Lenin, *Sochinenie*, 5.ª ed., Moscú, 1964, t. 48, p. 316).

tajante al criterio que animaba la política de la Internacional: la aceptación generalizada de una coexistencia de tendencias y corrientes diversas en el seno de un mismo partido socialista.

Lenin declaraba sin ambages que era absurdo intentar la unidad con los liquidadores y que los bolcheviques lograrían por sí mismos la unidad «agrupando en su partido a los obreros de Rusia contra los liquidadores». A su vez, sus adversarios no tardaron en utilizar las palabras de Lenin y presentarlas como una prueba suplementaria de mala fe y obstinación. En una larga carta dirigida a Camille Huysmans el 31 de marzo de 1914, P. B. Axelrod escribía:

«Usted sabe bien que Lenin y su grupo se rebelan contra el cumplimiento de la decisión del Buró internacional y debemos prever que este grupo hará todo lo posible para hacer abortar el logro de esa acción unificadora decidida por el Buró internacional. Se trata de saber si tiene sentido convocar una conferencia cuando la oposición a esa acción unificadora en la socialdemocracia rusa es tal que compromete su éxito o puede llegar a comprometerlo»²¹⁷.

En todo caso, la plena confianza en la competencia del SBI que mostraba el Comité de Organización escondía una inquietud y una desconfianza manifiestas en sus adherentes. Como los bolcheviques, los dirigentes de las diversas fracciones rusas temían que la incompreensión de los dirigentes de la Internacional ante la situación en Rusia desembocara en una solución desfavorable para ellos. Así, G. Chitcherin (Ornatski), secretario del Comité de Organización, al conocer la decisión tomada en Londres por el BSI, escribía lleno de inquietud a P. B. Axelrod, el 23 de diciembre de 1913:

«Me han dicho *cómo* se presenta la unificación. Los europeos occidentales son proclives sin duda a concebirla de manera estatutaria: basta adoptar un estatuto único, con un aparato central equilibrado, un CC, un congreso, una disciplina como la

²¹⁷ Carta del 31 de marzo de 1914, Archivos del BSI (en alemán). Sobre la posición de Axelrod cf. Abraham Asher, *Pavel Axelrod and the Development of Menshevism*, Cambridge, 1972.

suya, y todo estará resuelto. ¿Comprenderán lo que significa para nosotros la comedia que sirve de pretexto a las intrigas de grupo y a las dictaduras y que, en materia de organización, nos hacen falta formas *más* dúctiles? ¿No llegará el malentendido a ser fatal si los europeos occidentales juzgan aceptable una unificación de tipo formal y estatutario, tal como la desea Lenin, sin ver su significación real? ¿Comprende Kautsky nuestra situación? ¿Y los otros?»²¹⁸.

En una carta enviada a la *Neue Zeit*, el viejo militante Lev Deutsch, por esa época establecido en Estados Unidos, se pronunció contra el proyecto de unificación y expresó sus dudas acerca de que «el matrimonio entre mencheviques y bolcheviques pudiese dar buenos frutos»²¹⁹. Fue necesario que Axelrod –quien desempeñó un importante papel entre bastidores– emplease toda su credibilidad ante Kautsky²²⁰ para borrar la mala impresión que semejantes posiciones, procedentes del campo del Comité de Organización, podían despertar entre los dirigentes influyentes de la Internacional.

En todo caso, nada sería más parcial que sostener, como en esa ocasión lo hizo Rosa Luxemburgo, que las dificultades para la unidad residían sólo en las ambiciones de Lenin. Para comprender la postura de éste y las dificultades con que tropezó, es preciso reconocer que por encima de las diferencias en torno a los problemas de organización, él había suscitado un conflicto mucho más profundo, concer-

²¹⁸ Am IISG. Archivos Axelrod.

²¹⁹ *Ibid.*, Archivos Kautsky.

²²⁰ La actitud de Kautsky es compleja. En lo que respecta a la situación en Rusia y a las perspectivas de la revolución rusa, no suscribe el análisis de los mencheviques ni el de Lenin. Es verdad que en 1915 todavía habla de «dos buenos conocedores de Rusia, dos pensadores metódicos y marxistas: Plejánov y Lenin» (*Die Internationalität und der Krieg*, separata de la *Neue Zeit*, 1915, pp. 30-31). Pese a este homenaje, mantiene su propio criterio, cuyos rasgos fundamentales expone en una carta a Axelrod del 10 de febrero de 1909: «Creo que no debemos tener una visión tan pesimista de la situación actual. Una masa tan gigantesca como el pueblo ruso difícilmente se moviliza pero también difícilmente se apacigua. Para los próximos años, no espero otra cosa que un caos creciente. El gobierno se debilitará poco a poco, aunque sólo sea por razones financieras, sobre todo si los campesinos se sublevan, cosa que pronostico para la primavera. Pero no veo un poder lo bastante fuerte como para ocupar su lugar de inmediato. Pienso que la guerra civil continuará durante un tiempo, hasta que se establezca un equilibrio duradero entre las clases. Sin embargo, la situación en Rusia es tan específica que es aún más arriesgado profetizar allí que en otras partes» (Am IISG, Archivos Axelrod).

niente a las perspectivas de la revolución rusa. En una época en que la Internacional se encaminaba resueltamente hacia una vía reformista, Lenin proponía para Rusia una estrategia orientada hacia la revolución y soñaba con conquistar para ella un sitio en la Internacional que hasta entonces le habían negado los ideólogos y autoridades del socialismo.

Sin embargo, las tentativas de los bolcheviques para convencer al BSI de que «el movimiento obrero en Rusia atravesaba una era de gran agitación en las masas», de que «el país entero se radicalizaba» y de que «una nueva crisis revolucionaria maduraba en Rusia» chocaron con el escepticismo de la mayoría de los delegados. Hablar de la revolución como de un problema inminente parecía absurdo, o al menos poco comprensible no sólo para los revisionistas sino también para los marxistas «ortodoxos».

Lenin, por otra parte, tenía la firme convicción de que en ese nuevo impulso revolucionario en Rusia los bolcheviques estaban en vías de ganar la mayor parte del movimiento obrero. Todos los informes que los bolcheviques presentaron al BSI desde 1912 estuvieron centrados en esa certidumbre, que intentaban hacer compartir –apoyándose en cifras– a la opinión socialista internacional. A partir de ese momento se produjo un cambio importante en Lenin. En adelante consideró a su partido como el representante del movimiento obrero real y mostró un profundo desdén por las distintas agrupaciones socialistas de la emigración. El único interlocutor válido para una discusión sobre la unidad fue, para Lenin, el Comité de Organización. Lenin se negó a tratar con las demás organizaciones, a las que calificaba de «grupos de emigrados sin vínculo alguno con el mundo de los obreros organizados de Rusia»²²¹. Así, más allá del problema preciso de «los liquidadores»,

²²¹ En el citado informe del comité central del POSDR transmitido por Kamenev al BSI en noviembre de 1913, leemos: «Con pleno conocimiento de causa, nos negamos a cualquier entendimiento con estos grupos del extranjero, cuya descomposición era inminente en tiempos de contrarrevolución. Existe otro punto de vista, el nuestro, según el cual afirmamos que *pese* a estos grupos, la tarea de organización del verdadero partido obrero con ramificaciones en *todas* las sociedades obreras legales y neutrales se realiza en Rusia. Algo análogo ocurrió en Alemania en tiempos de la ley de excepción contra los socialistas. En Rusia, esta obra de reconstrucción del partido obrero *no puede hacerse más que mediante* la lucha contra los liquidadores. Los hechos que relatamos en nuestro informe son pruebas irrefutables de que la tarea de agrupar a los trabajadores está bien encarrilada en Rusia. Se nos acusa de fomentar la escisión. Nosotros, por el contrario, declaramos que somos los *únicos* en Rusia en trabajar por la unificación del

un viejo y profundo antagonismo entre la realidad del movimiento obrero, su representatividad, de una parte, y el mundo de los emigrados –aislado, sin contacto con lo real– de otra, alimentó en lo sucesivo la lucha interna de la socialdemocracia rusa.

Las cuestiones de principios no bastan, pues, para explicar la obstinación de Lenin en rechazar la unificación; las consideraciones e intereses políticos pesaban considerablemente en la balanza. A su juicio, la unificación, tal como la concebía el BSI, implicaba también compartir los frutos de un largo y paciente esfuerzo y abandonar un sueño que estaba a punto de hacerse realidad: el bolchevismo convertido en la fuerza socialista más influyente, la mejor implantada en el movimiento obrero de Rusia. Renunciar a este objetivo hegemónico perseguido durante tantos años, justo en el momento del éxito, era para Lenin un paso en falso, grave e irreparable.

Cuando N. K. Krupskaja cuenta cómo Lenin conoció la decisión del BSI reunido en Londres, de invitar a una conferencia a los representantes de las fracciones socialdemócratas de Rusia, hace la siguiente observación: «Esta intervención del BSI en los asuntos rusos produjo una violenta reacción en Ilich pues sólo esperaba de esa intervención un freno para la creciente influencia de los bolcheviques en Rusia»²²².

Su fracción pues, no tenía nada que ganar con la unidad. Al contrario. Además, la reacción de los militantes bolcheviques, en lucha continua con los liquidadores, se hizo más viva al sentir la resolución de Londres del BSI como una maniobra tendente a destruirlos. El impacto fue más violento porque en el origen de esa acción no estaban ahora sus enemigos declarados sino una aliada respetada: Rosa Luxemburgo. Esta es la razón por la que Lenin, a partir de enero de 1914 se apresuró a apaciguar el espíritu de sus partidarios y montó una ofensiva a la que se consagró por entero hasta el estallido de la primera guerra mundial.

proletariado y en organizarlo dentro del único partido existente, el partido ilegal».

²²² N. K. Krupskaja, *Vospominania o Lenine (Recuerdos de Lenin)*, Moscú, 1957, p. 218.

III. LA SITUACIÓN DE LOS BOLCHEVIQUES EN LA INTERNACIONAL EN VÍSPERAS DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Lenin, a quien vimos tan intransigente en el asunto de la unificación, tan decidido a rechazar cualquier tentativa de acercamiento a los liquidadores, aceptó sin embargo una conferencia de unificación bajo la égida del BSI e hizo participar en ella a una delegación de su partido. ¿Cómo explicar esta actitud? Antes de intentar esbozar una respuesta, precisemos que la historia de los preparativos y los trabajos de esta conferencia –reunida en Bruselas apenas dos semanas antes de la declaración de la primera guerra mundial– no ha sido estudiada seriamente, por falta de documentos. Este obstáculo se atenúa hoy en gran medida. Numerosos documentos inéditos, conservados en los archivos soviéticos, han sido publicados o parcialmente utilizados²²³. Además, los archivos del BSI o de los delegados presentes, como Kautsky, también proporcionan documentación de capital importancia (por ejemplo, las actas de esta reunión). De ello resulta que no se puede encarar el estudio de este asunto de manera esquemática y contentarse con las explicaciones que ven en esta historia una experiencia que sirvió a Lenin para preparar cuidadosamente su ruptura organizativa con los oportunistas o una prueba más de la habilidad y mala fe de los bolcheviques. No obstante, para dilucidar este capítulo, del mayor interés para el tema que tratamos, el historiador debe eliminar también los mitos y prejuicios que obstaculizan su camino, así como romper con cualquier convencionalismo al abordar el tema. En efecto, no se trata tan sólo de demostrar cómo, se enfrentaban, en el BSI los representantes de las distintas fracciones rusas, cómo se esforzaban en ganar por la mano a los otros, ya fuera por la fuerza, por la astucia o explotando la debilidad de la Internacional. El problema debe ser concebido dentro de un marco más

²²³ Ante todo citaremos los documentos publicados con el título «Bolčeviki na Bruselskom sovečhanie 1914» (Los bolcheviques en la asamblea de Bruselas, 1914), *Istoricheski archiv*, n.º 4, 1959, pp. 9-38; las cartas inéditas de Lenin a Inessa Armand publicadas en la 5.ª edición rusa de su obra; el citado artículo de S. S. Saumian que se basa ampliamente en las notas e informes de los delegados bolcheviques en esta conferencia, conservados en los archivos del Instituto de Marxismo-Leninismo de Moscú.

vasto, en el seno de la misma Internacional que, en ese momento, atravesaba ya una crisis poco visible pero profunda. Esta crisis, latente desde hacía años, estalló en agosto de 1914. ¿Tenía Lenin conciencia entonces de la gravedad de esta crisis? ¿Comenzó desde aquel momento a orientarse definitivamente hacia una ruptura a escala internacional? En verdad, sus escritos de los años 1912 y 1914 dan fe del endurecimiento de sus posiciones, de su crítica a los oportunistas y revisionistas en la Internacional. Sin embargo ¿se puede sacar de ahí, como conclusión, un deseo de ruptura? Para responder, no basta con disertar acerca de la voluntad profunda de Lenin; hay que analizar también la posibilidad de semejante decisión. En efecto, una escisión a escala internacional en 1914 no era sino virtualmente posible, y en determinadas condiciones, como por ejemplo una audiencia internacional real de dirigentes y de grupos que tomaran la iniciativa de una ruptura, la existencia de una autoridad incontestable capaz de arrastrar a todas las fuerzas y fracciones de izquierda existentes en las diversas secciones de la Internacional. ¿Tenían los bolcheviques y su dirigente Lenin esa audiencia, esa autoridad? Por tanto, más allá del problema histórico concreto, es la situación de la socialdemocracia rusa y, más exactamente, la de los bolcheviques la que está en juego, a la luz de los documentos publicados o inéditos que hacen referencia a la lucha por la unificación del socialismo en Rusia. Pero no hay nada en el comportamiento de los bolcheviques que autorice la tesis de maniobras dirigidas a lograr una ruptura con la II Internacional.

Hasta 1912, Lenin cumple escrupulosamente con sus funciones de delegado en el BSI. Asiste a todas las reuniones sin hacerse notar demasiado, a no ser por sus intervenciones lacónicas y precisas cuando se discuten en el BSI las nuevas solicitudes de admisión en la Internacional. En 1908, Lenin se opone enérgicamente a la adhesión de los sionistas socialistas; al año siguiente, apoya con decisión la solicitud de la izquierda holandesa, los «tribunistas»; y en el caso del Partido Laborista se enfrenta a Kautsky, aunque se muestra más flexible que éste. No es sino después de la Conferencia de Praga cuando Lenin se convierte en figura destacada en el BSI, situándose en

el centro mismo de las controversias. En el plano internacional, se multiplican los ataques y las protestas de que es objeto. Lenin contraataca y utiliza hábilmente todas las posibilidades y los derechos que le confiere su situación de delegado en el BSI. Su nombre se hace muy conocido en los medios socialistas europeos. Pero esta publicidad inesperada más bien le perjudica. Es indudable que antes de 1914 los bolcheviques no han sido escuchados en la socialdemocracia internacional, pese a su enérgica propaganda.

A este respecto, constituye una prueba la bibliografía de los artículos de Lenin traducidos en distintos países europeos antes de 1914 o escritos para periódicos socialistas fuera de Rusia. Así, en muchos países donde los escritos de Plejánov, por ejemplo, tuvieron considerable difusión, los únicos textos de Lenin reproducidos por la prensa fueron los documentos transmitidos por el BSI en forma de circular a los partidos afiliados.

Lenin comprende su aislamiento dentro del movimiento socialista internacional. Pero en 1912, y aun en 1914, piensa que la causa de la reserva que suscitan los bolcheviques es preciso buscarla en el hecho de que la socialdemocracia occidental toma su información de sus adversarios. Sus esfuerzos por publicar artículos e informaciones en la prensa socialista occidental fracasan. De esto se lamenta en enero de 1914, diciendo al socialista holandés de izquierda, Winjkoop: «La prensa socialdemócrata alemana nos boicotea»²²⁴. El colmo es que no sólo los órganos «centristas» o el de la dirección del SPD abren abundantemente sus columnas a las tendencias hostiles a los bolcheviques, sino que lo mismo ocurre con los periódicos de la izquierda socialista alemana, tales como la *Bremer Bürger Zeitung* y la *Leipziger Volkszeitung*. Tocamos aquí un punto esencial: el aislamiento, la escasa audiencia de los bolcheviques en las filas del socialismo europeo de la época, incluso en el ala izquierda de la Internacional.

²²⁴ V. I. Lenin, *Sochinenie*, 5.ª ed., t. 48, pp. 249-251; cf. también, Peter Losche, ob. cit., pp. 55-58.

Las relaciones de los bolcheviques con los representantes de la izquierda en la Internacional todavía esperan su historiador. Los escasos estudios soviéticos dedicados a este tema no nos proporcionan sino pocos datos verificables. Es cierto que los esfuerzos de Lenin en los años 1907-1910 por establecer relaciones con los dirigentes y los militantes de izquierdas o supuestamente de izquierdas en la Internacional lograron algún éxito: las reuniones privadas que se realizaron al margen de los congresos internacionales de Stuttgart y Copenhague parecen confirmarlo. Sin embargo, los datos concernientes a esas dos reuniones informales son extremadamente escasos y no sabemos casi nada sobre el contenido de los debates o sobre la continuidad de los vínculos establecidos en esos congresos internacionales. En los años 1913-1914, Lenin se relacionó con algunos dirigentes tribunistas holandeses. Pero, en la misma época, sobre todo después de 1912, las relaciones de Lenin y los bolcheviques con otros grupos o personalidades que se situaban a la izquierda en la Internacional, se deterioraron. Algunos portavoces de la Internacional se mostraron muy desconfiados e incluso francamente hostiles a Lenin. Ese fue el caso de la personalidad más representativa y más escuchada del ala izquierda, Rosa Luxemburgo. Entre 1913 y 1914, ella fue el alma de un bloque de todas las tendencias y grupos en el interior del POSDR, que acorraló a Lenin, convirtiéndole en el principal y único responsable de la escisión de la socialdemocracia rusa y minando así su posición, ya precaria, en el plano internacional. Este conflicto entre Lenin y Rosa Luxemburgo –que cronológicamente se extiende de 1912 a 1914, con graves repercusiones en la posición de los bolcheviques en la II Internacional– se desarrolló con tal grado de aspereza que los historiadores llegaron a la conclusión de que existía una antipatía recíproca y redujeron esta lucha a un enfrentamiento personal. Pero la tempestad de invectivas suscitadas por este conflicto puede enmascarar lo esencial y privilegiar el elemento afectivo, que es secundario, en la creciente tensión entre los dos protagonistas, los dos principales representantes del ala izquierda en la II Internacional.

A este respecto, recordemos que los complejos vínculos políticos e ideológicos entre Rosa Luxemburgo y los bolcheviques, los altibajos de sus relaciones con Lenin, se inscribieron en la intrincada matriz del POSDR y se supeditaron a consideraciones políticas y a imperativos precisos. Las profundas divergencias políticas e ideológicas entre Rosa Luxemburgo y Lenin, que databan de 1904, sólo desempeñaron un papel relativo: se desvanecieron en el momento del acercamiento y pasaron a primer plano en el ardor de su polémica. Personalmente Lenin, como individuo «inteligente y culto», agradaba a Rosa Luxemburgo; sus relaciones personales fueron buenas y las mantuvieron incluso en 1912, cuando la «insolencia de Lenin», sus maniobras tácticas pusieron a aquélla en guardia.

Durante años, Rosa Luxemburgo contuvo a L. Jogiches-Tyszka, deseoso de romper con los bolcheviques y partidario de una guerra abierta con Lenin. Y esto, porque ella creía que los mencheviques «representaban la infección más peligrosa para el partido, y en particular para nosotros, por ser protectores del PPS y encarnizados enemigos nuestros». Rosa Luxemburgo propuso mantenerse en la línea de las «críticas amistosas» a los bolcheviques, pues una ruptura con ellos no haría sino «agravar y consumir el caos en el POSDR y esto, claro está, sólo beneficiará a los mencheviques». Y, sin embargo «su marxismo tártaro altera los nervios y provoca la necesidad psicológica de bajarles los humos»²²⁵.

Rosa Luxemburgo era para Lenin una aliada preciosa por su combatividad, su prestigio y su notoriedad internacional. Esta alianza permitió a la izquierda, en el plano de la Internacional, obtener algunos éxitos: por ejemplo en el Congreso internacional de Stuttgart en 1907. Pero en el POSDR, Rosa Luxemburgo era una aliada incomoda, imprevisible, demasiado independiente, que imponía sus condiciones y formulaba sus puntos de vista personales sobre todos los problemas concretos.

²²⁵ Rosa Luxemburgo, *Lettres à Léon Jogich.es*, París, Denoel, vol. II, páginas 161 y 206.

La frágil alianza con Rosa Luxemburgo llegó a su fin en 1912, cuando Lenin –primero entre bastidores y luego en el escenario internacional– no sólo apoyó sino que fomentó la oposición en el seno del Partido Socialdemócrata de Polonia y Lituania (SDKPIL). Se trata del asunto del «Comité de Varsovia», con la oposición al Comité directivo SDKPIL –animado por Luxemburgo y Jogiches-‘Tyszka’–, oposición inspirada, e incluso suscitada en ciertos momentos, por Lenin.

Las disensiones en el seno del Comité directivo del SDKPIL se remontaban a diciembre de 1908, fecha del VI Congreso de ese partido. Surgieron a causa de problemas de organización que fueron a incidir sobre asuntos personales. Dos miembros del Comité directivo, Hanecki y Malecki, reprocharon a Jogiches-‘Tyszka’ su actitud y sus métodos dictatoriales. En diciembre de 1911, este conflicto se transformó en escisión, durante la conferencia de los distritos de Varsovia del SDKPIL. El Comité directivo respondió disolviendo la organización, a la que acusó de violar los estatutos del partido y de estar infiltrada por agentes de la Ojra.

Un opúsculo polaco, emanado del Comité directivo y seguramente redactado por Rosa Luxemburgo, una de sus firmantes, formuló con claridad las acusaciones. Pero la oposición –designada con el nombre de *rozłomowcy* (en polaco, escisionistas)– no se desanimó y se dispuso a devolver el golpe. Sus jefes, Hanecki y Malecki, que gozaban del apoyo abierto y decidido de Lenin, llevaron la lucha al plano internacional.

Los estudios referidos a este tema con frecuencia reducen el marco del conflicto a los reveses de la socialdemocracia polaca. Pero se inscriben también en un contexto más amplio²²⁶: está vinculado a un momento decisivo de la historia del POSDR, el de la Conferencia de Praga en enero de 1912, donde se consumó la escisión entre bolcheviques y mencheviques. Desde que tuvo indicios de los preparativos de la

²²⁶ Cf. el artículo de J. P. Nettl, «Ein unveröffentlichter Artikel Lenins von September 1912», *International Review of Social History*, vol. IX, n.º 3, 1964, pp. 470-82; y, en especial, Georg W. Strobel, *Die Partei Rosa Luxemburgs, Lenin und die SPD. Der polnische «europäische» Internationalismus in der russischen Sozialdemokratie*, Wiesbaden, 1974, pp. 429-33, 438-47 y 448-457.

conferencia, Rosa Luxemburgo, partidaria de la unidad en el POSDR, se opuso al evidente deseo de Lenin de poner fin al *statu quo*. Para ella, nada justificaba esta escisión; aún más, la consideraba un error político imperdonable. Tyszka, aun siendo violentamente hostil a los mencheviques, compartía esta opinión y maniobró para hacerla fracasar. A fin de neutralizarlos y obligar al Comité directivo a cooperar en el asunto de Praga, Lenin se sirvió de la oposición de Varsovia, que entonces era para él más que un peón en el tablero de ajedrez. Los vínculos entre el SDKPIL y el POSDR se convirtieron en objeto de divergencias entre el Comité directivo y sus adversarios, claramente favorables a los bolcheviques. Estos acusaron a Rosa Luxemburgo y a Tyszka de no mantener informados a los miembros del partido acerca de los asuntos internos del partido ruso. Pero los cálculos de Lenin fallaron. El Comité directivo se negó a involucrarse en los debates y, después de haber declinado la invitación para participar en la Conferencia de Praga²²⁷, se unió a los adversarios de Lenin (Trotsky, Kollontai, Chicherin, etc.), que denunciaron la conferencia como ilegal y contraria a los intereses del partido. Esta condena afectaba tanto al hecho de la escisión como a los cambios que la Conferencia había introducido en la estructura del partido y en el programa nacional. La Conferencia había suprimido el principio federativo de organización del POSDR, vigente desde 1906, es decir la autonomía de las organizaciones socialdemócratas que la integraban.

Las verdaderas razones de esta decisión no fueron captadas ni siquiera por los militantes próximos a Lenin, que creyeron ver en ella una «maniobra diplomática», sin entender que el conflicto sobre las cuestiones de organización traducía también divergencias teóricas y políticas. Dos años después, Lenin aclaró el alcance estratégico de esto en su crítica a las concepciones de Rosa Luxemburgo sobre la cuestión nacional.

²²⁷ El texto de la carta de G. K. Ordzhonikidze del 14 (27) de noviembre de 1911, invitando al Comité directivo del SDKPIL a tomar parte en esta conferencia está publicado en *Istoricheski Archiv*, n.º 5, 1958, pp. 18-19.

Después de la Conferencia de Praga, el Comité de Varsovia dejó de ser un simple peón en el tablero de Lenin y adquirió mayor importancia. Las maniobras de Jogiches-Tyszka contra los bolcheviques, sus ambiciones y sus acciones desempeñaron un papel decisivo en el proceso. En junio de 1912, Lenin se estableció en Cracovia, donde también estaba la redacción de la *Gazeta Robotnicza*, el Estado Mayor de la oposición, lo que favoreció el estrechamiento de vínculos.

Para lograr que la Internacional reconociera a sus aliados polacos, Lenin repitió el procedimiento que ya había utilizado con éxito en 1905: primero, lograr que se admitiera la representatividad del Comité de Varsovia; luego, obtener para él un mandato de delegado en el BSI. Con este propósito, incitó a la oposición a cuestionar el mandato único de Rosa Luxemburgo. Una historiadora soviética que tuvo acceso a los archivos inéditos cuenta:

«Lenin aconsejó a los *rozlomowcy* desmarcarse en el plano de la organización y crear su propio centro en el extranjero. Suponía que así les sería más fácil luchar por la representación en el BSI»

228

Lenin hizo pesar su autoridad como delegado del BSI y se erigió en el vocero del Comité de Varsovia ante la Internacional. Como delegado, tenía derecho a exigir que los documentos provenientes de la oposición, adversos al Comité directivo de la SDPKIL y que él transmitía al BSI, se remitiesen a todos los representantes de los partidos afiliados.

Esta iniciativa de Lenin fue una afrenta intolerable para Rosa Luxemburgo, a la que respondió con dureza, pero el enfado no justifica el tono empleado ni la violencia de la reacción. Así, Rosa Luxemburgo se negó ante la Internacional a llamar «camarada» a Lenin; lo trató de «individuo», calificó su acción de «pérfida», sus aserciones de «mistificaciones», su comportamiento de «escandaloso» y, a propósito del documento que Lenin —como delegado del BSI— sometió a la Internacional, se expresó en estos términos:

²²⁸ Cf. R. A. Ermolaeva, «V. I. Lenin i polskaia revoliutsionnaia socialdemokratia v 1912-1914 godaj», *Novaia i novejsaiaistoria*, n.º 3, 1960, p. 80.

«El escrito de Lenin es el último escándalo de una serie provocada por este camarada, cuyo escenario ha sido, hasta ahora, el movimiento ruso y que él intenta introducir en la Internacional. Silenciamos el hecho de que la circular de Lenin es una intromisión impropia e incalificable en los asuntos internos de otro partido. Lo que queremos esencialmente destacar aquí es que Lenin abusa del Buró Socialista Internacional mediante sus escritos para llevar adelante los afanes de escisión o los impulsos de un fanatismo irresponsable y convertirlos en instrumento de una mistificación política, lo que intenta desde hace un año. Esto nos obliga a llamar la atención de la Internacional acerca de Lenin»²²⁹.

En 1912, se entabló una guerra de circulares entre los dos delegados en el BSI²³⁰. Subió el tono y la lucha prosiguió tanto en público como entre bastidores. Rosa Luxemburgo, siempre en la brecha, se esforzó por cortar de raíz lo que consideraba maniobras de Lenin y denunciarlas ante los dirigentes de la Internacional.

Una carta de Rosa Luxemburgo fechada el 20 de octubre de 1913 y dirigida a la redacción del diario *Sozialdemokrat* de Copenhague da idea de las ramificaciones internacionales del asunto. En esta carta, escrita a raíz del uso abusivo –según Rosa Luxemburgo– del sello del Partido Socialdemócrata de Polonia y Lituania por un grupo que había sido excluido de él con el fin de obtener fondos de los camaradas daneses, hará consideraciones agraviantes para Lenin:

«La fuente segura de donde toma sus informaciones la redacción del *Sozial-demokrat* es el representante de la *fracción socialdemócrata rusa, Lenin*. Esta fracción es la que, desde hace años, se esfuerza en la misma Rusia por dividir al movimiento obrero y practica sistemática e inescrupulosamente la lucha de fracciones, la que ha constituido un Comité Central ficticio que nadie reconoce, la que obstaculiza resueltamente cualquier intento de

²²⁹ El documento en alemán está publicado en la *Correspondance...*, ob. cit., pp. 149-50.

²³⁰ Todos estos documentos de Lenin y Rosa Luxemburgo han sido publicados en la edición a nuestro cargo de la *Correspondance...*, ob. cit.

unificación y de este modo lleva al movimiento del partido ruso al borde de la ruina. Esta fracción es una de las fuentes menos fidedignas y menos cualificadas para proporcionar información sobre la situación del partido *polaco*. En efecto, el grupo de Lenin y sus representantes no entienden una palabra de polaco y, por lo tanto, nada pueden decir por sí mismos acerca de las relaciones en el seno de ese partido. Sin embargo, intentan sistemáticamente introducir en las filas del partido polaco la misma escisión que practican en el partido ruso. Esta es la razón por la cual apoyan ciegamente a los perturbadores y agitadores que se han separado de la socialdemocracia polaca para crear todas las dificultades posibles a este partido, como venganza por el hecho de que la socialdemocracia polaca ha hecho lo posible para combatir en Rusia la política de escisión»²³¹.

Lenin no dejó de lamentarse ante sus partidarios de «las habladurías, las intrigas de Tyszka+Rosa+Riazanov y demás»²³², dirigidas contra él. Se refirió a las gestiones de estos últimos ante la socialdemocracia alemana y en otros lados. En este aspecto, Lenin se vio claramente perjudicado. Poco conocido, estaba aislado en la Internacional. A su vez, también él recurrió más bien a las armas tácticas, siempre entre bastidores.

Tres cartas de Rosa Luxemburgo a Camille Huysmans, entre finales de diciembre de 1912 y febrero de 1913, nos revelan un aspecto poco conocido de esta «guerra de procedimiento». Se trata del asunto de los «cinco X» que, en esencia, fue una hábil maniobra de los bolcheviques para hacer reconocer la representatividad del Comité de Varsovia por el Congreso socialista internacional de Basilea de noviembre de 1912.

Un artículo aparecido en el *Naprzod*, órgano del PPS de Cracovia, desencadenó el escándalo. Ese artículo señalaba la presencia en el Congreso de tres delegados de la organización de Varsovia que, sin mandato convalidado, habían obtenido una carta de legitimación.

²³¹ Rosa Luxemburgo, *Vive la lutte! Correspondance 1891-1914*, París, Maspero, 1976, pp. 382-85.

²³² V. I. Lenin, *Sochinenie*, 5.^a ed., t. 48, p. 121.

Rosa Luxemburgo reaccionó de inmediato; protestó y, al mismo tiempo, denunció el asunto como una maquinación de la «sección rusa», eufemismo para designar a los bolcheviques. Huysmans comenzó en seguida las verificaciones. La acusación era grave. Se probó que un delegado de la organización de Varsovia –declarada disuelta por el Comité directivo– había pedido al secretario de la subsección socialdemócrata polaca en Basilea, Karski, amigo y colaborador de Rosa Luxemburgo, la convalidación de los mandatos de sus cinco delegados, en el Congreso. Al ser rechazados de un modo tajante, se dirigieron directamente a la subsección socialdemócrata rusa que, por unanimidad, accedió a su petición. La hipótesis de Rosa Luxemburgo era, pues, fundada: se trataba de una decisión contraria al reglamento de los congresos. Aunque Huysmans llevó su investigación de modo muy confidencial, Lenin tuvo indicios de lo que ocurría. Temiendo complicaciones e interpretando este asunto como una trampa tendida por sus enemigos, Lenin envió de inmediato una carta a Kamenev –su suplente ante el BSI– en la que le reprendía con violencia:

«¿Qué es eso de la convalidación de los mandatos de la oposición en Basilea? ¿No le da vergüenza no haberme dicho hasta ahora ni una sola palabra sobre este asunto? ¿Quién los ha “convalidado”? ¿Los rusos? ¿Los SD + los SR? ¿Quién les ha permitido meter allí sus narices? ¿Cómo han podido inmiscuirse los rusos, sin recurrir al voto de toda la delegación polaca, voto obligatorio según el estatuto de la Internacional? ¿Hubo o no un voto de toda la delegación polaca? Si lo hubo, en todo caso nos falta en este asunto (aparte de un informe suyo) un documento firmado por todos los delegados que han “convalidado”. Estando usted allí y conociendo lo espinoso del problema de la oposición, ¿cómo no se dio cuenta de que, en este asunto, un documento era de todos modos importante? ¿Y de que para nosotros era doblemente importante en Cracovia?»²³³.

²³³ *Ibid.*, pp. 119-20.

Pero Kamenev no creía haber cometido un error. Estaba seguro de poder reunir las firmas de los miembros de la subsección rusa, incluidas las de los mencheviques. Estos últimos estaban obligados a mostrarse conciliadores para hacer olvidar «las escenas tan desagradables que tuvieron lugar en el seno de la delegación rusa» y que las autoridades de la Internacional (entre ellas Kautsky y Plejánov) lamentaron. Plejánov reconoció esta vez que la «disputa» había sido provocada «por nuestros liquidadores», que querían incluir en la delegación rusa a un representante «de un grupo de iniciativa» abiertamente contrario al POSDR²³⁴. Pese a un documento debidamente firmado, Huysmans concluyó que había habido infracción del reglamento del Congreso, que prohibía a una sección nacional convalidar los mandatos presentados por otra sección. En consecuencia, decidió no mencionar en el informe oficial los nombres de los cinco delegados, sino reemplazarlos por cinco «X». En su abrupto estilo, Huysmans declaró sin ambages que la subsección rusa había intentado engañar deliberadamente a la Internacional. Esta torpeza selló la solidaridad de los mencheviques con los bolcheviques ante lo que consideraron un asunto de honor. Lenin, sabiendo que podía contar con el apoyo de la totalidad de la subsección, fue el instigador, si no el autor, de la protesta que las dos fracciones presentaron al Buró en marzo de 1913²³⁵ y que, finalmente, no fue tomada en cuenta²³⁶.

El asunto del Comité de Varsovia, tal como se planteó ante la opinión de la Internacional, atrajo la atención sobre la animosidad de Lenin hacia Rosa Luxemburgo y viceversa. Pero, de hecho, el verdadero blanco de Lenin, el protagonista real, no era Rosa Luxemburgo sino su antiguo compañero, su amigo íntimo, Jogiches-Tyszka. En él vio Lenin al genio maligno del Comité directivo; le trató de intrigante e incluso calificó sus réplicas de «actos pérfidos de venganza»²³⁷.

²³⁴ Cf. la correspondencia entre Plejánov y Kautsky publicada en *Gruppa Osvoboždenie Truda*, vol. 6, Moscú-Leningrado, 1928, pp. 294-295.

²³⁵ El 8 de marzo de 1913, Lenin escribía a Kamenev: «Hanecki está en casa. Elabora la protesta general sobre el asunto de la delegación de Basilea» (V. I. Lenin, *Sochinenie*, 5.^ª ed., t. 48, p. 171).

²³⁶ En el acta del Congreso de Basilea, no se mencionaron los nombres de los cinco delegados incriminados. Fueron reemplazados por «X», de donde surgió el nombre con que se conoce este asunto.

²³⁷ A este respecto, véase el citado artículo de Netti, así como la *Correspondance...*, ob. cit.

Lenin siguió razonando en términos de táctica y viendo maniobras aun allí donde, en realidad, había divergencias fundamentales que afectaban a problemas de fondo. Y es que la reacción de Rosa Luxemburgo no podía reducirse a un mero acto de defensa o de solidaridad con Jogiches-Tyszka. Correspondía a una posición de principio y no era más que la continuación de las críticas a las concepciones leninistas sobre la organización, tal como ella las había expuesto ya en 1904, en la *Neue Zeit*. Esta vez, al atacar a Lenin en el plano internacional, Rosa Luxemburgo se rebelaba contra un método que, a su juicio, era indigno y peligroso. Es cierto que también ella era ducha en el arte de maniobrar y sabía sacarle provecho. Como táctica, conocía las reglas. Lo que no admitía era que se violaran esas reglas, los principios, que se apelara a cualquier medio sin preocuparse por la moral política; no aceptaba que el interés del grupo, de la fracción, prevaleciera sobre el de todo el movimiento, pues lo concebía de distinto modo. Lo que reprochaba a Lenin era confundir las divergencias de opiniones políticas con una práctica escisionista. El POSDR desunido «por unos cuantos gallos de pelea residentes en el extranjero», «sumidos en sus polémicas y sus cóleras», debilitaba no sólo las posibilidades de la revolución rusa, sino también las de la izquierda en la Internacional.

A su vez, Rosa Luxemburgo empleó todos los medios de represalia de los que disponía contra Lenin. Así, intervino en el asunto de la herencia Schmidt, asestando un duro golpe a Lenin. A este propósito, conviene recordar que en 1912 el problema del dinero cobró particular importancia para los bolcheviques que deseaban consolidar la audiencia alcanzada en Rusia después de las elecciones de la IV Duma. «No hay dinero... la crisis financiera es seria»²³⁸. En vísperas de la primera guerra mundial, esta frase reaparece continuamente en las cartas de Lenin. A fin de procurarse este medio indispensable para la propaganda y la acción sólo había una salida: recuperar la herencia Schmidt²³⁹. Lenin inició desesperadas gestiones ante los depositarios:

²³⁸ V. I. Lenin, *Sochinenie*, 5.ª ed., I. 48, pp. 120, 121, 123, etc.

²³⁹ En 1906, un militante del POSDR, Nikolai Pavlovich Schmidt, murió en prisión, legando su herencia al partido. Después de algunas dificultades con la familia del difunto, Lenin logró hacerse con la totalidad del dinero líquido proveniente de la herencia, en un momento en que la lucha contra los «liquidadores» hacía estragos. En enero de 1910, los mencheviques replicaron con la convocatoria de un pleno del Comité Central del POSDR que concluyó con un acuerdo: los

Kautsky, Mehring y Clara Zetkin. Al cabo de dos años, mientras Kautsky, cansado, se mostraba conciliador, Clara Zetkin llegaba en su intransigencia a amenazar con llevar el caso ante un tribunal burgués o someterlo al arbitraje del BSI. Detrás de estas dificultades, Lenin creyó descubrir las intrigas de Jogiches. Ni siquiera el ataque frontal de Rosa Luxemburgo logró disipar sus sospechas.

El 12 de noviembre de 1913, Rosa Luxemburgo, en su calidad de delegada polaca en el BSI, presentó una moción en la que proponía que el problema de la unidad del POSDR fuera discutido en la reunión del BSI, convocada para el 13 de diciembre de 1913 en Londres, a fin de inscribirlo en el orden del día del próximo Congreso internacional, que debía reunirse en Viena en agosto de 1914. Al enterarse de esta propuesta a través de la prensa, Lenin la tomó por una maniobra de Jogiches-Tyszka, destinada a lograr el arbitraje del BSI en el asunto del reparto del dinero proveniente de la herencia Schmidt. Indignado, escribió a su representante en Suiza, G. L. Sklovski, el 22 de noviembre de 1913:

«Hoy he leído en el *Vorwärts* una salida estúpida de Rosa Luxemburgo en el BSI contra nosotros (proponiendo incluir el problema de la unidad del POSDR en el orden del día). Propuesta ridícula de Rosa, a la que responderemos. Pero lo esencial es esto: Rosa = Zetkin. De ahí el proyecto manifiesto de someter el problema [es decir, el asunto de la herencia] al arbitraje del BSI al mismo tiempo que el asunto de la unidad o cualquier cosa de ese tipo»²⁴⁰.

bolcheviques debían ceder una parte de la herencia al Comité Central y confiar el resto a una comisión neutral compuesta por Franz Mehring, Clara Zetkin y Karl Kautsky para su administración. Los mencheviques, por su parte, se comprometían a preservar la unidad de acción. Pero Lenin, estimando que los mencheviques no respetaban las cláusulas del contrato, depositó a su nombre la suma que debía administrar la citada comisión, en un banco de París. Para volver a disponer de ese dinero, convocó un pleno para el 11 de junio de 1911, en el que se decidió crear una «comisión técnica». De nuevo los mencheviques protestaron y Lenin se vio obligado a transferir parte de los fondos a Berlín. Tyszka intervino entonces y convenció a los depositarios de que confiaran 30.000 rublos a la comisión técnica. A finales de 1911, Lenin disponía, pues, de la mitad de la herencia Schmidt.

Después de establecer contactos en Berna y asegurarse el apoyo de los abogados, Lenin relanzó el asunto para recuperar la segunda parte de la herencia en agosto de 1913. Intentó presionar a los depositarios, pero no tuvo éxito. La guerra bloqueó el dinero que fue embargado temporalmente por el gobierno alemán. Los bolcheviques y luego los mencheviques obtuvieron parte de ese dinero durante la guerra.

La carta incriminada de Rosa Luxemburgo apareció en el *Vorwärts* el 21 de noviembre de 1913: contenía la justificación de la moción que había presentado al BSI alegando el precedente francés en el Congreso de Amsterdam de 1904. Convencida de que «el caos y la lucha de fracciones» amenazaba al movimiento de masas en Rusia, Rosa Luxemburgo condenaba:

- 1) «la escisión irresponsable creada en el seno de la fracción socialdemócrata de la Duma, último refugio organizado de la unidad socialdemócrata en Rusia»;
- 2) «la provocación sistemática que el grupo de Lenin introdujo también en otras organizaciones socialdemócratas: la socialdemocracia de Polonia rusa y de Lituania, por ejemplo»;
- 3) «el carácter irregular de la presentación rusa en el BSI»: en 1910, los dos representantes socialdemócratas habían sido elegidos, a título unitario, por su propio partido mientras que desde 1912 uno de esos delegados no representaba ya más que una organización aparte, creada por él mismo.

Podríamos preguntarnos si Rosa Luxemburgo trataba de utilizar, como ya lo había hecho en 1911, el asunto de la herencia como medio de presión para comprometer a las fracciones rivales en una discusión política y preparar la unificación. No lo sabemos. En cambio, se sabe que Lenin prefirió tomar la delantera y someter el asunto al Comité Ejecutivo para prevenir de este modo un arbitraje²⁴¹. Lenin no se dio cuenta de lo esencial en la propuesta de Rosa Luxemburgo. No era una «salida estúpida» sino una importante réplica a su política escisionista. De este modo intervenía a su vez en los asuntos rusos incitando al BSI a incluir en el orden del día el problema de la unificación de la socialdemocracia rusa, cuando Lenin creía que el problema había sido enterrado para siempre. Esta iniciativa implicaba, entre líneas, una condena a la conducta y a la política de los bolcheviques que Rosa Luxemburgo pretendía que fuese asumida por toda la Internacional.

²⁴⁰ *Lenin unbekante Briefe, 1912-1914*, Leonhard Haas, comp., Zurich-Colonia, Benziger Verlag, 1967, p. 52.

²⁴¹ El representante de Lenin en Bruselas, I. F. Popov, se puso en contacto con Vandervelde. Cf. las *Mémoires* de I. F. Popov, «Lénine à Bruxelles», en *Lénine tel qu'il fut. Souvenirs de contemporains*, ob. cit., vol. 3, páginas 156-160.

Las sesiones del BSI de diciembre de 1913, en las cuales Lenin se hizo representar por M. Litvinov, pusieron de manifiesto las graves repercusiones que tuvo el conflicto con Rosa Luxemburgo en la posición ya precaria de los bolcheviques en la Internacional, lo cual ejerció notable influencia sobre la acción iniciada por el Comité Ejecutivo del BSI. Tanto en la reunión del BSI, celebrada en Londres en diciembre de 1913, como en los meses siguientes, los ataques de Rosa Luxemburgo contra Lenin se multiplicaron y los mencheviques no dejaron de utilizar hábilmente la ayuda de tan preciosa aliada. Así se instauró un clima de animosidad hacia los bolcheviques en la Internacional, justo en el momento en que ésta se proponía hacer todo lo posible para restablecer la unidad socialista en los países devastados por las disensiones. El único medio para informar a los dirigentes de la Internacional acerca de la posición de los bolcheviques seguía siendo el BSI. Lenin, que conocía bien los engranajes del Buró, sabía que el Secretariado respetaría los principios que le ordenaban mantenerse al margen de cualquier conflicto. Trató pues de neutralizar al Comité Ejecutivo, de apaciguarlo, y calificó su actitud y su acción de correctas y objetivas. Lenin reconocía en público la buena fe del Comité Ejecutivo del BSI que velaba siempre y sin límites por la unidad, sin favoritismo hacia una u otra fracción²⁴². De ese modo, cuando en junio de 1914 Emile Vandervelde regresó de su viaje de información en Rusia, aun sabiendo que las simpatías personales del presidente de la Internacional se dirigían a los mencheviques, Lenin reconoció la objetividad con la que Vandervelde había realizado sus gestiones en San Petersburgo entre los representantes de las diversas organizaciones socialdemócratas. En nombre del Comité Central, expresó su profundo reconocimiento «al camarada Vandervelde» por esta visita y le agradeció el hecho de que ese contacto directo hubiera «marcado el comienzo de la publicación en la prensa socialista extranjera de informaciones objetivas sobre el movimiento obrero de Rusia»²⁴³. Era, en realidad, un notable elogio, más calculado que sincero.

²⁴² Cf. V. I. Lenin, *Sochinenie*, 5.a ed., t. 24, p. 190.

²⁴³ V. I. Lenin, *Oeuvres*, ed. francesa, t. 20, p. 527.

Por otra parte, una de las principales tareas de la delegación bolchevique en la Conferencia de Bruselas debía ser, siguiendo las instrucciones de Lenin, la de influir sobre los miembros del Comité Ejecutivo, persuadiéndoles a guardar neutralidad²⁴⁴.

Gracias a su aparente moderación y a las múltiples garantías ofrecidas por I. F. Popov, su representante en Bruselas ante el Comité Ejecutivo, Lenin alcanzó el objetivo buscado. Por su parte, el Comité Ejecutivo del BSI se engañaba con respecto a la significación del conflicto en las filas de la socialdemocracia rusa, así como con respecto a los motivos de la obstinación de los bolcheviques y a las concesiones que creía poder arrancar a Lenin. Esto explica por qué el Comité esperaba que Lenin –el cual fue a Bruselas en enero de 1914 y mantuvo entrevistas con Vandervelde y Huysmans– renunciaría por espíritu de conciliación a considerar su plataforma como la única base posible de un debate sobre la unificación. Pero para Lenin plegarse a tal exigencia significaba abandonar lo esencial de su posición y de la visión por la que luchaba.

En esta lucha en torno a la unificación, que desde enero de 1914 hasta el estallido de la guerra mundial fue una cuestión central en la actividad de los socialistas rusos en la escena internacional, Lenin se mostró como un hábil táctico, aunque perjudicado por su posición defensiva. Tanto más cuanto que respecto a su posición de principio fue intransigente: no se dejó desviar ni aun a riesgo de quedar aislado. En esta difícil situación, dio pruebas de tenacidad y empecinamiento. Lúcido y realista, Lenin retiró con frecuencia sus afirmaciones anteriores, rectificó su línea de conducta en distintas ocasiones y tuvo en cuenta las lecciones de la experiencia y la cambiante coyuntura. Su doble objetivo fue impedir la unificación evitando la ruptura con la Internacional.

²⁴⁴ Lenin escribía a Inessa Armand: «En esta ocasión, es indispensable una bellísima lengua francesa: bellísima porque si no la impresión será nula, y francesa porque si no las nueve décimas partes de la traducción escapan al Comité Ejecutivo, sobre el cual es preciso influir» (V. I. Lenin, *Sochinenie*, 5.ª ed., t. 48, p. 300).

Si se mostró dispuesto a participar en la famosa Conferencia de Bruselas, que le inquietaba enormemente, fue ante todo para evitar una censura de la Internacional y para conservar una posibilidad de salir de su aislamiento.

En este aspecto el Comité Ejecutivo no se equivocó ni se dejó engañar por las intrigas de los adversarios de Lenin que difundían por todas partes la idea de que los bolcheviques iban a boicotear la conferencia en el último momento. El Secretariado del BSI sabía a ciencia cierta que, aun manteniendo sus distancias frente a las tendencias adversas de la socialdemocracia rusa, Lenin quería evitar perder prestigio ante la Internacional. Así Huysmans escribía a Kautsky, lúcidamente, el 10 de julio de 1914 que, pese a las dificultades creadas por los bolcheviques, éstos estarían presentes en Bruselas, pues «si Lenin y sus amigos no asisten, la impresión en Viena será muy desfavorable para ellos»²⁴⁵.

Lenin envió a Bruselas una delegación presidida por Inessa Armand, a quien dio instrucciones precisas y la consigna de rechazar cualquier compromiso. Pero, pese a las insistencias del BSI, él no asistió. Era un riesgo calculado. Lenin se reservaba para la segunda vuelta del combate, la más decisiva, que debía desarrollarse ante el plenario de la Internacional²⁴⁶. Por esta razón dio pruebas de buena voluntad enviando una delegación bolchevique a la Conferencia de Bruselas, mientras que, con su ausencia, demostraba ante toda la Internacional la distancia que él, auténtico representante del movimiento obrero de Rusia, mantenía frente a los grupos de emigrados que, a su juicio, no representaban a nadie. Es difícil juzgar si esa táctica hubiera tenido el éxito esperado por el líder bolchevique: el Congreso de Viena no se realizó. Señalemos, sin embargo, que Lenin adivinó exactamente las intenciones del Comité Ejecutivo que, después de haber logrado constituir el «bloque de Bruselas» reuniendo a todas las fracciones de

²⁴⁵ Archivos del BSI.

²⁴⁶ A comienzos de julio de 1914, Lenin escribía a Inessa Armand: «Los imbéciles y los intrigantes, con la ayuda de Kautsky, van a presentar una resolución *contra* nosotros en el Congreso de Viena. ¡Qué se le va a hacer! No podemos oponernos, pero conservaremos la calma. Esto apaciguará a los oportunistas, deseosos de vencer» (V. I. Lenin, *Sochinenie*, 5.^a ed., tomo 48, p. 326).

la socialdemocracia rusa salvo los bolcheviques, quería plantear de nuevo el problema de la unidad definitiva ante el plenario de la Internacional.

Huysmans escribió a Friedrich Adler el 18 de julio de 1914: «La conferencia ruso-polaca estuvo bien. Espero que en Viena se impondrá la *unidad*. El Buró tendrá que zanjar definitivamente la discrepancia interna polaca. Contamos con su padre»²⁴⁷.

Esto explica por qué, a finales de julio de 1914, Lenin se consagró por entero a la preparación del Congreso de la Internacional y al de su propio partido, previsto para la misma época. Sabía que en Bruselas sería vencido²⁴⁸; su derrota aún no había sido anunciada cuando él ya trabajaba para obtener el desquite en Viena. Lenin contaba con el Congreso internacional que debía reunirse en la capital austríaca a finales de agosto para invertir la situación a su favor. La gran crisis de julio, las amenazas de una conflagración general, no atrajeron su atención en ese momento. Además, desde 1912, no había asistido a las reuniones de la Internacional, incluido el Congreso extraordinario de Basilea, donde el problema de la paz y la guerra había obsesionado a todos. Lo que a él le obsesionaba entonces era la revolución. Desde 1912, su interés se centró en un solo punto: el advenimiento de una nueva revolución en el imperio zarista, cuyos signos precursores veía en el renovado impulso del movimiento obrero ruso. Lenin había reflexionado sobre la experiencia de 1905 y quería evitar que la nueva revolución tomara desprevenidos a los bolcheviques. Esta vez debían estar preparados para encabezarla. A fines de julio de 1914, lo que preocupaba a Lenin no era la «escalada de los peligros» en Europa sino la huelga general de San Petersburgo. Esta vez no fue la revolución la que le cogió por sorpresa; fue la guerra mundial. Desde entonces, comienza una nueva página en la historia de los bolcheviques y de la Internacional. Pronto los papeles se invirtieron: de acusado Lenin se convirtió en acusador, y de la defensiva pasó a la ofensiva.

²⁴⁷ Archivos del BSI.

²⁴⁸ Cf. carta a Inessa Armand, en V. I. Lenin, *Sochinenie*, 5.ª ed., t. 48, p. 301.

4. EL PARTIDO-GUÍA: LA IRRADIACIÓN DE LA SOCIALDEMOCRACIA ALEMANA EN EL SUDESTE EUROPEO²⁴⁹

El papel del SPD, su influencia, su peso en la II Internacional son hechos bien conocidos que, sin embargo, la literatura histórica jamás ha profundizado. Son múltiples las preguntas que aún permanecen sin respuesta. Por lo general, se refieren a la naturaleza de esa preponderancia: ¿cuándo conquistó esa hegemonía la socialdemocracia alemana? ¿En qué forma la ha ejercido? ¿Dónde fue particularmente sorprendente su irradiación? Incluso los trabajos recientes se contentan con seguir la tesis de Robert Michels sobre «el papel dirigente del socialismo alemán en la Internacional socialista», adquirido gracias «a las vigorosas personalidades alemanas de Marx y Engels a pesar de que ellos no vivieran en Alemania». Esta influencia se afianza con la victoria de Alemania sobre Francia en 1870, de modo que, aun después de la desaparición de la AIT, «Alemania siguió siendo, aunque bajo otra forma, la baza de la nueva Internacional».²⁵⁰ Afirmación muy discutible. De hecho, la influencia dominante alemana no se remonta a la época de la I Internacional. La autoridad y luego el papel hegemónico del SPD se adquieren en el período de creación de la II Internacional. Período de mutaciones profundas, caracterizado por el proceso de formación de los principales partidos obreros europeos y por la expansión del marxismo. A este respecto, encontramos precisiones cronológicas en los informes de un observador bien enterado: el prefecto de policía de Berlín que, durante el período de las leyes de excepción contra el socialismo, promulgadas en 1878, fue encargado de centralizar las informaciones sobre el desarrollo de los movimientos socialistas en Alemania y en Europa.

En su informe de síntesis de junio de 1883, anota por primera vez:

²⁴⁹ Publicado en Georges Haupt, *l'Internationale socialista dalla Comune a Lenin*, Turín, Einaudi, 1978.

²⁵⁰ Robert Michels, «Die deutsche Sozialdemokratie im internationalen Verbands. Eine kritische Untersuchung», *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, XXXV, 1907, p. 151.

«La socialdemocracia alemana sobrepasa de lejos a sus partidos hermanos en el extranjero, tanto en organización como en amplitud y éstos la consideran, no sin envidia, como un ejemplo que deben esforzarse por imitar en todos los aspectos»²⁵¹.

Cinco años después, en vísperas de la constitución de la II Internacional, el prefecto de policía de Berlín observa ya que el SPD «ocupa sin duda el primer lugar con relación a los partidos europeos similares y ello es justo»²⁵².

En cuanto al contenido del problema, el porqué y el cómo de esta influencia, los críticos contemporáneos de la socialdemocracia alemana lo redujeron enormemente, presentando al SPD como un «modelo imitado» por los diversos partidos socialdemócratas de su órbita. Así, Domela Nieuwenhuis, el libertario holandés, habla en 1892 de los «partidos socialdemócratas que van a buscar su modelo en Alemania y se funden en él», mientras que Robert Michels, haciéndose eco de él, denuncia en 1907 «la copia servil de las formas alemanas que los partidos extranjeros practican». Michels formula entonces la tesis del injerto de una práctica y de una ideología exógenas (tesis que será recogida medio siglo después para explicar los orígenes del comunismo en Francia): «En Austria, Italia, Hungría, España se han injertado con frecuencia ramas alemanas en árboles autóctonos, con los que no tienen ningún parentesco»²⁵³. Tal esquema explicativo no resiste al análisis histórico, como lo demuestra, tomando el ejemplo de Italia, Ernesto Ragionieri²⁵⁴. El problema de la influencia predominante que tuvo la socialdemocracia alemana en la II Internacional no se plantea en términos de modelo o de injerto. Esta influencia debe enfocarse como el elemento más importante en el sistema de relaciones establecidas entre los diversos partidos de la II Internacional alrededor del núcleo marxista, en una época en que los vínculos internacionales

²⁵¹ R. Hohn, *Die Vaterlandslosen Gesellen. Der Sozialismus im Lichte der Geheimberichte der preussischen Polizei, 1878-1914*, vol. 1, 1878-1890, Colonia-Opladen, 1964, p. 277.

²⁵² *Ibid.*, p. 324.

²⁵³ R. Michels, art. cit., p. 150.

²⁵⁴ Ernesto Ragionieri, *Socialdemocrazia tedesca e socialisti italiani, L'influenza della socialdemocrazia tedesca sulla formazione del Partito Socialista italiano, 1875-1895*, Milán, Feltrinelli, 1961 (2.ª ed. 1976).

entre los partidos socialistas y obreros no se limitan a las organizaciones y a las instancias internacionales.

«La diversidad de acentuación y de relieve adquiridos por ciertos datos que expresan esta influencia se vincula con situaciones y tradiciones nacionales preexistentes, al menos en cierto sentido, en el origen y desarrollo del movimiento obrero y en la difusión de la conciencia socialista»²⁵⁵.

El ejemplo de los partidos socialistas del sudeste europeo es una buena prueba. Esta región constituye un campo privilegiado para medir la irradiación ejercida por el poderoso homólogo alemán, para estudiar las formas de esta influencia, cómo se ejerce, cuáles son las vías y los medios que utiliza. En otras palabras, en qué sirve de referencia el SPD. Los pequeños partidos de Rumania, Bulgaria y Serbia figuran, en efecto, entre la clientela más leal del SPD en los debates y controversias en el seno de la II Internacional. Lo consideran como el «partido- guía». Este hecho es bien conocido por los contemporáneos. Así, en el «Folleto de Junius» de 1915, haciendo suya la fórmula del *Arbeiter Zeitung* –el SPD es la joya de la organización del proletariado consciente– Rosa Luxemburgo destaca que si los socialistas de Europa occidental antes de la guerra habían seguido «sus huellas con creciente fervor», los de la Europa del este y del sudeste, «los eslavos, los rusos y los socialdemócratas de los Balcanes [lo] contemplaban con una admiración sin límites y, por así decirlo, incondicional»²⁵⁶. Por la misma época, Dimitar Blagoev, dirigente de los socialistas «estrechos» búlgaros –tendencia a la que Rosa Luxemburgo se sentía particularmente próxima, según Trotsky («Los estrechos son sus hermanos espirituales»²⁵⁷)– confiesa no sin amargura:

²⁵⁵ *Ibid.*, p. 24.

²⁵⁶ Rosa Luxemburgo, *Gesammelte Werke*, vol. 4, Berlín, Dietz, 1974, p. 55; en francés. *La crise de la socialdémocratie*, Bruselas, La Taupe, 1970, página 58 [*La crisis de la socialdemocracia*, Barcelona, Anagrama, 1976].

²⁵⁷ Carta de L. Trotsky a D. Tucovic (Viena, 18 de abril de 1912), *Archivos del Instituto de Historia del Movimiento Obrero de Serbia*, Belgrado, Fondos D. Tucovic, doc. n.º 157.

«Hasta la guerra, el Partido socialdemócrata alemán desempeñó el papel preponderante en la Internacional. Era el mentor y el educador del proletariado internacional. Sus opiniones, sus conceptos sobre el socialismo, sus resoluciones en los congresos y su inquebrantable conciencia de clase continuamente servían de fundamento y de guía a los congresos internacionales y a la socialdemocracia internacional»²⁵⁸.

Queda por dilucidar entonces por qué los pequeños partidos socialdemócratas aceptan ese papel dirigente del partido alemán y por qué sienten la necesidad de un partido-guía. ¿Cuáles son sus motivaciones y esperanzas? ¿Sobre qué bases se funda su lealtad? En suma, ¿cómo se traduce la hegemonía de un partido en la trama de una institución, la II Internacional, teóricamente basada en la autonomía de sus partidos nacionales y en el pluralismo de las tendencias ideológicas?

Los movimientos socialistas de los jóvenes Estados del sudeste europeo²⁵⁹ que acaban de obtener la independencia hacen su aparición

²⁵⁸ Dimitar Blagoev, *Sochinenie*, vol. 17, pp. 17-18. Señalemos que durante la guerra todos los dirigentes socialistas se expresarán en idénticos términos, utilizando este argumento para abrumar al SPD y subrayar su responsabilidad. Por ejemplo G. Plejánov, en su carta del 25 de octubre de 1914, en respuesta a la pregunta de un camarada búlgaro, esgrime este argumento: «Usted sabe que la socialdemocracia alemana marchaba a la vanguardia del ejército internacional del proletariado. Todos nosotros, socialdemócratas de otros países, estábamos orgullosos de sus éxitos, depositábamos en ella las mayores esperanzas. La considerábamos como la fuerza social más revolucionaria de nuestro período histórico y estábamos profundamente convencidos de que su existencia era por sí sola la más firme garantía para la solidaridad y la paz internacional» (G. Plejánov, *La social-démocratie et la guerre. Réponse á un socioliste bulgare*, París, 1916, p. 5).

²⁵⁹ Ciertamente, la noción de sudeste europeo es demasiado vaga: ¿dónde trazar las fronteras? El concepto es impreciso, abarca realidades culturales, sociales, históricas –sin hablar de las realidades nacionales– bien diferenciadas que ni las delimitaciones geográficas ni las fronteras de los Estados de la época abarcan forzosamente. Si se emplea la noción de sudeste europeo en un sentido amplio para designar el espacio delimitado por el Danubio (ese «río reaccionario», como dice Engels), pueden distinguirse en él dos grandes zonas: una se inscribe en una entidad estatal, Austria-Hungría, estado multinacional; otra es designada por una denominación geográfica, los Balcanes, cuyo mapa político se dibuja a partir de mediados del siglo XIX, pero continúa llevando el sello y sufriendo la influencia del Imperio otomano. En verdad, esta demarcación es artificial. No obstante, separa dos esferas de influencia, e incluso dos zonas de civilización de contornos imprecisos, cuyos efectos sobre los nacientes movimientos socialistas de esta región son perceptibles. La diferenciación entre las dos zonas reaparece sobre todo en los interrogantes de los partidos socialistas acerca de la cuestión nacional, en sus opciones ideológicas y en sus programas.

Es un elemento de la explicación de la influencia ideológica de la socialdemocracia alemana hasta 1914 a expensas de la del austromarxismo. En efecto, la irradiación de la socialdemocracia

como pequeños grupos ideológicos, entre los años 1870 y 1880. El primer núcleo socialista en los Balcanes se crea en Serbia, bajo el impulso de Svetozar Markovic, en la época de la I Internacional. La actividad socialista, absorbida por el partido radical, sufre un eclipse en Serbia hasta finales de siglo. En los años 1880-1890, el movimiento socialista rumano ocupa el proscenio y da muestras de un impulso y un dinamismo que se quiebran en 1899 con la «traición de los generales», es decir con el paso en bloque de los dirigentes intelectuales del joven partido socialdemócrata obrero al partido liberal. Es entonces cuando el movimiento socialdemócrata de Bulgaria, en pleno auge, se convierte en el ala más avanzada del socialismo en los Balcanes, tanto por la amplitud de su acción como por su creciente peso en la vida política nacional.

alemana no se identifica con la del austromarxismo. Esas influencias pueden incluso tener un carácter antinómico. Sin embargo, la diferenciación entre esas dos zonas de influencia ideológica no coincide con la frontera trazada por la monarquía austrohúngara. Así, en el caso de la socialdemocracia húngara, se observa una clara voluntad de dar la espalda al austromarxismo y situarse en la órbita del SPD.

I

Pese al desajuste de ritmo, el desarrollo de los movimientos socialistas del sudeste europeo, marcado por diferentes realidades históricas, sociales, culturales y nacionales, tiene muchos rasgos comunes. En un primer tiempo, esos rasgos son esencialmente de carácter cultural y educativo. Sinónimo de inconformismo, de rechazo al subdesarrollo, de rebeldía contra la incapacidad de las clases dirigentes tradicionales, el socialismo –de inspiración populista rusa– penetra ante todo en los ambientes juveniles cultos, entre los estudiantes de institutos y universidades y entre los profesores. El cientificismo predomina en estos movimientos contestatarios que favorecen un clima de emulación intelectual. El socialismo se orienta, primero, hacia la difusión de las teorías materialistas de Büchner y Hackel, las teorías científicas agnósticas de Darwin, el positivismo de Spencer, y sobre todo –y con mucho más éxito– hacia la lucha por una literatura comprometida²⁶⁰. A mediados de la década de 1880, ese eclecticismo cede el paso al marxismo, que desde entonces se convierte en la corriente de pensamiento dominante del socialismo balcánico. Los cambios en la orientación ideológica se producen, ante todo, por contaminación.

«El movimiento socialdemócrata rumano no es más que un reflejo del movimiento europeo, y no puede ser de otro modo, teniendo en cuenta la industria enana y la lamentable situación económica.»

Tal es la apreciación que hace, en diciembre de 1894, C. Dobrogeanu-Gherea, respetado teórico del socialismo rumano, al redactor en jefe de la *Neue Zeit*, Karl Kautsky²⁶¹. No tiene nada de sorprendente, pues, que con la formación de la II Internacional esos pequeños grupos de propaganda socialista se constituyan en partidos socialdemócratas, primero en Bulgaria (1891), luego en Rumania (1893) y más tarde en Serbia (1903).

²⁶⁰ Cf. G. Haupt, «Role de la critique littéraire dans la naissance du socialisme: la Roumanie», *Le Mouvement Social*, n.º 59, abril-junio de 1967, páginas 29-49.

²⁶¹ *Kautsky et les socialistes des Balkans. Correspondance*, (original Am IISG. Fondos Kautsky).

Los socialistas del sudeste europeo tienen una clara conciencia del subdesarrollo económico de su región, de la hostilidad del medio social y político en el que deben actuar, de su debilidad numérica y, en consecuencia, de la obligada dependencia e incluso de los lazos orgánicos, de sus movimientos con los movimientos obreros de los países desarrollados. Así, por ejemplo, cuando en 1912 estallan las guerras balcánicas, los socialistas de los Balcanes piden ayuda a la Internacional, y ante todo al SPD, sin cuya intervención su protesta –aunque conjunta y enérgica– no hubiera tenido repercusión:

«Estamos muy atrasados respecto de las organizaciones socialistas de Occidente y, sin su ayuda, nuestra voz clamaría aún largo tiempo en el desierto... Nuestro proletariado está naciendo; mañana, será formidable en su odio pero hoy... [sic]»²⁶².

Su reflexión teórica, dedicada a la valoración del estadio de desarrollo económico alcanzado por sus respectivos países, denota un optimismo y un didactismo deliberados. Inspirándose en los trabajos de Plejánov, especulan con el inevitable desarrollo del capitalismo y la única fuerza capaz de producir cambios sociales revolucionarios: el proletariado. Lo que determina su actitud no es tanto voluntad de un análisis lúcido como la necesidad de responder a sus adversarios, quienes califican al socialismo de planta exótica transplantada de Occidente a un terreno refractario. Los socialdemócratas búlgaros –o para mayor exactitud, la fracción marxista ortodoxa de los «estrechos»– en 1904 estiman que su país «atraviesa el período de acumulación primitiva de capitales [sic]», pero el naciente capitalismo transforma ya con extraordinaria rapidez «las viejas formas y modos de producción y de intercambio»²⁶³. Seis años más tarde –con un optimismo aún intacto– concluyen que, «pese a los numerosos obstáculos internos y externos», el desarrollo capitalista ha hecho enormes progresos y «alcanza rápidamente la supremacía en la vida económica y social de nuestro país»,

²⁶² Carta de Ivan Klintcharoff a Camille Huysmans (Ginebra, 2 de octubre de 1912), Archivos del BSI, legajo Bulgaria.

²⁶³ Informe presentado por los «estrechos» en el Congreso Socialista Internacional de Amsterdam, «Le Parti Ouvrier Socialiste Bulgare», publicado en *L'organisation socialiste et ouvrière en Europe, Amérique et Asie*, Secretariado Socialista Internacional, Bruselas, 1904.

gracias al aumento del «número de empresas industriales modernas, empresas constructoras —en especial las que construyen vías férreas— e instituciones de crédito»²⁶⁴. De hecho, la revolución industrial no despegaba antes de la primera guerra mundial en los países balcánicos. Pese a una acelerada urbanización, siguen siendo países con predominio agrícola, donde las estructuras arcaicas —en especial las de la neoservidumbre en Rumania— se resisten a los intentos de modernización emprendidos desde arriba.

La formación de los partidos socialdemócratas en los Balcanes es más una respuesta al estancamiento, el producto de una economía atrasada, que la consecuencia del desarrollo industrial y de las transformaciones estructurales. Estas difíciles condiciones de implantación del socialismo explican, en parte, el prestigio y la irradiación del SPD en estos países, donde el movimiento obrero propiamente dicho es débil. De una parte, las estructuras sociales arcaicas, rémoras del desarrollo industrial, la ausencia de base obrera, la debilidad del movimiento sindical, hacen de la actividad ideológica el principal instrumento de combate. De otra parte, el incumplimiento de los objetivos de la democracia burguesa y, en consecuencia, la necesidad para el movimiento socialista de reivindicarlos imponen la primacía de la lucha política. La diversidad de las condiciones políticas y culturales de cada nación modifica, sin duda, los objetivos explícitos o los temas, pero no el contenido de la acción socialista. La lucha por el sufragio universal es la mayor reivindicación política de la socialdemocracia rumana. En Bulgaria y Serbia, donde existe un sistema parlamentario más liberal, los partidos socialdemócratas numéricamente débiles (2.000 afiliados como máximo) fuerzan las puertas de los Parlamentos con éxito diverso. En vísperas de la primera guerra mundial, dos

²⁶⁴ Informe presentado en el Congreso Socialista Internacional de Copenhague, *El Partido Obrero Socialdemócrata de Bulgaria, 1907-1910*, Sofía, 1910, pp. 1-2. Los «amplios», a su vez, subrayan también el fenómeno del crecimiento industrial, destacando que, en una población de 4 500 000 habitantes, hay 300 000 obreros que trabajan en su mayoría en la pequeña industria y que, dado el estado económico en que se encuentra Bulgaria, «las clases sociales no están estrictamente diferenciadas. No hay partidos políticos bien constituidos que correspondan a las distintas clases y representen sus intereses» (*Informe del Partido Obrero Socialdemócrata de Bulgaria Unificado al Buró Socialista Internacional*, Sofía, 1910, pp. 1-2). Los «estrechos» refutan violentamente este análisis.

diputados socialistas ocupan escaños en el Parlamento serbio. En la misma época, en Bulgaria, la derrota sufrida en las guerras balcánicas produce un sensible giro a la izquierda del electorado búlgaro del que se benefician los dos partidos socialdemócratas rivales²⁶⁵.

Estas condiciones hostiles no hacen sino reforzar la posición del sector duro socialdemócrata, que debe afrontar numerosos abandonos y escisiones desgarradores. En el informe que en 1904 presenta ante el Congreso socialista internacional de Amsterdam, D. Blagoev atribuye un valor ejemplar al divorcio, producido un año antes, entre los socialistas «estrechos», marxistas ortodoxos, y los «amplios», acusados de revisionismo:

«Al Partido socialista de Bulgaria le ocurrió lo que fácilmente puede ocurrirle a cualquier partido socialista joven que deba actuar en un país atrasado, desprovisto de todas las condiciones favorables para el desarrollo del movimiento obrero»²⁶⁶.

Un afán de purismo los lleva a inmunizarse contra el virus de la desviación revisionista o contra la corrupción liberal (o «anarco-liberal», según la terminología empleada en Bulgaria y luego en Serbia). Al implantarse en un medio obrero joven, pero numéricamente débil e incluso al ritmo de un lento desarrollo industrial, los pequeños partidos socialdemócratas acentúan su intransigencia ideológica. Desde entonces, afirman una ortodoxia rigurosa, la voluntad de seguir la huella de los movimientos obreros de los países

²⁶⁵ A pesar de la división y la hostilidad insólitas, los dos partidos socialistas búlgaros fueron los grandes beneficiarios de las elecciones generales que tuvieron lugar a finales de noviembre de 1913. Entre ambos obtuvieron el 20 por 100 de los sufragios: los «amplios» 19 escaños y los «estrechos» 18. Las elecciones fueron anuladas. Con el nuevo escrutinio, y a pesar de la presión, los «amplios» obtuvieron 10 escaños y los «estrechos» 11. Los «amplios» estimaban que si las dos fracciones hostiles hubieran realizado una alianza electoral y la campaña hubiese estado «mejor organizada desde un punto de vista político y técnico», habrían podido conseguir más de cincuenta mandatos, es decir la cuarta parte de los escaños. Cf. el informe sobre las elecciones legislativas en *Sobranía* de Jano Sakazov, delegado en el BSI, del 7 de diciembre (20 de noviembre) de 1913, Archivos del BSI.

²⁶⁶ Informe citado, presentado por los «estrechos» en el Congreso de Amsterdam. Observemos que, treinta años más tarde, en un artículo escrito con ocasión del 70º aniversario de Janko Sakazov, dirigente de los «amplios», Kautsky atribuye también al subdesarrollo las escisiones ocurridas en el movimiento obrero, el continuo fraccionamiento que él califica de sectarismo. Cf. Karl Kautsky, «Socialismo en los países económicamente subdesarrollados» (en búlgaro), en Janko Sakazov, *Jubileen Sbornik*, Sofía, 1930, pp. 17-19.

industrializados, de colocarse en el terreno estricto de la lucha de clases, de rechazar todo compromiso y de ajustarse a los principios tácticos y organizativos del proletariado internacional. Esta es la razón por la que el SPD reviste, a sus ojos, un carácter ejemplar y sirve como punto de partida y de referencia en la medida en que pasa por ser el partido marxista por excelencia, el modelo mismo de la «organización seria y consciente del proletariado», del «partido de la lucha de clases». A través del gran partido alemán, sus epígonos balcánicos definen su propia identidad; su ejemplo, su prestigio, contribuyen a afianzar en el sudeste europeo un estado de ánimo socialdemócrata militante, combativo, riguroso e intransigente en cuestión de principios.

El hecho de que los movimientos socialistas aparezcan en el sudeste europeo en una época en que la hegemonía del SPD en la Internacional ya se ha consolidado no carece de consecuencias. No conocerán las luchas de influencias, las rivalidades, los desgarramientos entre campos adversos, que hicieron estragos entre los socialistas de Europa occidental durante la formación de la II Internacional, como tampoco conocerán la atracción ejercida por las escuelas socialistas rivales. Los socialistas balcánicos ofrecen sin vacilaciones su lealtad a la «gran potencia» marxista de la Internacional.

Sin embargo, estos jóvenes partidos socialdemócratas no son los homólogos o los modelos «copiados y trasplantados» aun cuando en un primer momento pasen por una fase de «imitación mecánica y acrítica de la socialdemocracia alemana».²⁶⁷ Ciertamente, no es fácil diferenciar los efectos del mimetismo de los de las convicciones ideológicas sobre el papel del partido. La conciencia de su originalidad se impondrá lentamente en los partidos socialdemócratas del sudeste europeo, pero no reducirá el entusiasmo por el SPD de los militantes socialdemócratas de los Balcanes, ni los conducirá a rechazar el partido-guía, aunque se levanten voces críticas y objeciones. Estas últimas quedan neutralizadas, de hecho, tanto por la exigüidad de los partidos como por el marxismo ortodoxo que los anima. Así, desde comienzos

²⁶⁷ Cf. *Studiu critic asupra socialimului in România, de un vechiu socialist*, Bucarest, Editura Tipografiei Speranta, 1900, p. 11. El autor de este folleto anónimo es Dobrogeanu-Gherea.

del siglo XX, surgen objeciones contra la tendencia a alinearse de forma crítica con el SPD y a imitarlo servilmente. En 1900, al analizar el fracaso del partido socialdemócrata de Rumania, disuelto un año antes, C. Dobrogeanu-Gherea señala que los socialistas rumanos:

«no siempre han logrado ser originales ni sacar conclusiones de sus propias premisas teóricas, y que en gran parte han copiado la táctica y la actividad política de los socialistas occidentales, y en especial de la socialdemocracia alemana. Era evidente que los resultados serían nefastos. A veces, una actividad idéntica de los socialistas rumanos y de los socialistas alemanes ha tenido efectos diametralmente opuestos, habida cuenta de la enorme diferencia entre las realidades sociales de los dos países»²⁶⁸.

La discusión o el cuestionamiento se refiere al peligro que encierra la adopción de una táctica que no tiene en cuenta las condiciones específicas de los respectivos países; no se refiere a la táctica misma. Por lo demás, es partiendo de concepciones tácticas divergentes como se crea la diferencia que en 1903 conducirá en Bulgaria a la escisión y a la constitución de dos partidos socialdemócratas rivales, hostiles, con programas diferentes. No obstante, ambos invocarán al SPD, lo tomarán como referencia, se alinearán con él, seleccionando en su arsenal ideológico y táctico las variantes que les convengan. Por ejemplo, los «estrechos» marxistas revolucionarios, ven en la pureza ideológica una garantía del éxito de su lucha; rechazan toda interrogación acerca de la presunta adaptación de la táctica de la socialdemocracia alemana a las realidades de los países subdesarrollados; se niegan a considerar cualquier alianza o apertura susceptible de desviar al movimiento obrero de su auténtica posición de clases. Por el contrario los «amplios», y gran parte de los socialdemócratas rumanos o húngaros, aceptan el legalismo parlamentario del SPD como un modelo a seguir y ven en el sufragio universal y secreto la condición previa para una evolución pacífica hacia el socialismo.

²⁶⁸ *Ibid.*, pp. 18-19.

A pesar de la aparición de opciones ideológicas o políticas divergentes en los movimientos socialistas del sudeste europeo después de 1900, la imagen del gran partido alemán sigue siendo más o menos la misma para los militantes: una imagen idealizada e incluso magnificada. Los socialdemócratas balcánicos atribuyen todas las virtudes al SPD y en él depositan todas sus esperanzas. La manera en que la prensa socialista habla de él, la actitud adoptada por los dirigentes de los partidos hermanos serbio, búlgaro y rumano respecto a su homólogo alemán, son significativas en este sentido. Sin embargo, no se puede hablar de desconocimiento o de falta de sentido crítico. Los socialdemócratas del sudeste europeo están bien informados. Entre ellos y su poderoso guía existen contactos múltiples y directos²⁶⁹. Siguen de cerca las acciones, los debates teóricos e ideológicos que se desarrollan en Alemania, estudian con atención las actas de los congresos del SPD. En la prensa socialista abundan las referencias, las informaciones, los comentarios; la glorificación de las hazañas del proletariado alemán y de los éxitos del SPD es una transposición exagerada de la realidad. En esa imagen fabricada por la prensa socialista del sudeste europeo resulta difícil discernir lo que el SPD es y lo que encarna. Creada a partir de hechos reales, esta imagen centra las esperanzas y representa el espacio de proyección de las divergencias y de las luchas entre las tendencias internas de esos partidos. Exaltado como partido de clase, combativo, dotado de una visión del mundo, el SPD ejerce una poderosa atracción; constituye una referencia indispensable. Su prestigio proviene de todos esos rasgos, que explican su predominio en el socialismo internacional desde la década de 1880, a juicio del prefecto de Policía de Berlín: su poderío, «su maravillosa organización, que le confiere valor de modelo», su disciplina, el fervor de sus militantes, el valor y la autoridad de sus dirigentes, su fuerza parlamentaria, su audiencia política y, sobre todo, su implantación en la clase obrera.

²⁶⁹ Cf. Marija Marinova, «Balgarskite marksisti i germanskoto socialdemokraticesko dvijenie prez 1903-1912 g.», *Istoricheski pregled*, 1968, número 3, pp. 52-56.

Sin embargo, la idealización del partido-guía se explica, ante todo, por la necesidad de una autojustificación indispensable. El SPD, erigido en «tipo ideal» de partido marxista, se convierte en la fuente de legitimación de los pequeños partidos socialdemócratas que sacan su razón de ser del poderoso partido alemán. Si en los primeros tiempos encuentran en los éxitos del SPD una compensación a su propia debilidad, en un segundo momento hacen de él una fuerza notable de apoyo para asegurar su penetración y ampliar su audiencia. En su informe del 29 de diciembre de 1879, el prefecto de Policía de Berlín observa: «Los socialistas de Hungría no tienen mayor confianza en su propia fuerza; más bien, depositan sus esperanzas en los alemanes que, al decir de L. Frankel, son la “roca” de toda la socialdemocracia»²⁷⁰. Una exageración, por cierto, pero desprovista de malicia. Treinta años después, los éxitos del SPD –con frecuencia identificados con los del socialismo internacional– todavía representan para los socialdemócratas de los Balcanes una fuente de esperanza y un impulso para la lucha. Según D. Tucovic,

«la acción de la socialdemocracia internacional tiene para nosotros, condenados a luchar por nuestra causa en condiciones tan exiguas, tan desfavorables, mucho mayor interés que para los camaradas alemanes, franceses y otros. Nosotros vivimos más de las victorias de nuestro partido en el extranjero que de nuestras propias victorias»²⁷¹.

El «orgulloso estandarte del proletariado, llevado de victoria en victoria por la Alemania socialista», los éxitos electorales del SPD, inspiran confianza en sí mismos a los pequeños partidos socialdemócratas, alimentan su fe en la fuerza del socialismo, exaltan su propio prestigio, refuerzan su posición en el plano nacional. Esto explica también que en las acciones emprendidas por ellos los partidos socialistas de los Balcanes cuenten –según la fórmula consagrada–

²⁷⁰ R. Höhn, ob. cit., pp. 34-35.

²⁷¹ Carta de D. Tucovic a K. Kautsky del 2 de febrero de 1909, en *Karl Kautsky et les socialistes des Balkans. Correspondance* (original Am IISG, Fondos Kautsky).

«con el apoyo de la socialdemocracia internacional y, en primer lugar, con el de la socialdemocracia alemana»²⁷².

La representación colectiva, fiel en esto a la imagen con la que se identifican, es la de ser parte integrante del poderoso movimiento proletario internacional. La cooperación entre los diversos partidos afiliados a la Internacional, la autoridad y la cohesión de la misma, constituyen una necesidad absoluta, al mismo tiempo que obvia, para la socialdemocracia del sudeste europeo. El internacionalismo y la fe de estos partidos en la Internacional no tienen fisura. Hacen suya la «causa del proletariado internacional». El SPD, por lo tanto, goza de un prestigio especial «en cuanto educador y dirigente en la II Internacional», dicho en términos de D. Blagoev. Para los socialistas del sudeste europeo, este papel dirigente le corresponde por derecho propio y está «fundamentado en el plano organizativo e ideológico». Los «estrechos» búlgaros, por ejemplo, reconocen en él al «partido más poderoso, el más disciplinado de todos los partidos de la socialdemocracia internacional, aquel que se encuentra a la cabeza como guía del proletariado internacional en lucha»²⁷³.

En otras palabras, el SPD es tanto el símbolo del poderío de la II Internacional como el garante del porvenir del proletariado. El destino del socialismo se encuentra así depositado en manos de Alemania, en la medida en que es el hogar donde se prepara la victoria del socialismo en el Occidente industrial, victoria que arrastrará al campesinado, abriendo de este modo la posibilidad del advenimiento del socialismo en los países económicamente atrasados. La mitología del SPD traduce en cierta forma la visión histórica de las perspectivas y posibilidades del socialismo en los países subdesarrollados donde el proletariado, clase teleológica, es aún embrionaria. Estas esperanzas, transformadas en certezas, se erigirán en teoría. Por ello Dobrogeanu-Gherea publica su célebre estudio titulado «El socialismo en los países atrasados»²⁷⁴, como introducción a la edición rumana de *Las bases del*

²⁷² Carta de M. Wechsler a K. Kautsky del 12 de julio de 1907, *ibid.*

²⁷³ D. Blagoev, *Sochinenie*, vol. 13, p. 103.

²⁷⁴ Karl Kautsky, *Bazele social-democratiei, cu o prefata si un studiu asupra socialismului in tarile inapoiate de C. Dobrogeanu-Gherea*, Bucarest, 1912.

socialismo de Kautsky, estudio en el que retoma sus ideas anteriores y las profundiza. ¿Está justificado el movimiento socialista en los países agrarios atrasados, carentes de un proletariado desarrollado? ¿Podrá alcanzar el objetivo que se ha fijado? Sí, responde Dobrogeanu-Gherea. Su respuesta afirmativa se basa en la siguiente tesis:

«Del hecho de que los países avanzados influyen e incluso determinan en gran medida la evolución de las sociedades atrasadas, se derivan dos particularidades esenciales para la evolución de los países atrasados. La primera concierne a la duración de esa evolución: se produce en un plazo más breve que en las sociedades avanzadas. La segunda consiste en que la transformación de las formas sociales, jurídicas, políticas, etc. (la superestructura) en los países atrasados tiene lugar antes de que se haya desarrollado la base económico-social, base que, en los países avanzados, ha dado lugar a esa superestructura».

A partir de esta tesis, Dobrogeanu-Gherea saca la siguiente conclusión: en los países capitalistas industrializados, las formas sociales siguen a la base económica; en los países atrasados, el proceso es inverso. «Las sociedades atrasadas adoptan e imitan primero las formas que les resultan más fáciles de adoptar e imitar». Todos los socialistas balcánicos de su época comparten, de uno u otro modo, la tesis de Dobrogeanu-Gherea. Así, los «estrechos» llegan a la conclusión de que en Bulgaria «las nuevas formas económicas y políticas aparecen no como el producto de una lenta y constante evolución del propio país, sino como consecuencia de la imitación y el préstamo de formas exóticas» y de que «el capitalismo y el socialismo entre nosotros han sido importados del extranjero»²⁷⁵. Según Dobrogeanu-Gherea, las perspectivas que se ofrecen al socialismo en los Balcanes son el resultado de las relaciones de dependencia establecidas entre las sociedades capitalistas y las sociedades atrasadas. Los factores exteriores que rigen el desarrollo de las sociedades atrasadas y traen aparejada su transformación en el surco de los países capitalistas, acarrearán también su paso al socialismo. Al igual que en Alemania las

²⁷⁵ Informe citado, presentado en el Congreso de Amsterdam por los «estrechos».

regiones industriales arrastran a las regiones agrarias a la esfera del capitalismo, los países occidentales en que haya triunfado el socialismo arrastrarán tras de sí a los países atrasados a escala europea.

La tarea de los socialistas en los países atrasados consiste, por lo tanto, en preparar esa transformación; es decir, en formar cuadros, en educar y modificar las mentalidades. La ausencia del proletariado, en consecuencia, no quita su razón de ser a la socialdemocracia. La diferente situación de los países social y económicamente atrasados «tan sólo obliga a los socialistas a modificar su actividad política en función de dichas condiciones, pero no la concepción socialista misma, social y moral»²⁷⁶. La «modificación» consiste en adaptar el marxismo a las condiciones específicas de los países atrasados y no en cuestionar su universalidad. Por sus referencias, por su método, la teoría de Dobrogeanu-Gherea pretende ser estrictamente marxista. Para él, como para los socialistas del sudeste europeo, lo principal es aplicar el socialismo científico a realidades que no entran en el clásico esquema del desarrollo capitalista.

La actitud teórica y la orientación ideológica de los socialistas del sudeste europeo ponen finalmente de manifiesto que el factor más importante para explicar la audiencia del SPD y su irradiación intelectual es el marxismo.

Rosa Luxemburgo señala con acierto que «la socialdemocracia alemana pasaba por ser la encarnación más pura del socialismo marxista», identificación que para Robert Michels es una de las causas de la atracción que ejerce el SPD a escala internacional. El SPD agrega al peso político la autoridad moral e ideológica indispensable para afianzar su hegemonía y consolidar «la posición espiritual dominante del partido alemán»²⁷⁷. Alemania es para los militantes socialistas «el país marxista por excelencia»²⁷⁸, su centro de gravedad. Los teóricos del SPD, por su número y su calidad, gozan de una reputación inter-

²⁷⁶ *Studiu critic asupra socialismului in România*, ob. cit., p. 9.

²⁷⁷ Robert Michels art. cit., p. 153.

²⁷⁸ Carta de G. Alparj a K. Kautsky del 26 de julio de 1907, en *Karl Kautsky et les socialistes des Balkans. Correspondance* (original Am IISG. Fondos Kautsky).

nacional y sus escritos alcanzan una amplia difusión. A este respecto, hay que destacar que, en la geografía del marxismo, el sudeste europeo es una zona de penetración e implantación tempranas. La profunda adhesión al marxismo concebido como teoría científica constituye el rasgo característico de los militantes socialistas de esta región. Todas las tendencias lo invocan, desde los intransigentes «estrechos» hasta los «amplios» más favorables al revisionismo.

Esta opción ideológica del movimiento socialista en el sudeste europeo permite comprender por qué y cómo en países donde la influencia cultural dominante es rusa (Bulgaria) o francesa (Rumania), la irradiación intelectual de la socialdemocracia alemana es tan pronunciada y la literatura marxista alemana encuentra una resonancia tan profunda. Porque el hecho de que el movimiento socialista en los Balcanes sea principalmente de origen ruso, el hecho de que sus pioneros sean exiliados rusos (Dobrogeanu-Gherea) o hayan hecho su aprendizaje intelectual e ideológico en Rusia (S. Markovic, D. Blagoev), el hecho de que Plejánov sea considerado «el padre del socialismo búlgaro»²⁷⁹, no disminuye la influencia ideológica del SPD. Todo lo contrario. Si en la vida intelectual de estos países, la lucha entre la orientación alemana, rusa o francesa da lugar a profundas diferencias, en la socialdemocracia la doble influencia del marxismo ruso y alemán no es contradictoria; hasta cierto punto, es incluso complementaria o, al menos, así es percibida²⁸⁰. La revolución rusa de 1905 provoca, es cierto, un principio de división entre los socialdemócratas atraídos por el movimiento obrero de Occidente y el SPD, y aquellos que tratan de aprovechar la experiencia rusa. Desde entonces, la socialdemocracia rusa adquiere una autonomía propia. Pero la intensidad de su

²⁷⁹ «La literatura socialista rusa fue la fuente principal de la que extrajeron sus ideas nuestros primeros socialistas. Con justicia, el camarada Plejánov puede ser llamado el padre del socialismo búlgaro. Su influencia sobre los socialistas de Bulgaria fue muy importante y continúa siéndolo. Los socialistas búlgaros que no tenían acceso a la literatura socialista occidental, y en especial a la literatura alemana, estudiaron el socialismo en obras rusas, sobre todo en las de Plejánov. La explicación debe buscarse en la similitud del búlgaro y el ruso y en la fuerte influencia de las letras rusas sobre las búlgaras» (informe citado, presentado por los «estrechos» en el Congreso de Amsterdam).

²⁸⁰ Véase a este respecto el interesante artículo de Janko Sakazov, «Die Bedeutung der Lebensarbeit Karl Kautsky für die Entwicklung des Sozialismus in Bulgarien», en el número especial de la revista *Die Gesellschaft* publicado con ocasión del 70º aniversario de K. Kautsky, 1930, pp. 110-111.

influencia varía de un país a otro: poderosa en Bulgaria, la influencia de los marxistas rusos sigue siendo débil en Hungría y Rumania. Observemos que, pese a la simpatía por Francia, el socialismo francés no ejerce mayor atracción, ni siquiera en un país como Rumania, profundamente impregnado por la cultura francesa. El clima ideológico del movimiento socialista francés desagrada a los jóvenes marxistas rumanos que van a París entre los años 1905 y 1910 y allí descubren corrientes opuestas al socialismo científico: el sindicalismo revolucionario y el turbulento G. Hervé, cuyas doctrinas les producen la sensación de «una mosca que quiere arrasar montañas»²⁸¹.

Sería falso, sin embargo, sacar la conclusión de que los socialistas no sufren el contagio de las orientaciones y opciones intelectuales dominantes en sus respectivos países, en un momento en que la gran atracción de la cultura alemana se manifiesta en la Europa del este y del sudeste. Pero la irradiación del SPD responde ante todo a una opción ideológica, cultural, e incluso política, deliberada. El ejemplo de Hungría es significativo a este respecto. En este país, que forma parte de la zona cultural alemana, donde un amplio sector de la clase obrera es de origen y lengua alemanes, la influencia del SPD no es sufrida sino elegida. Elegida sobre todo por oposición a la socialdemocracia austríaca, para marcar la distancia, la independencia, de la socialdemocracia húngara. En el plano intelectual, la rivalidad entre Budapest y Viena favorece la irradiación de Berlín. La escuela marxista vienesa encuentra escaso eco en Budapest, mientras que la literatura marxista alemana se difunde allí abundantemente. Pero también es cuestionada, porque hasta cierto punto la lucha entre la orientación cultural alemana y la francesa repercute igualmente en los medios intelectuales socialistas. La mirada de los que desapruaban las concepciones ortodoxas dominantes en la socialdemocracia alemana, los dogmas del «marxismo oficial» y la ausencia de juicio crítico propios de las esferas dirigentes de la socialdemocracia húngara se orienta hacia París. La consigna lanzada por Erwin Szabo –tomada de Sorel– en 1907: «Retornemos al Marx», aspira a contrarrestar una

²⁸¹ Carta de I. Sion a C. Dobrogeanu-Gherea (París, 29 de marzo de 1909), en C. Dobrogeanu-Gherea, *Corespondență*, Bucarest, Editara Minerva, 1972, página 287.

praxis del marxismo que se ha hecho dominante en la socialdemocracia alemana y «que es en esencia, ajena al proletariado»²⁸². Szabo busca este retorno, esta renovación, en el sindicalismo revolucionario, «producto del genio francés». Al mismo tiempo, G. Alparj, miembro de la oposición en la socialdemocracia húngara, acusa a Szabo, teórico húngaro de gran envergadura, de «no ser en realidad un marxista», aunque en sus conclusiones coincide con él. En sus cartas a Kautsky, también él habla de la necesidad de retornar a Marx. Alparj descubre los síntomas de ese indispensable renacimiento del marxismo en Francia y en Italia en los escritos de Sorel y de Arturo Labriola, en los esfuerzos de los sindicalistas revolucionarios

«por colocar de nuevo al movimiento obrero sobre las bases de la era más brillante de la Internacional marxista, es decir de la AIT, y emprender de este modo el retorno a Marx, a un marxismo en el vigor de su juventud, liberado de las trabas de la necesidad política»²⁸³.

Esta muestra de insatisfacción respecto del marxismo oficial no proviene únicamente de la oposición. Así, Cristian Rakovski, que critica sin embargo las teorías sindicalistas revolucionarias en Francia, trata de fortalecer al movimiento obrero rumano tomando elementos de esa práctica sindical²⁸⁴. Pero esta atracción tiene sus límites. Las voces críticas y las opciones radicales que aparecen en la socialdemocracia del sudeste europeo no quebrantan la autoridad ideológica de la socialdemocracia alemana.

²⁸² Cf. T. Süle, *Sozialdemokratie in Ungarn. Zur Rolle der Intelligenz in der Arbeiterbewegung, 1894-1910*, Colonia-Graz, Bohlau Verlag, 1967, páginas 179-180.

²⁸³ Carta citada de G. Alparj a K. Kautsky del 26 de julio de 1907.

²⁸⁴ Especialmente en su prefacio, escrito en septiembre de 1908 y titulado «Sindicalismo revolucionario francés» a la reedición de su folleto *Sindicatetele muncitoaresti (Rolul si istoria lor). Conferinta tinutd in sala cercului «Romania Muncitoare» din Bucuresti in ziua de 25 iunie 1906, cu o prefatd despre asa zisul sindicalism revolutionar*, Bucarest, Editia II, 1908. Señalemos que las ideas sindicalistas revolucionarias tendrán eco entre los obreros organizados del sudeste europeo. Así, en 1914, el Comité Ejecutivo del Partido Socialdemócrata Rumano deplora que, con el desarrollo del movimiento sindical, el rechazo a la lucha política aumente entre los obreros y que esas tendencias hayan tomado «la proporción de una verdadera rivalidad entre el partido y los sindicatos». Las tendencias «anarcosindicalistas» son lo suficientemente fuertes como para que el Comité Ejecutivo las someta a una crítica en el III Congreso del partido reunido en 1914. Cf. *Raportul comitetului executiv al Partidului socialdemocrat din Romania prezentat la al III congresului*, Bucarest, 1914, páginas 10-11.

La hegemonía del SPD en la II Internacional, en el plano organizativo e ideológico no se cuestiona antes de 1914, ni siquiera cuando los «estrechos» o los miembros de la oposición dentro de la socialdemocracia húngara toman conciencia de que el SPD se halla en un callejón sin salida. Los marxistas ortodoxos búlgaros atribuyen a los «revisionistas» y «oportunistas» sus debilidades y desviaciones²⁸⁵. Sólo los análisis críticos de Erwin Szabo van más lejos: afectan a la estructura organizativa y a los principios mismos que rigen la táctica de la socialdemocracia alemana²⁸⁶. Pero estos cuestionamientos quedan circunscritos. Las críticas, que dan sin duda una nota discordante, apenas empalidecen la imagen del SPD, creada y multiplicada por la prensa socialista y profundamente arraigada en la conciencia de los militantes. Sólo después de tres años de guerra y del seísmo producido por la revolución rusa, G. Kyrkov, uno de los dirigentes de los «estrechos», que fueron de los primeros en unirse al movimiento de Zimmerwald, confesará a Kautsky: «Parece que nuestras ideas –las ideas de la socialdemocracia de los pequeños países aún no desarrollados– acerca de la socialdemocracia de Alemania eran muy exageradas»²⁸⁷.

²⁸⁵ A este respecto son interesantes los análisis proporcionados por D. Blagoev en sus distintos artículos acerca de las luchas entre tendencias internas en el SPD. A propósito del Congreso de Nuremberg de 1908, que él juzga «como uno de los congresos más instructivos de la socialdemocracia internacional del Partido Socialdemócrata Alemán», señala: «El Partido Socialdemócrata Alemán no teme al fraccionamiento. La conciencia y la disciplina proletarias tienen tal arraigo en su organización que ésta no podría fraccionarse. Esto mismo se desprende del discurso de los delegados, entre ellos Kautsky... Es cierto que el partido alemán debe ocuparse de la conducta en sus filas de los oportunistas y que, en un próximo congreso, se verá obligado a actuar con los “políticos positivistas” que allí se encuentran del mismo modo que actuó finalmente con sus “teóricos revisionistas” burgueses» (D. Blagoev, *Sachinienie*, vol. 13, páginas 106-107).

²⁸⁶ Cf. T. Süle, ob. cit.

²⁸⁷ *Kautsky et les socialistes des Balkans. Correspondance* (original am IISG, Fondos Kautsky).

III

El SPD dispone de múltiples medios políticos e ideológicos para asegurar su preeminencia y mantener su autoridad internacional. El hecho mismo de que Alemania sea un potente foco de irradiación del marxismo, un activo centro de propagación de las ideas socialistas, tendrá primordial importancia.

¿Cuáles son los instrumentos de esa difusión? ¿Cuáles son los canales por los que penetran las ideas? ¿Cómo se establecen las formas de relación entre el SPD y los movimientos socialistas del sudeste europeo?

1. LOS CONTACTOS DIRECTOS

Estos contactos se producen a varios niveles y sufrirán modificaciones o cambios de forma y contenido en función del desarrollo y de la estructura del movimiento socialista.

En la fase inicial, los contactos espontáneos van unidos a los desplazamientos humanos, son debidos a la corriente de emigración obrera a través de Europa. Hasta finales de siglo, los obreros emigrantes son los agentes principales de comunicación y de difusión internacional de las ideas socialistas. Los obreros alemanes que dejan su país para trabajar en el extranjero se convierten con frecuencia en los vectores, los propagandistas de las ideas socialdemócratas en Europa, y particularmente en la Europa del este y del sudeste. Desempeñan un papel considerable los artesanos y obreros venidos de esas regiones que han vivido en los países germánicos como, por ejemplo, los jóvenes aprendices que recorren Europa central y occidental, donde traban contacto con el movimiento obrero. Así, entre los pioneros del movimiento obrero húngaro y sus primeros cuadros dirigentes encontramos numerosos trabajadores que se han hecho socialistas en Alemania, han militado en las filas del SPD o de los sindicatos. Allí se han familiarizado con esas ideas que, a su vuelta, difundirán en su país.

Un papel no menos destacado es el que desempeñan los estudiantes del sudeste europeo que frecuentan las universidades alemanas, muy a menudo movidos por el deseo de conocer el marxismo en sus mismas fuentes. Este medio hostil al socialismo que es la universidad alemana, acerca al SPD a los estudiantes búlgaros, rusos, rumanos, serbios. Hacen su aprendizaje político en esta verdadera contracultura socialdemócrata²⁸⁸ y constituyen sus propias organizaciones, como por ejemplo el grupo de estudiantes socialdemócratas búlgaros de Berlín, que incluso logra hacerse representar en el congreso del SPD.²⁸⁹ Y esto pese a la vigilancia de la policía alemana, que emplea todos sus recursos para evitar que Berlín o las otras ciudades universitarias se conviertan en focos de irradiación, en centros de activismo socialista para los extranjeros, a semejanza de París o Suiza.

A esos contactos espontáneos se agregan los que provocan o buscan los militantes. Muchos de ellos van a Alemania, «esa Meca del socialismo de la época»²⁹⁰ por propia iniciativa o enviados por su partido, con el fin de «aprender algo de los camaradas experimentados»²⁹¹. Por ejemplo, el húngaro G. Alparj viaja a Alemania en mayo de 1907 como corresponsal extranjero del órgano del Partido Socialdemócrata Húngaro para «continuar su educación teórica y, al mismo tiempo, conocer en la práctica al movimiento obrero en el extranjero»²⁹². Algunos meses después, el joven dirigente socialista serbio D. Tucovic hace otro tanto. Vive en Berlín y cuenta a sus amigos: «Sigo un curso de economía política, aprendo alemán, continúo con mi francés, estudio inglés como loco... Comienzo a estudiar la literatura sobre la cuestión nacional»²⁹³. En 1911, un dirigente de los sindicatos rumanos, el tipógrafo D. Marinescu, se encuentra en Berlín para

²⁸⁸ En las Memorias de D. Vlahov, dirigente del movimiento nacional macedonio y que fue también uno de los dirigentes de la Federación obrera socialista de Salónica, se encuentra un interesante testimonio. En 1900, hallándose en Alemania para estudiar, él conoce la socialdemocracia: «Berlín me ha causado una profunda impresión por la rigurosa disciplina de los obreros que se hallan bajo la influencia del partido socialista alemán». Estudiante en Brunswick, frecuenta las reuniones y las bibliotecas del partido socialdemócrata.

²⁸⁹ Cf. Marija Marinova, art. cit., pp. 55-56.

²⁹⁰ Según la expresión de M. Buchinger, citado por T. Süle, ob. cit., p. 39.

²⁹¹ Carta de D. Marinescu a C. Dobrogeanu-Gherea (Berlín, 20 de abril de 1913), en *Corespondență*, ob. cit., p. 253

²⁹² Carta citada de G. Alparj a K. Kautsky del 26 de julio de 1907.

²⁹³ Carta de D. Tucovic a D. Popovic (Berlín, 30 de octubre de 1907).

aprender la lengua alemana y familiarizarse con las organizaciones obreras alemanas. Para subsistir, entra a trabajar en la imprenta del *Vorwärts*, donde se presenta con cartas de recomendación de la dirección de su partido²⁹⁴. Dos años después, es llamado a Bucarest para ocupar el cargo de secretario del Partido Socialdemócrata de Rumania. Todos estos militantes adquieren una formación ideológica asistiendo a las reuniones partidarias, a los numerosos cursos de educación, a las bibliotecas obreras, etcétera. Participan activamente en la vida de la socialdemocracia alemana, comparten sus experiencias y traban amistades duraderas. Uno de sus más ardientes deseos, revelador de cierta vanidad ingenua, es encontrar a los dirigentes más prestigiosos. En primer término, tratan de ser recibidos por A. Bebel, por Kautsky y por Rosa Luxemburgo.

El interés por Bernstein es más bien escaso, aunque sea uno de los raros socialdemócratas que desde 1880 toma partido –primero en la prensa y luego en el Reichstag– a favor de la libertad de los eslavos del sur.

Por último, quedan por ver las relaciones que los dirigentes de los partidos socialdemócratas establecen con sus homólogos alemanes. Los contactos oficiosos se entablan, por lo general, en los congresos de la Internacional o en las reuniones del BSI. En esta época, no existe ninguna institución que regule las relaciones entre los dirigentes socialistas. Esos vínculos son personales, están incluso personalizados, basado en amistades o simpatías y, con frecuencia, dependen del tacto o del prestigio adquirido. Cristian Rakovski, por ejemplo, figura europea bien conocida de la Internacional, es el dirigente mejor relacionado con la dirección del SPD. Poseedor de un gran prestigio intelectual y de sólidas amistades, sabe establecer múltiples contactos en Alemania. La visita ya en 1893 y es presentado por Plejánov a W. Liebknecht y A. Bebel. Respetado por Kautsky, viejo amigo de Rosa Luxemburgo, Rakovski puede realizar ante el SPD diversas misiones que le son confiadas por sus amigos búlgaros y serbios.

²⁹⁴ Cf. carta de D. Marinescu a C. Dobrogeanu-Gherea (Berlín, 22 de noviembre de 1911), en *Correspondență*, ob. cit., p. 251.

Todos los dirigentes socialdemócratas balcánicos van a Berlín –unas veces a título personal, otras con ocasión de un viaje o de un congreso internacional– para familiarizarse con el funcionamiento de un mecanismo tan ajustado como el del partido-guía y para conocer a sus dirigentes. Impresionados por las realizaciones del SPD, el encuentro con Bebel o Kautsky despierta su emoción. En 1910, de camino hacia el Congreso de Copenhague de la II Internacional, Blagoev y Kyrkov se detienen en Berlín para visitar especialmente la imprenta del *Vorwärts*. Ante esta moderna empresa, frente a la cual la pequeña imprenta artesanal de los «estrechos» parece de otra época, Blagoev hace este comentario entusiasta: «Cuando el partido es grande, la imprenta también lo es»²⁹⁵.

Los contactos de los dirigentes socialistas del sudeste europeo con el SPD no se limitan a los vínculos psicológicos o ideológicos. Están dictados por motivos políticos, y como tal parecen indispensables. Sacar lecciones de la experiencia del SPD es una necesidad; conocer sus engranajes y establecer contactos con su dirección, un imperativo.

La historia de las gestiones emprendidas por los socialdemócratas del sudeste europeo ante la dirección del SPD todavía no es suficientemente conocida. Sin embargo es evidente que esos partidos jóvenes y en gestación necesitan obtener el patrocinio del poderoso SPD para adquirir el indispensable reconocimiento internacional.

Los pequeños partidos recurren además al SPD para solicitar la ayuda material imprescindible, aun cuando sea dispensada con cuenta gotas, para lanzar un periódico o para acondicionar la imprenta de su partido.

²⁹⁶ Los dirigentes de los partidos socialdemócratas balcánicos también apelan al arbitraje del SPD en asuntos políticos contenciosos o buscan su ayuda para hacerse oír ante la Internacional. En fin, multiplican las

²⁹⁵ Cf. Marija Marinova, art. cit., p. 55.

²⁹⁶ En 1904, los «estrechos» búlgaros deciden adquirir una imprenta para el partido. Esta adquisición exige alrededor de 30.000 francos y la suscripción no cubre más que la mitad de esta suma. El Comité Central se dirige al SPD para pedirle un préstamo de 5.000 francos, pagaderos por letras anuales: cf. carta de Rakovski a K. Kautsky de mayo de 1905, en Karl Kautsky et les socialistes des Balkans. Correspondance (original Am IISG, Fondos Kautsky). Se obtiene esta ayuda y la imprenta se instala, a fines de 1909, «gracias al esfuerzo de los trabajadores organizados y al apoyo material del partido hermano de Alemania» (*El Partido Obrero Socialdemócrata de Bulgaria, 1907-1910*, ob. cit., p. 5).

gestiones ante la dirección del SPD para impedir ante todo que las fracciones rivales, los grupos de oposición obtengan crédito ante ella. La lucha entre los «estrechos» y los «amplios» búlgaros es, a este respecto, reveladora.

2. LA PRENSA

La prensa socialdemócrata alemana, poderoso medio de información y de agitación, contribuye evidentemente a la irradiación del SPD en el sudeste europeo. El *Vorwärts* o la *Leipziger Volkszeitung* se difunden allí ampliamente y ejercen un ascendiente ideológico considerable. Por ejemplo, durante los años 1860-1880 la prensa socialdemócrata alemana en Hungría tiene más suscriptores que todos los periódicos en lengua alemana y húngara editados en Hungría. En Bulgaria, numerosos militantes socialdemócratas están suscritos a los periódicos del partido alemán, a través de la librería Ediciones Socialdemócratas de Sofía. Pero, sobre todo, los artículos de esos periódicos (*Vorwärts* y *Leipziger Volkszeitung*) son a menudo traducidos, reproducidos y comentados por la prensa socialista búlgara, rumana y serbia, y constituyen la principal fuente de información acerca del movimiento obrero internacional.

¿Son conscientes las redacciones de los periódicos socialistas alemanes de la autoridad que ejercen? ¿Tienen la intención de desempeñar un papel internacional –como fue el caso del *Sozialdemokrat*, que hasta 1880 llevó el subtítulo «Órgano internacional en lengua alemana de la socialdemocracia»? Es difícil responder a esto.

Lo cierto es que esas redacciones son muy solicitadas por los socialdemócratas del sudeste europeo que desean ver publicados sus artículos sobre el movimiento al que pertenecen. Tratan de utilizar la prensa socialista alemana como tribuna para ejercer una presión sobre su propio gobierno, para informar a la opinión internacional y eventualmente alertarla, o simplemente para darse a conocer como partido y afirmar su existencia en la comunidad internacional. Tanto más cuanto que se saben ignorados o cuestionados por amplios sectores

del socialismo internacional: incluso un asunto tan candente como el problema de las nacionalidades en los Balcanes no suscita, en un principio, más que escaso interés en la opinión socialista internacional y encuentra poco eco en los periódicos socialdemócratas alemanes. Estos últimos, a merced de la actualidad, difícilmente abren sus columnas. Sólo comentan algunos acontecimientos importantes, como la expulsión de Rakovski de Rumania o la campaña que es realizada en su favor. Será necesario que los Balcanes se sitúen en el centro de la política internacional, que la crisis diplomática que allí se inicia revista súbitamente un carácter amenazador y que las guerras balcánicas conmuevan a la opinión occidental para que los socialistas de esas regiones tengan mayor acceso a los órganos de la prensa socialdemócrata alemana.

Cuadro 1. Publicaciones socialistas en los Balcanes (1880-1914)

	N.º de folletos	Traducciones		Traducciones de textos socialistas propiamente dichos	
		nf	%	nf	%
Bulgaria	1151	710	61,7	405	57
Serbia	675	164	24,35	130	79,3
Rumania	198	42	21,2	34	80,95

3. LA LITERATURA SOCIALISTA

El lugar privilegiado de la propaganda, de la educación ideológica como actividad socialista en la época de la II Internacional, es otro elemento de la irradiación del SPD. Como señala Kautsky en 1901: «La propaganda será por mucho tiempo el principal medio para acrecentar nuestro poder»²⁹⁷.

²⁹⁷ Carta de K. Kautsky a V. Adler del 27 de noviembre de 1901, en Víctor Adler, *Briefwechsel mit August Bebel und Karl Kautsky*, Viena, Volksbuchhandlung, 1954, p. 384.

Cuadro 2. Traducción de textos socialistas según la lengua de origen							
	Total	<i>alemán</i>		<i>ruso</i>		<i>francés</i>	
		nf	%	nf	%	nf	%
Bulgaria	405		40	106	26,3	70	17,4
Serbia	130	62	47,7	21	16,15	19	14,6
Rumania	34	17	50	4	11,7	9	26,47

<i>polaco</i>		<i>inglés</i>		<i>serbio</i>		<i>italiano</i>		<i>búlgaro</i>		<i>húngaro</i>	
nf	%	nf	%	nf	%	nf	%	nf	%	nf	%
38	9,4	5	1,2	13	3,2	1	0,25	–	–	–	–
1	0,72	2	1,53	–	–	2	1,54	1	0,77	1	0,77
–	–	2	5,88	–	–	1	2,9	1	2,9	1	–

En el sudeste europeo ese campo fundamental de la acción socialista está marcado por el SPD: en él se nutre, de él toma sus materiales, sus temas e incluso sus formas. Los instrumentos de agitación y de propaganda socialistas, desde Budapest hasta Sofía, son en gran parte de origen alemán: son traducciones a las lenguas nacionales de la literatura socialista publicada en Alemania. Constatemos a este respecto que las actividades editoriales de los diferentes partidos socialdemócratas del sudeste europeo varían considerablemente por su volumen. Bulgaria va, con creces, a la cabeza y constituye incluso un caso original: las publicaciones socialistas búlgaras, caracterizadas por una gran variedad, forman parte de la cultura popular²⁹⁸. Sin embargo, el lugar que ocupan las traducciones es aproximadamente el mismo de un país a otro. Los datos cuantitativos son elocuentes²⁹⁹.

²⁹⁸ Según los recuerdos de Janko Sakazov, entre los años 1890-1910, la existencia y la rivalidad de los dos partidos socialdemócratas «creó una abundante literatura de escritos originales y de traducciones que, hasta cierto punto, podría ser considerada como una profundización del marxismo si en su mayor parte no hubiera sido concebida como exposición e interpretación del problema debatido desde el punto de vista de la respectiva fracción» (*Die Gesellschaft*, art. cit., p. 112).

Aparte de esta literatura socialista de base, las formas de acción y de propaganda, el aparato ideológico, son también marcadamente tributarios del modelo alemán. Los partidos socialdemócratas de los Balcanes crean imprentas, librerías, editoriales del partido, inspiradas en la organización de la Librería *Vorwärts*. Otra experiencia que los socialdemócratas balcánicos intentan adaptar es la escuela del partido creada por el SPD en 1906. en la concepción del papel de la prensa se encuentran igualmente huellas de las experiencias del SPD en 1905, con ocasión del debate de los «estrechos» sobre la organización y las relaciones entre la dirección y la prensa del partido, G. Bakalov, uno de los jefes de la oposición, propone crear una comisión de prensa (*pressekommision*) de acuerdo con el modelo alemán.³⁰⁰

4. TEORÍA

La dependencia de los partidos socialdemócratas del sudeste europeo respecto del SPD no es tanto política como ideológica. El campo teórico es el terreno en el que el SPD ejerce mayor impacto. El instrumento más eficaz de su influencia siguen siendo la *Neue Zeit* y Karl Kautsky. El pensamiento marxista es en los Balcanes un pensamiento de epígono. Está configurado por la ideología de la *Neue Zeit*, ampliamente difundida en esos países. Nada testimonia mejor su audiencia que el deseo de los dirigentes y teóricos socialistas del

²⁹⁹ El ejemplo del sudeste europeo confirma las observaciones de Robert Michels: «La literatura alemana del marxismo, durante mucho tiempo la más rica por su número y su peso, traducida a todas las lenguas de la tierra, se ha convertido en el tesoro clásico del socialismo internacional» (art. cit., p. 157). He encontrado en el caso de Rumania 198 libros o folletos publicados hasta 1916, de los cuales 177 se refieren al movimiento obrero y socialista; en el caso de Bulgaria, entre 1890 y 1915, el total de títulos se eleva a 1151, de los cuales 710 son traducciones entre las que hay 405 socialistas. En Serbia se cuentan 675 publicaciones hasta 1915, de las cuales 164 son traducciones, entre ellas 130 socialistas. Estas informaciones han sido recopiladas en las bibliografías del movimiento obrero rumano y búlgaro que hemos preparado (manuscrito ehess). Los datos sobre Serbia se han tomado de las dos bibliografías de Sergije Dimitrijevič, *Bibliografija socialističkog i radničkog pokreta u Srbii, Rad.*, Belgrado, 1953, y *Srpska socijalistička prevedrta literatura, Rad.*, Belgrado, 1958. Nuestra estadística no hace referencia más que a publicaciones independientes. Si se agregaran los artículos publicados en revistas y periódicos, las estadísticas podrían variar en lo concerniente a los autores. Así, según los datos de Sergije Dimitrijevič, se tradujeron al serbio 55 artículos de Pannekoek, 54 de Kautsky, 52 de Parvus, 25 de Lafargue, 19 de Bebel, 18 de Marx, 14 de Otto Bauer, 12 de Plejánov, etcétera.

³⁰⁰ Cf. D. Blagoev, *Sochinenie*, vol. 10, pp. 109-221, y Jordan Jotov, *Centralizmät v bälgarskoto socialističesko dvijenie*, Sofia, 1969, pp. 20-24.

sudeste europeo de ser publicados por la *Neue Zeit*. En efecto, la consideran como el foro internacional más importante³⁰¹. Así por ejemplo Tucovic, al enviar a Kautsky un estudio para la *Neue Zeit* en 1909, le dice con franqueza: «Jamás creí poder escribir en alemán. Pero, con la esperanza de ser inteligible, he sentido, como los demás camaradas del partido, la profunda necesidad de expresar nuestra opinión en la *Neue Zeit*»³⁰². Las revistas teóricas que pretender ser órganos científicos de los partidos socialdemócratas de la región también toman como modelo a la *Neue Zeit*. La que nace primero y dura más es una publicación mensual, *Novo Vreme*, editada en Sofía por G. Blagoev a partir de 1897, que toma, además del título, el espíritu de su modelo.

El partido socialdemócrata de Hungría publica a partir de 1906 la revista *Szocializmus*; un año después aparece *Viitorul Social*, publicación mensual de los socialistas de Rumania, de carácter teórico, dirigida por C. Rakovski; y en 1910 los socialistas serbios lanzan en Belgrado su órgano teórico, *Borba* (La lucha), dirigido por D. Tucovic. Estas publicaciones del partido prueban el creciente interés por la elaboración teórica a medida que la socialdemocracia se implanta y se enfrenta a problemas específicos. Pero esas publicaciones también acusan la estrecha dependencia respecto de las producciones teóricas de la Internacional, y sobre todo de la socialdemocracia alemana. Cuando Tucovic anuncia a Kautsky la intención de su partido de publicar la revista *Borba*, le escribe: «La necesidad de una elaboración teórica entre los camaradas del partido es tan grande que nos obliga a asumir una tarea que, en cierta medida, supera nuestras fuerzas»³⁰³.

³⁰¹ En la *Neue Zeit* se publican en total 157 artículos sobre los Balcanes, de ellos 17 sobre Bulgaria, 42 sobre Yugoslavia, 21 sobre Rumania. Sobre Hungría se publican 46 artículos. Hay 19 artículos firmados por búlgaros, 29 por serbios, seis por rumanos y 46 por húngaros.

³⁰² Carta de D. Tucovic a K. Kautsky del 2 de febrero de 1909, en *Karl Kautsky et les socialistes des Balkans. Correspondance* (original Am IISG, Fondos Kautsky).

³⁰³ Carta de D. Tucovic a Karl Kautsky del 30 de octubre de 1909, *ibid.*

Cuadro 3. Publicaciones socialistas en Bulgaria (libros, folletos) entre 1890 y 1915

Año	Número de publicaciones *	Conjunto de traducciones	Traducciones de textos socialistas **
1890	20	15	3
1891	17	15	6
1892	32	28	21
1893	19	17	14
1894	30	22	11
1895	69	55	31
1896	27	21	12
1897	36	29	16
1898	40	29	14
18 99	38	22	12
1900	45	30	10
1901	49	32	13
1902	80	59	35
1903	62	32	18
1904	54	36	11
1905	62	39	24
1906	68	35	16
1907	53	27	16
1908	54	32	17
1909	54	32	27
1910	53	27	23
1911	42	11	8
1912	36	14	11
1913	8	2	1
1914	41	11	9
1915	62	38	25
Total	1 151	710	405
+ 3 diversos (1909, 1910, 1914)			

* Se trata de folletos y libros traducidos y publicados por los socialistas búlgaros entre los cuales se incluyen tanto escritos teóricos como textos literarios o de divulgación científica.

** Libros y folletos de propaganda de las ideas y teorías socialistas.

Cuadro 4. Traducción de textos socialistas en Bulgaria según la lengua de origen, 1890-1915

Traducción a partir del:								
	Textos	alemán	ruso	francés	polaco	serbio	ingles	italiano
1890	3	1	1	–	–	1	–	–
1891	6	2	2	1	–	–	1	–
1892	21	7	7	7	–	–	–	–
1893	15	6	2	3	3	1	–	–
1894	11	2	1	2	2	3	1	–
1895	31	9	9	5	5	3	–	–
1896	12	4	5	3	–	–	–	–
1897	16	3	10	2	–	1	–	–
1898	14	5	6	1	–	1	1	–
1899	12	3	3	5	–	1	–	–
1900	10	6	2	2	–	–	–	–
1901	13	5	2	2	4	–	–	–
1902	35	9	4	8	14	–	–	–
1903	18	7	5	2	3	–	–	1
1904	11	5	3	3	–	–	–	–
1905	24	15	6	2	–	–	1	–
1906	16	7	5	4	–	–	–	–
1907	16	7	2	7	–	–	–	–
1908	17	7	7	3	–	–	–	–
1909	27	14	8	2	1	1	–	–
1910	23	18	3	1	–	–	1	–
1911	8	4	1	2	–	–	–	–
1912	11	6	3	2	–	–	–	–
1913	1	1	–	–	–	–	–	–
1914	9	7	2	–	–	–	–	–
1915	25	7	7	3	6	1	–	–
Total	405	162	106	70	38	13	5	1
+ 3 diversos (1909, 1910, 1914)								

Tratan de paliar sus carencias multiplicando las traducciones que toman de las existencias de la producción marxista internacional: el 72 % de los artículos traducidos en *Borba* lo son del alemán³⁰⁴.

³⁰⁴ Cf. Sergije Dimitrijevič, ob. cit.

Cuadro 5. Literatura socialista traducida, por autores (libros, folletos), entre 1880 y 1916

	Bulgaria	Rumania	Serbia
Kautsky	51	3	14
Marx	21	3	5
Engels	17	7	8
Lafargue	19	4	6
Bebel	11	4	5
Otto Rühle	10	–	4
Plejánov	42	–	3
Bogdánov	8	–	–
Kropotkin	8	2	–
Lassalle	7	–	3
Vasa Pelagic	7	–	–
Jaurès	6	1	1
Guesde	5	1	2
H. Roland-Holst	5	–	–
H. Schulz	5	–	–
Tugan-Baranovski	5	–	–
Vandervelde	5	1	–
W. Liebknecht	5	–	2
Pannekoek	2	–	3
Seidel Robert	–	–	2
J. Rietzgen	2	–	2
Clara Zetkin	1	1	1
R. Luxemburgo	–	–	1
Bracke	–	1	–
Most	–	1	–
Otto Bauer	–	–	3

La *Neue Zeit* se beneficia de un doble prestigio: el de ser el órgano teórico del SPD y el de ser el portavoz internacional autorizado del «centro marxista». Su redactor jefe, Karl Kautsky, goza de un renombre internacional, de una audiencia verdaderamente sin igual en el área comprendida entre Praga y Sofía. Así en 1910, durante la crisis de la socialdemocracia austríaca provocada por los separatistas checos, Otto Bauer solicita la intervención de Kautsky en estos términos: «Es usted el único alemán cuyo nombre resulta familiar a los obreros checos... Sus palabras pesan más en la balanza que las de

cualquier otro camarada no checo»³⁰⁵. En Budapest se llama a Kautsky «el viejo maestro venerado» y cuanto más se va hacia el sudeste más la adhesión se convierte en admiración y aun en culto³⁰⁶. En Sofía como en Bucarest, la literatura del partido consiste, en esencia, en traducciones de los escritos de Kautsky; es el autor marxista más autorizado, más leído, más conocido. El programa y las lecturas recomendadas por Blagoev para el estudio del marxismo en la escuela del partido se basan en gran parte en los escritos de Marx, Engels y Kautsky (pero las referencias a este último son las más numerosas)³⁰⁷.

Autoridad teórica internacionalmente consagrada y árbitro supremo en materia ideológica, Kautsky es también una autoridad moral. Entrar en contacto con él, informarle, obtener sus consejos, conocer sus opiniones es un imperativo para los socialdemócratas del sudeste europeo. «Su opinión acerca de nuestra resolución balcánica nos ha agradado mucho. Para nosotros es una preciosa confirmación de que nos hallamos en la buena vía»³⁰⁸, le escribe Tucovic a comienzos de 1910. Es a Kautsky a quien someten sus dudas teóricas o sus litigios políticos; de él esperan el arbitraje: tanto sus opiniones como su apoyo son de un peso inestimable, como puede evaluarse por el número de asuntos que los jefes de las fracciones hostiles someten a su consideración. Así, en enero de 1910, Blagoev informa a Tucovic, que se ha encargado de poner a Kautsky al corriente de los problemas búlgaros y de defender la causa de los «estrechos»:

³⁰⁵ Carta de O. Bauer a K. Kautsky del 7 de abril de 1910, Am IISG, Fondos Kautsky.

³⁰⁶ Citemos un episodio significativo. A finales de octubre de 1908, S. Avramov, estudiante búlgaro en Bruselas, representa al partido búlgaro de los «estrechos» en la reunión del BSI. En el debate sobre la admisión del Partido Laborista, vota con Lenin contra Kautsky. Esta toma de posición provoca encendidos debates en Bulgaria. Blagoev le escribe: «¿Te das cuenta de lo que has hecho? ¿Cómo has podido olvidar hasta tal punto quién eres tú para votar con Lenin contra Kautsky? Te consideraba un muchacho de talento pero modesto y trabajador, y mira el resultado. Tú también, como la mayoría de nuestros jóvenes cuando van a Europa, has creído que puedes escribir incluso contra Kautsky» (citada según I. Samuilov, «Desatata sesija na mezdunarodnoto socialisticesko bjuro i partijata na tesnite socialisti», Naucni trudovena visata partijan skola «Stanke Dimitrov» pri C. K. na B. K. P., Otdel Istorija, 1969, n.º 38, página 374). Aludiendo a este incidente, el propio Avramov escribía a Huysmans el 28 de julio de 1909: «¡Ya ha visto que en octubre de 1908 hablé y voté contra mí mismo, yo, marxista ortodoxo! ¡Contra Kautsky! Tal vez estoy loco. No lo sé» (Archivos del BSI).

³⁰⁷ Cf. D. Blagoev, *Sachinenie*, vol. 14, pp. 278-279.

³⁰⁸ Carta de D. Tucovic a K. Kautsky del 17 de febrero de 1910, en *Karl Kautsky et les socialistes des Balkans. Correspondance* (original Am IISG, Fondos Kautsky).

«Lamento mucho no saber escribir en alemán y por esta razón no poder mantener correspondencia con él. Pero lo intentaré. Es muy importante que Kautsky comprenda cuál es la situación en Bulgaria»³⁰⁹.

Solicitado también por Janko Sakazov, dirigente de los «amplios», viejo conocido con quien mantiene asidua correspondencia, Kautsky se contenta prudentemente con suavizar o arbitrar las diferencias sin pronunciarse a favor de una u otra fracción. Esta moderación y prudencia explican tal vez, en cierta medida, por qué la autoridad de Kautsky se mantiene intacta hasta 1914 e incluso después; por qué sigue siendo el árbitro por excelencia para los representantes de todas las tendencias –de los reformistas a los radicales de izquierda– que lo aceptan como jefe indiscutible del «centro marxista».

Pero ¿es correcto identificar la influencia ejercida por Kautsky con la del SPD? Ciertamente, uno y otro están estrechamente vinculados pero no se confunden, aun cuando el prestigio del SPD y el de Kautsky repercutan el uno en el otro. Kautsky es en sí una institución, goza de un estatuto especial. A través de él se expresa y se mide la creciente influencia del marxismo. Como diría el socialista húngaro E. Garami, el nombre de Kautsky «representa al marxismo en el mundo entero»³¹⁰. El fenómeno prelude, incluso prefigura, guardando las proporciones, el culto generalizado e institucionalizado que se crea alrededor de Lenin en la III Internacional. La veneración que envuelve a Kautsky y que, a escala nacional, rodea a cada uno de los teóricos de los partidos balcánicos, alcanza tanto a la persona como a su obra, tanto a lo que representa como a lo que simboliza. Lo que se transfiere a Kautsky es el respeto a

³⁰⁹ Carta de D. Blagoev a D. Tucovic, Archivos del Instituto de Historia del Movimiento Obrero de Serbia, Belgrado, Fondos Tucovic, zdt, 5.

³¹⁰ Carta de E. Garami a K. Kautsky del 30 de octubre de 1906, Am iisg, Fondos Kautsky. Para ilustrar la importancia y la autoridad de Kautsky, citemos la carta del dirigente socialista rumano de Jassy, Max Wechsler, del 8 de junio de 1911: «Para nosotros, su prefacio [al programa de Erfurt] tendrá, aparte de la importancia de su contenido, el valor del reconocimiento de la pertenencia de nuestro partido a la Internacional socialdemócrata. Pues la prensa liberal rumana [...] no se cansa de calumniar a nuestro partido, incluso a Rakovski y Gherea, calificándoles de anarquistas» (*Kautsky et les socialistes des Balkans. Correspondance*, original Am IISG, Fondos Kautsky).

la ortodoxia marxista: Kautsky es, a la vez, su encarnación y su garante³¹¹. Además, está el respeto hacia el hombre de ciencia, hacia el teórico indiscutido de la II Internacional. En fin, su popularidad entre los eslavos del sur se explica por su intento de rehabilitar a los eslavos, severamente condenados por Marx y Engels. Para Kautsky, el papel contrarrevolucionario que desempeñaron los eslavos pertenece al pasado. Considera que las definiciones marxistas de 1848 están superadas y estima que se asiste a un cambio en las tendencias históricas:

«En la hora actual», escribe en 1902, «podemos pensar que los eslavos no sólo forman parte de los pueblos revolucionarios sino que, además, el centro de gravedad del pensamiento y de la acción revolucionarios se desplaza cada vez más hacia ellos»³¹².

Sin embargo, la aplastante autoridad de Kautsky no explica más que parcialmente la dependencia teórica de la socialdemocracia del sudeste europeo, su total asimilación del marxismo de la II Internacional. En las filas de los socialistas de esa región figuran intelectuales que, aunque poco numerosos, pueden compararse por su cultura, su horizonte intelectual y su dominio lingüístico a sus homólogos occidentales. Pero si bien no les falta capacidad creativa, está disminuida por un complejo de inferioridad cultural, por la timidez y, sobre todo, por la intransigencia doctrinaria y el desvelo por la ortodoxia consiguientes. Las preocupaciones relativas a la propaganda y la acción concreta son mayores que las de la elaboración teórica. Por lo general, buenos organizadores, excelentes propagandistas, se quedan en aprendices teóricos, aún tímidos o demasiado modestos, que se inclinan ante la ideología dominante de la II Internacional.

³¹¹ Según la observación de Bert Andreas, Kautsky «ha sido considerado, durante décadas, como el guardián de hecho y el intérprete autorizado del marxismo después de la muerte de Engels». Y constata que la influencia política de Kautsky «alcanzó su apogeo en los países eslavos y en los partidos influidos por la socialdemocracia rusa» (*Annali Istituto G. Feltrinelli*, 1961, ra, pp. 690 y 695).

³¹² Karl Kautsky, «Slaviani i revolutsia», *Iskra*, n.º 18, 10 de marzo de 1902.

La influencia de Kautsky y de la corriente marxista que éste representa es fácil de advertir en las diversas tendencias que dividen al socialismo del sudeste europeo. La significación de esta influencia, el contenido mismo del kautskismo están aún por debatir. Sin embargo, un punto me parece indiscutible. Kautsky no es la causa de esta dependencia ideológica, ni su instrumento; su influencia es más bien el resultado de aquélla. En realidad, es Kautsky quien alienta a los socialdemócratas europeos para que actúen independientemente, para que no se conformen con las enseñanzas de las experiencias extranjeras, sino que aborden los problemas teóricos inéditos y elaboren su estrategia en función de las condiciones específicas de su país.³¹³

«Aprender no es simplemente copiar. No se puede aprender del extranjero con provecho si no se tienen en cuenta las particularidades, las respectivas situaciones»³¹⁴.

En 1906, respondiendo a la petición de la redacción de la revista *Szocializmus*, Kautsky escribe para el primer número un artículo introductorio en el que destaca la importancia crucial que reviste el campesinado como elemento revolucionario y, en consecuencia, la actualidad teórica de la cuestión agraria:

«Veo en ello la importancia prodigiosamente creciente que tiene para la socialdemocracia húngara; y el examen de ese fenómeno [agrario] es en mi opinión la tarea esencial de la nueva revista científica, si no quiere quedar reducida a un simple órgano de difusión de un saber ya adquirido y si quiere convertirse en instrumento para resolver nuevos problemas»³¹⁵.

³¹³ Como afirma el dirigente socialdemócrata rumano Jakob Pistiner: «El maestro y guía de estos ortodoxos era Karl Kautsky, no sólo porque en la *Neue Zeit*, de la que era redactor, brindó una amplia acogida a los teóricos del sudeste europeo y él mismo se ocupó activamente de los problemas de esos Estados, sino también porque su libro sobre la cuestión agraria y luego su toma de posición respecto de la constitución de los Estados nacionales hicieron de él —más allá de su importancia como intérprete y continuador de la teoría marxista— un maestro para esos Estados. Sin duda, de ningún país recibí tantas cartas y consultas personales como de los Estados del sudeste, cartas a las que por lo demás siempre respondía. Además, fue en esa zona donde su teoría y el problema agrario alcanzaron mayor desarrollo» («Der Sozialismus in Südosteuropa und Karl Kautsky», *Die Gesellschaft*, número especial, 1930, pp. 107-108).

³¹⁴ Citado en T. Süle, ob. cit., p. 149.

³¹⁵ *Ibid.*, pp. 148-149.

Pero el debate que se desarrolla en el interior de la socialdemocracia húngara en torno al programa agrario muestra las poderosas reticencias frente a este espinoso asunto, las dificultades que hay para alejarse de los caminos trillados. Este mismo estado de ánimo domina en todos los Balcanes donde los marxistas –tributarios de los dogmas de los socialistas occidentales– consideran al campesinado como una fuerza reaccionaria. La resistencia hacia quienes reclaman una política agraria socialdemócrata activa sigue siendo fuerte, incluso cuando la revolución rusa y luego la rebelión campesina de 1907 en Rumania prueban la actualidad y la gravedad del problema. La *Neue Zeit* abre sus páginas a un debate sobre el problema agrario en la Europa central y en los Balcanes. Erwin Szabo y Cristian Rakovski intervienen alternativamente. Sus perspectivas siguen siendo las tradicionales y permanecen impermeables a las recomendaciones de Kautsky. Tan sólo Dobrogeanu-Gherea aborda de una manera inédita el análisis del problema agrario en Rumania en su obra fundamental *Neoiobàgia (Neoservidumbre)*, que constituye una importante contribución marxista a la sociología agraria³¹⁶. Quince años más tarde, su teoría será condenada como desviacionista por la Komintern: el enfoque original de Dobrogeanu-Gherea perturba los esquemas preestablecidos.

También en la cuestión nacional el impulso teórico corresponde a Kautsky. En 1907, a petición de los «estrechos», escribe a modo de prefacio a la traducción búlgara de su libro sobre la República francesa un célebre estudio cuyo título es todo un programa: «Las tareas nacionales de los socialistas entre los eslavos de los Balcanes»³¹⁷. En esos Balcanes desgarrados, codiciados por las grandes potencias, convertidos en una de las regiones más explosivas de Europa, la propuesta de Kautsky tiene una gran repercusión. Su estudio puede ser considerado como el punto de partida de una reflexión marxista sobre el problema nacional en los Balcanes y el esbozo de una solución

³¹⁶ C. Dobrogeanu-Gherea, *Neoiobàgia, Studiu economico-sociological problemei noaestre agrare*, Bucarest, 1910. Los lectores occidentales pudieron familiarizarse con esta obra gracias a dos artículos de C. Rakorski, «Die Agrarfrage in Rumanien», *Die Neue Zeit*, XXIX, vol. 1, 1910-1911, n.º 25, páginas 867-874, y «Le Parti socialiste roumain et la question agraire en Roumanie», *Le Mouvement Socialiste*, n.º 236, diciembre de 1911, pp. 325-335.

³¹⁷ El original de este artículo fue publicado con el título «Die nationalen Aufgaben der Sozialisten unter den Balkanslawen», en *Der Kampf*, 1909, pp. 105-110.

socialista. Kautsky remueve los prejuicios, revisa las posiciones superadas de Marx y alienta a los marxistas balcánicos para que abran el paréntesis en el que ha sido encerrado este problema crucial, para que precisen sus posiciones, para que elaboren una estrategia común. Además, liquida una pesada hipoteca en el momento en que la crisis de la anexión de Bosnia-Herzegovina enfrenta a los socialdemócratas del sudeste europeo con el problema nacional. Estos últimos hacen suyas tanto las premisas anunciadas por Kautsky— el derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos, la legitimidad de las aspiraciones a la independencia nacional sin la cual no puede desarrollarse con plenitud la lucha de clases— como la solución que sugiere: crear una federación de repúblicas democráticas balcánicas que englobe al conjunto de las nacionalidades que viven en el sudeste europeo.

En este momento en que se elabora un programa común de la socialdemocracia del sudeste europeo, es cuando se manifiesta espectacularmente la hostilidad de los socialistas balcánicos hacia el austro-marxismo. La división resultante es fundamental. De orden político e ideológico a la vez, se traduce en la confrontación de dos programas: de un lado, la consigna de la federación de las repúblicas democráticas balcánicas, apoyada en el principio del derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos y a formar Estados nacionales; del otro, la concepción yugoslava que, partiendo de las teorías de Renner y Bauer, plantea el problema nacional en términos culturales, considerando las nacionalidades eslavas como formaciones inacabadas, como elementos de una nación yugoslava en vías de constitución, y propone como objetivo la autonomía cultural en el seno de una Austria-Hungría renovada³¹⁸.

³¹⁸ Los contradictorios debates entre estas dos orientaciones, así como las divergencias entre los socialistas balcánicos acerca del concepto de la federación de repúblicas democráticas balcánicas, ocuparán muchas páginas en los periódicos socialistas alemanes, austriacos e incluso franceses. Cf. por ejemplo L. Trotsky, «In den Balkanländer», *Der Kampf*, IV, 1 de noviembre de 1910, n.º 2, pp. 68-74; J. Sakazov, «Neoslawismus, Balkanföderalismus un Sozialdemokratie», *Der Kampf*, IV, 1 de febrero de 1911, número 5, pp. 209-14; Christo Habaktschieff, «Fürstenbund oder Balkanrepublik?», *Die Neue Zeit*, XXXI, 1, 1912-1913, n.º 9, pp. 311-20. Sobre el yugoslavismo, véanse los artículos de Juraj Demetrovic en *Der Kampf*, «Dualismus oder Trialismus?», II, 1 de febrero de 1909, n.º 5, pp. 203-206; «Die Entrwicklung der südslawischen Frage», v, 1 de septiembre de 1912, número 12, pp. 544-550; «Die Südslawen und die Weltpolitik», VI, 1 de marzo de 1913, n.º 6, pp. 271-279.

Es cierto que el portavoz del yugoslavismo, Juraj Deme-trovic, intenta minimizar el abismo que separa a las dos tendencias, sosteniendo que se trata de dos vías paralelas: son las condiciones específicas las que les obligan «a marchar separadamente durante cierto tiempo»³¹⁹. Pero los socialistas balcánicos se muestran resueltamente hostiles a la solución yugoslava y, en especial, a la teoría que la respalda. Sospechan que la teoría y el programa nacional de austromarxismo no son más que una hoja de parra ideológica destinada a disimular las ambiciones nacionalistas. Fustigando ante la Internacional la posición del partido socialdemócrata austríaco en el asunto de la anexión de Bosnia-Herzegovina, acusándolo de dedicarse a justificar la política de expansión y de opresión de una gran potencia mediante argumentos socialistas, Tucovic explica irónicamente a Kautsky su desconfianza respecto de las posiciones teóricas de los austromarxistas: «Los escritos de los camaradas Renner y Bauer me han familiarizado con la idea de hacer felices a los pueblos balcánicos en Austria-Hungría»³²⁰.

Desde entonces, los marxistas de los Balcanes tratan de resolver de común acuerdo las dificultades teóricas, y políticas suscitadas por la cuestión balcánica y la socialdemocracia. Este tema figura en el orden del día de la primera conferencia de los socialdemócratas de los Balcanes, convocada en Belgrado a principios de enero de 1910³²¹. En vísperas de la conferencia, Tucovic escribe a Kautsky:

³¹⁹ Cf. Vlado Strugar, *Socijalna demokratija a nacionalnom pitanju jugoslovenskij naroda*, Belgrado, 1956.

³²⁰ Carta citada a Kautsky del 2 de febrero de 1909. La hostilidad hacia la solución, yugoslava se mantendrá; sólo cambiará la actitud hacia Bauer después de la publicación en 1912 de su libro *La política de Alemania en los Balcanes*, que encontrará una favorable acogida sobre todo entre los socialistas serbios.

³²¹ Cf. «La première conférence social-démocratique des Balkans», *Bulletin Periodique du BSI*, I, n.º 2, pp. 64-65; A. Lambreff, «La conférence socialiste des Balkans», *Le Socialisme*, IV, n.º 110, 8 de enero de 1910, p. 6; A. Lambreff, «La première conférence socialiste des Balkans» *Le Socialisme*, TV, 116, 26 de febrero de 1910, pp. 5-6; D. Tutzowitsch, «Die erste sozialdemokratische Balkankonferenz», *Die Neue Zeit*, XXVIII, 1, 1909- 1910, n.º 24, pp. 845-850.

«Somos conscientes de que esta cuestión es muy difícil y espinosa. Pero la situación y los acontecimientos no permiten diferirla o eludirla; estamos obligados a profundizar en común nuestras opiniones, a definir el punto de vista socialista y a elaborarlo. Para nosotros es una necesidad que nos esforzaremos en hacer coincidir *únicamente* con los intereses y los principios del socialismo internacional que debe liberar al mundo»³²².

Cambia la óptica, se despierta la sensibilidad hacia el problema nacional, sin que por ello los socialistas balcánicos acepten transigir con el marxismo ortodoxo, con los principios del internacionalismo.

³²² Carta de D. Tucovic a K. Kautsky del 28 de diciembre de 1909, en *Karl Kautsky et les socialistes des Balkans. Correspondance* (original Am HSG, Fondos Kautsky).

IV

Hablar de la irradiación de un partido supone conocer, por un lado, a aquellos que reciben esa irradiación y la manera como la reciben y, por otro lado, la fuente que irradia. La historia del SPD es una historia supuestamente bien conocida. Pero no es éste el caso tratándose del problema que nos ocupa.

¿Por qué le interesa al SPD ese papel dirigente en el plano internacional? ¿Cómo lo concibe? ¿Cómo lo desempeña? Constatemos, ante todo, que ni por un momento piensa en renunciar o abandonar ese papel, al mismo tiempo deseado, discutido, amenazado. El SPD considera que la hegemonía que ha adquirido le corresponde por derecho propio. Para Bebel, así como para Adler, es natural que en el BSI «el papel dirigente incumba a los alemanes». Pueden invocar a Engels, quien en 1893, informando a Sorge de las pretensiones de esos «señores franceses» que «querrían ponerse de nuevo a la cabeza del movimiento», aprueba totalmente la resistencia del SPD a tales ambiciones: «Cuando se ha conquistado una posición fuerte después de veinticinco años de rudo combate y se está respaldado por dos millones de electores, se tiene derecho a examinar de cerca el *scratch lot (sic)* [la hez] que de pronto quiere hacerse con el mando»³²³.

Cuando Auer duda de la utilidad de «jugar a la Internacional» y cuestiona la necesidad misma de su existencia, está expresando una opinión que no está aislada, ni siquiera en la dirección del SPD. ¿Por qué el SPD atribuye tanta importancia a su irradiación internacional? El hecho de que su dirección —preocupada por preservar su reputación— no pueda sustraerse a sus deberes de solidaridad internacional, aun sopesando las consecuencias de sus compromisos, sólo proporciona una explicación parcial.

Es cierto que su posición de «gran potencia» le permite controlar o neutralizar en la Internacional las decisiones, las resoluciones que juzga inoportunas o peligrosas para su posición nacional. En el curso de una primera fase, al crearse la II Internacional, el SPD muestra una

³²³ Carta de Engels a Sorge del 30 de diciembre de 1893, en *Marx-Engels Werke*, tomo 39.

indudable benevolencia hacia los pequeños partidos y se siente preocupado por la extensión geográfica del socialismo, hasta el punto de ser acusado por los anarquistas, en el Congreso de Londres de 1896, de haber inventado una «geografía marxista» al apoyar la admisión en la Internacional de partidos socialdemócratas de «naciones inexistentes», como por ejemplo las del sudeste europeo, con objeto de obtener así una holgada mayoría³²⁴. De hecho, el SPD sólo concede un valor propagandístico a la aparición de movimientos socialistas en estas regiones subdesarrolladas.

Al igual que respecto del sudeste europeo, se pueden advertir ciertos cambios en las actitudes del SPD hacia sus homólogos. A finales de siglo, el SPD aparece como un partido-guía, instalado en un benévolo paternalismo, imbuido de su prestigio, seguro de su poder, distanciado, lejano, porque en realidad está replegado sobre sí mismo; un partido que se preocupa poco de sus aliados, de sus necesidades y de sus aspiraciones. Cuando se lo piden, distribuyen subvenciones con cuentagotas y facilita las gestiones en el extranjero. Concede esta ayuda en la medida en que ello no entorpezca ni perjudique sus intereses. Hay un episodio significativo a este respecto. En 1906, el SPD abre una escuela del partido. Los militantes balcánicos conocidos que por entonces viven en Berlín se apresuran a inscribirse. Infructuosa tentativa. Rosa Luxemburgo explica la razón de este hecho a Georgi Bakalov en noviembre de 1906:

«Los “viejos”, teniendo en cuenta la cantidad de solicitudes provenientes de los rusos, han decidido rechazar a todos los extranjeros. Del mismo modo, se ha negado la asistencia de *oyentes libres*»³²⁵.

La posición de gran potencia del SPD le obliga a pronunciarse en los contenciosos sometidos a su consideración por sus homólogos balcánicos, a manifestar su solidaridad en momentos difíciles sin por ello comprometerse u obligarse a dar pruebas de una mayor comprensión hacia los minúsculos partidos hermanos. El paternalismo del SPD con

³²⁴ Cf. A. Hemon, *Le socialisme et le Congrès de Londres: étude historique*, París, Stock, 1897.

³²⁵ Rosa Luxemburgo, *Vive la lutte! Corespondance 1891-1914*, París, Maspero, 1976, pp. 280-82.

frecuencia no es más que una manera de ignorar los problemas de los pueblos oprimidos. Los dirigentes o los militantes socialdemócratas alemanes que muestran interés por los jóvenes movimientos socialistas de los Balcanes, que los apoyan y se comprometen con su causa, son pocos. Se podría nombrar a Eduard Bernstein, a Hermann Wendel y, sobre todo, a Karl Kautsky. Durante la fase inicial del movimiento socialista en el sudeste europeo, Kautsky no oculta su escepticismo ante las posibilidades de fundar en un país agrario, en «un país sin proletariado, un partido socialista que tenga como única base al campesinado. Sólo hombres aguerridos, capaces de renunciar al éxito inmediato y de contentarse con preparar el futuro conseguirían perseverar en tal situación».³²⁶ Kautsky matizará más adelante su actitud. El escepticismo deja lugar en él a un interés real cuando la perseverancia se hace evidente. Descubre, en especial, la complejidad de las tareas de los socialistas en los países económicamente atrasados, los problemas nuevos a los que se enfrentan, y también percibe los peligros que los acechan: sucumbir ante el fraccionamiento y agotarse «en destructivas luchas fratricidas»³²⁷. Sus escritos dedicados a los problemas del sudeste europeo se multiplican. Son un testimonio de la voluntad de Kautsky de hacer una contribución teórica.

Habrá que esperar el estallido de la guerra para que el SPD descubra súbitamente a sus aliados de ayer y comience a interesarse por ellos. El ala derecha, sobre todo, despliega una intensa actividad internacional para predisponer a favor de Alemania a los partidos socialistas de los países neutrales. Los «ultras» darán pruebas de una desacostumbrada solicitud hacia los balcánicos. Estas actividades, como la misión emprendida por Südekum en octubre de 1914 en Rumania y luego la de Parvus en Sofía y Bucarest³²⁸, abren una nueva

³²⁶ Carta de K. Kautsky a C. Rakovski del 15 de noviembre de 1907, fotocopia Am IISG.

³²⁷ Karl Kautsky, «Socialistate iekonomicheski izostanalite nazad strani», en Janko Sakazov, *Jubileen Sbornik*, ob. cit., pp. 17-19.

³²⁸ Ni la misión de Südekum ni la de Parvus han sido estudiadas todavía a fondo. Para más datos, cf. W. Scharlau y Z. Zeman, *Freibeuter der Revolution. Parvus-Helphand. Eine politische Biographie*, Colonia, Verlag für Wissenschaft und Politik, 1964. Tocamos aquí una problemática que supera ampliamente el tema tratado. Durante la guerra, algunos dirigentes de primer plano, como Cristian Rakovski, fueron acusados de ser agentes alemanes. Los historiadores que recogen

problemática más emparentada con la que se desarrollaba entre bastidores en la primera guerra mundial que con la de las relaciones entre partidos socialistas.

Entonces, los socialistas balcánicos toman conciencia del hecho de que «por su situación geográfica y por su importancia estratégica para los beligerantes, nuestro país se ha convertido en la arena donde agentes y emisarios de la Entente y de la Alianza despliegan la mayor actividad con el propósito de arrastrar también a nuestro país a ese incendio general». En consecuencia, se imponen la tarea de «desenmascarar las aspiraciones a la conquista de la política rusa y austroalemana [...], propagada en los Balcanes por todos los partidos bajo la etiqueta de rusofilia y austrofilia»³²⁹. Los partidos socialdemócratas de los Balcanes persisten en su posición de neutralidad y en su negativa a escuchar los argumentos de los emisarios del SPD o los consejos prodigados por Plejánov. En su rechazo incluyen tanto las tesis alemanas como la de los socialistas de la Entente. Se dan cuenta de que «la actitud de [sus] camaradas en Occidente, sobre todo en Francia y en Alemania», es un obstáculo para su acción, encaminada a «impedir la expansión de la guerra en los Balcanes» y a mantenerlos en «la más estricta neutralidad en esta guerra».

«Jamás los partidos socialistas en los países beligerantes han proporcionado tantas armas a los enemigos del socialismo contra la socialdemocracia internacional. A pesar de todo, nos mantenemos firmes. Nunca hemos considerado las resoluciones de los congresos internacionales como adoptadas para asustar a la burguesía. Siempre las hemos estimado como expresión de la larga experiencia del proletariado, sacada de sus luchas de clase e iluminada por el método del socialismo científico»³³⁰.

esta tesis citan documentos procedentes del ministro alemán de Asuntos Exteriores, sin poder por ello fundamentar esta acusación y explicarla. Sobre este asunto, cf. Francis Conté, *Christian Rakovsky (1873-1941): essai de biographie politique*, tesis doctoral, Lille, 1975, p. II.

³²⁹ Carta de G. Kyrkov a C. Huysmans del 18-31 de marzo de 1915, publicado en H. Lademacher, *Die Zimmerwalder Bewegung*, La Haya, Mouton, 1966, vol. II, pp. 24-28.

³³⁰ *Ibid.*

La conferencia de los partidos socialistas de los países balcánicos, reunida en julio de 1915 en Bucarest, reafirma la adhesión a las resoluciones de la Internacional anterior a 1914 y la fidelidad a los principios internacionalistas. Condena con la misma fuerza a todos los partidos socialistas comprometidos en la guerra y sobre todo a las grandes potencias de la Internacional, y en primer término al SPD³³¹. Los «estrechos» dan el tono al expresar sin ambages:

«Para vergüenza de la Internacional, sus secciones más avanzadas y más firmes, con un entusiasmo que sólo es propio de la socialdemocracia y con una energía digna de mejor causa, participan hoy en la obra sangrienta de la burguesía cuyas víctimas son millones de proletarios»³³².

A medida que conoce la toma de posición de los internacionalistas —como la declaración enviada a los periódicos socialistas de los países neutrales, aparecida a fines de octubre de 1914, o la actitud de Liebknecht negándose a votar los créditos de guerra el 2 de diciembre de 1914—, la socialdemocracia del sudeste europeo comienza a medir la distancia que separa a la izquierda internacionalista de los socialpatriotas mayoritarios. La lectura de la prensa socialdemócrata alemana le permite descubrir a fines de 1914, la existencia de una escisión *de facto* en ciertas organizaciones y en ciertas ciudades «entre los oportunistas y los internacionalistas» en el seno de la socialdemocracia alemana. Su opción la llevará, por consiguiente, hacia el movimiento de Zimmerwald, en el que los representantes de los «estrechos» búlgaros y del Partido Socialdemócrata de Rumania participan desde la primera conferencia.

³³¹ Durante el debate sobre el segundo punto del orden del día de la Conferencia (los partidos socialistas en los Balcanes y la Internacional socialista), el delegado rumano D. Marinescu declara: «En la crisis que atraviesa el socialismo internacional, una parte de las responsabilidades incumbe a las circunstancias, pero no debemos olvidar tampoco la parte de responsabilidad de ciertos partidos socialistas. Por su actitud, el partido socialista alemán, al votar los créditos ha contribuido en mucho a la disolución de la Internacional. En la moción que vamos a votar es necesario condenar a todos los partidos socialistas que se han desviado de los principios de la lucha de clases». La resolución adoptada se yergue con energía «contra la paz civil (*Burgfriede*), la *unión sagrada* y las otras formas de colaboración de clases aceptadas por una parte de los socialistas de los países beligerantes» y vota una moción de simpatía y de «profunda admiración por K. Liebknecht, Rosa Luxemburgo y todos los socialistas de los países beligerantes que se han mantenido fieles a la Internacional». Cf. *Boletín de la Federación Obrera Socialdemócrata de los Balcanes*, I, 1915, n.º 1, pp. 15 y 23-24.

³³² Carta citada de G. Kyrkov a C. Huysmans del 18-31 de marzo de 1915.

El proceso de desencanto ha sido lento. En efecto, la confianza literalmente acumulada durante medio siglo, la autoridad adquirida por el SPD y las admiraciones suscitadas no se desvanecen de un día para otro, ni siquiera después del trauma provocado por la votación de los créditos de guerra el 4 de agosto de 1914. Sin embargo, cualquiera que sean los resultados, gestiones como las de Südekum o Parvus merman considerablemente el capital de confianza del cual disponía el SPD. No obstante, en un principio los socialdemócratas del sudeste europeo conservan la ilusión de que la actitud del SPD al iniciarse las hostilidades no es más que una aberración pasajera o, a lo más, cosa de una minoría.³³³ Para ellos, el problema no es saber quién es el agresor y quién el agredido:

«Así llegaríamos, de nuevo, a donde han llegado todos los partidos hermanos que, en la indignación del primer momento, fueron arrastrados a sostener o a condenar a uno u otro de los partidos beligerantes»³³⁴.

Incluso cuando comprendan las mutaciones que han tenido lugar mantendrán su confianza en el proletariado occidental:

«Estamos firmemente convencidos de que el despertar de las masas obreras no tardará —existen indicios de que ya ha comenzado—, y de que entonces los proletarios, sobre todo en Francia y Alemania —que hoy se matan entre sí por los objetivos de sus opresores y explotadores —volverán la punta del arma terrible que les ha sido fatalmente confiada contra el Estado burgués comprometido, desorganizado y agotado»³³⁵.

³³³ Así Blagoev escribe en febrero de 1915: «No cabe duda de que el daño causado a la Internacional por el grupo parlamentario alemán no fue obra del partido alemán ni de todo el grupo parlamentario, sino sólo de su mayoría, de aquellos a los que en su seno llamaban “oportunistas”. Ahora es universalmente sabido que la minoría del grupo parlamentario social-demócrata estaba en contra de la votación de los créditos de guerra. En la actualidad se sabe también que gran parte del partido, a excepción de aquellos que sufrían la influencia del oportunismo, se indignaron contra la mayoría del grupo parlamentario» (*Sochinenie*, vol. 17, p. 18).

³³⁴ Carta de G. Kyrkov a K. Kautsky del 17 de octubre de 1914, en *Karl Kautsky et les socialistes des Balkans. Correspondance* (original AM IISG, Fondos Kautsky).

³³⁵ Carta citada de G. Kyrkov a C. Huysmans, del 18-31 de marzo de 1915.

Desde entonces la condena de los socialpatriotas de todo pelaje es categórica:

«La triste experiencia actual ha demostrado que el oportunismo en la socialdemocracia internacional bajo sus diversas formas, ha inculcado en las clases dominantes la convicción de que la socialdemocracia, pese a las resoluciones revolucionarias de la Internacional, encontrará el medio y los argumentos no sólo para resignarse a la guerra sino también para prestar su poderoso apoyo a la conducción del conflicto».

Siguen esperando que Kautsky muestre el camino a seguir. Pero el tono cambia: ya no es el respeto incondicional, sino casi un emplazamiento:

«Acepte usted, querido maestro y camarada [...], nuestro profundo deseo de que, enriquecido por la experiencia de lo que el destino nos obliga a soportar, lleve la antorcha de] socialismo científico con inquebrantable y creciente energía»³³⁶.

La imagen de la gran potencia respetada y escuchada se deteriora, por tanto, pues la adhesión ya no es sin contrapartida. Sobre todo ideológica, obedeciendo a las reglas de la solidaridad y el internacionalismo. Al conocer la noticia de la revolución rusa, Kyrkov, en una carta a Kautsky de marzo de 1917, describe del siguiente modo el camino que lleva de la decepción a la ruptura:

«¿Es necesario decirle con qué tristeza seguimos desde hace dos años y medio el deprimente espectáculo de lo que ocurre en las filas de la socialdemocracia alemana? El espléndido edificio que los obreros alemanes construyeron en cincuenta años de encarnizado combate, a costa de innumerables sacrificios, se ha resquebrajado por su base y amenaza con sepultar bajo sus ruinas todas las conquistas y los frutos de tan valiosos esfuerzos: toda la Internacional presenta la misma triste imagen»³³⁷.

³³⁶ Carta citada de G. Kyrkov a K. Kautsky del 17 de octubre de 1917.

³³⁷ Carta de G. Kyrkov a K. Kautsky del 6 de marzo de 1917, en *Karl Kautsky et les socialistes des Balkans. Correspondance* (original Am IISG, Fondos Kautsky).

Si el estallido de la primera guerra mundial no hace más que quebrantar la autoridad del SPD y mermar la de Kautsky³³⁸, la revolución rusa les asesta un golpe decisivo. A partir de entonces, los cambios son rápidos. En 1917-1918, la escisión en el plano internacional repercute profundamente en el sudeste europeo, arrastrado por el torbellino de la guerra y de la revolución. En el sector que se orienta hacia la III Internacional, la admiración se desplaza por completo hacia el proletariado ruso, hacia Lenin, hacia la aceptación del partido bolchevique como partido-guía. El otro sector, que se mantiene fiel a la socialdemocracia, se vuelve entonces –al menos en el plano ideológico– hacia el austromarxismo cuya irradiación, paradójicamente, se producirá después del desmembramiento del Imperio austro-húngaro.

³³⁸ A petición de los «estrechos» búlgaros, Kautsky envía a los socialistas búlgaros una réplica a la citada carta de Plejánov, reflexiones críticas que provocan la siguiente observación de D. Blagoev en julio de 1915: «Kautsky, el teórico más eminente de la II Internacional, no se ha pronunciado hasta ahora sobre el carácter histórico especial de la época anterior, sobre la especificidad de su inmovilismo político, las limitaciones nacionales, el posibilismo orgánico, el legalismo universal, el mantenimiento del *statu quo* interior y exterior, en una palabra, sobre las condiciones histórico-políticas en las que se ha desarrollado y ha crecido la II Internacional. Kautsky cierra los ojos obstinadamente ante el hecho de que no es la guerra la que ha creado las condiciones para el hundimiento de la II Internacional y la parálisis del partido nacional –“La guerra es la continuación de la política por otros medios”– y esto es justamente lo que revela los límites históricos y la indigencia política completa de los métodos de la II Internacional en un momento de caos interno y externo. Kautsky cierra los ojos obstinadamente ante el hecho de que la actitud actual de la socialdemocracia alemana y francesa no hace más que reflejar el pánico o el instinto rudimentario de autoconservación que se ha apoderado de las masas» (*Săcinenie*, vol. XVII, pp. 103-104).

5. ¿GUERRA O REVOLUCIÓN? LA INTERNACIONAL Y LA «UNIÓN SAGRADA» EN AGOSTO DE 1914³³⁹

«La involución en agosto de 1914 de la política obrera [...] suscita problemas considerables. Por ello es objeto de una polémica ideológica que, después de más de cuarenta años, apenas ha perdido virulencia. Si el primer deber es [...] el de determinar escrupulosamente cómo y cuándo han ocurrido las cosas, no se podría escapar, sin embargo, a la necesidad de pronunciarse inmediatamente sobre el “quién” y el “porqué”». ³⁴⁰

La observación es pertinente pero se olvida de subrayar las paradojas. La mayoría de los historiadores interesados en el asunto han relegado a un segundo plano la exigencia del «cuándo y del «cómo». La Internacional y la guerra han sido el terreno preferido para generalizaciones apresuradas o explicaciones con frecuencia brillantes, que de hecho han sistematizado un problema complejo y han perpetuado los mitos partidistas.

Intentar conocer el mecanismo de la derrota –el «cómo»– obliga a acotar el «porqué» no sólo en el campo de la ideología sino también en el de la historia. Desde esta perspectiva, es importante dividir el tiempo y delimitar las etapas. Servirse del 4 de agosto –fecha en que la fracción parlamentaria del SPD votó los créditos de guerra y día del consentimiento a la «Unión sagrada»– como punto de referencia equivale a confundir dos momentos y dos problemas diferentes: el del hundimiento de la Internacional, es decir, su impotencia para impedir la guerra entre los pueblos, y el del hundimiento del internacionalismo, es decir la aceptación de la guerra y el apoyo positivo que le prestó la gran mayoría de los socialistas.

En el proceso de conjunto, el 4 de agosto –momento importante, sin duda– no fue punto de llegada ni de partida. La «Unión sagrada» no fue más un simple viraje que una súbita conversión o que una opción

³³⁹ Publicado en *Les Temps Modernes*, 1969.

³⁴⁰ A. Kriegel, *Aux origines du communisme français, 1914-1920*, Paris-La Haya, Mouton, 1964, vol. I, pp. 61-62.

definitiva. Las tres jornadas capitales que siguieron al hundimiento de la Internacional desempeñaron el papel de un catalizador en el largo proceso que había de desembocar en su final lógico.

Al celebrarse la reunión del BSI del 29 y 30 de julio, la Internacional, de hecho, ya había dejado de existir. Apenas habían regresado los delegados, se precipitaron los acontecimientos desmintiendo sus pronósticos. Después del asesinato de Jaurès y en especial al día siguiente, la mañana del 1 de agosto, cuando se decretó la movilización general en Alemania y en Francia, se hizo evidente que la Internacional no podía actuar más como institución ni como fuerza colectiva. El mismo día, antes de partir hacia París acompañado por H. Müller, representante del SPD, Camille Huysmans, secretario del BSI, envió una breve circular –la última– a los partidos afiliados: «A consecuencia de los últimos acontecimientos, el Congreso de París ha sido aplazado para una fecha indeterminada»³⁴¹.

Era la confesión misma de la impotencia de la Internacional para influir en los acontecimientos. A partir del 1 de agosto, las secciones nacionales, sin directrices, sin una táctica común y concertada, debieron actuar solas conforme a los deseos y a las opiniones de sus dirigentes³⁴².

La resignación fatalista ante la guerra, que a partir de entonces se consideró como un hecho consumado, halló su expresión en el manifiesto que el 1 de agosto hizo público la dirección del SPD. Südekum lo había redactado en la tarde del 31 de julio³⁴³ como respuesta a la prohibición de toda manifestación que acababa de

³⁴¹ Archivos del BSI.

³⁴² El objetivo de la misión de Hermann Müller, secretario del SPD, el 31 de julio en Bruselas y el 1 de agosto de 1914 en París, es todavía un punto bastante oscuro. De hecho, se trata de un episodio llevado a primer plano durante la guerra para desviar la atención del frío análisis de la realidad y liberarse de cualquier responsabilidad. Los historiadores sólo disponen de testimonios muy contradictorios y tendenciosos, como el del mismo Müller, los de Ledebour y Südekum del lado alemán; los de Renaudel y Zévaès del lado francés, así como los de Camille Huysmans y De Man. Una buena exposición sobre el tema es la de Merle Fainsod, *International socialism and the World War*, Cambridge, Harvard University Press, 1935, pp. 25 *passim*. Véase también A. Rosmer, *ob. cit.*, pp. 312 ss. y J. Joll, *The Second International*, pp. 171 ss.

³⁴³ *Das Kriegstagebuch des Reichstagsabgeordneten Eduar David, 1914-1918*, presentado por Suzanne Miller, Dusseldorf, Droste Verlag, 1966, p. 4.

promulgar el gobierno. No había ni la más mínima protesta en ese texto desmovilizador, que aceptaba la derrota y la imposibilidad de actuar. El SPD otorgaba a la Internacional y a él mismo un certificado de buena conducta: el proletariado había cumplido con su deber hasta el fin, pero la presión de los acontecimientos había sido más fuerte que la voluntad pacifista de las fuerzas obreras.

Así pues, el 1 de agosto marcó una nueva fase, la segunda parte del tríptico la Internacional y la guerra. El conjunto del movimiento obrero sintió ese hecho como una gran derrota, mientras que sólo una minoría vivió como una traición la votación de los créditos de guerra por parte de la socialdemocracia alemana y la «Unión sagrada» sellada en los países beligerantes.

El 1 de agosto era difícil discernir las líneas divisorias que iban a establecerse tres días después. Es significativo que, pese a las distintas concepciones del imperialismo de mayoritarios y minoritarios revolucionarios a fines de julio y comienzos de agosto de 1914, unos y otros hacían los mismos pronósticos sobre la evolución de la tensión internacional, las mismas afirmaciones, tanto sobre la gravedad de la situación como sobre la posibilidad de una salida pacífica. Por tanto, el efecto de sorpresa que produjo la guerra fue general. Pero las coincidencias terminaban ahí. Las motivaciones de lo que podía y debía ser la actividad socialista, una vez estallada la guerra, divergían fundamentalmente.

Después del 1 de agosto, mientras la mayoría se resignaba, la minoría, también desorientada, de inmediato tuvo conciencia de la necesidad de reaccionar, sin saber todavía qué hacer ni cómo lograrlo.

No se puede dejar de suscribir la siguiente advertencia de Annie Kriegel: «Hay que evitar la conclusión de que las observaciones hechas en un balance sincrónico pueden ser traspuestas tal como están a una perspectiva diacrónica»³⁴⁴. A condición –agregaría yo– de situarse en el terreno de la historia y de no perpetuar mitos. Pero después de

³⁴⁴ Annie Kriegel, «Août 1914. Nationalisme et internationalisme ouvriers», *Preuves*, n.º 193, marzo de 1967, p. 28.

cincuenta años la historiografía tradicional oscila entre dos tipos de explicaciones, relanzadas sin cesar bajo nuevos aspectos, en las que se introducen matices parciales. La primera consiste en la traición de los dirigentes, corroídos por el carcoma del oportunismo, que renegaron de los juramentos prestados en los grandes comicios de la Internacional³⁴⁵. La misma palabra «traición», de origen polémico y de orden ético, no es un concepto histórico. No se trata, pues, de una explicación sino de un juicio de valor que racionaliza los verdaderos sentimientos experimentados cuatro años más tarde por la generación del 4 de agosto. Esa explicación es inoperante frente a contradicciones visibles: ¿por qué esos mismos dirigentes, traidores en agosto de 1914, pudieron asumir sus compromisos, en las circunstancias, por lo menos igualmente dramáticas, de noviembre de 1912? ¿Fue bajo la presión de las manifestaciones de masas obreras que ellos mismos habían movilizado? Entonces, ¿por qué no se produjo esa movilización en julio de 1914? ¿Por qué esas mismas masas sucumbieron a la psicosis de guerra y se convirtieron a la ola de patriotismo?

La debilidad, las contradicciones de esta argumentación, alimentan el segundo tipo de explicación, también polémica e ideológica. La misma postula que a fines de julio de 1914, el dilema de los jefes de la Internacional era defender a la patria renunciando a la revolución o salvar al partido abandonando su razón de ser internacionalista. Brutalmente enfrentados a un acontecimiento que no dejaba ningún lugar a la ambigüedad, se vieron obligados a optar entre el internacionalismo y su fidelidad patriótica³⁴⁶. Los sostenedores de esta tesis, partiendo de premisas reales, derivaron hacia problemas imaginarios.

El socialismo internacional, en efecto, estaba sometido a pulsiones contradictorias; su política internacional estaba viciada por ambigüedades que los contemporáneos prefirieron eludir. Se refugiaron en el corto plazo, en los compromisos, para evitar situaciones que los

³⁴⁵ Este tipo de explicación domina en los trabajos de la historiografía soviética, tales como la importante y reciente historia colectiva de la II Internacional, elaborada bajo la dirección del profesor Zubok, *Istoria voprogo Internacionála*, Moscú, Nauka, 1965-1968, 2 vols.

³⁴⁶ La más brillante defensora de esta tesis es, sin duda, Annie Kriegel. En sucesivos estudios aporta reflexiones y nuevos documentos, recoge y profundiza esta idea, pero también, acumula contradicciones en su argumentación.

habrían obligado a hacer elecciones tajantes. La «incapacidad total de la Internacional para hacer frente a la guerra»³⁴⁷ provenía de todas sus contradicciones, de los fundamentos y las debilidades teóricas de una estrategia preventiva que determinaba las modalidades concretas de la actitud y la política socialistas. Basada en la concepción del imperialismo propia de los mayoritarios, una interpretación a contramano de la realidad, la estrategia pacifista de la Internacional se caracterizó por profundas contradicciones: conciencia de nuevas etapas en la evolución del capitalismo, lucidez ante la inminencia del peligro y optimismo fundamental respecto de una salida que excluía la posibilidad de una conflagración mundial³⁴⁸. Los compromisos eran, pues, circunstanciales, dictados por la gravedad de la crisis. Ni la ecuación guerra-revolución ni la alternativa guerra o revolución existían para los dirigentes de la Internacional.

En julio de 1914, la guerra fue percibida como ajena al movimiento obrero. La reunión del BSI del 29-30 de julio de 1914 mostró que los dirigentes estaban convencidos de que la guerra era imposible y de que la crisis hallaría una salida pacífica. Seis años después de esta reunión, Kautsky escribía:

«Es sorprendente que a ninguno de los que estábamos allí se le ocurriera plantear la pregunta: ¿qué hacer si la guerra estalla antes [del congreso internacional previsto para agosto de 1914 en Viena]? ¿Qué actitud deben tomar los partidos socialistas en esa guerra?»³⁴⁹.

A esta confesión de Kautsky, hecha al día siguiente de un desastre que no había previsto, se podría agregar una observación más general sobre las relaciones entre ideología y realidad, esa realidad que oponía incesantemente su desconcertante complejidad a la transparencia de la doctrina, esa realidad que mostraba un maligno placer en desbaratar

³⁴⁷ Cf. las observaciones de Madeleine Rebérioux, «L'historien devant notre temps. La Deuxième Internationale à la veille de 1914. Progrès et perspectives de recherches», *Démocratie Nouvelle*, n.º 2, 1966, pp. 34-38; véase también *Annales*, n.º 3, mayo-junio de 1967, pp. 697-701.

³⁴⁸ Para el análisis de esta concepción del imperialismo, cf. Georges Haupt, *Le congrès manqué: l'Internationale à la veille de la première guerre mondiale*, París, Maspero, 1965, cap. 7.

³⁴⁹ Karl Kautsky, *Vergangenheit und Zukunft der Internationale*, Viena, 1918, p. 12.

las más brillantes predicciones de Kautsky. Después del congreso de Basilea, Kautsky fue uno de los que concretaron la nueva doctrina de la Internacional, surgida de una interpretación de las tendencias del imperialismo, consideradas desde entonces como pacifistas.

La socialdemocracia alemana, el «cerebro de la Internacional» que tanto había debatido los peligros del imperialismo y que tanta atención había prestado a la propaganda contra la guerra, nunca se planteó seriamente una respuesta a la pregunta: «¿Cuál será la posición de la socialdemocracia si, a pesar de todo, la guerra estalla?»³⁵⁰. Cuando en 1916 Friedrich Adler hizo esa reflexión, puso de manifiesto el bloqueo que surgía de la debilidad teórica del ultraimperialismo y que servía también para legitimar la falta de alternativa a la estrategia preventiva.

En esta misma teoría del imperialismo formulada por Kautsky y Bauer, no había lugar para la revolución. Es cierto que en el arsenal de la propaganda se repite, como una permanente amenaza, la advertencia a los gobiernos que Jaurès formula en estos términos: «La guerra será el punto de partida de la revolución internacional». En medio de la embriaguez verbalista se dejaba planear la ambigüedad sobre el concepto y las modalidades de esta «revolución», que tanto Jaurès como Haase evocaron públicamente en plena crisis, durante la reunión en el Circo Real de Bruselas el 29 de julio de 1914:

«Que nuestros enemigos se cuiden. Podría ocurrir que los pueblos, cansados de tanta miseria y opresión, por fin despertasen y estableciesen la sociedad socialista»³⁵¹.

³⁵⁰ Friedrich Adler, *Die Erneuerung der Internationale. Aufsätze aus der Kriegszeit*, Viena, 1918, p. 12. Las observaciones de Pannekoek corroboran las de Adler: «El problema de saber cómo resistir a la guerra ni siquiera se planteó, puesto que nunca se había respondido con un sí categórico a la pregunta acerca de si había que resistir a la guerra» (S. Bricianer, *Pannekoek et les conseils ouvriers*, París, EDI, p. 117).

³⁵¹ El texto de este discurso ha sido reconstituido por J. Stengers, «Le dernier discours de Jaurès», en Jaurès et la Nation, actas del coloquio organizado por la Facultad de Letras de Toulouse y la Société d'Études Jurassiennes, publicación de la facultad de Letras de Toulouse, 1965, páginas 85-106.

¿Habían quedado los dirigentes de la Internacional prisioneros de sus propios mitos? ¿O bien se trataba de una nueva manifestación clásica de ese rasgo característico de la II Internacional: un radicalismo verbal que ocultaba una praxis reformista? No podría darse una respuesta categórica. Es evidente que, citando a Marx Adler:

«el rápido crecimiento de la socialdemocracia en los diez últimos años anteriores a la guerra, no significó en modo alguno un reforzamiento de su carácter revolucionario. Muy al contrario: en las dos direcciones principales de su actividad se advertía una inquietante baja de nivel y una adaptación al orden social capitalista»³⁵².

Pero si la mayoría había enterrado el proyecto de revolución, o más exactamente, según la fórmula de Otto Bauer, sí «la praxis reformista del presente se conjugaba con principios revolucionarios para el futuro», un futuro impreciso, un gran número de dirigentes socialistas tenían la convicción de que la burguesía, sintiéndose amenazada por el auge del movimiento obrero, experimentaría un miedo a la revolución que sería un importante factor de equilibrio. Ahora bien, como señalaba G. Sorel, hablando de la metamorfosis del socialismo a comienzos del siglo XX:

«Una política social fundada en la cobardía burguesa, que consiste en ceder siempre ante la amenaza de la violencia, no puede por menos de engendrar la idea de que la burguesía está condenada a muerte y de que su desaparición es sólo cuestión de tiempo»³⁵³.

¿No tenían que convertirse los mismos socialistas en prisioneros del dilema en que pretendían encerrar a la burguesía? Esta convicción ¿no alimentaba la ilusión de una falsa alternativa? Tal inquietud iría abriéndose camino a medida que se multiplicaran las advertencias. Harry Quelch, por ejemplo, desarrolló en 1911 una crítica a las tesis de Kautsky y afirmó que «la carrera armamentista no lleva necesariamente a un empeoramiento de la situación económica», lo mismo que

³⁵² Max Adler, *Démocratie et conseils ouvriers*, presentado por Yvon Bourdet, París, Maspero, 1967, p. 80.

³⁵³ G. Sorel, *Réflexions sur la violence*, París, Rivière, 1937, p. 55.

«la guerra no desemboca forzosamente en una crisis revolucionaria»³⁵⁴. Otto Bauer, que en 1908 sostenía aún que «la futura guerra imperialista conducirá a la revolución, la catástrofe imperialista universal marcará infaliblemente el comienzo de la revolución socialista universal», lanzaba en 1912 la siguiente advertencia:

«La revolución proletaria nunca es menos posible que al comienzo de una guerra, cuando la concentración de fuerzas del poder del Estado y la intensidad de las pasiones nacionales desatadas se oponen a ella»³⁵⁵.

El más consciente de la ambigüedad de la fórmula era Jaurès, que venía repitiendo sin cesar sus advertencias. Aunque más matizado, su pronóstico iba también más lejos:

«De una guerra europea puede surgir una revolución, y las clases dirigentes deberían tenerlo en cuenta. Pero también pueden resultar de ella, durante un largo período, crisis contrarrevolucionarias, una furiosa reacción, un nacionalismo exasperado, una dictadura opresiva, un militarismo monstruoso, una larga cadena de violencias retrógradas y de odios rastreros, de represalias y de servidumbres. Y nosotros no queremos jugar a ese juego de bárbaro azar, no queremos exponer a ese sangriento golpe de suerte la certeza de la emancipación progresiva de los proletarios, la certeza de la justa autonomía que, más allá de las divisiones y desmembramientos, reserva la victoria plena de la democracia europea a todos los pueblos...»³⁵⁶.

³⁵⁴ Harry Quelch, «The folly of war and the possibilities of peace», *The Social-Democrat*, 15 de agosto de 1911, p. 338. En su obra *Le chemin du pouvoir*, Kautsky trata el problema de la eventualidad de una revolución provocada por una guerra. Después de enumerar las tres variantes posibles, concluye: «La revolución considerada como resultado de una guerra no es más que una eventualidad entre otras», mientras que la revolución surgida de una lucha de clases es una «necesidad absoluta». Cf. K. Kautsky, *Le chemin du pouvoir*, París, Anthropos, 1969, pp. 25-27.

³⁵⁵ Cf. Heinrich Weber, «Der Sozialismus und der Krieg», *Der Kampf*, año 6, n.º 3, citado por Norbert Leser, *Zwischen Reformismus und Bolschewismus. Der Austromarxismus als Theorie und Praxis*, Viena, Europa Verlag, 1968, p. 267.

³⁵⁶ J. Jaurès, *Oeuvres*, vol. II, p. 247.

Sólo la extrema izquierda intentaba fundar en la guerra, en cuanto catalizador, una estrategia de la revolución³⁵⁷. Pero esas expectativas teóricas ni siquiera fueron evocadas en el desorden de julio de 1914. Ni la correspondencia, ni los debates privados de los dirigentes aluden entonces a la alternativa guerra o revolución. No basta con buscar las razones en el reformismo, en el oportunismo en que se había hundido la Internacional, puestos en primer plano por Lenin en su condena de agosto de 1914. Ocho años más tarde, el mismo Lenin señalaría en las directrices dadas a la delegación soviética para la Conferencia de La Haya:

«A propósito de la lucha contra el peligro de la guerra, pienso que la mayor dificultad reside en vencer el prejuicio de que es un asunto simple, claro y relativamente fácil. “Responderemos a la guerra con la huelga o la revolución”: he ahí lo que dicen generalmente a la clase obrera los más destacados dirigentes reformistas. Y, con frecuencia, el aparente radicalismo de estas respuestas satisface, tranquiliza, a los obreros, cooperativistas y campesinos. Tal vez la actitud más justa sería comenzar por refutar esta opinión de la manera más categórica: declarar que sobre todo ahora, después de la reciente guerra, sólo la gente más tonta o los mentirosos más empecinados pueden asegurar que semejante respuesta al problema de la lucha contra la guerra tiene algún valor; declarar que es imposible “responder” a la guerra con la huelga, así como es imposible “responder” a la guerra con la revolución en sentido literal, en el sentido más simple de estas expresiones»³⁵⁸.

¿Cuál era entonces el problema que obsesionaba a las mentes más sagaces de la Internacional a fines de julio de 1914? El de la acción en una coyuntura que se había vuelto amenazadora pero que no implicaba obligatoriamente el estallido de una conflagración. El sentimiento de impotencia, que había de generalizarse después del 1 de agosto, no afectaba sólo a Victor Adler, representante de un país ya arrastrado a

³⁵⁷ Cf. Ursula Ratz, «Karl Kautsky und die Abrüstungskontroverse in der deutschen Sozialdemokratie, 1911-1922», *International Review of Social History*, vol. XI, 1966, parte 2, pp. 219 ss.

³⁵⁸ V. I. Lenin, *Oeuvres*, París, Ed. Sociales, 1963, vol. 33, p. 460.

la guerra y de un partido que había sido el primero en capitular. En vísperas de la última reunión del BSI, algunos dirigentes comenzaron a darse cuenta, con aturdimiento o lucidez, de que la Internacional no estaba en absoluto preparada para hacer frente a una crisis de tales dimensiones. ¿Cómo actuar? ¿A qué medio de presión recurrir? El 26 de julio, Vaillant reconocía en una carta a Huysmans: «En la actualidad, la situación, ya grave, puede empeorar en cualquier momento y la Internacional no está preparada para una intervención activa eficaz...»³⁵⁹.

Al día siguiente, Ebert, pronunciándose a favor de la oportunidad de convocar la reunión del BSI, se preguntaba por lo que podrían hacer su partido y la Internacional, aparte de lanzar manifiestos: «¿Qué hacer ahora? ¿Se han previsto medidas de mayor alcance? No es posible, en todo caso, repetir Basilea»³⁶⁰.

«No es posible, en todo caso, repetir Basilea». Esta frase es la clave del problema. Recordemos brevemente los datos. En noviembre de 1912, las campanas de Basilea sonaron como una advertencia ante la profunda crisis que ponía a «Europa al borde del abismo». No fue la imponente reunión de los delegados socialistas de Europa, su unanimidad y sus inflamados discursos los que dieron la alarma. La advertencia residía en la amplitud del movimiento de las masas obreras contra la guerra, que había empezado un año antes y cuya creciente presión había hecho fracasar cualquier tentativa bélica generalizada. En julio de 1914, no quedaban ni siquiera los rescoldos de esta ofensiva pacifista. Ya en 1913, cuando la tensión internacional comenzó a disminuir, la Internacional, sin hacer ruido, revisó su posición a la luz de la interpretación optimista de las tendencias del imperialismo³⁶¹.

³⁵⁹ Carta de Vaillant a Huysmans del 26 de julio de 1914, Archivos del BSI.

³⁶⁰ Friedrich Ebert, *Schriften, Aufzeichnungen, Reden. Mit unveröffentlichten Errinerungen aus dem Nachlass*, Dresde, 1926, vol. I, p. 309.

³⁶¹ Cf. Georges Haupt, *Le Congrès manqué*, ob. cit., cap. 7.

Pero si el torrente de la emoción obrera volvió a su cauce, ¿fue por culpa de la táctica desmovilizadora de la socialdemocracia? Es aquí donde la problemática se amplía y desborda el dominio restringido de los dirigentes de la Internacional; donde se extiende a dos «incógnitas»: el comportamiento de las masas obreras y los cálculos de los gobiernos.

A diferencia de noviembre de 1912, en vísperas de la gran guerra los socialistas habían dejado de comportarse como sujetos de la historia, convirtiéndose en objetos de ella. Mientras que en noviembre de 1912 estaban a la cabeza del movimiento ofensivo y su actitud tenía gran peso en las decisiones de los gobiernos, los acontecimientos de julio de 1914 les cogieron de improviso y, privados del dinamismo de las protestas obreras, quedaron relegados a la defensiva, reducidos al papel de espectadores desorientados hasta ser sumergidos finalmente por la ola de nacionalismo. Este cambio en los sentimientos de las masas socialistas, punto capital, permanece oscuro. ¿Por qué los militantes socialistas, que todavía la víspera combatían una guerra hipotética aportaron su apoyo a la defensa de la patria, cuando esa guerra estalló? ¿Por qué la fiebre patriótica se apoderó de las masas obreras y por qué «el hombre de clase se integró sin resistencia en la nación»?³⁶²

Las interpretaciones e hipótesis no faltan. Por lo general, se vinculan a los dos tipos de explicación antes mencionados. Una de las visiones tradicionales, retocada pero en absoluto renovada, tiene su origen en la aplicación mecánica de los análisis de Lenin: las masas obreras fueron desorientadas por la traición de sus dirigentes y no pudieron manifestar su adhesión al internacionalismo. En las antípodas encontramos otra explicación con preocupaciones no menos ideológicas: es la que invoca «el extraordinario clima de unidad nacional... en vísperas de la movilización, el irresistible impulso de fervor patriótico que barrió todas las ideologías»³⁶³, es decir el reverso: una actitud de las

³⁶² La expresión es de E. Labrousse.

³⁶³ Los historiadores que también fueron testigos de los acontecimientos cuestionan esta unanimidad. Así, André Latreille evoca «la emoción de una multitud obrera aterrada, la silenciosa tristeza de los campesinos habituados a soportar la fatalidad, unos y otros colocados ante una

masas cuya exaltación nacionalista involucra a los jefes de partidos. En otros términos, si la socialdemocracia abandonó sus principios, no traicionó a las masas obreras y siguió siendo su auténtica expresión política³⁶⁴. Incluso los historiadores que rechazan esos dos tipos de explicación admiten lo repentino del cambio y destacan el efecto de sorpresa que produjo en los dirigentes socialistas de todas las tendencias, incluidos los revolucionarios. Refiriéndose al ejemplo de la socialdemocracia alemana en julio de 1914, Wolfgang Abendroth estima que nadie había previsto «que fuera posible volver a emociones aparentemente “nacionales”, contra toda lógica, con tal irrupción de violencia. Nadie creía que cualquier pensamiento racional de una población desaparecería si se lograba convencerla de que “la Nación... estaban directamente amenazada”»³⁶⁵. Sin embargo, los hechos contradicen este análisis.

¿Fueron las masas, desconcertadas por los dirigentes o fueron, los dirigentes abandonados por las masas? Plantear el problema en estos términos, como lo hicieron los contemporáneos, equivale a caer en un círculo vicioso y a quedarse en el campo de las hipótesis y los postulados. Para escapar a este círculo vicioso, recordemos los datos que permitirán deducir algunas indicaciones para esta investigación.

Indudablemente, el apoyo de las masas era esencial para cualquier estrategia preventiva de la Internacional. El 22 de julio de 1914, dando las razones que le llevaban a encarar cautelosamente –aunque sin miedo– la situación, Jaurès enumera tres factores a favor de la paz:

guerra que, estaban seguros, Francia no había querido; una guerra que, trataban de convencerse, no sería larga pero que, temían los viejos, podía volverse “como en los setenta”». (A. Latreille, «1914: réflexions sur un anniversaire». *Le Monde*, 31 de diciembre de 1964, p. 7.) Tomando el ejemplo de Alemania, Wilhelm Reich observa: «Quien vivió la movilización de 1914 sabe que en las masas proletarias surgieron los estados de ánimo más diversos. Desde el rechazo consciente, en una minoría, pasando por una sorprendente sumisión al destino o una apatía en muy amplias capas, hasta el puro entusiasmo guerrero no sólo en las capas medias sino también –y profundamente– en los círculos proletarios. La apatía de unos y el entusiasmo de otros fueron, sin duda, los fundamentos de la guerra a nivel de estructura de masa» (W. Reich, *Matérialisme dialectique, matérialisme historique et psychoanalyse*, París, *La Pensée Nouvelle*, 1970, p. 49 [*Materialismo dialéctico y psicoanálisis*, Madrid, Siglo XXI, 1977]).

³⁶⁴ Para un estudio crítico, cf. el informe citado de Henri Haag, «La social-démocratie allemande et la première guerre mondiale», en Comité Internacional de Ciencias Históricas, Estocolmo, 21-28 de agosto de 1960, *Informes: V. Historia contemporánea*, Uppsala, 1960, pp. 61-90.

³⁶⁵ W. Abendroth, *Histoire du mouvement ouvrier européen*, París, Maspero, 1967 [*Historia social del movimiento obrero europeo*, Barcelona, Laia, 1968].

- 1) Los gastos crecientes en armamentos producen una radicalización del descontento popular.
- 2) La opinión popular manifiesta un marcado deseo de que se reemplacen los métodos agresivos usados para resolver los conflictos diplomáticos por soluciones pacíficas, por arbitrajes.
- 3) El movimiento obrero organizado se amplía y se radicaliza, como lo prueban la huelga general de Bélgica de 1913 y la creciente agitación social en Inglaterra. Jaurès habría podido referirse también a la campaña de masas, llevada a cabo en Francia contra la ley de tres años.

Sin embargo, Jaurès destaca en varias ocasiones que esta voluntad pacifista de las masas dejaría de ser un factor de resistencia una vez que estallara la guerra: «Cuando los pueblos hayan visto estallar la tempestad... casi fulminados, no podrán actuar»³⁶⁶.

Los dirigentes socialistas de todas las tendencias vieron siempre con lucidez el efecto psicológico devastador que una guerra produciría en las masas obreras y previeron siempre que ninguna educación internacionalista podría resistir al desencadenamiento del nacionalismo. ¡Qué anticipación de julio de 1914 hay en la carta que Engels escribe a Bebel el 22 de diciembre de 1882:

«Consideraría una guerra europea como una calamidad; esta vez sería terriblemente grave; el chauvinismo se desataría por muchos años pues cada pueblo lucharía por su existencia. En Rusia, todo el trabajo de los revolucionarios, que están en vísperas de una victoria, sería vano, aniquilado; en Alemania, nuestro partido sería de inmediato sumergido y destruido por la ola de chauvinismo. Lo mismo ocurriría en Francia»³⁶⁷.

Idéntica idea, idéntica advertencia formuló en septiembre de 1886:

³⁶⁶ Informe del congreso extraordinario de la SFIO, 14-16 de julio, *L'Humanité*, 17 de julio de 1914.

³⁶⁷ Friedrich Engels, *Briefe an Bebel*, Berlín, Dietz Verlag, 1958, p. 71.

«Es cierto que la guerra haría retroceder a nuestro movimiento en toda Europa, en numerosos países lo destruiría por completo, atizaría el chauvinismo y el odio nacionalista. Entre las numerosas posibilidades inciertas, la guerra no *nos* ofrecería *con certeza* más que una: después de ella habría que recomenzar desde un principio, pero en un terreno infinitamente menos favorable incluso que el de hoy»³⁶⁸.

Veinticinco años más tarde, Kautsky expresa los mismos temores:

«Si logran que la población vea la causa de la guerra no en su propio gobierno sino en la infamia del vecino... entonces, toda la población se verá embargada por el ardiente deseo de asegurar sus fronteras contra el vil enemigo, de protegerse de su invasión. Y, en principio, todos se volverán patriotas, incluso los internacionales...»³⁶⁹.

En el informe sobre el imperialismo que el dirigente holandés Vliegen prepara en junio de 1914 para el frustrado Congreso de Viena, la tranquilizadora afirmación acerca de la imposibilidad de una guerra europea lleva igualmente a conclusiones que toman en consideración la intervención de factores susceptibles de perturbar el cuadro idílico que esboza. No alimenta demasiadas ilusiones respecto al arraigo de las ideas pacifistas e internacionales entre los obreros. A su juicio, las acciones de la Internacional sólo pueden ser preventivas y duda de su eficacia en caso de que los partidos belicistas lleguen a desencadenar una guerra europea.

«Se puede tener una opinión muy optimista, —escribe Vliegen—, de la fuerza siempre creciente de los partidos socialistas y de los medios que emplean para prevenir la guerra, incluso cuando el gobierno la ha decidido. En este punto, no pertenezco a la clase de los optimistas. Una vez declarada la guerra, ya no es el sentido común sino el cañón quien habla. Por lo general, el sentimiento nacional es el más fuerte, el espíritu belicoso se

³⁶⁸ *Ibid.*, p. 140.

³⁶⁹ Karl Kautsky, «Krieg und Frieden», *Die Neue Zeit*, XXIX, vol. 2, p. 104.

propaga rápidamente, un espíritu del que la clase obrera, lamentablemente, se ha desembarazado muy poco»³⁷⁰.

Lenin llega a las mismas conclusiones que el revisionista Vliegen al evaluar la experiencia de la primera guerra mundial. Extrae las enseñanzas en 1922, cuando fija los deberes de la delegación soviética en la Conferencia de La Haya:

«Hay que explicar a la gente cuál es la situación real, hasta qué punto es grande el misterio de que está rodeado, el nacimiento de una guerra y hasta qué punto la organización habitual de los obreros, aun cuando se llame revolucionaria, es impotente ante una guerra realmente inminente.»

«Hay que explicar a la gente, de la manera más concreta, cómo ocurrieron las cosas durante la última guerra y por qué no podían ocurrir de otro modo.

«Hay que explicar sobre todo la importancia del hecho de que la cuestión de la “defensa de la patria” se plantea inevitablemente, y de que la mayoría de los trabajadores la zanja, inevitablemente, a favor de su burguesía.»³⁷¹

¿Se trata de un fenómeno de fulminante conversión colectiva, causado por involuciones coyunturales? ¿Es preciso retener –como clave de la explicación– la hipótesis, con aspectos sociológicos, de unas relaciones complejas entre nacionalismo e internacionalismo en el movimiento obrero, determinadas por el largo proceso de integración de la «subcultura» en la sociedad global? ¿O más bien habría que enfocar la problemática desde otro ángulo, desde la perspectiva de las fluctuaciones en el estado de ánimo de la clase obrera, de la actividad menos ostensible de los militantes de base cuyos ecos no nos llegan más que atenuados?

³⁷⁰ Citado en G. Haupt, *Le Congrès manqué*, op. cit., pp. 215-216.

³⁷¹ Lenin, *Oeuvres*, vol. 33, p. 461. Pocas semanas después del comienzo de la guerra, Trotsky comprueba: «Al anunciarse la movilización, la socialdemocracia se ve enfrentada con la fuerza concentrada del poder, basada en un poderoso aparato militar dispuesto a derribar –con ayuda de todos los partidos e instituciones burgueses– los obstáculos que encuentre en su camino... En tales condiciones, no hay espacio para acciones revolucionarias por parte del partido...» (L. Trotsky, *Der Krieg und die Internationale*, Zurich, 1914, pp. 41-42).

La psicología social podría servir aquí de instrumento³⁷². No mediante la aceptación formal del vocabulario psicoanalítico o la aplicación mecánica de su aparato conceptual sino como dirección y técnica apropiadas de investigación. Para el historiador aparecen aquí dificultades de método y de fuentes. Lucien Febvre intentó definir el procedimiento a seguir:

«¿Las masas anónimas? Podrán ser juzgadas conforme a una psicología colectiva, que deberá basarse en el estudio de las masas que actualmente son accesibles y que extenderá sin esfuerzo sus conclusiones (se supone, al menos) a las masas de antaño, a las masas históricas»³⁷³.

Es partiendo del análisis de las masas «accesibles», como muchos contemporáneos de los acontecimientos avanzan ya explicaciones a veces muy agudas. Así, Friedrich Adler, analizando en 1916 las debilidades teóricas y prácticas de la socialdemocracia alemana, llegaba a la siguiente conclusión:

«La eficacia política de la lucha día por día fue lograda a expensas de la claridad de principios de la clase obrera. Algunos obreros concibieron incluso la brumosa ilusión de que las “posibilidades sin límites” eran independientes del tiempo, y de que la socialdemocracia estaba en condiciones –cualesquiera fueran las circunstancias– de impedir la guerra»³⁷⁴.

³⁷² En una carta a Monatte del 14 de octubre de 1914, F. Brupbacher sugería ya la necesidad de estudios psicológicos para comprender el gran cambio ocurrido en la conciencia de clase: «Desde el punto de vista pedagógico, sería interesante analizar psicológicamente en qué medida el desacuerdo entre las ideas de antes de la guerra y las actuales existía ya subconscientemente con anterioridad al conflicto» («Archives Monatte», *Syndicalisme révolutionnaire et communisme*, París, Maspero, 1968, p. 34).

³⁷³ Lucien Febvre, *Combats pour l'histoire*, París, A. Colin, 1959, p. 208. Observemos que, en su obra titulada *Psicología, de masas del fascismo*, Wilhelm Reich llama la atención acerca de la necesidad de incluir también en la explicación de la primera guerra mundial la «base psicológica de las masas» y se pregunta «por qué el terreno psicológico de la masa fue capaz de absorber la ideología imperialista, de transmitir a sus actos las consignas imperialistas». Al encontrar insatisfactorio el clásico argumento de la traición, y rechazar también los de la «psicosis de guerra» o la «ceguera de las masas», Reich replantea el problema en estos términos: «¿Por qué millones de trabajadores socialistas y antiimperialistas se dejaron traicionar?» En su respuesta, introduce el concepto de «acción irracional, inadecuada»; en otros términos, sugiere el estudio de la «disociación entre economía e ideología» (W. Reich, *Psychologie de masse du fascisme*, París, Payot, 1974, pp. 49-50 [*Psicología de masas del fascismo*, Barcelona, Bruguera, 1980]).

³⁷⁴ Friedrich Adler, ob. cit., p. 12.

La explicación avanzada por Lenin en 1922 coincide con la de Friedrich Adler: la manera como la propaganda socialista –incluyendo el manifiesto de Basilea– había planteado el problema de la guerra en tiempos de paz alimentó falsas ilusiones en el espíritu de los obreros organizados:

«Reconocer en teoría que la guerra es un crimen, que la guerra es inadmisibile para un socialista, etcétera, no son más que palabras vanas porque no hay nada concreto en esta forma de plantear el problema. No se da a las masas ninguna idea realmente viva acerca de cómo la guerra puede hacerse inminente y estallar.»

La prensa burguesa entendió bien esta carencia, utilizándola para la manipulación psicológica de las masas.

«Tal vez el medio más efectivo para arrastrar las masas a la guerra consiste precisamente en esos sofismas de la prensa burguesa», –escribe Lenin–, «y lo que mejor explica nuestra impotencia de cara a la guerra es el no examinar por anticipado esos sofismas o bien –cosa aún más grave–, el eludirlos con frases banales, vanidosas, y absolutamente vacías, de sentido»³⁷⁵.

El efecto de sorpresa causado por la guerra tuvo una incidencia traumática y desmoralizadora en un medio en el que la propaganda socialista alimentaba sentimientos de quietud y seguridad. Apuntalado por todo un ritual, todo un lenguaje y toda una imaginería que conferían al movimiento obrero un sentimiento de satisfacción por el poderío de sus organizadores y por sus vertiginosos progresos numéricos y geográficos, el difuso internacionalismo no resistió la irrupción de las capas más profundas de la sensibilidad, tales como el patriotismo jacobino o la rusofobia visceral. La misma impresión tuvo en 1915 otra contemporánea atenta y competente, la socialista holandesa de izquierda Henriette Roland Holst.

³⁷⁵ Lenin, *Oeuvres*, vol. 33, pp. 461-62.

«La presente guerra mundial ha demostrado no sólo que el internacionalismo no había arraigado tan profundamente en el proletariado como creíamos hace diez o doce años, sino además –y sobre todo– que ese principio, como cualquier otro, resulta impotente frente a sentimientos, ambientes, tendencias y emociones que surgen del inconsciente con fuerza irresistible, incluso cuando el interés lúcido está a favor de dicho principio»³⁷⁶.

Friedrich Adler sugiere una hipótesis más:

«El despertar a la dura realidad del mes de agosto, suscitó en muchos de ellos [obreros organizados] un estado de ánimo sorprendente que, en el lenguaje de la nueva escuela psiquiátrica vienesa, podría calificarse de entusiasmo belicoso en cuanto compensación de los deseos de insurrección»³⁷⁷.

¿Se debe, por tanto, llegar a la conclusión de que los elementos de explicación habrían de buscarse en un estudio de las mentalidades, centrado en «el análisis de la evolución de los conceptos de internacionalismo, guerra, etcétera, y de su penetración en el medio obrero»? Numerosas monografía bien documentadas³⁷⁸ han puesto de manifiesto la ambigüedad de los fundamentos teóricos, los límites del compromiso internacionalista de la socialdemocracia, el crecimiento del sentimiento nacionalista en este medio³⁷⁹. A la luz de esos estudios, el viraje de agosto de 1914 no resulta sorprendente. Pero tales explicaciones políticas e ideológicas, útiles e interesantes, resultan insuficientes para el estudio de los hechos sociales. Sólo revelan síntomas, raíces escondidas, premisas. Como facetas parciales en el análisis de un fenómeno global, deben articularse –al igual que la

³⁷⁶ Citado según *Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung*, 1916, t. 6, p. 316.

³⁷⁷ Friedrich Adler, ob. cit., p. 13.

³⁷⁸ Por ejemplo, M. M. Drachkovitch, *Les socialismes français et allemand et le problème de la guerre, 1870-1914*, Ginebra, Droz, 1953, así como Janos Jemnitz, *A haboru vészelye es a II. Internationale (1911-1914)*, Budapest, Akademia Kiado, 1966.

³⁷⁹ Cf. por ejemplo William Maehl, «The triumph of nationalism in the German socialist party at the eve of the First World War», *Journal of Modern History*, XXIV, 1952, pp. 15-41; Dieter Groh, «The “unpatriotic” socialists and the State», *Journal of Contemporary History*, I, 1966, n.º 4, páginas 151-170.

psicología social— con otros factores de comprensión para poder captar el impulso surgido de lo más profundo de los movimientos sociales. Nacionalismo e internacionalismo no son conceptos dicotómicos ni sentimientos abstractos. El verdadero problema consiste en saber en qué coyuntura social y política el medio obrero es más receptivo a uno u otro. El estudio de Jean Bouvier titulado «Mouvement ouvrier et conjonctures économiques»³⁸⁰ abre, en este sentido, un campo de reflexión fecunda que se esfuerza en descubrir la dialéctica existente entre los impulsos profundos del movimiento obrero y las fluctuaciones de orden coyuntural. Sin caer en «el pecado del siglo... el economismo que quiere explicarlo todo a través de los fenómenos económicos», Bouvier encara el problema así:

«La sociología del mismo movimiento sindical y de las masas obreras, las dimensiones y estructuras de las empresas, el papel de las ideologías, el grado de madurez de la organización sindical, el grado de *tensión de la situación social* y las relaciones políticas influyen directamente —teniendo como telón de fondo el movimiento económico —en *los sobresaltos del movimiento obrero*» (el subrayado es nuestro).

Siguiendo con estas reflexiones, acaso podría decirse que el movimiento obrero, o más exactamente los obreros movilizados, se vuelven más sensibles a las consideraciones ideológicas en virtud de la dinámica generada por la movilización de las masas obreras, en una época de tensión social. La percepción entonces dominante, del internacionalismo, se traduce en un pacifismo militante. Dicho de otro modo, lo que interesa es profundizar la correlación existente entre la ola de radicalización de las luchas económicas y sociales, por una parte y, por otra, la receptividad de las masas obreras movilizadas a las consignas internacionalistas de los socialistas, tales como «guerra a la guerra». Así, puede constatarse entre los años 1910 y 1912, en los principales países europeos en fase de expansión económica, una ola de agitación social que se traduce en manifestaciones salvajes contra la carestía de la vida y en el crecimiento de la curva de huelgas de tipo ofensivo. ¿No

³⁸⁰ *Le Mouvement Social*, n.º 48, 1964, pp. 3-30.

habría que buscar la causa de la amplitud de las acciones contra la guerra, que culminaron entonces en el Congreso extraordinario de Basilea, en la conjunción de la efervescencia antibelicista con un profundo malestar económico y social, sobre el telón de fondo de las acciones obreras contra la carestía de la vida? Coincidiríamos con Annie Kriegel en afirmar que «no existe ninguna relación de necesidad absoluta entre el crecimiento cuantitativo del movimiento y su orientación revolucionaria»³⁸¹. Pero existe una concordancia relativa, una dependencia e incluso una influencia entre la curva de las tensiones sociales, la radicalización de las reivindicaciones obreras y la opción ideológica, anticapitalista, que se traduce en la intensidad de las luchas pacifistas.

El ejemplo de 1912 sugiere dos observaciones:

1. La cristalización de la sensibilidad colectiva en torno a la consigna «guerra a la guerra» es más evidente a través de los movimientos reales que, por ejemplo, a través de los comentarios de los periódicos socialistas incluidos aquéllos de gran tirada que aspiran a crear opinión.
2. Esta cristalización es un fenómeno de coyuntura breve, que explica las rápidas fluctuaciones en las mentalidades obreras. Sería necesario estudiar el mecanismo de dichas fluctuaciones, en el corto intervalo comprendido entre 1910 y 1914, para verificar la concomitancia entre el crecimiento de la agitación social y la opción ideológica. Ahora bien, el reflujó de la tensión social era evidente en la víspera de agosto de 1914. El informe que preparó Otto Bauer para el frustrado Congreso de Viena destacaba la recuperación de la economía capitalista, que se traducían también en una mejoría de la situación de los obreros. Basta, por otra parte, con comparar las estadísticas referentes a la frecuencia de huelgas entre 1909 y 1914 para constatar a partir de 1913 una curva decreciente. A esto se superpone la regresión de la actividad, de la intensidad de la propaganda pacifista, relegada desde 1913 a un segundo plano de la actividad socialista.

³⁸¹ Annie Kriegel, *Aux origines du communisme français*, ob. cit., vol. I, página 242.

El estudio de la correlación e interacción de esos dos fenómenos –hechos europeos con variantes nacionales– permite abrir una dimensión susceptible de introducir un elemento explicativo que faltaba para comprender el hundimiento de 1914.

Aunque la receptividad de las masas obreras a las consignas antimilitaristas había perdido fuerza en julio de 1914, debido al reflujo, sería erróneo deducir que estaban dispuestas a bascular fácilmente hacia el entusiasmo patriótico y ver en su estado de ánimo uno de los factores de la presión sufrida por las direcciones socialistas que reaccionaron con demasiado retraso para la corriente.

Ya el 25 de julio, Kautsky justifica el inmovilismo de la dirección del partido por ese «estado de ánimo de las masas»³⁸². Esta justificación, frecuente después de la gran guerra entre los dirigentes socialistas y sindicalistas de los países beligerantes, de Merrheim a Legien, sería utilizada por los historiadores como un testimonio en apoyo de sus tesis. Para poder evaluar este argumento en su justa medida, no hay que perder de vista el mecanismo de la movilización de las masas y el papel de vanguardia y de guía político que se atribuían los partidos socialdemócratas. La espontaneidad no es un carácter inherente a los movimientos pacifistas de envergadura, constituidos por elementos espontáneos y elaborados, conscientes e inconscientes. La iniciativa y la puesta en marcha de esos movimientos corresponden al Estado Mayor de las organizaciones obreras. Ahora bien, esta movilización no se hizo en julio más que tímidamente.

Desde el 27 de julio, se realizaron numerosas manifestaciones obreras contra la guerra, tanto en Francia como en Alemania. Sesenta mil personas participaron en un imponente mitin en Berlín el 27 de julio, y en los días siguientes hubo manifestaciones en los grandes centros industriales de Alemania³⁸³. Estas acciones produjeron una impresión favorable entre los sindicalistas revolucionarios franceses que se

³⁸² Victor Adler, *Briefwechsel mit August Bebel und Karl Kautsky*, Viena, 1954, p. 596.

³⁸³ Gran cantidad de información contiene la obra de Jürgen Kuczynski, *Der Ausbruch des ersten Weltkrieges und die deutsche Sozialdemokratie. Chronik und Analyse*, Berlín, Akademie Verlag, 1957.

preguntaban si los alemanes estaban de verdad dispuestos a actuar. El 30 de julio, Rosmer escribía a Monatte: «Y sin embargo, han actuado, realizando magníficas reuniones y una manifestación en la calle. Nosotros no hemos hecho más»³⁸⁴. En esto hay una mezcla de esperanzas y de exageración por lo demás compartida: las resoluciones adoptadas en Alemania durante los mítines evocaban, a su vez, el ejemplo de los camaradas franceses. En general, los medios revolucionarios postulaban la amplitud de los movimientos de masas e interpretaban los hechos desde una óptica capaz de tranquilizarlos. Los movimientos de huelga en San Petersburgo se inscribían, a su juicio, en el marco de una agitación pacifista.

«Después de las recientes huelgas», escribía Rosmer a Monatte el 30 de julio de 1914, «el zar no debe sentirse tan seguro. Se habla ya de una importante agitación obrera en Polonia. Pero la censura debe funcionar con severidad, pues sólo tenemos retazos de información».

Sin embargo, no se debería exagerar ni minimizar el estado de ánimo antibelicista, así como el carácter y el peso de estas manifestaciones. No anunciaban una gran contraofensiva obrera ni formaban parte de ningún plan de batalla. Las organizaciones locales tomaron la iniciativa de dichas manifestaciones sin gran convicción. Las direcciones de los partidos socialistas en Francia y en Alemania mantenían la consigna de prudencia. No obstante, en opinión de Jaurès, la verdadera salvaguardia, la única garantía, «lo que más interesa es la continuidad de la acción, el despertar permanente de la conciencia y el pensamiento obreros». ¿Se trataba de incapacidad para movilizar a las masas o de falta de voluntad para hacerlo? De hecho, el miedo a tomar iniciativas apresuradas y provocar acciones prematuras condujo a las direcciones de los principales partidos socialistas a un callejón sin salida y los enfrentó a un serio dilema: mantener la sangre fría y no ceder al pánico, o dejar que los acontecimientos les cogieran desprevenidos. Atrapados en este círculo vicioso, sucumbieron al sentimiento de su propia impotencia; la duda sobre la capacidad de la Internacional para

³⁸⁴ Archives Monatte, ob. cit., p. 21.

actuar en tal embrollo se apoderó incluso de Jaurès. El papel de la diplomacia secreta, al que Jaurès siempre temió, amenazaba más que nunca con reducir el socialismo a la impotencia.

Si la consigna de prudencia era unánime en los dirigentes socialistas, respondía en irnos y otros a motivaciones diferentes. Los alemanes temían comprometer el futuro del partido al implicarlo, con demasiado apresuramiento, en acciones importantes.

Para Jaurès, que insistía tanto en el «heroísmo de la paciencia» como en el de la acción, «era necesario, a toda costa, preservar a la clase obrera del pánico y el aturdimiento»; la acción prematura podía tener consecuencias situadas en las antípodas del efecto buscado. Escribió en su editorial de *L'Humanité* el 31 de julio:

«El mayor peligro, en la hora actual, no está... en la voluntad real de los pueblos; está en el nerviosismo que crece, en la inquietud que se extiende, en los súbitos impulsos que nacen del miedo, de la extrema incertidumbre y de la ansiedad prolongada. Las multitudes pueden ceder a esos locos terrores y no es seguro que los gobiernos no cedan a ellos».

Los dirigentes de los movimientos obreros veían premisas de ello en la amplitud de los movimientos nacionalistas, cuyas tropas de choque estaban constituidas por estudiantes, que demostraban más combatividad y les inquietaban realmente.

A propósito de la manifestación de París del 27 de julio, organizada por la CGT, que dio entera satisfacción a los sindicalistas revolucionarios, Rosmer escribía a Monatte el 28 de julio de 1914: «No fue violenta; fue numerosa y no hubo ninguna tentativa de ataque nacionalista o chauvinista»³⁸⁵.

Los dirigentes socialistas se abroquelaban en la espera; entre los militantes de izquierdas dominaba la confusión. ¿Qué hacer? ¿Qué medidas tomar? Ni en Alemania ni en Francia, la izquierda era capaz de dar una respuesta a esas preguntas. El 27 de julio, la izquierda

³⁸⁵ *Ibid.*

alemana se contentó con proponer a la dirección la movilización de las masas, sin sentir por eso la necesidad de actuar.³⁸⁶ Sobre lo que ocurría en Francia, Rosmer transmitió a Monatte la impresión de un compañero de Bakunin, James Guillaume, sorprendido por el «desorden que reinaba entre los revolucionarios. Todos decían: hay que hacer algo y nadie atinaba a proponer una acción precisa». Dos días más tarde, el mismo Rosmer confirmó esta impresión: «Aquí hay mucha buena voluntad, pero ninguna idea rectora».

Este desorden habría de aumentar ante la impotencia del 1 de agosto y transformarse en desmoralización después del trauma del 4 de agosto, sentido –según Rosa Luxemburgo– como «una traición a los principios más elementales del socialismo internacional, a los intereses vitales de la clase obrera»³⁸⁷.

Para estudiar el estado de ánimo de las masas ¿no sería conveniente considerar tanto este sentimiento de desmoralización como la capitulación ante el desbordamiento del nacionalismo, del cual se ha postulado su amplitud en la misma medida en que no se ha demostrado? «El hecho de que en agosto de 1914 la opinión en sus honduras populares –las masas obreras, el movimiento obrero y socialista organizado– cayera del lado de lo que en Francia se llamó la *unión sagrada* y que fue el producto de una fulminante crispación patriótica»³⁸⁸ no resulta necesariamente obvio.

No se puede negar que, en este momento de reflujo, las masas obreras fueron más sensibles al desbordamiento de la propaganda nacionalista que en los períodos de radicalización, cuando se hallaban inmunizadas contra ese peligro. Pero entonces surge otra pregunta: ese «clima extraordinario» de fervor patriótico, ¿se creó antes o después del 1 de agosto? La preocupación cronológica y los intentos de aclarar los acontecimientos no son gratuitos ni están dictados por la afición a la crónica de sucesos. Permiten precisar los datos en la

³⁸⁶ Cf. Kuczynski, ob. cit., y Jemnitz, ob. cit., así como J. P. Netti, *Rosa Luxemburg*, Oxford University Press, 1966, vol. 2, pp. 601-607.

³⁸⁷ G. Badia, «L'attitude de la gauche social-démocrate allemande dans les premiers mois de la guerre, août 1914-avril 1915», *Le Mouvement Social*, n.º 49, octubre-diciembre de 1964, p. 102.

³⁸⁸ Annie Kriegel, art. cit., *Preuves*, p. 26.

medida en que las explicaciones comúnmente avanzadas mezclan las causas y los efectos, las reacciones de la opinión obrera anteriores y posteriores a la movilización. No se puede poner en el mismo plano la actitud de la opinión pública frente a la guerra en los últimos días de julio y en los primeros días de agosto. Los testimonios son contradictorios según el campo al que se vincularan sus autores después de 1914. Para los minoritarios internacionalistas, ese fenómeno comienza el 1 de agosto.

«Si el partido socialista, abrumado por la trágica muerte de Jaurès, privado brutalmente de este genio clarividente y dominador, no se hubiera dejado llevar por la corriente nacionalista, habría podido desempeñar ciertamente un gran papel».

Así habla R. Nicod de la situación en Francia, en una carta a Monatte del 24 de noviembre de 1914. Y agrega: el 1 de agosto, «perdimos totalmente la cabeza...»³⁸⁹. Se podrían multiplicar los ejemplos provenientes del mismo sector. Por el contrario, el testimonio de Merrheim o el de Frosard parecen contradecirlos. Hablan del 31 de julio de 1914 como del momento en que la ola de chauvinismo se desencadenó en el país, paralizó al Estado Mayor socialista y sindicalista e hizo imposible cualquier intento de resistencia.

Estas afirmaciones, formuladas cuatro años después de los acontecimientos, cuando la opinión pública está sensibilizada al problema de la responsabilidad por la bancarrota y la capitulación de los movimientos obreros ante la guerra ¿no antedatan, conscientemente o no, los hechos que evocan? Se impone una aclaración, incluso es capital en la medida en que invierte los enunciados del problema: no fueron la ola de nacionalismo y la explosión patriótica las que arrastraron al movimiento obrero, sino todo lo contrario. Las esperanzas y las expectativas de los socialistas se desvanecieron el 1 de agosto ante la incapacidad de responder al hecho consumado, a la movilización. A partir de ese momento, las pasiones belicistas tuvieron el campo libre.

³⁸⁹ Archives Monatte, ob. cit., pp. 31-32.

Esta aclaración «cronológica» permite también abordar el estudio de la segunda «incógnita», a la que hicimos referencia anteriormente: los cálculos de los gobiernos.

Uno de los factores que cualquier gobierno ha de tener en cuenta antes de aceptar el riesgo de una guerra es, como se sabe, la opinión pública en general y especialmente la de aquellos sectores que durante años han dado pruebas de un pacifismo militante. Punto neurálgico, la socialdemocracia y el movimiento obrero pesaron considerablemente en las decisiones a tomar en este terreno³⁹⁰. ¿Se trató de una apuesta o de un cálculo consciente, basado en la evaluación de sus fuerzas y debilidades reales?

Pocos estudios se han consagrado a la evolución de las actitudes y reacciones de los gobiernos europeos de cara al movimiento socialista en la fase crítica que precedió a la movilización y en la que siguió al comienzo de las hostilidades. En una primera fase, los esfuerzos tendieron a neutralizar el movimiento obrero; en una segunda fase, a asociarlo a esta empresa. El mecanismo, los medios empleados, difieren de un país al otro. Sin embargo, las convergencias y paralelismos son sorprendentes. Los archivos de la policía testimonian un hecho: el gobierno alemán, al igual que el gobierno francés, estaban perfectamente informados acerca del estado de ánimo, los debates y las decisiones de las organizaciones obreras a todos los niveles³⁹¹. A finales de julio de 1914, los poderes habían comprendido con bastante lucidez las carencias y contradicciones de la Internacional y de los partidos socialistas de sus respectivos países, las debilidades de la estrategia pacifista. Como señala Fritz Sternberg, los gobiernos no creían ya, desde hacía mucho tiempo, en la amenaza de los socialistas: la amenaza de una revolución surgida de una eventual guerra europea³⁹².

³⁹⁰ Cf. Wolfgang J. Mommsen, «Die Regierung Bethmann Hollweg und die öffentliche Meinung 1914-1917», *Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte*, número 2, 1969, pp. 119-121.

³⁹¹ Citemos un solo ejemplo: las actas de las reuniones de la dirección del SPD o las de las reuniones conjuntas con la dirección general de los sindicatos, con el grupo parlamentario, etc., se encuentran en los archivos del *Polizeipraesidium de Berlin*, sección VII-4.

³⁹² Fritz Sternberg, *Capitalism and socialism on trial*, Londres, Víctor Gollancz Ltd, 1951, pp. 142-143.

¿Se daban cuenta de que las grandes consideraciones teóricas y confiadas disimulaban una impotencia? En todo caso, disponían de elementos suficientes para responder a las preguntas: ¿eran capaces los socialistas de llevar sus resoluciones a la práctica? ¿Estaban dispuestas las masas a seguirlos y a correr riesgos? De acuerdo con la experiencia de 1911-1912, sabían claramente que para pasar de las palabras a los hechos la acción pacifista de la Internacional estaba subordinada a un factor esencial: el tiempo. Para movilizar el «ejército del proletariado», para elevar la conciencia individual al nivel de la psicología colectiva, el Estado Mayor socialista debía hacer preparativos que podían durar semanas a fin de que el efecto producido fuera suficientemente potente. Ahora bien, en julio de 1914 los gobiernos comprendieron que el paréntesis abierto en la lucha socialista contra la amenaza de guerra desde 1913 no podía cerrarse en unos pocos días, que la movilización y la agitación socialista no podían superar y hacer retroceder la ofensiva y la manipulación patriótica y chauvinista. Sorprendida por los acontecimientos, la Internacional no logró dominarlos. «Nos pusimos a remolque del gobierno y de sir Edward Grey, y así seguimos»³⁹³, observa afligido Rosmer a fines de julio de 1914. Este desconcierto no podía pasar inadvertido a los gobiernos, que se aprovecharon de él. Pero en su articulación, este análisis comportaba riesgos, contenidos en la situación real. Los socialistas no permanecían pasivos del todo. En Alemania, el país que tomaría la iniciativa para desencadenar las hostilidades generalizadas, los socialistas manifestaban en julio su voluntad de oponerse a la guerra. Y esta protesta se mantuvo unánime tanto tiempo como fue tolerada. Los elementos conservadores, el emperador y los sectores militares seguían con cierta inquietud el desarrollo de esas manifestaciones. El 29 de julio, Guillermo III escribía al margen de un telegrama de Nicolás II:

³⁹³ Archives Monatte, ob. cit., p. 21.

«Los socialistas realizan maniobras antimilitaristas en las calles; no hay que tolerarlo, sobre todo *ahora*. Si estos disturbios se repiten, proclamaré el estado de sitio y haré encarcelar a los dirigentes y *tutti quanti*. En este momento no podemos permitir ninguna propaganda socialista»³⁹⁴.

Había el riesgo de que la hostilidad a la guerra resurgiera de forma brusca y violenta en tanto no se adoptaran las medidas para cortarla de raíz. El 24 de julio de 1914, cuando se decretó el estado de sitio en Alemania, el Estado Mayor pensó en aplicar el «plan de movilización interior» y detener a todos aquellos que eran susceptibles de crear dificultades: dirigentes de las minorías nacionales y socialistas. Hans von Delbrück, secretario de Estado para el Interior y vicescanciller, dio pruebas de más tacto político, es decir de prudencia. Se ganó el apoyo de Bethmann Hollweg, que opinaba también que emplear el terror en vísperas de una guerra era una torpeza burda e ineficaz. Hacía falta contemporizar, maniobrar, no dar oportunidad a los partidos políticos y en especial a la socialdemocracia para atrincherarse en una hostilidad abierta al gobierno. Estimaban que era preferible ganar la confianza de los socialistas y evitar así enfrentarse a una fuerte oposición interna, en el caso de que la guerra estallara. El gobierno adoptó, pues, una táctica de camuflaje hacia la dirección del partido y su clientela: habló su lenguaje y utilizó sus argumentos, primero para inspirarles confianza y después para tranquilizar su conciencia por el apoyo que iban a prestarle.

Para informarse de las verdaderas intenciones del SPD y ganar su apoyo positivo, el gobierno entró en contacto con el representante del Vorstand. Ya el 24 o 25 de julio, Delbrück se había dirigido a Südekun, a quien conocía personalmente, y siguiendo su consejo Haase y Rbert fueron invitados a una entrevista con el canciller³⁹⁵. Esta gestión no produjo el resultado previsto. Haase pareció no entender la advertencia de Bethmann Hollweg sobre el peligro de una guerra y su respuesta

³⁹⁴ *Die deutschen Documenten zum Kriegsausbruch 1914*, publicado en *Auftrag des Auswärtigen Amtes*, Berlín, t. xi, p. 48 (doc. n.º 332).

³⁹⁵ Cf. Clemens von Delbrück, *Die wirtschaftliche Mobilmachung in Deutschland*, según el legado, editado, prologado y completado por Joachim von Delbrück, Munich, 1924, pp. 100-105.

fue inequívoca: los socialistas no aceptarían que Alemania acudiera en socorro de Austria si ésta se veía amenazada con un ataque provocado por sus apetitos balcánicos³⁹⁶.

Sin embargo, la socialdemocracia quería creer en las intenciones pacifistas del gobierno. Era preciso, por encima de todo, no desengañarla. Desde el 23 de julio, el gobierno había decidido «negociar directa y “humanamente” con los socialdemócratas, tomar medidas contra las imbecilidades de los militares y frenar además la acción de los pangermanistas»³⁹⁷. Así, cuando el *Berliner Lokal Anzeiger* anunció la movilización el 30 de julio, el gobierno se apresuró a retirar de la circulación todos los ejemplares y a desmentir la noticia, logrando que el SPD viera en ello una provocación de los círculos belicistas³⁹⁸.

Por otra parte, la conversación confidencial mantenida por Südekum y Bethmann Hollweg veinticuatro horas antes había disipado todos los temores que el Canciller aún pudiera abrigar. Esta entrevista le permitió asegurarse sobre el verdadero estado de ánimo de los socialdemócratas y medir la firmeza de sus decisiones. Las informaciones de Südekum eran importantes: a partir de ese momento, el gobierno sabía con certeza que el SPD se mantendría en una oposición activa pero leal y no había motivos para temer su resistencia en caso de que fuera declarada la movilización general. Con su carta del 29 de julio de 1914 al canciller, Südekum había destruido, de un solo golpe, la gran arma psicológica de los socialistas, sus reiteradas amenazas –incluso en los últimos días– de responder con la fuerza a todos los manejos belicistas³⁹⁹.

El objetivo no era neutralizar al SPD, sino incluirlo en la futura unión nacional: para asegurarse de su lealtad, era necesario achacar a Rusia la responsabilidad del inminente conflicto.

³⁹⁶ Cf. Ernst Haase, Hugo Haase, *sein Leben und Wirken*, Berlín, 1929, página 25.

³⁹⁷ Eberhard Pikart, «Der deutsche Reichstag und der Ausbruch des ersten Weltkrieges», *Der Staat. Zeitschrift für Staatslehre, öffentliches Recht und Verfassungsgeschichte*, n.º 1, 1966, p. 59.

³⁹⁸ Cf. Egmont Zechlin, «Bethmann Hollweg. Kriegsrisiko und Spd 1914», *Der Monat*, n.º 208, enero de 1966, p. 27.

³⁹⁹ Cf. los documentos publicados por Dieter Fricke y Hans Radant en *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, n.º 4, 1959, pp. 757 ss.

Por lo demás, según el informe que Haase, presidente del partido, hizo de su entrevista, había sido convocado el 26 de julio para que su partido se comprometiera a no emprender ninguna gestión que justificara la voluntad belicosa del adversario ruso⁴⁰⁰. Al aludir a ese peligro, Bethmann Hallweg era consciente de la necesidad de presentar la guerra como defensiva para que cuando estallara la nación la considerase legítima.

«Una política que pudiese llevar a la guerra como medio de manifestar preventivamente su poderío no soportaría el juicio de la opinión pública, el del mundo europeo ni el del pacifismo internacional, tal como se expresaba en la doctrina de la socialdemocracia alemana».⁴⁰¹

Por el contrario, el SPD daría su apoyo, con toda seguridad, a una guerra en la que apareciera como agresor el zarismo ruso, al cual detestaba y atacaría implícitamente, a modo de compensación, al régimen prusiano. Bethmann Holhveg conocía muy bien los entresijos de esta rusofobia, ya antigua, tanto en la dirección del partido como entre los obreros organizados, rusofobia que ni siquiera la opinión de la izquierda socialista –para la cual Rusia no era sólo el baluarte de la reacción sino también el hogar de la revolución– podía cambiar. Si la confianza parecía ser el elemento decisivo para conseguir la adhesión de la socialdemocracia, el gobierno conocía otro factor que le permitía destilar hábilmente dicha confianza, integrarla en la táctica del palo y la zanahoria: desde 1910, el partido y los sindicatos temían ver destruidas sus organizaciones. En julio de 1914, sobre todo, esta eventualidad les parecía muy probable. Su mayor preocupación entonces era salvar la organización. Durante la reunión del BSI en Bruselas, ésa fue una de las preocupaciones esenciales, la causa del nerviosismo de los delegados austríacos y checo, Victor Adler y Nemeč, que De Man presenta así en sus memorias:

⁴⁰⁰ Cf. *Protokoll der Reichskonferenz der Sozialdemokratie Deutschlands vom 21, 22, 23 september 1916*, Berlín, 1916, p. 60.

⁴⁰¹ Egmont Zechlin, art. cit., p. 24.

«Curiosamente, su conversación revelaba que la razón principal de su nerviosismo era la preocupación por el peligro que amenazaba a la organización. Como socialistas lúcidos y de alto nivel intelectual, pensaban también, sin duda, en otras calamidades físicas y morales que la guerra podía causar, pero hablaban sobre todo de la organización amenazada de disolución, de los locales clausurados, de la prensa amordazada, de los coches de distribución del diario del partido requisados por el ejército»⁴⁰².

El 1 de agosto, numerosos funcionarios del SPD estaban dispuestos a partir, a renovar la experiencia del período de las leyes de excepción. Por su parte, los sindicatos se negaban a realizar acciones que pudieran «dejar a la clase obrera hundirse indefensa en la necesidad y en la miseria»⁴⁰³. Este temor no podía pasar inadvertido al gobierno, que supo aprovecharlo.

En Francia, los servicios de la policía estaban igualmente bien informados sobre las dificultades existentes para llevar adelante el acuerdo entre la SFIO y los sindicatos⁴⁰⁴. Hizo falta toda la autoridad y la fe de Jaurès para realizar esa unidad de acción, lo mismo que para la acción pacifista en general. En Francia, una de las debilidades tácticas de la acción contra la guerra era el hecho de que todo estaba centrado en un solo hombre: Jaurès. Y cuando la noticia de su asesinato se conoció en Francia y en el extranjero, la primera reacción de los dirigentes y militantes socialistas fue: es la guerra⁴⁰⁵. También Romain Rolland tuvo esa impresión, escribiendo a Charles Rappoport: el asesinato de Jaurès

⁴⁰² Hendryk De Man, *Zur Psychologie des Sozialismus*, Jena, Eugen Diederichs, 1927, p. 223. Cf. también Wolfgang Abendroth, *Histoire du mouvement ouvrier européen*, ob. cit., p. 63.

⁴⁰³ Cf. *Sitzungsprotokoll über eine gemeinsame Sitzung des Parteivorstands und der Generalkommission der Gewerkschaften am 11. Dezember 1913; angefertigt von Diener, 15 Dez. 1913, St. A. Potsdam. Pr. Br. Rep. 30*, Berlín, C. Polizeipraesidium, Tit 95, Set 7, Lit J, Nr 2, Bd. 3.

⁴⁰⁴ Cf. por ejemplo el estudio de Annie Kriegel, «Jaurès, le parti socialiste et la CGT á la fin de juillet 1914, d'après les rapports de police conservés aux Archives Nationales», *Bulletin de la Société d'Études Jaurèssiennes*, n.º 7, 1962, pp. 1-11.

⁴⁰⁵ Los numerosos telegramas que llegaron al BSI atestiguan esta reacción. El testimonio de Trotsky da la medida del impacto que produjo la noticia: «Supe que había sido asesinado cuando yo todavía estaba en Viena, ciudad que debía abandonar deprisa; la noticia me impresionó tanto como las primeras explosiones de la tormenta mundial» (L. Trotsky, *Voyna i Revolutsia*, t. II, Moscú-Petrogrado, p. 207).

«ha sido la batalla más importante perdida en esta guerra, perdida para el mundo entero»⁴⁰⁶.

Poco tiempo después, en la tarde del 31 de julio, el Comité Confederal de la CGT tomó la decisión de renunciar a la huelga general. Al parecer, el ministro del Interior, Malvy, fue informado inmediatamente de esta decisión. El 1 de agosto, a la una de la madrugada, envió un telegrama a los prefectos ordenándoles no proceder al arresto de ninguna de las personas inscritas en los famosos «carnés B» (se trataba de una lista, confeccionada por el gobierno de acuerdo con los informes de los prefectos, en la que figuraban de 3.000 a 4.000 militantes obreros que, en caso de movilización, debían ser apresados de inmediato). ¿Por qué? El texto del telegrama de Malvy, inequívoco, da la respuesta. Comenzaba con la siguiente frase: «Teniendo razones sobradas para creer que se puede confiar en los inscritos en los “carnés B” por razones políticas...»⁴⁰⁷. Únicamente los términos diferían entre la tranquilidad de Malvy y la que Bethmann Hollweg expresó el 30 de julio en la reunión del ministerio de Estado de Prusia: «Ya no había demasiado que temer» del SPD en caso de que la guerra estallara⁴⁰⁸.

Así, pese a las amenazas de los socialistas de responder a una gran guerra europea con la revolución, los gobiernos tenían derecho a creer que los socialistas cumplirían con su deber, pero esta vez como patriotas. «En julio de 1914, el gobierno no estaba demasiado afligido por la preocupación de una revolución social, levantamientos, negativas al servicio militar, huelgas de masas»⁴⁰⁹, señala el historiador alemán Egmont Zechlin. Muy cierto en julio de 1914. Pero ¿se extendía esta confianza más allá del futuro inmediato si no estallaba la guerra? Aquí pasamos del terreno de las certezas al de las hipótesis.

⁴⁰⁶ Carta escrita desde Ginebra el 30 de junio de 1915, Archivos Rapport, Am IISG.

⁴⁰⁷ Cf. Annie Kriegel, «Patrie ou révolution: le mouvement ouvrier français devant la guerre (juillet-août 1914)», *Revue d'Histoire Economique et Sociale*, n.º 3, 1965, p. 379.

⁴⁰⁸ *Die deutschen Dokumenten zurn Kriegsausbruch*, 1914, vol. 2, p. 178.

⁴⁰⁹ Egmont Zechlin, art. cit., p. 26.

Esta hipótesis, presente ya en el ánimo de los contemporáneos y sugerida por algunos historiadores, puede formularse así: una de las funciones que asumió la primera guerra mundial fue la de recurrir a la fuerza para cortar de raíz una revolución amenazante. La guerra cobra sentido no sólo con respecto a las rivalidades entre las grandes potencias sino también con respecto a la revolución⁴¹⁰.

Sospecha o insinuación, esta idea aparece desde antes de 1914 en numerosos socialistas inclinados a ver en una guerra futura «el esfuerzo supremo del capitalismo de un país determinado para evitar la revolución apelando a la unión nacional contra el enemigo exterior»⁴¹¹ No se trata ya de las grotescas exageraciones –«La guerra internacional es una válvula de seguridad para el mantenimiento de una sociedad de clases»– de un Gustave Hervé, que en 1907 acusaba a las clases dirigentes «de querer adelantarse a la revolución social mediante un baño de sangre»⁴¹². Hagamos más bien mención de algunos análisis que, a diferencia de la opinión predominante en el ambiente socialista de la época, no excluían la posibilidad de una guerra. Por ejemplo Charles Rappoport, a comienzos de 1913, incluía en su libro *La révolution sociale* un capítulo final titulado «La guerra y la revolución». A su juicio, las clases dominantes se debatían entre dos tendencias contradictorias:

⁴¹⁰ Elie Halévy presentó esta tesis por primera vez –de modo matizado y prudente, por cierto– en sus *Rhodes Memorial Lectures* (1929). Estas conferencias se publicaron en 1930 con el título *The world crisis 1914-1918: an interpretation*, Clarendon Press; y luego en francés, *L'ère des tyrannies: études sur le socialisme et la guerre*, París, Gallimard, 1938. Treinta años después, en la advertencia a los lectores de la reedición de los estudios de Halévy, Fritz Stern señalaba: «Es probable que ese temor consciente –o más bien inconsciente– a la revolución desempeñara un papel considerable en la orientación dada en Europa a la política exterior de antes de la guerra y parece increíble que los historiadores rara vez se hayan planteado siquiera problemas de este tipo después de Halévy» (Elie Halévy, *The era of Tyrannies*, Nueva York, 1965, pp. 321-22). Esta observación ya no es válida, pues Arno J. Mayer, en su obra fundamental *Wilson versus Lenin: political origins of the new diplomacy, 1917-1918*, ha tomado esta tesis como eje de su interpretación sobre los orígenes de la primera guerra mundial. En un artículo más reciente, donde expone claramente el marco conceptual de este problema, Mayer señala: «En su preocupación por recuperar un mayor control interno, los gobiernos comprometidos trataban de agitar el espectro de los peligros exteriores calculando que, al bode de la guerra, las tensiones internacionales podrían ayudar a desarrollar la cohesión interna» (Arno J. Mayer, «Internal causes and purposes of war in Europe, 1870-1956: a research assignment», *Journal of Modern History*, vol. 41, n.º 3, septiembre de 1969, pp. 291-303).

⁴¹¹ Léo Valiant, *Histoire du socialisme au XX^e siècle*, París, Nagel, 1948, páginas 41-42.

⁴¹² F. Stackelberg, *Mystification patriotique et solidarité prolétarienne*, París, Ed. de la Guerre Sociale, 1907.

«El miedo a la revolución es, a la vez, un excitante para los partidos de la guerra y un obstáculo a su criminal designio».

La guerra puede revelarse como generadora de revoluciones. Pero también puede ser la gran empresa contrarrevolucionaria, «el mayor enemigo del proletariado». Rappoport desarrolla esta idea en los siguientes términos:

«Por mucho que acumulemos miles de partidarios, por mucho que se llenen nuestros tesoros de guerra, la guerra lanza a los proletarios unos contra otros. Las libertades públicas son suprimidas, nuestros tesoros de guerra disipados. Qué admirable medio para la clases dominantes de desembarazarse de sus adversarios, de diezmarles mejor y más eficazmente que con prisiones, con horcas que hacen demasiado ruido para tan escasos resultados. Con el crecimiento de la clase obrera, frente a la marea socialista que sube y sube, las clases dominantes sentirán la tentación de jugarse el todo por el todo»⁴¹³.

Sin duda, planteada tal como lo hace Rappoport, esta hipótesis es simplificadora. Para abordar este problema en toda su complejidad, habría que diagnosticar el estado de salud de Europa a comienzos del siglo XX. ¿Padecía una enfermedad cuyo síntoma era la alternativa revolución o emigración, según la fórmula de Marc Ferro?⁴¹⁴ En caso afirmativo ¿cuáles eran los sectores sociales y geográficos más especialmente afectados? Si se considera que, «la revolución es una realidad que se genera en el curso espontáneo de las cosas y, a la vez, una idea que se elabora en la mente de los individuos más conscientes»⁴¹⁵, no basta con diagnosticar la enfermedad; es importante observar, además, a los que son sus agentes y sus zonas de propagación.

⁴¹³ Charles Rappoport, *La révolution sociale*, París, Quillet, 1912, páginas 490-491.

⁴¹⁴ Cf. Marc Ferro, *La Grande Guerre, 1914-1918*, París, Gallimard, 1969, página 384.

⁴¹⁵ Merleau-Ponty, *Sens et non-sens*, París, Nagel, 1963, p. 314.

Para comenzar, habría que auscultar los sectores sociales. En primer término, el medio estudiado e infinitamente complejo del movimiento obrero. Ciertamente, los partidos socialdemócratas que evocan continuamente esta enfermedad de la sociedad capitalista se conforman con dejar constancia sin prescribir el remedio adecuado. Al contrario, en cuanto cuerpos constituidos, estos partidos se encuentran en el campo del orden. En vísperas de la guerra, la energía de los dirigentes está absorbida por la lucha contra el ala radical, minoritaria pero cada vez más combativa. Este aspecto no puede ser pasado por alto al buscar una respuesta satisfactoria a la pregunta: ¿por qué la mayoría de los dirigentes de la Internacional suscribieron la «unión sagrada» o aceptaron el *Burgfriede*? En el caso del SPD, ¿no habría que añadir a la seducción patriótica, a la fidelidad al Estado nacional, a la mentalidad de oposición «leal», la fobia a la izquierda en el seno mismo del partido? Ebert, segundo presidente del partido, da el tono. El 27 de julio de 1914 escribe al Comité Directivo que, en caso de sobrevenir una catástrofe, «habría también dificultades en el interior de nuestro partido. La guerra y el pujante renacimiento del movimiento obrero en Rusia inspirarán nuevos planes al grupo de Rosa...»⁴¹⁶. Esta obsesión por los *Rosaleute* es constante en Kautsky en los años de 1913 y 1914. El radicalismo y la agresividad de esta minoría militante, derrotada en el Congreso de Jena, que no ha renunciado, no constituyen por sí solos una explicación. ¿No habría que relacionarla con las corrientes más profundas que erosionan al movimiento obrero real, con ese fermento, con esa radicalización provocados por la carestía de la vida? Movimientos de reivindicaciones sociales ofensivos, europeos; movimientos con frecuencia espontáneos, que rebasan las consignas de las direcciones de los partidos y las desbordan.

En septiembre de 1917, Otto Bauer caracteriza la situación de los años 1911-1913 de la siguiente manera:

⁴¹⁶ F. Ebert, *ob. cit.*, p. 309.

«El encarecimiento del coste de la vida y el desarrollo de las asociaciones patronales habían reforzado considerablemente los antagonismos de clase. El crecimiento de la socialdemocracia alemana, la ola de grandes “huelgas en Inglaterra, el despertar del proletariado ruso, anunciaban gigantescas luchas de clases. En todas partes, las ilusiones reformistas se veían rebasada: el *ministerialismo* parecía desechado en Francia; en Italia, la clase obrera había expulsado del partido a los reformistas; en Austria, la mayoría del Congreso de Viena de 1913 se había levantado –al parecer con gran firmeza– contra las ilusiones reformistas que habían proliferado a causa de la victoria electoral. En todas partes, la clase obrera parecía decidida a seguir el camino que le había trazado el marxismo; el poderoso desarrollo de los cárteles y los trusts, el rápido proceso de subordinación de la economía mundial al capital financiero, el recrudecimiento del antagonismo entre las potencias mundiales imperialistas mostraban que se aproximaba la era de los enfrentamientos decisivos entre el capital y el trabajo»⁴¹⁷.

Esta llamarada decayó en vísperas de la guerra. En cambio, un profundo malestar se apoderó del movimiento europeo. El mismo malestar del que habla Kautsky en una carta a Adler en octubre de 1913:

«Si la miseria aumenta todavía más durante el invierno, no descarto manifestaciones de desesperación, huelgas salvajes y revueltas callejeras. Esto podría llevar a una crisis política, a medidas más duras contra nosotros, pero también, a una crisis del partido»⁴¹⁸.

Para Kautsky, el fenómeno se debe a un estancamiento del movimiento obrero europeo. La izquierda alemana, en cambio, ve en él una radicalización y acusa de inmovilismo a la dirección del partido.

⁴¹⁷ Prefacio de Heinrich Weber (pseudónimo de Otto Bauer) a Gustav Eckstein, *Der Marxismus in der Praxis*, Viena, 1918, pp. 3-4.

⁴¹⁸ Víctor Adler, *Briefwechsel...*, ob. cit., pp. 582-85.

Otros sectores sociales viven intensamente este malestar y sus ambigüedades. En primer lugar, el de la juventud, en rebelión larvada contra la sociedad de los adultos, con sus exigencias de «una poetización de la existencia», en palabras de Ernst Fischer⁴¹⁹. La rebelión fermenta tanto en la juventud burguesa como en la obrera. La primera se desviará hacia los más variados movimientos, la segunda desembocará en una organización combativa, la organización internacional de la juventud socialista que se ubica en la extrema izquierda del movimiento y rehúsa someterse a la autoridad de los mayores. Aunque desde distintas posiciones, una y otra «se sienten insatisfechas de su época y odian el mundo de sus padres. Revolución o guerra: quieren salir de esta pocilga bien ordenada»⁴²⁰. Lo mismo que Ernst Fischer, Marc Ferro ve en la primera guerra mundial la gran liberadora de energías: «Los soldados de 1914, al partir para la guerra, encontraban un ideal de recambio, que en cierto modo reemplazaba a las aspiraciones revolucionarias»⁴²¹. Podemos señalar que estos análisis son frecuentes ya entre los contemporáneos. Así Brupbacher escribe a Monatte el 19 de octubre de 1914: «Hasta nuestro buen James Guillaume ve en la guerra una continuación y un desarrollo de la gran revolución»⁴²². Pero hay que cuidarse de generalizaciones apresuradas. La guerra no constituye una alternativa compensadora para la juventud socialista. Al contrario, debe acentuar su proceso de radicalización y reforzar la opción internacionalista. La guerra parece bifurcar y dividir estas dos tendencias –la patriótica y la revolucionaria– en el movimiento de la juventud. División temporal que, cuatro años más tarde, dejará paso al acercamiento y la fusión gracias a la ola revolucionaria de 1918-1919.

⁴¹⁹ Ernst Fischer, *Probleme der jungen Generation*, Viena, Europa Verlag. Véase también Walter Z. Laqueur, *Young Germany: a history of the German youth movement*, Nueva York, Basic Books, 1962.

⁴²⁰ E. Fischer, ob. cit., p. 43.

⁴²¹ Marc Ferro, ob. cit., p. 21.

⁴²² Archives Monatte, ob. cit., p. 34.

Rebelión de la juventud contra la hipocresía, contra una sociedad de adultos anquilosados, pero también, por parte de una franja de intelectuales, rebelión «contra la banalidad del mundo burgués»⁴²³ que agudiza el malestar. Tan sólo conocemos la expresión literaria del movimiento de vanguardia intelectual: expresionismo, futurismo, donde se mezclan la violencia de Georg Heym, la de Vladimir Maiakovski o la de Marinetti. Vista desde este ángulo, toda la historia intelectual de Europa sigue siendo un campo de investigaciones apenas explorado.

Pero no basta con constatar estos síntomas en distintos medios sociales. Concretar y profundizar el análisis equivale, también a localizar el malestar en el espacio, en las estructuras sociales y políticas nacionales, en las contradicciones específicas. ¿Cuáles eran los puntos críticos, los puntos de fermentación? El mapa configurado por las investigaciones históricas actuales marca como zonas explosivas, en el umbral de una revolución o presas de una profunda crisis de rebelión, las regiones que se extienden desde el Rin a los confines de Europa, donde la tensión se agudiza a medida que se avanza hacia el este o hacia el sudeste. El ejemplo comúnmente citado es el de la ola revolucionaria ascendente en Rusia, que culmina en las grandes huelgas obreras en la capital justo en vísperas de la guerra, o el de la «semana roja» del 7 al 14 de julio de 1914 en Italia, que en ese momento vive el brote más fuerte de fiebre revolucionaria desde 1870, según el testimonio de Angélica Balabanoff ⁴²⁴. Para Rosa Luxemburgo, la función de la guerra es retrasar

⁴²³ A este respecto, véase el estudio de Madeleine Rebérioux, «Critique littéraire et socialisme au tournant du siècle», *Le Mouvement Social*, n.º 59, 1967, pp. 3-28. Sobre el expresionismo como protesta social contra el sistema capitalista, cf. Walter H. Sokel, *The writer in extremis: expressionism in twentieth century German literature*, Stanford University Press, 1959. Sobre esta generación de intelectuales de la guerra que «dudaban de la prudencia de sus mayores, se lanzaban ávidamente a la búsqueda de confianza y de un ideal, y cuya rebelión cultural se transformó en cruzada política durante la primera guerra mundial», véanse las reflexiones de H. Stuart Hughes, *Consciousness and society: the reorientation of european social thought, 1890-1930*, Nueva York, Knopf, 1958, p. 338 [*Conciencia y sociedad*, Madrid, Aguilar, 1972],

⁴²⁴ Angélica Balabanoff, *My Life as a rebel*, pp. 128-29.

«lo que se veía brotar desde hacía algunos años: el resurgimiento de la revolución rusa. El proletariado ruso, que a partir de 1911 había logrado sacudirse la losa de plomo del periodo contrarrevolucionario... no permitió que la guerra lo desorganizara, que la dictadura del sable lo maniatara, que el nacionalismo lo confundiera, más que dos años y medio»⁴²⁵.

¿Quebró la guerra el proceso de las fermentaciones revolucionarias para hacerlas más violentas en 1917, o bien modificó su curso desviándolo hacia una solución nacionalista en Austria-Hungría, deformándolo en Italia en una revolución fascista, abortándolo en Alemania con una sangrienta derrota? Otras tantas preguntas que ya han sido planteadas por los historiadores y requerirían un estudio del ritmo de las crisis revolucionarias.

En esta óptica, las revoluciones de 1917-1918 no aparecen como un accidente que se inserta artificialmente en la historia de la guerra o como una catástrofe violenta que rompe el largo plazo, sino como un proceso que la guerra retrasó o desvió, en lugar de catalizarlo. Como señaló Arthur Rosenberg:

«El llamado hundimiento de la Internacional no tuvo su origen en el hecho de que la clase obrera socialista fuese incapaz entonces de impedir la guerra. Porque aun en el supuesto de que los socialdemócratas de las ocho grandes potencias hubiesen tenido a su cabeza revolucionarios heroicos, la guerra no se habría podido evitar... Sin embargo, en agosto de 1914 la Internacional se vio obligada a disipar la bruma revolucionaria de la que hasta entonces se había rodeado; esta operación pudo tomar el aspecto de una derrota»⁴²⁶.

El hundimiento de la Internacional reviste, entonces, otra dimensión, otro significado, distintos de la impotencia, el viraje o la traición. La guerra concreta un renunciamiento que viene de muy antiguo, encierra a la Internacional en sus propias contradicciones y la arrincona en un callejón sin salida.

⁴²⁵ Rosa Luxemburgo, *Écrits politiques, 1917-1919*, París, Maspero, p. 20 [*Escritos políticos*, Barcelona, Grijalbo, 1977]. Véase también J. Jemnitz, ob. cit., p. 332.

⁴²⁶ Arthur Rosenberg, *Histoire du bolchevisme*, París, Grasset, 1968, páginas 123-124.

6. GUERRA Y REVOLUCIÓN EN LENIN⁴²⁷

El 27 de mayo de 1917, Lenin pronunció una conferencia pública en Petrogrado sobre un tema por entonces de actualidad: las relaciones entre guerra y revolución. Tema candente que en las reuniones del partido ocupaba el centro de los debates y controversias, calificados por Lenin de «estériles, vanos y sin objeto».

«He llegado a la convicción de que si hubo un montón de malentendidos en este terreno fue porque, al analizar esta cuestión, con frecuencia hablamos dos lenguajes absolutamente diferentes»⁴²⁸

En principio, nada caracteriza mejor el estado actual de las reflexiones sobre este tema que esas mordaces observaciones del dirigente bolchevique: los exégetas continúan hablando «lenguajes absolutamente diferentes» en función de sus opciones políticas e ideológicas. En la polémica entre las diversas interpretaciones proyectivas o justificativas, como las que dan los teóricos de la absolutización de la guerra revolucionaria, que atribuyen a la conflagración imperialista el papel de detonante necesario de la revolución, o las de los ideólogos de la coexistencia pacífica, el único rasgo común es la referencia a Lenin. Mediante el recurso a citas amalgamadas o truncadas, a afirmaciones fantasiosas, a una sistematización muy particular de la historia, surgen imágenes, temas en los que el modelo inicial no es más que un pretexto y carece de interés. La historiografía, con sus inclinaciones partidistas o los errores inherentes a las síntesis apresuradas, contribuye, por su parte, a alimentar esos clichés, y en especial el de la profecía conminatoria. Así, en una de las mejores biografías de Lenin se puede leer:

«Desde hace algunos años [antes de 1914], el carácter inevitable de una conflagración mundial entraba en los cálculos de Lenin...», quien veía «en la catástrofe que se abatía sobre la civilización europea una excelente coyuntura para la rebelión social [...] y no

⁴²⁷ Publicado en *Revue Française de Sciences Politiques*, n.º 2, 1971.

⁴²⁸ V. I. Lenin, *Oeuvres*, París, Ed. Sociales; Moscú, Ed. en Lenguas Extranjeras, t. 24, 1958, p. 407 («Guerre et révolution»).

esperaba más que el momento favorable para transformar la guerra en una revolución mundial; el fantasma de una paz prematura era para él una fuente permanente de dudas, temores, depresiones»⁴²⁹.

Entre una visión orgánica de la correlación guerra-revolución y la relativización de cualquier vínculo entre los dos fenómenos hay un abismo total. ¿Hay que buscar su explicación sólo en la interpretación «dogmática», en la «libertad» con que se toman la letra y el espíritu de los textos, o bien se desprende de la complejidad del pensamiento y de la práctica de Lenin, que por sí mismas se prestan a interpretaciones ambiguas? Así, para Lenin, el estallido de la primera guerra mundial, que precipita el derrumbe de la II Internacional, marca un enorme viraje, una nueva etapa en el desarrollo del socialismo. Pero ¿qué clase de viraje? ¿El que permite levantar «el velo de la hipocresía oficial», «barrer las convenciones», introducir una clara demarcación entre oportunismo y marxismo revolucionario, o el que marca el fin del puro legalismo que los partidos obreros pudieron y debieron invocar entre 1889 y 1914, el fin de los métodos derivados de aquél; el que exige el aprendizaje y el empleo de nuevas formas de organización y lucha? ¿Cuáles son sus consecuencias prácticas? Se puede hacer una doble interpretación: *a)* la guerra zanja de un modo brutal las divergencias fundamentales e inscribe la realización del proyecto socialista en una nueva perspectiva: en Europa, el socialismo sale del estadio de desarrollo relativamente pacífico y limitado al estrecho marco nacional; *b)* o bien, la guerra crea una situación «objetivamente revolucionaria», el movimiento socialista internacional entra en el estadio de las acciones revolucionarias, al convertirse el «gran día» en un objetivo inmediato y accesible. En este contexto complejo de interpretaciones ¿se considera la guerra como una causa, un catalizador o una consecuencia del imperialismo y de su agonía?

⁴²⁹ Adam A. Ulam, *Lenin and the Bolsheviks*, Londres, Collins, 1969, páginas 391, 394 y 402.

Tal vez esta ambigüedad explique, al menos en parte, el hecho de que, a diferencia de la reiteración de temas tales como la teoría leninista de la revolución, Lenin y la guerra imperialista, etcétera, se haya silenciado, incluso en la pletórica literatura del centenario, este aspecto particular: las relaciones entre guerra y revolución en el pensamiento de Lenin. Como lo admite uno de los escasos autores que se han aventurado en este terreno, el historiador de la EDA Fritz Klein, se trata de un «tema muy complicado»⁴³⁰.

Cualquier tentativa de análisis sistemático tropieza, en principio, con las dificultades propias de las actitudes y decisiones de Lenin. Hay que recurrir a uno de los testigos más cualificados, el viejo bolchevique Lozovski, para comprender su mecanismo:

«Si se aborda a Lenin desde el punto de vista de la lógica pura, se pueden constatar contradicciones [...], pero si se abordan los acontecimientos desde un punto de vista dialéctico, se verá que no hay allí, de hecho, ninguna contradicción: Lenin aplicaba la táctica de los virajes bruscos»⁴³¹.

En efecto, Lenin no elabora preceptos, ni un modelo estratégico, ni una teoría fundada en la dialéctica guerra-revolución. Su actitud es concreta; su reflexión teórica no precede a la acción ni la postula, se limita a ordenarla en situaciones históricas precisas. No es la ortodoxia de las consideraciones ideológicas sino el realismo, la política realista exigida por la acción, los que determinan su postura, su apreciación de la correlación que puede existir: a) entre el fenómeno guerra y el fenómeno revolución (siendo considerada la conflagración como un catalizador útil a la empresa revolucionaria en gestación); b) entre el fenómeno revolución y el fenómeno guerra (la violencia exterior sirve a las clases dominantes de remedio preventivo; es una empresa contrarrevolucionaria destinada a impedir el estallido de la revolución latente).

⁴³⁰ Cf. Fritz Klein, «Lenin über Krieg und Revolution», *Studien über die Revolution*, Berlín, Akademie Verlag, 1969, pp. 342-357.

⁴³¹ A. Lozovsky, *Le grand stratège de la guerre de classes*, París, Librairie du Travail, 1924, p. 31.

Además, la tipología de las guerras que Lenin elabora poco a poco, teniendo en cuenta la necesidad de registrar fenómenos nuevos como las guerras nacionales (de liberación nacional), las guerras revolucionarias, etc., no es una clasificación abstracta o normativa y, en consecuencia, no puede reducirse a modelos o categorías inmutables.⁴³² Por lo demás, esto constituye para él un problema secundario y, poco convencido de su rentabilidad, se niega a entrar en la discusión sobre el carácter de las guerras, que volverá a ponerse sobre el tapete en la Internacional después del Congreso de Stuttgart⁴³³. En 1908, precisa su posición de principio, que en cuanto al fondo se mantendrá invariable:

«No es el carácter defensivo u ofensivo de la guerra, sino los intereses de la lucha de clases del proletariado, o más bien los intereses del movimiento internacional del proletariado, los que constituyen el único punto de vista posible a partir del cual se puede examinar y resolver el problema de la actitud de la socialdemocracia ante tal o cual fenómeno de las relaciones internacionales»⁴³⁴.

Lenin admite que «la guerra no es un juego; es algo monstruoso»⁴³⁵. Pero esta apreciación ética no entraña un criterio de juicio político, como tampoco es determinante para la acción.

«Nosotros, los marxistas, nos diferenciamos de los pacifistas, lo mismo que de los anarquistas, en que reconocemos la necesidad de analizar históricamente (desde el punto de vista del materialismo dialéctico de Marx) cada guerra por separado»⁴³⁶.

⁴³² Lenin resume así su perspectiva: «La ciencia marxista [...] exige permanecer siempre en el dominio de lo concreto; sería un error extender la apreciación de la guerra actual a cualquier guerra posible bajo el imperialismo, olvidar los movimientos nacionales [...] que pueden producirse *contra* el imperialismo... Un principio fundamental de la dialéctica marxista es que todos los puntos de demarcación, en la naturaleza y en la sociedad son convencionales y móviles» (Lenin y Zinóviev, *Contre le courant*, París, Bureau d'Éditions, de Diffusion et de Publicité, s.f. [reedición en facsímil, París, Maspero, 1970], vol. II, p. 157).

⁴³³ Sobre este debate, véase Milorad M. Drachkovitch, *Les socialismes français et allemand et le problème de la guerre, 1870-1914*, Ginebra, Droz, 1953, p. 385.

⁴³⁴ Lenin, *Polnoe*, 5.ª ed., t. 15, p. 176.

⁴³⁵ Lenin, *Oeuvres*, t. 24, pp. 432-433.

⁴³⁶ *Ibid.*, t. 21, p. 309.

No es una tarea fácil pues «las guerras son algo confuso, complejo e intrincado. En este terreno no se pueden aplicar clichés»⁴³⁷. La constante de su enfoque consiste en considerar la guerra de modo concreto, en cuanto categoría histórica. Al igual que Rosa Luxemburgo, estima que «es más bien una etapa ineluctable del capitalismo, una forma tan normal de la vida capitalista como la paz»; a su vez la guerra revolucionaria no es más que una forma de lucha por su antinomia, el socialismo⁴³⁸.

Lenin toma prestada su filosofía sobre el fenómeno de la guerra de Clausewitz, «uno de los más eminentes autores»⁴³⁹ y de allí derivan los criterios que utiliza para apreciar la naturaleza de una conflagración: a) ¿cuál es la política que se prolonga en la guerra («la guerra es la prolongación por otros medios de la política»)?; b) ¿cuáles son las condiciones históricas de las que emerge la guerra?; c) ¿qué clase la dirige?; d) ¿qué fines persigue?⁴⁴⁰. Esta actitud es suficientemente vaga, suficientemente general, en suma, para no proporcionar la clave de su estrategia, de su sistema de consignas.

Enfocar el problema desde el ángulo de la guerra y en términos que no sean los de Lenin sería, en efecto, meterse en un callejón sin salida. Para él, sólo hay un aspecto dominante: el carácter ineluctable de la revolución proletaria, de la toma de] poder político. Sus reflexiones teóricas se centran en una estructura significativa: la organización, la vanguardia revolucionaria en cuanto mediación e instrumento indispensable del proyecto revolucionario concebido como un movimiento histórico cuyo avance no es lineal. Ha habido y habrá «desviaciones con respecto al tipo y al ritmo medio del movimiento», pues «no podemos saber a qué ritmo ni con qué resultados se desplegarán los movimientos históricos de una época determinada». Alrededor de

⁴³⁷ *Ibid.*

⁴³⁸ *Ibid.*, t. 24, p. 409.

⁴³⁹ Las notas de lectura de Lenin sobre Clausewitz han sido publicadas en *Leninski sbornik*, t. XII, 1930, pp. 387-452; cf. además el importante estudio de Werner Hahlweg publicado en *Archiv für Kulturgeschichte*, 36, 1954; así como el resumen de John Keep, «Lenin as tactician», pp. 139-140, en Leonard Schapiro y Peter Reddaway, comps., *Lenin: the man, the theorist, the leader. A reappraisal*, Londres, Pall Mall Press, 1967.

⁴⁴⁰ Lenin, *Oeuvres*, t. 24, pp. 408 y 599.

este eje, de esta constante, se articulan los factores y las variables que debe abarcar una concepción realista de la estrategia. En la jerarquía de factores, Lenin no asigna a la guerra ningún lugar fijo. No es más que una variable subordinada. Lo mismo puede facilitar que complicate el proyecto revolucionario «con tareas que nada tienen que ver con la revolución»⁴⁴¹.

Desde esta óptica, el problema reside en saber qué lugar ocupa la guerra –como freno o fermento– en los cálculos estratégicos de Lenin y en qué medida el modo en que la aborda en situaciones concretas influye en el desarrollo teórico del leninismo. La problemática es vasta, pero aquí nos contentaremos con abordar algunos de sus aspectos, situándola en el contexto de las soluciones teóricas y políticas elaboradas por los marxistas de la II Internacional y en el de la divisoria que se establece en el pensamiento de Lenin antes y después de 1914.

I

El problema de la guerra y de la paz estaba en el centro de las reflexiones socialistas en la época de la II Internacional, la cual desde su Congreso de fundación se había definido como «el único y verdadero partido de la paz»⁴⁴². Por el contrario, la revolución esperada, cuya hora había sido profetizada para fines del siglo XIX, a juicio de los revisionistas aparecía en 1899 definitivamente excluida del orden del día, mientras que para los radicales parecía alejarse por plazo indeterminado. Sin embargo, la dialéctica guerra-revolución siguió agitando en contextos diferentes los ánimos socialistas, no sólo como un espantajo didáctico que la socialdemocracia enarbolaba sin cesar para atemorizar a la burguesía (la guerra es el crepúsculo del capitalismo, el comienzo de la revolución social, que la carrera armamentista y el recurso a la violencia entre las naciones harán madurar y estallar), sino también como un elemento importante en sus proyectos estratégicos y en sus cálculos tácticos.

⁴⁴¹ Lenin efectúa este análisis en 1905; cf. Fritz Klein, art. cit., p. 350.

⁴⁴² Cf. *Protokoll des Internationalen Arbeiter-Kongresses zu Paris*, Abgehalten vom 14-20 juli 1889, Nuremberg, 1890, pp. 119 ss.

Dos momentos, dos tipos de solución política y teórica atrajeron particularmente la atención de Lenin. El primero se desprendía de la estrategia elaborada a fines del siglo XIX por Engels que, en la constelación del «método pacífico de la lucha de clases», según la definición de Kautsky, planteó el problema de la relación entre la inminencia de la toma del poder político por los socialistas y la paz como condición *sine qua non* para su cumplimiento. Durante la guerra, en un contexto polémico, Lenin tradujo así esta problemática compleja:

«Disparad los primeros, señores burgueses», escribía Engels en 1891, defendiendo (con toda razón) el uso de la legalidad burguesa por nosotros, los revolucionarios, en esa época llamada del desarrollo constitucional pacífico. El pensamiento de Engels es todo lo claro que se puede [...] Para pasar de la papeleta del voto al “fusil” (es decir, a la guerra civil), nos es más ventajoso aprovechar el momento en que la burguesía viole ella misma la base legal que ha creado»⁴⁴³.

En realidad, el pensamiento de Engels, la nueva estrategia elaborada por él para las «nuevas condiciones de lucha» era netamente más compleja de lo que Lenin afirmaba⁴⁴⁴. Fue objeto de interpretaciones radicalmente diferentes y los revisionistas intentaron capitalizar lo que les parecía un viraje en forma de conversión al parlamentarismo «puro y simple».

En efecto, como destacó Trotsky:

«Engels consideraba la toma del poder por el proletariado como un problema esencialmente práctico, en cuya solución el ejército desempeñaba, naturalmente, un papel importante. En los movimientos nacionales y los acontecimientos militares de

⁴⁴³ Lenin, *Oeuvres*, t. 21, p. 94.

⁴⁴⁴ Por lo demás, ese pensamiento sigue siendo objeto de interpretaciones divergentes entre los historiadores, como lo prueban las interesantes ponencias presentadas por Hans-Joseph Steinberg y Heinrich Gemkow en el coloquio celebrado en Wuppertal en mayo de 1970, con motivo del 150° aniversario de Engels. Cf. *Friedrich Engels 1820-1970, Referate, Diskussionen, Dokumente*, Hannover, 1971, pp. 99-106 y 115-126 (Schriftreihe der Forschungsinstituts der Friedrich-Ebert Stiftung, vol. 85).

1789, 1864, 1866, 1870-1871, Engels ve palancas de acción revolucionaria»⁴⁴⁵.

Dicho de otro modo, la guerra podía ser, a juicio de Engels, un factor de aceleración de la revolución. Ahora bien, a partir de 1891, en una serie de textos, Engels inicia una modificación fundamental del postulado según el cual el proletariado no puede conquistar el poder si no es recurriendo a la violencia en la lucha contra el Estado burgués.

Este análisis se fundaba en la perspectiva del ascenso al poder de la socialdemocracia como objetivo inmediato⁴⁴⁶. Derivaba de una visión, según la cual el capitalismo es un sistema anquilosado, incapaz de sobrevivir sin recurrir a la violencia. Por miedo a la revolución, las clases dirigentes pueden sentirse obligadas a adoptar una política desesperada. El ejército sigue siendo, al igual que en 1871, «un instrumento en el conflicto de las fuerzas sociales» —en palabras de Jaurès—, una fuerza de represión o de diversión subordinada a la burguesía, que sólo el respeto de la legalidad puede neutralizar. Desde esta perspectiva, toda la problemática guerra-revolución se invierte; el conflicto armado entre las naciones en lugar de ser un catalizador se convierte en un temible obstáculo, y en consecuencia la paz es el factor decisivo para el éxito del movimiento obrero. En 1889, en su primer Congreso, la gran mayoría de la Internacional recoge esta idea y «afirma la paz como condición primera e indispensable para toda emancipación obrera». La tarea de la socialdemocracia consistía pues en impedir que las fuerzas retrógradas hallaran una salida desencadenando el mecanismo de la contrarrevolución mediante el recurso a la violencia, ya fuera exterior (la guerra) o interior (la represión armada, la guerra civil), lo cual podría obstruir el espacio conflictivo entre burguesía y proletariado, obstaculizar la libertad de acción y comprometer una progresión sólida del movimiento revolucionario⁴⁴⁷.

⁴⁴⁵ Prefacio de Trotsky a F. Engels, «Notes sur la guerre de 1870-1871», publicado en traducción francesa en la revista *Que faire?*, n.º 3, junio de 1970, p. 9.

⁴⁴⁶ A este respecto, véase E. Molnar, *La politique d'alliance du marxisme (1848-1889)*, Budapest, Akadémia, 1967, pp. 347 ss.

⁴⁴⁷ En marzo de 1889, Lafargue, especulando sobre las dificultades que Boulanger encontraría una vez en el poder, elaboró la hipótesis de una guerra a la que Francia se vería empujada por Rusia. Y tomando el ejemplo de 1871, pronosticaba con optimismo: «La declaración de guerra abrirá tal

Engels era consciente de la inversión dialéctica de sus posiciones. A su juicio, no se trataba de rechazar totalmente la violencia, sino de excluirla dentro de una determinada situación. No hay en él ningún replanteamiento –implícito o explícito– del principio según el cual el cambio social sólo puede ser fruto de una revolución política, de una conquista de los poderes públicos, llevada a cabo por la clase obrera con el propósito de instaurar su hegemonía. Lo que él intentó definir y adecuar fueron sus modalidades. Esta búsqueda no implica la voluntad de conquistar el Estado a través únicamente de la intervención electoral, sino la de relativizar o excluir dos factores constantes, que la nueva relación de fuerzas ha vuelto inadecuados o caducos: *a)* el factor militar, *b)* el factor voluntarista.

A finales de siglo, los parámetros cambian fundamentalmente: la guerra ruso-japonesa parece replantear en términos nuevos toda la problemática de Engels. De sus innovaciones estratégicas, Lenin conserva sólo el método realista. Por su parte, reafirma la actualidad de la revolución, el papel de la violencia armada. El lenguaje de Lenin es, desde entonces, el de Marx y Engels en 1848, el de la estrategia de la fuerza armada. Y no tarda en reinterpretar la Comuna de París de un modo que respalde la lección de 1905: para tomar el poder es preciso conjugar la huelga política de masas con la insurrección armada⁴⁴⁸.

Sin embargo, esta inversión total de las perspectivas o este retorno a las fuentes no postula una causalidad recíproca entre guerra y revolución. La derrota del absolutismo ruso es considerada como un fermento revolucionario o más exactamente, como un hecho histórico capaz de influir en el desencadenamiento, el desarrollo y los resultados de la revolución. Pero la guerra ruso-japonesa, pese a su

vez la era revolucionaria; la guerra es la nación armada. En París y en muchas ciudades habrá disturbios e intentos de organización de un gobierno revolucionario». Engels respondió de inmediato: «Para mí, la guerra es la más terrible eventualidad», pues conducirá «a una forzosa e inevitable supresión de nuestro movimiento», sobre todo el de Alemania que sería «abatido, aplastado y aniquilado, mientras que la paz nos lleva a una victoria casi cierta. Y Francia no podrá hacer una revolución durante esta guerra sin empujar a Rusia, su única aliada, en brazos de Bismarck y verse aplastada por una coalición (*Correspondance entre Engels et Paul et Laura Lafargue*, vol. II, París, Ed. Sociales, 1956, pp. 224-226).

⁴⁴⁸ A este respecto, véase Alexander Fischer, «Lenin und die Technik des bewaffneten Aufstandes in der russischen Revolution von 1905», *Wehrwissenschaftliche Rundschau*, 7, 1966, pp. 386-404.

papel «objetivamente revolucionario», le parece más bien un «signo de la debilidad de las clases revolucionarias rusas», que sin ella «no estaban en condiciones de sublevarse»⁴⁴⁹. Lenin no trata pues de entregarse a deducciones teóricas, ni tampoco de universalizar la experiencia rusa.

El problema, sin embargo, queda planteado. En 1908, Otto Bauer formula los nuevos datos basados en el análisis «del desarrollo imperialista de los grandes Estados capitalistas».

«Hoy día, evidentemente, al hacer la crítica del militarismo hay que tener en cuenta otras consideraciones que las expresadas por Friedrich Engels... Si en condiciones totalmente modificadas la lucha por la paz es una de nuestras más importantes tareas, esta lucha no puede ser llevada a cabo más que como una parte de nuestra lucha contra el imperialismo, y no al modo lacrimógeno de Suttner o Tolstoi, que se compagina con el partido de la lucha implacable, sino con plena conciencia de que la guerra, que actualmente es sólo un medio de opresión imperialista, puede ser de nuevo un medio de liberación proletaria»⁴⁵⁰.

Estos análisis inciden poco o nada en los debates que se suscitan de nuevo en la Internacional a partir de 1904, cuya trama sigue siendo la dicotomía guerra-paz, y continúan centrados en la búsqueda de una estrategia preventiva⁴⁵¹. Lenin ha seguido de cerca estas discusiones y divergencias en los congresos de la Internacional y en las reuniones del BSI a los que asiste regularmente entre 1907 y 1911. Pero no se aparta de su papel de observador, limitándose a constatar en 1908 que ningún socialista pone en duda la colusión entre militarismo y

⁴⁴⁹ Ciertamente, su análisis y apreciación de la guerra de 1904-1905, que él asimila a una guerra colonial por parte de Rusia, son mucho más complejos y merecen un estudio aparte. Así: «La guerra de un país avanzado con un país atrasado ha desempeñado una vez más, como ocurre con frecuencia en la historia, un gran papel revolucionario». Lenin precisa su pensamiento señalando «la obra revolucionaria cumplida por la burguesía japonesa, vencedora de la autocracia», y subraya «el gran papel revolucionario de la guerra histórica en la que el obrero ruso participa a su pesar» (*Oeuvres*, t. 8, pp. 45-48).

⁴⁵⁰ Heinrich Weber (pseudónimo de Otto Bauer), «Nationale und internationale Gesichtspunkte in der auswärtigen Politik», *Der Kampf*, n.º 2, 1908-1909, p. 538.

⁴⁵¹ Cf. Georges Haupt, *Le congrès manqué: l'Internationale à la veille de la première guerre mondiale*, París, Maspero, 1965, pp. 15 ss.

capitalismo. No obstante, agrega que «el reconocimiento de ese vínculo no basta para determinar concretamente la táctica antimilitarista de los socialista, no resuelve el problema práctico de saber cómo luchar contra la locura del militarismo y cómo oponerse a las guerras. En la respuesta a estos asuntos es donde se manifiestan las grandes divergencias entre los socialistas»⁴⁵².

Lenin concede escaso interés al problema de la definición de los medios preventivos, que sin embargo alimenta las tensiones entre los dos grandes de la Internacional: los socialistas alemanes y franceses. Para él, se trata de un problema puramente táctico⁴⁵³, subordinado a una coyuntura dada, que por lo tanto es imposible e inútil resolver por anticipado. Lenin no entra en el juego, y guarda silencio tanto en sus escritos como en las reuniones del BSI. De ahí que no quede rastro de ninguna intervención suya en la tumultuosa sesión a puerta cerrada, convocada urgentemente en Zurich el 23 de septiembre de 1911, a raíz de la ampliación de la crisis marroquí⁴⁵⁴. Este silencio no facilita el trabajo del historiador pero en sí mismo es elocuente.

Para los militantes de su partido, Lenin es más disertador y no oculta sus opiniones: su aversión a las múltiples sugerencias de Vaillant⁴⁵⁵, al que considera un ingenuo, su categórico rechazo de la moción presentada conjuntamente por Vaillant y Keir Hardie al Congreso de Copenhague sobre el recurso a la huelga general para impedir la guerra; su desprecio por la táctica insurreccional de Hervé a la que califica de aventurerismo y de «imbecilidad heroica». Lenin también se distancia de la táctica de «cuanto peor, mejor» sostenida por la extrema izquierda alemana (Radek), según la cual en la época del imperialismo las «convulsiones de la guerra» son el camino más corto hacia la revolución. Para él se trata ante todo de definir los principios de una

⁴⁵² Lenin, *Sochinenie*, t. 15, p. 170.

⁴⁵³ Véase el estudio de M. I. Psedecki, «Voprosi voini i militarisma na Kopenhagenskom kongresse II Internacionala (1910)», *Novaia i noveisaia Istorija*, n.º 2, 1962, pp. 63-79.

⁴⁵⁴ Trataremos detalladamente este episodio, del que aún no se sabe nada, en la recopilación de documentos en preparación, *Bureau Socialiste International: comptes rendus, manifestes, circulaires*, vol. II, 1907-1914.

⁴⁵⁵ Sobre las sugerencias de Vaillant respecto de la táctica a adoptar contra la guerra, enviadas en forma de circulares a todos los delegados del BSI por su secretario, y por lo tanto recibidas por Lenin que era entonces delegado del POSDR en el BSI, cf. *Bureau Socialiste International...*, vol. I, 1900-1907, París, Mouton, 1970, pp. 175 ss.

estrategia que, a la luz de la experiencia de 1905, tenga en cuenta los nuevos datos en la correlación guerra-revolución.

Lenin resumirá esa estrategia en la enmienda que, en 1907, presenta con Rosa Luxemburgo y Martov en el Congreso de Stuttgart y cuyo objetivo no es sólo «impedir que estalle la guerra, sino utilizar la crisis desatada por la guerra para acelerar la caída de la burguesía», para decirlo con sus propias palabras⁴⁵⁶. ¿Se trata de una nueva agudización en la manera de plantear el problema guerra-revolución? ¿Abre la guerra nuevas perspectivas revolucionarias o bien es que Lenin quiere formular una alternativa por si fracasa la estrategia preventiva, considerando la guerra como una eventualidad y no como una necesidad? Y ante esa eventualidad, quiere fijar la posición de principio y el método revolucionario de la socialdemocracia, quiere prepararla para sacar partido de las crisis y de los virajes «históricos, objetivamente maduros», de los que surge una revolución y que pueden presentarse bajo la forma de una guerra.

Esa, enmienda, edulcorada a causa de los temores de Bebel, será traducida a formas jurídicas inatacables pero por eso mismo ambiguas. Habrá que esperar a septiembre de 1914 para que Lenin dé una interpretación categórica, a la luz del hecho consumado⁴⁵⁷. Aunque la Internacional adoptara su principio, esta alternativa prácticamente no es profundizada después de 1907 ni en el plano político ni en el teórico. Ni siquiera es abordada por Kautsky en su obra *El camino del poder*, publicada en 1909, que inicia una segunda etapa en los debates sobre la correlación guerra-revolución. Sin embargo, Lenin hace referencia en varias ocasiones a esta obra, considerándola como «la más completa exposición de las tareas de nuestra época», la elaboración más profunda sobre «los vínculos entre guerra y revolución», que expresa «la opinión incontestable de todos los socialdemócratas revolucionarios»⁴⁵⁸.

⁴⁵⁶ Sobre las circunstancias en que se elaboró esta moción, véase G. Zinóviev, *Der Krieg und die Krise des Sozialismus*, Viena, 1924, p. 619; también, Olga Hess Gankin y H. H. Fisher, *The Bolsheviks and the World War. The origin of the Third International*, Stanford University Press, Stanford (Calif.), 1940, pp. 55-65.

⁴⁵⁷ Véase por ejemplo Lenin, *Oeuvres*, t. 21, p. 186.

⁴⁵⁸ *Ibid.*, pp. 90-94 y 323.

No abordaremos aquí un aspecto no desprovisto de importancia: la manera como Lenin interpreta durante la guerra ese texto de aquel a quien califica de «la mayor autoridad de la II Internacional»; ni intentaremos deducir de ello que Lenin suscribe por entero ese análisis en el momento de su aparición. Importa, más bien, trazar las líneas maestras de ese nuevo tipo de solución, de la problemática kautskiana⁴⁵⁹. Ante el desarrollo del imperialismo y de sus contradicciones, Kautsky prevé el advenimiento de una nueva era de revoluciones y de guerras. De esta previsión extrae otros tipos de solución, esencialmente distintos de los de Engels. El camino recorrido por el proletariado desde fines del siglo XIX, la extensión que ha adquirido y su radicalización permiten «encarar una guerra con más calma [...], una salida con más confianza» y no ver sólo en ella, como hacía Engels, una enorme desgracia para el movimiento obrero⁴⁶⁰.

Kautsky no excluye la posibilidad de una revolución provocada por la guerra y sujeta, en su opinión, a determinadas formas. Deduce tres variantes posibles: 1) la más débil de las dos naciones beligerantes puede verse obligada a poner en la balanza todo el peso del apoyo popular y, por consiguiente, ceder el poder a «la clase más intrépida y energética, es decir el proletariado»; 2) el aplastamiento de un ejército y su consecuencia, la conciencia de la vanidad del sacrificio aceptado, pueden provocar un levantamiento popular, seguido de una toma del poder cuyo objetivo sería poner fin a una guerra «desastrosa y sin sentido»; 3) también una paz vergonzosa puede provocar un levantamiento general que una al ejército y al pueblo contra el gobierno»⁴⁶¹

⁴⁵⁹ Utilizamos la reciente reedición francesa de *Le chemin du pouvoir*, presentada por Víctor Fay (París, Anthropos, 1969, p. 212), en la que se ha omitido el subtítulo puesto por Kautsky: *Politische Betrachtungen über das Hineinwachsen in die Revolution* (Observaciones políticas sobre el paso progresivo a la revolución). Sobre las circunstancias de la publicación de esta obra y las peleas con el Comité Directivo del SPD, cf. Ursula Ratz, «Briefe zum Erscheinen von Karl Kautsky's Weg zur Macht», *International Review of Social History*, n.º 3, 1967. Muchos de los documentos publicados por Ursula Ratz han sido recogidos en el apéndice de la edición francesa de *Le chemin du pouvoir*.

⁴⁶⁰ K. Kautsky, *Le chemin du pouvoir*, ob. cit., pp. 162-63.

⁴⁶¹ *Ibid.*, pp. 25-26.

En esas tres situaciones, ¿cuál puede ser el momento propicio para el desencadenamiento de la revolución? Kautsky da a esta pregunta una respuesta categórica: «Podemos afirmar con la mayor certeza que la revolución surgida de una guerra estallará o bien en el curso de la misma o bien inmediatamente después», pronóstico que Lenin no dejará de poner de relieve en 1914-1915. Pero esta fórmula de Kautsky es también una respuesta indirecta y alusiva a uno de los temas de la propaganda de la época: el de una revolución como respuesta socialista inmediata al estallido de una guerra. En efecto, cualquier análisis serio excluye esta hipótesis por las razones que Trotsky enunciará algunas semanas después del comienzo de la primera guerra mundial:

«Una vez anunciada la movilización, la socialdemocracia se ve enfrentada a la fuerza de un poder concentrado, basado en un potente aparato militar dispuesto a arrasar, con la ayuda de todos los partidos e instituciones burgueses, cuanto obstáculo se interponga en su camino»⁴⁶².

Lenin, que en el ardor de la polémica rechaza esta afirmación, llega a conclusiones similares cuando en 1922 analiza la experiencia que acaba de terminar. En ese momento declara: «Es imposible “responder” a la guerra con la revolución en sentido literal, en el sentido más simple de estas expresiones»⁴⁶³.

Pero lo esencial del desarrollo teórico de Kautsky no reside en la dialéctica guerra-revolución. Para él se trata sólo de una eventualidad entre muchas otras, que inscribe más bien en el campo, de las especulaciones. Considera que la polemología no tiene bases científicas y, por lo tanto, apostar por la guerra implica aventurerismo. Por otra parte, no es seguro que la hipótesis de una revolución

⁴⁶² L. Trotsky, *Der Krieg und die Internationale*, Zurich, 1914, pp. 41-42.

⁴⁶³ Lenin, *Oeuvres*, t. 33, p. 461. En las mismas notas preparadas para la delegación soviética a la Conferencia de La Haya va aún más lejos: «Hay que explicar la situación real, hasta qué punto es grande el misterio de que está rodeado el nacimiento de la guerra y hasta qué punto la organización habitual de los obreros, aun cuando se llame revolucionaria, es impotente ante una guerra realmente inminente. Hay que explicar una y otra vez a la gente, de la manera más concreta, cómo ocurrieron las cosas durante la última guerra y por qué no podían ocurrir de otro modo».

provocada por la guerra se realice. La vitalidad, la duración y la amplitud de una revolución surgida de una guerra son problemáticas. La estrategia socialista debe, por consiguiente, basarse en análisis científicos y en certezas. Sólo una revolución nacida de la agravación de los antagonismos de clases es una necesidad absoluta, inscrita en las leyes del desarrollo capitalista⁴⁶⁴ y puesta en el orden del día por la extensión de las contradicciones del imperialismo. Kautsky, sin embargo, no excluye la perspectiva de una guerra europea que evitando la revolución, sigue siendo la única salida para las clases dominantes. Pero la fuerza creciente del proletariado hace retroceder a los gobiernos ante esta eventualidad, que se habría concretado hace mucho tiempo «si la revolución no fuera más inminente a causa de la guerra que de la paz armada».

Los problemas así planteados por Kautsky despertaron distintos ecos. Destacaremos tan sólo dos tipos de reacciones cuyos elementos reaparecen en las reflexiones, análisis y elaboraciones posteriores de Lenin. Así, en la correspondencia de Otto Bauer de enero de 1913 se cuestionan las certidumbres de Kautsky:

«Mientras el poder del Estado no haya sido quebrantado por la guerra y el pueblo no tenga una experiencia directa de las consecuencias de la guerra, el miedo a ese poder será demasiado grande para que una revolución sea posible»⁴⁶⁵.

Por la misma época, en un breve capítulo titulado «La guerra y la revolución», Charles Rappoport formula un punto de vista muy distinto, que esta vez viene a apuntalar las tesis de Kautsky. Para él, que en este período de calma es casi el único sensible a las amenazas que se anuncian, la guerra se presenta menos como un generador de revolución que como una empresa contrarrevolucionaria consciente, «un dique artificial frente a la marea socialista que sube»⁴⁶⁶. ¿Toma Lenin nota de estas reflexiones, las incorpora a un análisis estructurado de diferente manera sin hacer expresa referencia a ellas?

⁴⁶⁴ K. Kautsky, *Le chemin du pouvoir*, ob. cit., p. 27.

⁴⁶⁵ Citado por Julius Braunthal, *Otto Bauer, eine Auswahl aus seinem Lebenswerk*, Viena, 1961, p. 23.

⁴⁶⁶ Charles Rappoport, *La révolution sociale*, Paris, Quillet, 1913, páginas 490-491.

II

Es difícil desentrañar la red de influencias que se ejercen sobre Lenin sin caer en interpretaciones restringidas o exageradas. También podríamos internarnos por caminos secundarios disertando sobre los límites del «kautskismo» de Lenin o sobre su parentesco con el «marxismo de la II Internacional» del que es tributario antes de 1914. ¿No sería necesario, más bien, referirse a los mismos interrogantes históricos que se presentan a los teóricos marxistas antes de 1914 y replantear la problemática en los términos propios de Lenin, que no son ni la ecuación guerra = revolución ni la alternativa guerra o revolución, guerra o paz? Dicho de otro modo, ¿no sería necesario situar la meditación leniniana en su relación con las vicisitudes de los acontecimientos, en el contexto del devenir histórico que la rige, y comprenderla en el proceso de sus modificaciones o de sus rupturas ?

Esto sugiere, de entrada, dos preguntas fundamentales y controvertidas que podrían resumirse así: 1) ¿Habría acabado ya Lenin su construcción teórica antes de 1914 y postulado, sin enunciar sus tesis, las nuevas perspectivas revolucionarias que abriría una guerra imperialista? ¿La había calculado en sus proyectos estratégicos, de manera que la conflagración europea no hizo más que confirmar sus previsiones, concretar sus designios y precipitar la realización de sus objetivos? 2) ¿O más bien dedujo de la correlación guerra-revolución una nueva problemática y conclusiones políticas para la acción en las condiciones y sobre las bases de la realidad, es decir de un tipo de guerra inédita que puso de manifiesto contradicciones y tendencias subterráneas del imperialismo y suscitó una serie de nuevos problemas teóricos y políticos? ¿Adquirió entonces un perfil propio del edificio leninista, tanto en el aspecto teórico como en su aplicación en la esfera ideológica, en la deducción política y en su corolario estratégico?

La dificultad que se trata de zanjar no es sólo de orden metodológico; reside también en el carácter de las fuentes, de los escritos de Lenin, y en el tipo de descodificación que exige su discurso.

Se podría abrir aquí un paréntesis, sin por ello entablar un debate sobre las exigencias, los criterios, de un enfoque que Marcuse ha llamado «la doble lectura»⁴⁶⁷. Los problemas que suscitan los escritos de Lenin en relación con el tema aquí tratado no difieren, en lo esencial, de los que presenta generalmente el análisis de sus textos. Salvo que en el período anterior a 1914 la correlación guerra-revolución sólo dio lugar a textos esporádicos en reacción puntual a los imperativos de la actualidad (aun cuando Lenin se extendió en el análisis de la guerra ruso-japonesa o en 1912-1913, a la luz de las implicaciones de la política exterior zarista en las crisis balcánica dedujo la función revolucionaria que puede desempeñar una guerra nacional en condiciones sociales inmaduras). En cambio, durante la convulsión mundial toda su obra se nutrió de esta problemática. Aquí vuelven a encontrarse los rasgos característicos del estilo de Lenin que, en parte, ya han sido destacados por los estudios lingüísticos:

1. Sus escritos de guerra se sitúan bajo el signo de una polémica constante, tenaz, impregnada de una visión abrumadora de la práctica de la II Internacional. Escritos proyectivos donde pasado y futuro se confunden deliberadamente en un discurso que considera en primer término los imperativos de la acción en el presente.

2. Escritos de combate, sufren la continua interferencia de las exigencias de una pedagogía revolucionaria y de las maniobras tácticas derivadas de la regla de oro de Lenin, que Lozovskj enuncia con estas palabras: «No hay que abandonar nunca la iniciativa [...], la mejor manera de defenderse es atacar»⁴⁶⁸. Así, la consigna «transformar la guerra imperialista en guerra civil» no tiene las mismas implicaciones en 1914, en el contexto «de la desesperanza y la desmoralización» del mundo socialista –de las que no se salvan los bolcheviques;–, que en octubre de 1915, cuando las circunstancias se han modificado y el Estado Mayor leninista acaba de descubrir, en palabras de Zinóviev, «la perspectiva de una guerra revolucionaria en Rusia»⁴⁶⁹. Ya se trate

⁴⁶⁷ Herbert Marcuse, *Le marxisme soviétique: essai d'analyse critique*, París, Gallimard, Idées, 1963, p. 383 [*El marxismo soviético*, Madrid, Alianza, 19713].

⁴⁶⁸ A. Lozovski, ob. cit., pp. 17 y 27.

⁴⁶⁹ Véase el prefacio de Zinóviev a la recopilación *Contre le courant*, ob. cit., pp. 11-12.

de reafirmar vigorosamente los principios o un credo de base, o de enunciar la misma consigna como lema movilizador, Lenin recurre a los mismos medios, a las mismas construcciones «cuyo fundamento es la *repetición* en sus más diversos aspectos y en sus más diversos grados»⁴⁷⁰. Por consiguiente, la frecuencia de los temas testimonia acento, una permanencia en la esfera ideológica que, al mismo tiempo, puede ser una trampa para la interpretación del sistema de consignas lanzadas en cuanto expresión de una estrategia global.

- a) En sus escritos de combate, de circunstancias, la reflexión teórica está dispersa y con frecuencia disimulada en fórmulas con sentido concreto y actual⁴⁷¹. Como subrayó Bujarin, Lenin, hombre de acción, no «pudo enunciar sus tesis teóricas en forma concentrada» y tampoco lo quiso, movido como estaba por «una comprensión profunda del papel subalterno de cualquier construcción teórica». Es durante la guerra cuando Lenin se dedica a un trabajo teórico de una intensidad cada vez mayor, como testimonian sus *Cuadernos filosóficos*. Pero no enfocará desde este ángulo la elaboración de su obra capital sobre el imperialismo, concebida en la óptica así definida por Bujarin: «Uno de los rasgos más característicos consistía en ver el sentido práctico de cada tesis, de cada construcción teórica»⁴⁷².

A través de este filtro hay que pasar, por consiguiente, todos los escritos de guerra de Lenin para evaluar la parte de la didáctica revolucionaria y de la orientación, de la articulación y de la estructura de una estrategia, lo cual supone un conocimiento del contexto, de la sucesión de los acontecimientos como condición previa e indispensable⁴⁷³.

⁴⁷⁰ Cf. la recopilación *Sprache und Stil Lenins*, Munich, Karl Hanser Verlag, 1970, pp. 126-27 (en especial el estudio de Boris Kasanki, «Lenins Sprache. Versuch einer Analyse der Rhetorik»).

⁴⁷¹ *Ibid.*, p. 167 (Boris Tomaschewski, «Die Konstruktion der These»).

⁴⁷² Nicolás Bujarin, *Lénine marxiste*, Paos, Maspero, *Dossiers Partisans*, 1966, p. 18.

⁴⁷³ Hoy este conocimiento es más asequible gracias a varias publicaciones importantes: en primer término, la edición de documentos realizada por Horst Lademacher, *Die Zimmerwalder Bewegung, Protokolle und Korrespondenz*, París-La Haya, Mouton, 1967, 2 vols. Hay que mencionar también la obra de J. G. Temkine, *V. I. Lenin i mezdunarodnaia sociáldemokratia (1914-1917)*, Moscú, Nauka, 1968, así como la monografía de Albert E. Senn, *Russian emigration in Switzerland during the war*.

III

Para intentar responder a los dos problemas que se plantean, tomaremos como punto de partida el examen de la temática fundamental que ordena el campo y determina el curso de la reflexión de Lenin: la interpretación diferencial que hace del carácter «concreto, histórico» de la guerra de 1914, definida como imperialista («una guerra de la época del capitalismo más desarrollado, la época del fin del capitalismo»), distinguiendo dos aspectos: *a)* la función; *b)* el lugar y el papel de esa conflagración en el proceso de la revolución socialista. Estos dos aspectos se interfieren en muchos niveles, sin por ello confundirse.

El 28 de septiembre (11 de octubre) de 1914, Lenin formula así «el verdadero significado de la guerra» imperialista: una guerra de conquista, de lucha por la supremacía entre las grandes potencias mundiales destinada a «arruinar a la nación competidora, saquear sus riquezas». En varias ocasiones volverá sobre este fragmento de definición. En cambio, será poco elocuente respecto de la segunda parte, expuesta detalladamente en este artículo de 1914: la función contrarrevolucionaria asumida por esta guerra para cerrar el paso a una revolución, o más exactamente a un desarrollo de la crisis revolucionaria que se perfila sobre todo en Alemania y en Rusia, y salvar así la hegemonía de la burguesía. Esa función consiste en: 1) «desviar la atención de las masas trabajadoras de las crisis políticas internas» y detener el proceso de radicalización en los países donde la situación es prerrevolucionaria; 2) «desunir y embaucar a los obreros [...] y exterminar su vanguardia» y asestar un golpe decisivo al movimiento obrero internacional⁴⁷⁴.

En Rusia, sobre todo, el movimiento revolucionario de nuevo ha adquirido grandes proporciones; las huelgas políticas, las barricadas que los obreros levantan en Petrogrado en julio de 1914 son expresiones de esta revolución amenazadora que la guerra está destinada a aplastar. En suma, la guerra ha demorado la caída del

⁴⁷⁴ Lenin, *Oeuvres*, t. 21, pp. 21-23.

zarismo que era inminente; la burguesía aliada a la nobleza rural ha cooperado así con la autocracia en su lucha contra todos los movimientos democráticos, causando un enorme perjuicio al movimiento obrero⁴⁷⁵. La traición de los dirigentes de la II Internacional, estigmatizada por Lenin, cobra en este contexto su verdadera dimensión. La bancarrota no estriba en la incapacidad para detener la guerra o para responder a ésta con la revolución, ni tampoco consiste en suspender cualquier actividad militante, sino en lo que Lenin considera como un viraje: el apoyo a esta empresa contrarrevolucionaria mediante la inserción en la «unión sagrada».

Si las proporciones del hundimiento de la Internacional y el súbito estallido de la conflagración mundial sorprenden a Lenin, no ocurre lo mismo con la guerra en cuanto realización de una eventualidad. Desde 1911, tiene conciencia de esa probabilidad pero sus cálculos se basan en una certeza: la inminencia de la revolución. En este aspecto, Lenin sigue siendo aún ampliamente tributario de la visión que difunde el radicalismo oficial de la socialdemocracia alemana sobre el grado de conciencia y preparación para el combate del movimiento obrero, capaz, según esa visión, de contrarrestar las tendencias belicistas y obtener la prórroga necesaria para la realización de la revolución. Lenin hace suyos el análisis y los pronósticos de Kautsky, que en 1908, anuncia el advenimiento de una tercera etapa en el desarrollo de la lucha socialista:

«Se ha iniciado un período de disturbios revolucionarios, una nueva era de revoluciones se aproxima. Las contradicciones de clases no se atenúan sino que se exacerban, el coste de la vida aumenta, las rivalidades imperialistas se manifiestan libremente, el militarismo causa estragos»⁴⁷⁶.

Lenin hace a menudo referencia a todo esto pero desde una perspectiva muy distinta a la que Kautsky denomina «estrategia de desgaste». Coincide con las conclusiones de la izquierda alemana: la carrera de armamentos, el peligro de la guerra y su peso económico y social favorecen la radicalización de las masas y ponen la revolución en

⁴⁷⁵ *Ibid.*, pp. 21-25.

⁴⁷⁶ K. Kautsky, *Le chemin du pouvoir*; citado por Lenin, *Oeuvres*, t. 21, página 145.

el orden del día, no sólo como tendencia sino también como posibilidad a breve plazo⁴⁷⁷. Lenin adopta pues, la «estrategia del derrocamiento», la de una ofensiva activa en la perspectiva de una revolución a corto término, particularmente inminente en Rusia. «La segunda revolución parecía próxima, pero la guerra europea detuvo bruscamente su desarrollo»⁴⁷⁸, escribirá Zinoviev diez años más tarde. La guerra, por lo tanto, aparece como una derrota del socialismo, acompañada de un fracaso –el hundimiento de la Internacional–, y como una victoria del nacionalismo burgués. Este momento, históricamente transitorio, que a juicio de Lenin se inscribe en esa profunda dinámica que es la revolución, en nada cambia las coordenadas, pero modifica considerablemente los plazos y las modalidades. «En su marcha hacia su revolución mundial, los obreros no pueden evitar muchos errores y denotar muchos fracasos y debilidades, pero marchan hacia la revolución»⁴⁷⁹.

El problema, entonces, consiste en saber cómo superar esta derrota, sacar al socialismo internacional de su profundo desconcierto, invertir la tendencia, dejar pasar la marea nacionalista y definir la línea de acción que restablecerá la marcha de la revolución mundial. La conclusión del artículo biográfico de Lenin sobre Marx, escrito en noviembre de 1914, ¿no es acaso una explicación indirecta de su postura? Al hablar de la actitud de Marx al día siguiente de la caída de la Comuna de París, Lenin escribe:

«En esta situación, como en muchas otras, la derrota de la acción revolucionaria era, desde el punto de vista del materialismo dialéctico en que se situaba Marx, un mal menor en la marcha general y *en el resultado* de la lucha proletaria, que el que hubiera sido el abandono de las posiciones ya conquistadas, la capitulación sin lucha: esta capitulación hubiera desmoralizado al proletariado y mermado su combatividad»⁴⁸⁰.

⁴⁷⁷ Lenin sigue de cerca el debate entre *Ermattungs* (desgaste) y *Niederwerfungs-* (derrocamiento) *strategie* y se pronuncia por la segunda. Cf. Lenin *v borbe za révolutsionni Internacional*, Moscú, Nauka, 1970, página 167-70.

⁴⁷⁸ G. Zinoviev, *Lénine notre maître*, París, Librairie de l'Humanité, 1924, p. 19.

⁴⁷⁹ Lenin, *Oeuvres*, t. 21, p. 128.

⁴⁸⁰ *Ibid.*, p. 74.

Las lecciones que, en lo inmediato, pueden sacarse de la guerra, determinan también sus objetivos a corto plazo. La guerra introduce una línea de demarcación entre oportunismo y marxismo revolucionario, desvela las consecuencias de la absolutización de la legalidad y del fetichismo parlamentario, confirma el rigor de su estrategia de la vanguardia revolucionaria; en suma, hace necesario y posible un nuevo reagrupamiento de los marxistas revolucionarios en una III Internacional, un «acercamiento (primero ideológico y extensivo y luego, llegado el momento, en el terreno de la organización) de los hombres capaces de defender con actos el internacionalismo socialista en estos tiempos difíciles».⁴⁸¹ Esta idea es formulada por primera vez en noviembre de 1914.

La guerra, considerada hasta entonces como una variable, se convierte en el crisol donde se determinan todas las modulaciones del proyecto revolucionario. El acento puesto inicialmente sobre su significación como empresa contrarrevolucionaria está condicionado en gran medida por el pronóstico común a los contemporáneos: el de una guerra corta. Pero a finales de 1914, Lenin constata que «la guerra se alarga y continúa extendiéndose»⁴⁸². En consecuencia, las perspectivas cambian al mismo tiempo que nace la convicción de que esta primera guerra de la era industrial no ha cumplido la función que le estaba asignada. No ha logrado quebrar el ritmo de la revolución; al contrario, lo ha acelerado. Desde entonces, Lenin pone el acento sobre el segundo aspecto: el papel y el lugar de la guerra europea, que él define como una crisis histórica muy profunda. Como toda crisis, exacerba las contradicciones fundamentales que ella misma saca a luz y que hacen madurar las condiciones objetivas de la crisis revolucionaria⁴⁸³. Este aspecto sitúa a Lenin en el devenir histórico que él pretende modificar, forma la traína de los esfuerzos que emprende para incorporar los

⁴⁸¹ *Ibid.*, p. 95.

⁴⁸² *Ibid.*, p. 237.

⁴⁸³ *Ibid.*, pp. 95 y 159. Esta crisis revolucionaria ¿es consecuencia de la guerra, o bien la conflagración no hace más que agudizarla? Lukács, interpretando a Lenin, da la siguiente respuesta: «La guerra no crea una situación totalmente nueva ni para un país ni para una clase en el interior de una nación. Su aportación consiste simplemente en transformar cualitativamente la extraordinaria intensificación, cuantitativa de todos los problemas y es por esto, sólo por esto, por lo que crea una situación nueva» (G. Lukács, *Lenine*, París, EDI, 1965, p. 82) [*Lenin*, México, Grijalbo, 1974],

datos y fenómenos nuevos a la teoría y para precisar los objetivos a medio y largo plazo. Bujarin, colaborador cercano de Lenin durante la emigración en Suiza, expone el díptico de una radiografía de la anatomía del capitalismo monopolista: revelada por la guerra: a) las tendencias a una concentración cada vez mayor y al monopolio absoluto, tendencias que se precisan y expresan en el fenómeno del capitalismo de Estado y «la disgregación, la desorganización del mecanismo capitalista» inherente a ese fenómeno; b) el comienzo del «período de hundimiento de las relaciones capitalistas [...] cuya aparición está determinada por la formidable colisión de los organismos capitalistas, de sus guerras que no son más que una forma particular de su competencia»⁴⁸⁴. Esta rivalidad armada –una etapa necesaria desde el punto de vista económico y social– acentúa las contradicciones del capitalismo de los monopolios, esencia del imperialismo, parte orgánica del cual es el sistema colonial. También pone en marcha nuevas fuerzas históricas, aquellas que padecen la dominación colonial. El análisis y la apreciación del proceso general «constituyen un nuevo eslabón de la teoría». Como señala Lukács:

«La teoría del imperialismo en Lenin es mucho menos una teoría de la génesis económicamente necesaria y de sus límites económicos [...] que una teoría de las fuerzas de clase concretas que el imperialismo desencadena y hace operativas; en suma, *la teoría de la situación mundial concreta creada por el imperialismo*».⁴⁸⁵

Esta nueva constelación de fuerzas reafirma en Lenin la convicción de la inminencia de la revolución y sitúa su correlación con la guerra en otra perspectiva, esta vez dicotómica.

Pero no se puede explicar, descifrar el sentido de las fluctuaciones, e incluso de las contradicciones, de su pronóstico únicamente a través del prisma de las profundizaciones conceptuales, aun si se postula, como lo hace Lukács, que Lenin ha sabido:

⁴⁸⁴ N. Bujarin, ob. cit., p. 14.

⁴⁸⁵ G. Lukács, ob. cit., p. 71. Para un análisis de la problemática leninista, véase el estudio de Christian Palloix, «La question de l'impérialisme chez V. I. Lénine et Rosa Luxemburg», *L'Homme et la Société*, n.º 15, 1970, pp. 104-128.

«unir concreta e íntegramente la teoría económica del imperialismo con todos los problemas concretos de la actualidad y hacer del contenido de la economía en esta nueva fase el hilo conductor de todas las acciones concretas en el mundo así organizado»⁴⁸⁶.

«En todos los países avanzados la guerra pone al orden del día la revolución socialista», declara Lenin en septiembre de 1914, pero agregando: «con mayor o menor rapidez»⁴⁸⁷.

Abandona esta prudencia en julio de 1915 durante su polémica con Trotsky: «Debido a esta guerra, la revolución es posible»⁴⁸⁸, idea que se halla con frecuencia en sus escritos.

En marzo de 1916, a propósito de la necesidad que Henriette Roland Holst expresa de formular un programa de la revolución socialista, Lenin escribe: «Por ahora no hay necesidad... sólo en el caso de que la revolución sea inminente *con toda seguridad*, se hará sentir esta necesidad»⁴⁸⁹. Lenin no sólo no sobrestima las posibilidades de la revolución en Europa, sino que en su célebre conferencia a los jóvenes socialistas suizos, en enero de 1917, declara por añadidura: «Nosotros, los viejos, quizá no lleguemos a ver las batallas decisivas de esta revolución futura»⁴⁹⁰.

Y, sin embargo, la revolución de Febrero no le toma de improviso. Si organiza de inmediato el retorno, sus motivaciones no responden tan sólo a la lección de 1905 y al deseo de evitar un nuevo retraso de seis meses. De hecho, la alternativa formaba parte de sus cálculos estratégicos y se inscribía dentro de las perspectivas del desarrollo histórico que consideraba posible. Se impone el paralelo con las «Tesis de Abril», es decir el programa, que él asigna a esta revolución, las cuales no son una improvisación sino el producto o la síntesis de sus investigaciones en busca de nuevos horizontes filosóficos, investigaciones

⁴⁸⁶ G. Lukács, ob. cit., p. 68.

⁴⁸⁷ Lenin, *Oeuvres*, t. 21, p. 27.

⁴⁸⁸ *Ibid.*, p. 285.

⁴⁸⁹ H. Lademacher, *Die Zimmerwalder Bewegung...*, ob. cit., vol. II, página 498.

⁴⁹⁰ Lenin, *Oeuvres*, t. 23, p. 277.

teóricas que Lenin inicia después de su ruptura con el marxismo de la II Internacional, a partir del estallido de la guerra y que continúa en las bibliotecas de Suiza, al abrigo de las vicisitudes de la conflagración⁴⁹¹. La concreción de su teoría no reside pues en sus pronósticos, sino en su estrategia, que se presenta como un conjunto estructurado, en evolución y en cambio.

Un estudio de su postulado fundamental –resumido en la consigna «transformar la guerra imperialista en guerra civil»– condensa toda su nueva temática, a la vez que permite no sólo seguir las etapas de su razonamiento, la maduración del proyecto sino además la estructuración de su estrategia, desde el devenir histórico a la realización de lo posible. ¿Qué significa entonces la consigna estratégica que él mismo define así: «La revolución en tiempos de guerra es la guerra civil», si es evidente para él que no se puede «fabricar una guerra civil a partir de una guerra imperialista», de la misma manera que no se puede «fabricar» una revolución?⁴⁹²

El devenir histórico

En su origen, la consigna no designa para Lenin un imperativo inmediato, sino que expresa el reconocimiento del carácter fundamental de toda la época: la actualidad de la revolución. No se refiere, pues, a la coyuntura concreta del momento sino que trata de abrir una perspectiva histórica, definir un método, una línea de acción y de demarcación a largo plazo: «Cómo debe luchar el proletariado socialista en la época del imperialismo». Debe ser el punto de encuentro de los marxistas revolucionarios⁴⁹³.

⁴⁹¹ Al estudiar las fuentes metodológicas del viraje teórico que se opera en Lenin durante la guerra, Michael Löwy ve en la dialéctica revolucionaria que Lenin profundiza basándose en Hegel el lugar geométrico de la ruptura «con el marxismo de la II Internacional y, en cierta medida, con su propia conciencia filosófica de antaño». Cf. Michael Lowy, «De la grande logique de Hegel à la gare finlandaise de Petrograd», *L'Homme et la Société*, n.º 15, 1970, pp. 255-268. Raya Dunayevskaya ha tomado la misma orientación y ha llegado a idénticas conclusiones en «The shock of recognition and the philosophic ambivalence of Lenin», *Telos*, n.º 5, 1970, páginas 44-55.

⁴⁹² Lenin, *Oeuvres*, t. 21, pp. 284-286.

⁴⁹³ Es interesante observar que la primera reacción de Lenin, en septiembre de 1914, es el temor a que, después del hundimiento de la Internacional, la iniciativa de los marxistas se perdiera en beneficio de los anarcosindicalistas. Por entonces, escribe: «Para que la bancarrota de la actual Internacional (1899-1914) no sea una bancarrota del socialismo, para que las masas no se

Su esencia no estriba ni en los plazos ni en las posibilidades de realización durante esta guerra precisa, sino en el hecho de que «la destrucción del capitalismo no es posible sin una o varias guerras civiles encarnizadas»⁴⁹⁴. Desde entonces, la guerra forma parte de los factores permanentes, como lo precisa Zinóviev en agosto de 1915:

«Para nosotros, el problema que se plantea es mucho más vasto que el de la conducta a seguir durante los pocos meses que quedan hasta el fin de la *primera* guerra imperialista mundial. Para nosotros, el problema es el de *toda una época* de guerras imperialistas»⁴⁹⁵.

De la esperanza a lo posible

Es a partir de 1915 cuando esta consigna comienza a traducir lo que era una esperanza a largo plazo en un proyecto global, eventualmente realizable en lo inmediato, formulado por Lenin como «una política que preconiza y prepara las acciones revolucionarias contra el propio gobierno en el transcurso de la guerra»⁴⁹⁶. La consigna se concreta en el «derrotismo»: la lucha contra el propio gobierno no debe detenerse ante la eventualidad de una derrota precipitada por la agitación revolucionaria⁴⁹⁷. «El enemigo principal está en el propio país», dice Karl Liebknecht por la misma época⁴⁹⁸. ¿Cuáles son los elementos nuevos que permiten convertir la consigna en un objetivo a corto plazo y modificar su alcance? 1) La serie de fracasos y reveses militares sufridos por los gobiernos; 2) la guerra «que se prolonga y agrava ha cambiado la situación objetiva, ha creado un terreno favorable a la propaganda revolucionaria. Esos dos hechos deben provocar en las masas un aumento de la decepción y el descontento, pueden crear un

desvíen, para evitar la hegemonía del anarquismo y del sindicalismo (tan vergonzosa como en Francia) es preciso mirar de frente a la verdad» (*ibid.*, p. 17).

⁴⁹⁴ *Ibid.*, p. 34.

⁴⁹⁵ *Contre le courant*, ob. cit., t. I, p. 136.

⁴⁹⁶ Lenin, *Oeuvres*, t. 21, p. 281.

⁴⁹⁷ *Ibid.*, p. 162.

⁴⁹⁸ Sería interesante comparar la postura de Lenin con la de Karl Liebknecht. Véase a este respecto Karl Liebknecht, *Militarisme, guerre, révolution*, París, Maspero, 1970.

espíritu de rebelión susceptible, en cierto grado de su desarrollo, de transformarse en acción con una rapidez fulgurante»⁴⁹⁹. Desde entonces, la revolución proletaria, «disimulada en las entrañas de la guerra, crece y se alimenta de la guerra»⁵⁰⁰. «Según la regla nietzscheana», dice Bujarin, para hacerla estallar es necesario «sostener todos los elementos que disgregan [los Estados], incluido el separatismo colonial y nacional, todas las fuerzas destructivas que debilitan el poderío colosal del Estado, el más formidable ingenio de la burguesía»⁵⁰¹.

La alternativa de los posibles

En Lenin no hay una «visión casi profética del porvenir»; su estrategia se basa en una previsión teórica que no es ni una especulación, ni una extrapolación, ni una certeza, sino un cálculo de probabilidades fundado en una alternativa. En contra de lo que afirma el historiador inglés John Keep, la notable coherencia de Lenin no reside en que «rara vez modifica sus ideas a la luz de la experiencia»⁵⁰², sino en su afán por percibir «el desarrollo de los momentos de la realidad en su conjunto»⁵⁰³. Su dialéctica no es la de la totalidad de las categorías abstractas, aislada de las realidades sociales, sino la de la totalidad concreta que tiene en cuenta todas las tendencias presentes en cada situación dada. Como dice Rosenberg, parafraseando a Korsch: «De hecho, Lenin era, en teoría y en la práctica, un empírico absoluto; jamás dudaba en modificar su doctrina a la luz de los nuevos hechos.» Su rigor no es rigidez, sino evaluación de todas las variantes de lo posible en previsión de cualquier eventualidad. La crítica de Lenin al 'Folleto de Junius' (Rosa Luxemburgo, *La crisis de la socialdemocracia*) ilustra con particular claridad su tipo de razonamiento: la revolución es inevitable pero su realización a breve plazo es tan sólo posible, puesto que las consecuencias probables de la guerra son o bien una

⁴⁹⁹ Lenin, *Oeuvres*, t. 21, p. 294.

⁵⁰⁰ *Contre le courant*, ob. cit., t. II, p. 165.

⁵⁰¹ N. Bujarin, ob. cit., p. 23.

⁵⁰² John Keep, art. cit., p. 138.

⁵⁰³ Arthur Rosenberg, *Histoire du bolchevisme*, nueva ed., París, Grasset, 1967, p. 149.

revolución socialista o bien una paz imperialista. Esto no excluye una tercera eventualidad, improbable pero no imposible: la transformación de la guerra imperialista en una guerra nacional en Europa si la primera desemboca en el «sojuzgamiento de los Estados nacionales autónomos» y si las potencias imperialistas extraeuropeas (Japón y Estados Unidos) se mantienen⁵⁰⁴. Sin embargo, la estrategia elaborada por Lenin a partir de 1915 se articula sobre una alternativa: *a*) un ritmo rápido de desarrollo revolucionario que, al fin de la guerra, se concrete en una explosión cuyo epicentro se sitúe en el país derrotado, excluido del grupo de las grandes potencias, y donde por tanto las contradicciones se exacerben hasta provocar una fulgurante radicalización; *b*) o, a largo plazo, una crisis prolongada que puede profundizarse si la guerra desemboca en una paz imperialista (al ser las clases dominantes capaces de hallar una salida a la crisis), aunque esto sólo sea una tregua que haga inevitables nuevas guerras y nuevas crisis revolucionarias.

En el campo de la correlación guerra-revolución y de la alternativa que ésta le sugiere, Lenin precisa el concepto de crisis revolucionaria y le confiere un estatuto teórico. La guerra, destinada a liquidar la crisis revolucionaria, por el contrario la agrava y pone de manifiesto sus tres índices principales⁵⁰⁵. Pero si la revolución postula una situación revolucionaria, no toda situación revolucionaria lleva obligatoriamente a la revolución. En junio de 1915, Lenin tiene la certeza de que la situación «en la mayor parte de los países avanzados y de las grandes potencias de Europa» es revolucionaria. ¿Desembocará en una revolución? La respuesta de Lenin es categórica: «Lo ignoramos y nadie puede saberlo»⁵⁰⁶. Los factores objetivos no bastan para desencadenar el proceso, que exige la intervención de un factor subjetivo para que lo posible se convierta en real: la vanguardia revolucionaria.

⁵⁰⁴ *Contre le courant*, ob. cit., t. IX, p. 158. Mencionemos también la edición que contiene la traducción francesa del *folleto de Junius* (Rosa Luxemburgo) y la crítica de Lenin: *La crise de la social-démocratie*, Bruselas, La Taupe, 1970.

⁵⁰⁵ Véase Lenin, *Oeuvres*, t. 21, pp. 217-219.

⁵⁰⁶ *Ibid.*

La elección ante la alternativa

El papel de vanguardia revolucionaria de la minoría militante no consiste en fomentar una revolución, sino en proporcionar respuesta a las alternativas creadas por una situación concreta, en aprovechar la ocasión propicia para hacer consciente el movimiento inconsciente de la historia y asumir su dirección. En febrero de 1917, la guerra mundial lleva la crisis revolucionaria en Rusia a un paroxismo que exige este tipo de decisión⁵⁰⁷.

Desde entonces, las oscilaciones pierden su razón de ser y Lenin se vuelve categórico tanto en sus pronósticos como en la concreción del proyecto global. «La guerra comenzada por los gobiernos de los capitalistas sólo puede ser concluida por una revolución obrera»⁵⁰⁸ puesto que «la guerra ha dado tal impulso a la historia que desde entonces ésta avanza a la velocidad de una locomotora». La correlación guerra-revolución se invierte; la guerra deja de ser un factor para transformarse en un instrumento de la táctica revolucionaria. La problemática cambia de términos: en adelante se basa en la correlación revolución socialista-paz imperialista.

Pero la originalidad de la estrategia de Lenin —expresada en la consigna inicial y cuya elaboración se completa al final de la guerra— no reside sólo en su estructuración, donde el factor guerra sirve de pivote, ni en su elasticidad respecto de la duración y de las modalidades, sino también en su orientación, en sus dimensiones espaciales. Ya no se centra únicamente en Rusia. La guerra ha modificado la visión tanto como las coordenadas, desvelando el sistema mundial del imperialismo, el entrelazamiento de vínculos y relaciones del edificio capitalista. Ahora se trata de una estrategia de la revolución mundial. En mayo de 1917, Lenin declara, categórico: «La revolución obrera crece en el mundo entero. Es cierto que en los otros países será más difícil [que en Rusia]... Debemos preparar esta

⁵⁰⁷ Lukács evoca este ejemplo en su análisis del papel de la vanguardia revolucionaria en su artículo «Lenin und die Fragen der Uebergangsperiode», reeditado en *Goethepreis 70, Georg Lukács*, Neuwied-Berlín, Luchterhand, 1970, pp. 72 ss.

⁵⁰⁸ Lenin, *Oeuvres*, t. 24, p. 430.

revolución, facilitarla»⁵⁰⁹. En el marco del análisis del imperialismo, la revolución en Rusia, el eslabón más débil de la cadena, adquiere un papel que la sitúa en el punto nodal del proceso histórico: es un catalizador de la revolución mundial cuya base operativa será el campo de acción inicial. Y uno de los corolarios de este esquema general es la transformación inmediata de la revolución democrático-burguesa en Rusia en revolución socialista.

⁵⁰⁹ *Ibid.*, pp. 427-431.

7. GRUPOS DIRIGENTES INTERNACIONALES DEL MOVIMIENTO OBRERO⁵¹⁰

El término «grupo dirigente» aparece en el vocabulario político del movimiento obrero en los años veinte, con Gramsci y Togliatti.⁵¹¹ Evidentemente está tomado del léxico sociológico y político italiano (Mosca, Pareto). Su adopción responde a un esfuerzo de elaboración de un nuevo marco conceptual destinado a dominar en el plano político los nuevos problemas del movimiento obrero italiano, a un esfuerzo de conceptualización de las realidades del PC italiano y a la necesidad de definir el tipo de selección histórica realizada en la cúspide. Sin embargo, el empleo del término y el contenido del concepto permanecen fluctuantes, polivalentes. Como noción polémica, se opone a la imagen tradicional del jefe socialdemócrata. Como concepto positivo, se emplea para sustituir o completar el antiguo término de «dirigente» o de «cuadro dirigente», puesto de nuevo en circulación pero impreciso.

Conviene señalar que dicho término no ha adquirido carta de ciudadanía en el movimiento comunista internacional. Los comunistas italianos son los primeros y los únicos en emplearlo. Sólo después de la muerte de Stalin, el término se hace corriente, pero con acepciones diversas, mal definidas, imprecisas.

Sin duda, el término es demasiado vago, demasiado elástico y confunde bajo la misma designación a teóricos, tácticos de reputación internacional, dirigentes de los partidos nacionales y funcionarios del aparato internacional. En el uso corriente, los términos «dirigente» o «militante» internacional se han convertido en un lugar común difuso e incluso engañoso, lo mismo que es muy vago el de movimiento

⁵¹⁰ Publicado en *Mélanges d'histoire sociale offerts à Jean Maitron*, Ed. Ouvrières, 1976.

⁵¹¹ El término hace su aparición en 1923, en los escritos de Gramsci. Togliatti lo utilizará a partir de 1926, especialmente en su correspondencia con Gramsci referente a la situación en el PCUS. Cf. A. Gramsci, *La constituzione del partito comunista, 1923-1926*, Turin, Einaudi, 1971, pp. 131 ss. Con posterioridad, Togliatti hablará de la formación del grupo dirigente del peí en 1923-1924 como consecuencia de las nuevas realidades que surgen en esos años y a las que «por su naturaleza, el antiguo grupo dirigente» era incapaz de enfrentarse. Cf. P. Togliatti, «La formazione del gruppo-dirigente del Partito Comunista Italiano nel 1923-1924», *Annali Istituto G. Feltrinelli*, 1960, pp. 389 ss.

obrero internacional. Habitualmente son utilizados con muy diversas connotaciones, aun en los trabajos históricos. Cuanto más se caracterizan los movimientos por sus dirigentes quedando así reducidos o confiscados en provecho de los segundos, tanto más los ideólogos se ven asimilados o identificados a los grupos dirigentes.

Por lo tanto, la cuestión de los grupos dirigentes puede revestir una connotación polémica en la medida en que es planteada en términos ideológicos, que o bien les niegan toda significación histórica, o bien la exageran, erigiendo a esos grupos dirigentes tan pronto en encarnación y representación del movimiento real como en minoría opuesta a ese mismo movimiento.

A la hora actual, la ardua tarea que consiste en detectar, en catalogar a los hombres –dirigentes y cuadros–, en seguir la trayectoria de su acesión a la notoriedad internacional es, en cierto modo, más fácil que aquella cuyo objetivo consiste en definir y clasificar la realidad de los grupos dirigentes del movimiento obrero internacional. Sumar los jefes de partidos nacionales, los miembros de las instancias dirigentes de las organizaciones internacionales y las personalidades destacadas del movimiento obrero, no proporciona obligatoriamente la suma de los grupos dirigentes internacionales. ¿Cómo hacer esta distinción, según qué criterios?⁵¹²

Entre los diversos enfoques posibles, nos parece que los procedimientos complementarios –institucional y biográfico– permiten delimitar la trama histórica y definir la problemática. Es cierto que la representación institucional del internacionalismo obrero constituye un punto de referencia seguro pero muy insuficiente. De la misma manera, la prosopografía obrera sigue siendo un terreno relativamente

⁵¹² El importante diccionario biográfico de los cuadros de la Komintern realizado por B. Lazitch proporciona una demostración de estas dificultades. Este trabajo de chinos, que contiene 718 notas biográficas, testimonia, más allá de la ardua tarea que implica reunir datos biográficos probados, la de establecer criterios de selección. Cf. Branko Lazitch, en colaboración con Milorad M. Drachkovitch, *Dictionnary of Comintern*, Stanford, Hoover Institution Press, 1973. Es más fácil establecer los criterios en el plano nacional, tal como lo evidencia la excelente investigación de Hermann Weber, que incluye 504 biografías de militantes de los grupos dirigentes del KPD. Cf. Hermann Weber, *Die Wandlung des deutschen Kommunismus. Die Stalinisierung der KPD in der Weimarer Republik*, vol. II, EVA, 1969.

virgen, donde las incertidumbres metodológicas se conjugan con la insuficiencia de los datos comparativos. Debe tenerse en cuenta, en efecto, un hecho esencial: el movimiento obrero internacional se concreta en una pluralidad de organizaciones políticas y sindicales y la historia de dichas organizaciones demuestra que en ninguna etapa del desarrollo del movimiento obrero internacional ha existido uno o varios grupos de dirigentes que fueran representativos del conjunto. Sin embargo, la pluralidad de actividades específicas del movimiento obrero organizado, la proliferación de tendencias ideológicas hace difícil un enfoque exigente, que debe tener en cuenta obligatoriamente todas esas formas de actividad, todas esas corrientes, conforme a su importancia, sin olvidar las «organizaciones de masa» con sus múltiples ramificaciones. En función de los mecanismos característicos y dominantes en las dimensiones internacionales del movimiento obrero organizado, la pertenencia a su dirección o a sus cuadros, la participación directa en su actividad, pueden revestir formas y contenidos muy distintos. Sin embargo, más allá de lo específico de las instituciones, se pueden distinguir dos grandes categorías de militantes que participan en el movimiento obrero internacional:

A) los grupos de dirigentes consagrados e institucionalizados:

- a) Los delegados de las conferencias y congresos internacionales;
- b) los miembros de las instancias dirigentes de las organizaciones internacionales;
- c) los responsables y los funcionarios de los aparatos internacionales;

B) los grupos informales, tales como los teóricos e ideólogos de fama y audiencia internacionales, las instancias *ad hoc...*, las personalidades que gozan de autoridad internacional, más allá de las funciones y títulos que ostentan.

Precisar el vocabulario exige, pues, delimitar las realidades que esos términos engloban, pero este paso preliminar no conduce forzosa-mente a una definición. Así, a la luz del estudio de las biografías de los militantes, la representatividad y el peso real de los distintos personajes incluidos en las citadas categorías parecen muy discutibles. Basta con mencionar el ejemplo del Congreso constitutivo de la Komintern o de su aparato internacional en los años de formación: descubrimos allí un gran número de figuras insignificantes, de personajes ocasionales, elegidos casualmente por su presencia en Moscú o por mandatos improvisado⁵¹³. El paroxístico ejemplo de la Komintern, fuente de estereotipos y mitos conocidos, atestigua la amplitud de las falsas identificaciones y precisa los contornos de los problemas de esta investigación, poniendo de manifiesto:

- a) la existencia de diversos tipos de grupos de dirección a distintos niveles;
- b) la delimitación y el entrelazamiento existentes entre los cuadros de un aparato internacional y el grupo restringido de los dirigentes efectivos;
- c) la distinción que debe hacerse entre grupos de prestigio –dirigentes nominales–: y grupos que disponen de un poder y una responsabilidad internacional reales –*decisión makers*–, entre puesto de dirección y puesto de influencia (así como la dificultad de establecer la línea de demarcación entre dirección representativa y dirección política).

El problema de la definición y de la delimitación de los grupos dirigentes del movimiento obrero internacional es un problema histórico, que equivale a abordar el estudio del fenómeno como producto del proceso histórico-social de la estructuración y la metamorfosis del movimiento obrero que lo segrega y lo configura en las distintas fases de su desarrollo.

⁵¹³ Véase la excelente edición de los protocolos del Congreso fundacional de la III Internacional, realizada bajo la dirección de Pierre Broué, *Premier Congrès de l'Internationale Communiste*, París, EDI, 1974.

La cuestión esencial no consiste en delimitar estadísticamente la realidad de los grupos dirigentes o en encerrarlos en categorías inmutables, sino en estudiar la dinámica de su funcionamiento, sometido a mutaciones y cambios permanentes según las épocas e instituciones que representan. La interrogación se articula, por lo tanto, alrededor de un problema central: ¿cuáles son las condiciones que crean la necesidad y marcan la fisonomía de un cierto tipo de dirigente y de grupo de dirigentes internacionales, en una época dada y en unas situaciones precisas? ¿Cuáles son los factores que les dan cuerpo y las constantes sobre las que se injertan los rasgos acumulados y transmitidos que se reencuentran en los distintos períodos del movimiento?

La respuesta presupone la clasificación de una serie de datos, en relación con los cuales intentaremos formular algunas hipótesis: ¿en qué momento aparecen los grupos de dirigentes en los distintos niveles nacionales e internacionales? ¿Cuáles son los mecanismos que los segregan y configuran? ¿Qué vínculos existen entre las personalidades y las instituciones que los sostienen? ¿Cuáles son las relaciones entre las diversas instancias nacionales e internacionales? ¿Cuáles son la función y el peso de los grupos dirigentes internacionales? Por último, ¿cuál es el grado de conciencia de los problemas planteados por la realidad de los grupos dirigentes del movimiento obrero internacional, en ese mismo movimiento, es decir cómo se sitúan los militantes, en las diversas fases del movimiento, respecto a esta realidad?

Para delimitar la aparición y el cambio de las nociones y las realidades que recubren los términos «dirigentes» y «grupos dirigentes», un buen punto de partida puede ser proporcionado por la estructura, es decir por la anatomía, de los diversos tipos de grupos de dirección, por la trama institucional (la historia de las Internacionales).

En la I Internacional, desprovista de peso político, que representa a la vez el marco y el mundo del movimiento en una época de implantación nacional débil y de difusión geográfica limitada, el militante internacional es un personaje central, típico. Frankel, Eccarius –por citar tan sólo los nombres más conocidos– militan y desempeñan funciones simultáneamente en diversos países y en diversos tipos de organizaciones. Obreros cualificados y buenos organizadores, son aceptados en su posición dirigente sin restricciones de frontera u oficio. De ahí la gran flexibilidad, a la vez geográfica e institucional, de los cuadros y una dirección en continuo movimiento. Su expresión es la estructura del Consejo General. Sus miembros, los mandatarios de los diversos países, los secretarios de las diferentes secciones, no son elegidos forzosamente por su nacionalidad o por su función al frente de una organización, sino como militantes en condiciones de asumir material o geográficamente su tarea. No son profesionales permanentes de la política; el Consejo General ni siquiera dispone de los medios necesarios para mantener un secretario general⁵¹⁴. Aquellos que pertenecen a esta instancia central, concebida como «órgano ejecutivo de la voluntad colectiva», según la fórmula de Robert Michels, no se ven como dirigentes sino como responsables, estrategas u organizadores. De acuerdo con las palabras de un antiautoritario, pertenecer al Consejo General es tener el honor de ser «el mandatario de hombres inteligentes, iguales y libres, de socialistas viriles, conscientes de sus derechos, que saben cumplir con su deber»⁵¹⁵. Aquellos que gozan de prestigio y renombre en la AIT, son organizadores internacionales, como Johann-Philipp Becker, Eccarius, Jung, autoridades internacionales, es decir teóricos de gran autoridad (Marx, Cesar De Paepe, Bakunin) o figuras internacionalmente conocidas (Odger...).

La imaginación y la contrapropaganda que se desatan después de la caída de la Comuna de París acreditarán la idea de dirigentes y de grupos dirigentes, alimentada tanto por la prensa y la policía como por las fracciones antagónicas que se pelean en el seno de la AIT y se

⁵¹⁴ Cf. las actas del Consejo General, *The General Council of the First International minutes*, Moscú, 1964-1972, 5 vols.

⁵¹⁵ Cf. la carta de dimisión de Eduard David, miembro de la sección n.º 2 de Nueva York, 1 de octubre de 1872, en *La Première Internationale*, ob. cit., t. III, p. 26.

agrupan alrededor de teóricos prestigiosos cuyo nombre sirve en adelante para designarlas. A través de esta lucha, la imagen tiende a convertirse en realidad. Los militantes se sitúan, todavía, frente a ella en actitud negativa. Aunque conscientes de la realidad de esos grupos dirigentes, no las mencionan. Silencio que corresponde a la mentalidad de los militantes obreros de una época cuya divisa sigue siendo «*ni Dios, ni César, ni tribuno*».

Es durante el período de formación de la II Internacional cuando se puede localizar la fijación de la noción de dirigente internacional en el movimiento obrero, a medida que la realidad de los grupos dirigentes cristaliza en el plano y en los marcos nacionales. Diferenciados de una élite *ad hoc*, tal como existe en la AIT, surgen en una primera fase los dirigentes de prestigio internacional, cuya notoriedad y audiencia no siempre van unidas a su fuerza política real y a la función que desempeñan.

¿Cuál es la fuente del prestigio y de la autoridad internacionales? El ejemplo singular y *sui generis* de Engels es revelador. Engels es uno de los raros dirigentes que reúnen en su persona todas las cualidades requeridas: la aureola histórica, la audiencia del teórico, del estratega y del dirigente político. Más allá de su autoridad teórica, son la experiencia acumulada y la capacidad política las que le confieren un enorme prestigio. Hace falta la causticidad de Ignaz Auer para discernirlo y expresarlo en la hora de su muerte:

«Es cierto que Engels va a faltarnos mucho como gran patriarca de la “Sagrada Familia”. Pero es el mal menor... Allí donde el viejo resulta irremplazable es en la interpretación de la Biblia. Salvando el respeto por los jóvenes padres de la Iglesia, la rica experiencia y la autoridad de Engels le faltan a Kautsky, Ede duda de sí mismo y Plejánov es demasiado ajeno a las masas para ejercer influencia sobre ellas»⁵¹⁶.

⁵¹⁶ Carta de Ignaz Auer a Víctor Adler, Berlín, 18 de septiembre de 1895, en Víctor Adler, *Briefwechsel mit August Bebel und Karl Kautsky*, Viena, 1954, p. 190.

Independientemente del peso de la figura de Engels, lo que esto evidencia es la fijación ante la autoridad de las grandes figuras internacionales, el reconocimiento de la necesidad de la imagen de un jefe prestigioso para la Internacional. Ese papel lo asumirá Bebel (el «dictador moral de toda la Internacional», en expresión de Vandervelde⁵¹⁷), cuya autoridad y popularidad –inmensas, sin parangón en Alemania– repercutirán en el plano internacional.

En unas líneas que envía a Adler, Kautsky da una definición contundente de las cualidades requeridas por un dirigente internacional:

«Desde la muerte de August, la Internacional no tiene más que un jefe: tú. Haase es un hombre muy inteligente y seguro... pero le falta el *prestigia* del jefe. Jaurès es el único, aparte de ti, que cuenta con un prestigio internacional, pero conoce muy poco el extranjero, aunque lo conozca más que el francés medio»⁵¹⁸.

Kautsky no emplea el término *Führer* en el sentido de dirigente carismático ni en el de autoridad política indiscutible e indiscutida; este sentido sólo se impondrá después de la muerte de Lenin en la III Internacional y –para emplear el eufemismo establecido– llevará con Stalin al «culto de la personalidad». *Führer* designa más bien la autoridad moral y espiritual del árbitro, del elemento unificador.

Corolario de la aparición del dirigente internacional y su presupuesto es la emergencia de los grupos de dirigentes nacionales e internacionales que responden a las características y exigencias del movimiento obrero de la época de la II Internacional, así como a la estructura de la institución que dirigen y que podría designarse como una federación de partidos autónomos. En esta época de eclosión y rápido crecimiento numérico del movimiento, la formación y la estructuración de los partidos modernos exigen una dirección estable, compuesta por hombres públicos, parlamentarios, etc. (aun cuando en el socialismo se multipliquen los «intelectuales sin ataduras»). El militante internacional deja de ser una figura central, se eclipsa ante

⁵¹⁷ Emile Vandervelde, *Souvenirs d'un militant socialiste*, París, Denoël, 1939.

⁵¹⁸ Carta de Karl Kautsky a Víctor Adler, 13 de febrero de 1914, en Víctor Adler, *Briefwechsel...*, ob. cit., p. 592.

los jefes y principales personalidades de los partidos implantados en los marcos nacionales y convertidos en elementos políticos considerables. Los grupos dirigentes aparecen en el plano internacional y su peso se acrecienta con la aparición de la organización política. También cambia el nombre de la dirección política. En Alemania, de *Parteileitung* se convierte en *Parteivorstand*.

A partir de la improvisada fundación de la II Internacional, surge la necesidad de una dirección a nivel internacional cuya función principal sería dominar la contradicción entre las exigencias de la unidad internacional y las diversidades nacionales. Pero es con la aparición de los grupos dirigentes en el ámbito nacional cuando esa necesidad se transpone y transfigura al plano internacional. Se asiste entonces a la transformación del concepto y de la actitud de los militantes hacia la realidad del grupo. El modelo burgués ejerce una influencia poderosa que llega al mimetismo. Al no conseguir oponer un contramodelo, el movimiento obrero sucumbe a un proceso social del cual el perfil de los grupos dirigentes es sólo la expresión.

Creación tardía, en medio de reticencias y resistencias, el BSI –compuesto por igual número de delegados de cada sección nacional (es decir, de cada partido)– es de hecho una institución representativa de coordinación, desprovista de poder decisorio y de medios para financiar la acción⁵¹⁹. Ser delegado del BSI significa no tanto la consagración internacional del representante como el reconocimiento de su partido o tendencia por parte de la Internacional. Formar parte del BSI no confiere autoridad internacional ni significa la cooptación automática a los círculos dirigentes restringidos⁵²⁰. El BSI es una autoridad moral. Confirma la institucionalización de los jefes y de los grupos dirigentes internacionales a partir de la institucionalización en sus feudos nacionales, sin que por eso se pueda hablar a su respecto

⁵¹⁹ Cf. G. Haupt, *La Deuxième Internationale, étude critique des sources. Essai bibliographique*, ob. cit. (se ha publicado en alemán una edición revisada y corregida: *Programm und Wirklichkeit. Die internationale Sozialdemokratie vor 1914*, Neuwied, Luchterhand, 1970).

⁵²⁰ A este respecto, son significativas la actividad desplegada por Lenin para llegar a ser delegado del BSI, su participación y su postura en el seno de esta institución. Cf. G. Haupt, «Lénine, les bolcheviks et la II^e Internationale», *Cahiers du Monde Russe et Soviétique*, n.º 3, 1966, pp. 378-407.

de grupo dirigente internacional. El brillo del BSI se debe más bien a la presencia en su seno de nombres prestigiosos: Bebel, Jaurès, Vaillant, Keir Hardie, Victor Adler. El peso de estos miembros repercute en las deliberaciones de los plenarios sin que por ello su autoridad pese en el funcionamiento y en las decisiones de una instancia cuyas competencias son estrictamente limitadas, sin extralimitarse jamás... Esto no excluye la aparición de grupos informales de dirigentes, cuyos vínculos se entretejen a través de un combate común o de la constelación de zonas de influencia política o ideológica en el plano internacional. Podríamos citar al grupo que se forma alrededor de Engels, núcleo dirigente que llegará a ser una «vieja guardia» prestigiosa. Compuesto por jefes históricos de los partidos importantes, como Liebknecht, Bebel o Victor Adler, teóricos o herederos teóricos, como Kautsky o Plejánov⁵²¹, este grupo ejerce su influencia a la vez en la institución representativa de la Internacional y a través de las relaciones privilegiadas entre los partidos que dirigen. Está también el grupo constituido alrededor de la *Neue Zeit*, que pretende ser («un centro marxista con una esfera de influencia internacional»⁵²² y asegura su consagración y notoriedad internacionales en el microcosmo del marxismo, donde una de las cualidades requeridas es la competencia teórica⁵²³. Se podrían multiplicar estos ejemplos citando las organizaciones periféricas: Secretariado Internacional de los Sindicatos, Internacional de la Juventud Socialista, etcétera. Señalemos que las realidades de esos grupos son conocidas todavía de modo muy desigual. La compleja red del sindicalismo internacional, organizada a la vez de modo vertical y horizontal –FSI, grandes centrales interprofesionales, secretariados profesionales internacionales, federaciones internacionales de obreros de las distintas ramas o uniones profe-

⁵²¹ El tipo de relaciones establecidas entre los dirigentes de la vieja guardia y los de la nueva generación aparece bien ilustrado a través de las relaciones entre los dirigentes socialdemócratas alemanes y rusos en la tesis de Claudie Weill, *Le rôle de la social-démocratie allemande dans la formation de la social-démocratie russe, 1898-1904*, París, 1973.

Carta de Karl Kautsky a Victor Adler, Stuttgart, 1 de noviembre de 1893, en Victor Adler, *Briefwechsel...*, ob. cit., p. 327.

⁵²² Carta de Karl Kautsky a Victor Adler, Stuttgart, 1 de noviembre de 1893, en Victor Adler, *Briefwechsel...*, ob. cit., p. 327.

⁵²³ Sobre la *Neue Zeit* y su actividad teórica, véase el estudio de Ernesto Ragioneri, *Il marxismo e l'Internazionale. Studi di storia del marxismo*, Roma, Editori Riuniti, 1968.

sionales—, segrega un tipo de dirección de notable estabilidad más allá de las opciones y divisiones ideológicas y permanece todavía al margen del interés historiográfico. Pero sin esos estudios, cualquier tentativa de análisis del proceso de estructuración e institucionalización de los grupos dirigentes sigue siendo parcial e insatisfactoria. La interacción ejercida por los distintos grupos de dirección en las funciones de grupos de presión y las relaciones complejas entre las diversas formas de actividad del movimiento obrero están todavía por explorar. Esta carencia se hace sentir sobre todo en el estudio de la cristalización y diversificación de la noción de dirigente internacional, de la estructura y funcionamiento de los grupos dirigentes al término de las conmociones y cambios producidos por la guerra y la revolución de Octubre en la naturaleza y el funcionamiento del movimiento obrero internacional. El proceso de institucionalización de los grupos y de los jefes llega a su fin. El doble mecanismo del poder y del aparato será el que segregue el tipo del jefe y configure la fisonomía de los grupos dirigentes. Así, el grupo dirigente en la Internacional Obrera y Socialista se articula alrededor de los líderes que, a la notoriedad alcanzada antes de 1914, añaden el prestigio de los éxitos obtenidos a la cabeza de su partido, el del hombre de Estado que cuenta con un historial gubernamental⁵²⁴.

La imagen antinómica del dirigente comunista que surge en los años veinte —dirigente de nuevo tipo, que pretende ser todo lo contrario del jefe reformista «socialdemócrata»— está configurada por otra finalidad, por otro mecanismo de doble articulación: el poder en la Unión Soviética, la concepción leninista de vanguardia sobre la que se erige la III Internacional. De hecho, es con la Komintern, intento único de crear un partido mundial de la revolución proletaria y dotarlo de un Estado Mayor internacional, centralizado, monolítico, cuando la problemática se precisa y cobra todo su relieve. Por lo demás, desde su creación la III Internacional plantea claramente el problema de los grupos dirigentes, sin renunciar por ello a los eufemismos para designarlos.

⁵²⁴ Esta problemática aún permanece curiosamente olvidada y la obra de Julius Braunthal, *Geschichte des Internationale*, vol. II, Hannover, Dietz, 1968, sigue siendo el único apoyo sólido.

Hoy el misterio que rodeaba a las altas instancias de la III Internacional se disipa lentamente, aunque todavía quedan muchas páginas oscuras en su historia. El vocabulario y la problemática se hacen más precisos, aunque no se depuren. Gracias a trabajos minuciosos como el que Frantisek Svatek ha dedicado al estudio de la composición de los organismos dirigentes de la III Internacional⁵²⁵, nuestro conocimiento se enriquece en lo referente a la instauración, a las sucesivas transformaciones sufridas por estos cuerpos de gobierno y a su extensión organizativa. Este desarrollo se caracteriza por una creciente centralización, por el traspaso de la autoridad de las secciones al EKKI⁵²⁶ y de las sesiones plenarias de este último a las instancias más restringidas, como el *presidium* y el secretariado político. El corolario de este proceso es el crecimiento de un aparato administrativo y de control cada vez más ramificado y diversificado.

El material relativo a la historia del Comité Ejecutivo de la IC, no desdeñable por cierto, pero ampliamente insuficiente, pone de manifiesto los cambios producidos en la fisonomía de los grupos dirigentes, pero no permite descubrir el peso real o las fronteras de la desigual distribución del poder de decisión de los cinco grupos que lo componen, a saber: 1) los delegados del PCUS; 2) los dirigentes de los partidos nacionales conforme a su importancia; 3) los representantes de las grandes áreas geográficas; 4) los responsables de los grandes sectores del aparato; 5) los representantes de las organizaciones de masas (juventud, sindicatos, etc.⁵²⁷). En cambio, se ve que la reorga-

⁵²⁵ Frantisek Svatek, «The governing organs of the Communist International: their growth and composition, 1919-1943», *History of socialism. Yearbook 1968*, Praga, 1969 (Ustav Dejnin Socializmu), a multicopista, páginas 179-266. Somos ampliamente deudores de este importante estudio en la elaboración del presente texto.

⁵²⁶ Comité ejecutivo de la IC [N. del T.]

⁵²⁷ Podemos preguntarnos si después de 1923 hubo un grupo dirigente internacional efectivo a la cabeza de la III Internacional: La necesidad de crear una verdadera dirección internacional estable e institucionalizada es uno de los temas del informe presentado el 26 de octubre de 1926 a la XV Conferencia del PCUS por Bujarin, entonces al frente de la III Internacional. Bujarin afirmaba sobre todo: «El último congreso de nuestro partido ha dado directrices precisas a su delegación en la Komintern de contribuir por todos los medios a animar el trabajo de la Komintern, dar mayor participación a los camaradas extranjeros en la dirección efectiva, reforzar la dirección colectiva, etcétera. Este plan comienza a ponerse en marcha... Ahora, en los hechos y en la realidad, los camaradas extranjeros participan más en la dirección efectiva de la Komintern y de su Comité Ejecutivo... Pero, en este terreno, todavía se está lejos de un resultado perfecto en cuanto a una consolidación organizativa y, por lo tanto, no existe todavía una verdadera

nización permanente de los organismos dirigentes no es producto de un esfuerzo de renovación ni de una dinámica revolucionaria. Deriva de un creciente autoritarismo y de una burocratización anquilosada que llevan a la multiplicación y confusión de las instancias, así como al inmovilismo generalizado de una institución intermediaria que se ha tornado incómoda y cuya disolución no hace más que consagrar una situación de hecho. A medida que la faceta pública de los grupos dirigentes, e incluso la comunicación subterránea de los emisarios e instructores de la Komintern se precisan o detectan, su historia se despoja de los mitos que la rodean: la imagen del Estado Mayor de la revolución internacional oculta de hecho la realidad de una intencencia. La falsa identificación entre el mito del militante internacional y la realidad de un aparato internacional de dirección y control pierde todo fundamento.

A partir de ese momento, la fórmula de dirigente y de grupo de dirigentes internacionales utilizada como elemento hagiográfico resulta aleatoria, inoperante para la reflexión histórica. Esa fórmula es más susceptible de confundir que de aclarar lo esencial: el verdadero mecanismo de un aparato internacional y los eslabones de dependencia en su seno.

Ahora bien, lo esencial aún es difícilmente explorable: el proceso de cristalización del aparato internacional que condujo en los años treinta a la constitución de un medio «en el que las relaciones estaban dominadas por el sentido de la jerarquía y la indiferencia se convirtió en regla general, al haberse formado cada uno en un clima de conspiración permanente», en él que se trataba, ante todo, de «ascender en la jerarquía»⁵²⁸.

dirección firme.» Cf. *Konferentsia Vsesoiuznoi Kommunisticheskoi Parti* (b), 26.X-3.XI. 1926, *Stenograficheski otchet*, Gosizdat, 1927, p. 43. ¿Se trata de una orientación dada por el PCUS o de una iniciativa de Bujarin para contrarrestar la carencia de una verdadera dirección internacional? Según el testimonio de Humbert-Droz, Bujarin, «temiendo que la Internacional se convirtiera en un simple instrumento de la política del Estado soviético, intentó reconstruir una dirección internacional». Sin embargo, esos esfuerzos fracasaron al tropezar con la resistencia de Stalin. Cf. Archives Jules Humbert-Droz, I, *Origines et debuts des partis communistes des pays latins, 1919-1923*, Dordrecht, D. Reidel, 1970, p. XII.

⁵²⁸ Giulio Ceretti, *A l'ombre des deux T. Quarante arts avec Palmiro Togliatti et Maurice Thorez*, París, Julliard, 1973, pp. 15 y 47. Humbert-Droz habla, después de la eliminación de Bujarin, del predominio de los «aduladores» en el aparato de la Internacional: «De sus informes mendaces y

Sabemos dónde se halla el centro del poder, conocemos los conductos por los que pasa la decisión normativa, los medios de control, pero estamos condenados a las generalizaciones en lo concerniente al mecanismo del poder, de las decisiones, de la división de las esferas de competencia entre los órganos. En suma, los engranajes esenciales de una estructura burocrática que rige la jerarquía y el funcionamiento del grupo permanecen aún ocultos.

Por sus mismos límites, la trama institucional marca las fronteras del tema, sugiere la necesidad de elaborar una problemática adecuada con la ayuda de otras fuentes y otros tipos de trabajos, como serían, en primer lugar, los biográficos, susceptibles de llenar las lagunas y superar las dificultades a las que he aludido. La importancia que tiene el enfoque biográfico para la historia social y más aún para la historia del movimiento obrero no requiere, en la actualidad, una justificación metodológica. El problema es saber si ha llegado la hora de las biografías colectivas. Teóricamente, sí. Es su realización práctica la que actualmente tropieza con enormes obstáculos. El entusiasmo, la devoción, el rigor de Jean Maitron siguen siendo únicos⁵²⁹. Jamás se insistirá bastante en lo que la historia social debe a su aportación que proporciona todos los elementos necesarios para la cuantificación pero también para la individualización de los militantes, y en la que los dirigentes son situados en el ambiente de los militantes. Su obra ha puesto los cimientos de una prosopografía del movimiento obrero.

su completa sumisión esperaban un ascenso en la jerarquía de la Internacional» (ob. cit., p. XIII). Observemos que este fenómeno, particularmente notable en la III Internacional, no obedece tan sólo a la naturaleza del poder estalinista. La burocratización es un corolario de la institucionalización de los grupos dirigentes. En 1909, Kautsky comprueba en el SPD «una proliferación del burocratismo». Las masas esperan «la orden de arriba» para actuar, pero «la gente de arriba está absorbida por los asuntos administrativos del monstruoso aparato, de modo que pierde de vista horizontes más amplios y carece de interés por todo lo que está al margen de su propia institucionalización» (Victor Adler, *Briefwechsel...*, ob. cit., p. 501).

⁵²⁹ Jean Maitron, *Dictionnaire biographique du mouvement ouvrier fran- cais*, París, Ed. Ouvrières, 13 volúmenes publicados. Bajo el impulso de Maitron, han aparecido o están a punto de aparecer diccionarios biográficos en muchos países. Véanse J. M. Bellamy y J. Saville, *Dictionary of labour history*, 2 volúmenes publicados, Londres, McMillan, 1972 y 1974; y en especial, el de dos jóvenes historiadores italianos, Franco Andreucci y Tomaso Detti, *Il movimento operaio italiano. Dizionario biografico 1853- 1943*, vol. I, Roma, Editori Riuniti, 1975.

La experiencia de esta empresa, emparejada con un ensayo de diccionario biográfico del movimiento obrero internacional, pone de manifiesto que cualquier intento de diferenciar a los dirigentes del movimiento obrero y elaborar una tipología adecuada debe tener en cuenta, a la vez, las etapas del movimiento internacional y los crisoles nacionales en los que se han modelado los movimientos obreros de los diversos países ⁵³⁰. Pero los criterios de representatividad nacional e internacional no son forzosamente concordantes. La notoriedad internacional o el papel desempeñado en el movimiento obrero internacional no surgen forzosamente del peso y de la representatividad nacionales y viceversa. Podríamos citar dos ejemplos opuestos: el de Ignaz Auer, figura clave en la socialdemocracia alemana y sin embargo desconocida a nivel internacional, y el de Richard Schüller, uno de los dirigentes de primer plano de la Internacional de las juventudes comunistas, y luego, del movimiento comunista internacional, cuyo renombre ha sido limitado en el movimiento de su propio país, Austria. Por consiguiente, a la hora actual nos vemos obligados a limitarnos al examen de una muestra representativa pero restringida e insuficiente: las biografías de los dirigentes que formaron parte de las instancias de las tres Internacionales.

Más allá de las instituciones y de los períodos históricos, parecen -destacar tres momentos.

⁵³⁰ *Dictionnaire biographique du mouvement ouvrier international*, I, *Autriche*, París, Ed. Ouvrières, 1971; II, *Japón*, 1978. Los volúmenes correspondientes a Inglaterra, Hungría, Polonia, Alemania, China, Portugal, Indochina se están elaborando.

I. EL MOMENTO NACIONAL

A. El peso de los partidos hegemónicos, como factor central en la formación y el funcionamiento de los grupos dirigentes internacionales organizados o informales: la idea y la realidad de una «nación que nos dirige»⁵³¹ se aceptan y penetran en la conciencia socialista desde la formación de la II Internacional. En la formación y el funcionamiento del grupo, el liderazgo de un partido es el pivote alrededor del cual se articulan los vínculos jerarquizados, lo mismo que los conflictos internos del grupo. Así, en la II Internacional la preeminencia del SPD, su liderazgo, son los que constituyen ese pivote, los que aseguran a sus dirigentes una autoridad colectiva, el papel dirigente en el BSI, independientemente de su falta de envergadura o de sus torpezas, porque gozan del prestigio del partido que representan. En la Internacional Obrera y Socialista, es la creciente importancia del Partido Laborista la que asegura a sus representantes una autoridad política en aumento. En la III Internacional, la hegemonía que el PCUS ejerce sobre el movimiento comunista internacional se convierte en un dominio absoluto, total, exclusivo⁵³².

El cambio que se produce en la configuración de los grupos dirigentes en un momento dado, en las relaciones entre las direcciones de los diferentes partidos, se ve profundamente afectado por el nivel de autoridad y la estabilidad del liderazgo que ejerce el partido hegemónico. Así, la decadencia de la autoridad internacional del SPD perceptible en vísperas de la primera guerra mundial, se convierte en una de las preocupaciones, de las inquietudes de sus dirigentes. Kautsky constata en 1909: «La socialdemocracia austríaca ha rebasado a la alemana, que ha perdido la dirección en la Internacional». Y agrega esta precisión doblemente significativa: «Me es indiferente, por cierto, saber qué nación nos dirige con tal de que progrese, pero no me es indiferente saber que una nación pierde la dirección

⁵³¹ La expresión es de Kautsky.

⁵³² El papel hegemónico del PCUS es admitido desde la creación de la III Internacional. Así Gramsci admite que «el Partido Comunista de la URSS es el partido dirigente de la Internacional» y que «el grupo central leninista siempre ha sido el núcleo dirigente del partido de la Internacional» (ob. cit., pp. 125-127). De hecho, la declaración del predominio ruso en la dirección de la Internacional es manifiesta en el citado informe de Bujarin.

porque retrocede»⁵³³. De hecho, la cosa no es «indiferente» en absoluto a la dirección del SPD, que intenta mantener su papel y cuya lucha con la SFID por el liderazgo pone de manifiesto los conflictos y las divisiones en el seno de la Internacional, paralelos a los conflictos y divisiones ideológicos que ocultan.

Como corolario a la hegemonía de un partido se establece, en *términos* de Eric Hobsbawm, un verdadero *international ranking order*⁵³⁴ de los otros partidos, en función de su peso político y de las variaciones que en él se producen. Así, el pe alemán, segunda gran potencia de la Internacional Comunista, se ve relegado a un lugar secundario después del advenimiento de Hitler al poder. En 1935, en el Comité Ejecutivo, Togliatti señala ese descenso en tono de advertencia:

«El partido alemán es, después del partido bolchevique, el primer partido de la Internacional... pero creemos que incluso el partido alemán, para mantener su posición en la Internacional comunista, debe utilizar y estudiar más a fondo todas las experiencias de la política internacional»⁵³⁵.

A la inversa, se pueden descubrir algunos raros casos de promoción de partidos en el *ranking order* de la Internacional en función de su creciente influencia en la política nacional. Estos cambios de posición inciden en la configuración de los grupos dirigentes y pesan especialmente en la influencia que ejercen los delegados de las distintas secciones en las esferas dirigentes.

B. Paradójicamente, la composición nacional de las instancias

⁵³³ Carta de Kautsky a Adler del 26 de septiembre de 1909, en Victor Adler, *Briefwechsel...*, ob. cit., pp. 500-501. Victor Adler atribuía esa decadencia a la mediocridad de los dirigentes del SPD en la Internacioinal. A propósito del Congreso de la Internacional en Copenhage, Adler escribía a Bebel: «Ha faltado el brillo en Copenhage –has faltado tú– y los alemanes todavía tienen la costumbre de esperar las iniciativas por tu parte y por la de Paul [Singer] en otros asuntos. Molkenbuhr y Ebert –ambos muy inteligentes– no han hecho mal papel, por el contrario, pero no han tenido el valor de asumir el papel dirigente en el Buró, que corresponde a los alemanes» (*ibid.*, p. 514).

⁵³⁴ E. J. Hobsbawm, *Revolutionaries. Contemporary essays*, Londres, Weidenfeld and Nicholson, 1975, p. 31 [*Revolucionarios*, Barcelona, Ariel, 1979].

⁵³⁵ Palmiro Togliatti, *Opere 1929-1935*, presentadas por Ernesto Ragionieri, III, 2, Roma, Editori Riuniti, 1973, pp. 673-74.

dirigentes o del aparato internacional no permite evaluar la importancia de los diversos partidos. En la III Internacional, salvo algunos puestos claves, el reclutamiento de esos organismos se guía por criterios diferentes de las listas de precedencia. En general, son los partidos forzados a la clandestinidad, cuyos cuadros están en el exilio, o los partidos menores, marginados, los que proporcionan el mayor contingente de funcionarios a todos los niveles (húngaros, búlgaros, austríacos), mientras que los cargos importantes se confían a los representantes de partidos débiles (el suizo Humbert-Droz, por ejemplo). Cuidémonos de extrapolaciones sobre la vocación internacional de Europa central, aun cuando se compruebe que la responsabilidad del organismo central de la Internacional Obrera y Socialista está en manos de los austromarxistas. Una de las principales explicaciones reside en la gran disponibilidad de cuadros, debida al endeble arraigo nacional de esos partidos y, en consecuencia, a la débil base de esos oficiales sin ejército que los hace totalmente dependientes del aparato de la Komintern. Se puede observar, en cambio, que los partidos grandes o de sólida implantación nacional no ponen sus cuadros a disposición del aparato central más que por breves períodos que, en cierto modo, les sirven de prácticas, de aprendizaje. Por lo demás, el estudio de las biografías de los cuadros de la Komintern sugiere que el paso al aparato no es forzosamente una promoción, sino al contrario⁵³⁶. Sería interesante, además, determinar las personas que el PCUS delega en la cúspide o en los distintos niveles de la institución, en las sucesivas etapas de su metamorfosis. El contraste entre los años veinte y treinta es asombroso. En la primera generación, al lado de los líderes de primera línea del partido (Zinóviev, Bujarin, Radek, etc.), los responsables y los emisarios de la Komintern se reclutan entre las nacionalidades con vocación o experiencia internacionales (judíos, bálticos, etc.). En los años treinta, se puede comprobar la entrada masiva o la promoción de funcionarios sin envergadura, cuya considerable influencia responde sólo al mandato que poseen.

⁵³⁶ Como lo señala Lazitch: «El trabajo de un individuo para la Komintern o en su seno no era automáticamente igual en importancia al papel que desempeñaba en su propio partido comunista» (ob. cit., p. xxi).

II. LA DINÁMICA DE ALTERNANCIA DE LOS TIPOS DE DIRIGENTES Y GRUPOS DE DIRIGENTES INTERNACIONALES

Las biografías de los miembros del Consejo General de la AIT, del BSI y del Comité Ejecutivo de la IC, constituyen una muestra representativa para conocer la dinámica de las generaciones. El análisis de la composición de estos organismos evidencia la sucesión de unas generaciones políticas que pueden corresponder –aunque no obligatoriamente– a unas generaciones de edad⁵³⁷. En efecto, la coincidencia entre el relevo biológico y el relevo político es sorprendente. Así, la fecha de defunción de la primera generación de dirigentes –la generación del cuarenta y ocho– o de la segunda –la de los fundadores y jefes históricos de los partidos– coinciden con las de la fundación de la II Internacional o su hundimiento.

La notable estabilidad de los grupos dirigentes en el plano nacional e internacional es lo que explica el envejecimiento de esos grupos y el dominio de una gerontocracia en el momento de la decadencia de las instituciones. La distribución por grupos de edad en estos organismos dirigentes en la época de su constitución y de su decadencia hace evidente este fenómeno. La estructuración por edades y generaciones es notable en el BSI, donde la edad del representante está a menudo en función de la de su partido, y donde coexisten dos generaciones sucesivas: la de los jefes históricos (nacida en la década de 1850) y la que surge con la expansión del movimiento a fines del siglo (nacida en la década de 1870). El conflicto generacional, en cuanto conflicto de experiencia colectiva, puede discernirse en todos los debates, pero la diferencia es menos de generación que de orden político o ideológico. La continuidad, la duración, caracterizan también a la Internacional Obrera y Socialista y al movimiento de relevo, que se acelera a comienzos de los años treinta y no se efectúa según las generaciones sino según el *ranking order* de las naciones. La vieja guardia no se esfuma, se adapta a las mutaciones, lo más frecuentemente por medio de la selección y de la cooptación del «relevo» en sus filas, lo que

⁵³⁷ Véanse a este respecto las reflexiones metodológicas de Alan B. Spitzer, «The historical problem of generations», *The American Historical Review*, n.º 5, diciembre de 1973, pp. 1353-1385.

produce la ósmosis entre las dos generaciones. Esa estabilidad y ese envejecimiento resultan aún más sorprendentes observando las alternancias y eliminaciones sucesivas de los equipos dirigentes en la Internacional Comunista, apariencia engañosa de movilidad o de dinamismo de la rotación: no se deben a un mecanismo democrático, sino que proceden de la dramática historia del EKKI, de la lógica de la lucha por el poder en el PCUS, que se traducen en la inestabilidad de los equipos dirigentes.

La rotación del liderazgo en el plano internacional pone de manifiesto otro fenómeno: su capacidad de regenerarse depende menos de la voluntad de los grupos institucionalizados de rejuvenecer sus filas que de la dinámica de las situaciones históricas. El relevo corresponde a los grandes virajes del movimiento obrero internacional. En este punto concuerdan los dos planos: nacional e internacional. Constatando a comienzos de siglo la ausencia de relevo y el hecho de que el Comité Directivo del SPD es un «colegio de ancianos», Kautsky profetiza con acierto: «No existe relevo más que en los períodos agitados. Sólo las grandes luchas pueden formar grandes políticos»⁵³⁸. La aceleración del relevo se produce por virajes o seísmos. La aparición de nuevos dirigentes puede tomar entonces la forma de una ruptura. En una situación excepcional, dirigentes o grupos de militantes de segundo orden o poco conocidos son lanzados al primer plano y revestidos de una importancia internacional. Un ejemplo convincente: la aparición de nuevos equipos después del hundimiento de la II Internacional y del descrédito de sus dirigentes. Emergen, por un lado, a través del creciente papel de los dirigentes socialistas de los países neutrales; por otro lado, a través del movimiento de Zimmerwald. El fenómeno cobra singulares proporciones después de las grandes conmociones producidas por la revolución rusa que, de golpe, confiere notoriedad internacional a sus dirigentes de primer plano, poco conocidos hasta entonces pese a su presencia en la arena internacional e incluso en el organismo dirigente de la II Internacional. Los nuevos grupos dirigentes surgidos en la corriente de la revolución son producto, a la

⁵³⁸ Víctor Adler, *Briefwechsel...*, ob. cit., pp. 411, 417 y 467.

vez, de una ruptura y del azar: se encuentran en su epicentro en el momento de la erupción. La fundación de la III Internacional, que conlleva el reclutamiento de su primer equipo dirigente, es uno de los grandes momentos de la improvisación histórica. Elegido en gran parte entre los prisioneros de guerra o los socialistas extranjeros que se encuentran allí, su dirección incluirá tantos figurantes efímeros como actores que seguirán en el proscenio del escenario.

La voluntad de Lenin de crear un nuevo movimiento de relevo, de promover hombres nuevos, no eliminará el recurso a la caución de las autoridades establecidas, de las personalidades relevantes que él llama «grandes figuras políticas»⁵³⁹, como Rakovski, Angelika Balabanova, Serrati, Sen Katayama, Clara Zetkin, por no citar más que algunos de los que gozan ya de prestigio internacional. El nuevo grupo dirigente internacional debe reunir criterios que emanan de múltiples exigencias: ruptura y continuidad, representatividad y eficiencia. Debe responder a la imagen de marca que la institución quiere darse en la que se reconozcan las fuerzas recién surgidas, que simbolizan el marco espacial mundial de la revolución, a la par que asegurar la legitimidad nacida de las tradiciones revolucionarias del movimiento obrero internacional reivindicadas por la Komintern. La conjunción de esos elementos dispersos nos lleva a una fusión. Por el contrario, el carácter transitorio de la amalgama acentúa la inestabilidad de los grupos dirigentes internacionales; el aspecto falaz de las funciones nominales que ejercen facilita el proceso de bolchevización, es decir una homogeneidad impuesta por medio de eliminaciones, purgas y liquidaciones. A partir de ese momento, la promoción de los dirigentes internacionales, la consagración internacional, escapan a la dinámica de las circunstancias históricas, se convierten en producto de las estructuras del poder burocrático dentro de un sistema cerrado, con la ayuda de probados métodos de selección de los cuadros, con una minucia sin fisura aparente que no deja ya lugar al azar⁵⁴⁰.

⁵³⁹ Lenin emplea la expresión para referirse a Rakovski en un telegrama a Trotsky del 26 de julio de 1919, en el que se opone a que Rakovski sea destituido de su cargo como jefe del gobierno ucraniano. Cf. *The Trotsky papers, 1917-1922*, Jan M. Meijer, comp., vol. I, La Haya, Mouton, 1964, página 604.

III. EL FACTOR PERSONAL

A esas dos constantes se agrega una variable: el factor personal. El papel de la personalidad del dirigente en cuanto iniciador o consolidador en la formación y dinámica del grupo es considerable. Las características de este grupo (informal o constituido) –solidez, cohesión, tensiones o rivalidades internas– les son conferidas por sus más eminentes miembros, por aquellos cuya autoridad y prestigio ejercen un indiscutible ascendiente sobre el movimiento obrero internacional. Hasta en un universo tan estructurado, dividido y reglamentado como la III Internacional, el mecanismo del aparato y del poder no es suficiente para explicar la notoriedad y preponderancia de ciertas figuras descolantes. Así Manuïlski sabe imponer su autoridad de hecho y de derecho sobre el ejecutivo en cuanto representante del PCUS; dotado de una notable capacidad de maniobra, carece de sentimientos pero no le faltan sutileza y habilidad⁵⁴¹. No es la importancia del PC italiano la que confiere entonces a Togliatti la autoridad política o el cargo que tiene en el equipo dirigente de la Internacional. Los debe a su talento, a sus extraordinarias competencias para el análisis y la síntesis, siempre que estén en perfecta armonía con la tendencia dominante.

¿Cómo desentrañar la red de interferencias, desenmarañar el entrelazamiento de los distintos factores? ¿Cómo medir la incidencia de las distintas personalidades en el grupo? La historia tradicional, que escruta de modo preferente la cúspide hasta el punto de olvidar el movimiento real, no ha planteado este problema. Como máximo, se conforma con el vocabulario tomado de los distintos dominios de las ciencias sociales: el concepto de élite o de dirigente carismático, que sin embargo debería manejarse con prudencia en el estudio de los

⁵⁴⁰ El semillero de los cuadros de la Komintern y de los nuevos grupos dirigentes de sus secciones bolchevizadas fue una de esas escuelas, o más exactamente la escuela leninista internacional, que dependía más del secretariado general del PCUS que de la Komintern. Cf. Branko Lazitch, «Les écoles de cadres du Komintern», en *Contributions à l'histoire du Komintern*, Ginebra, Droz, 1965, pp. 252 ss. Véase también D. Tartakowsky, «1924-1926: les premières écoles centrales du PCF», *Le Mouvement Social*, número 91, abril-junio de 1975.

⁵⁴¹ Véanse a este respecto los recuerdos de Ernst Fischer, *Le grand rêve socialiste: souvenirs et réflexions*, París, Denoel, 1974 [*Recuerdos y reflexiones*, Madrid, Siglo XXI, 1976],

grupos dirigentes del movimiento obrero, se ha convertido en cómodo utensilio para las pomposas elucubraciones que reemplazan con la especulación, la investigación paciente y el análisis⁵⁴².

La hipótesis genética es la que al parecer debe proporcionar el punto de partida de las futuras investigaciones, de un análisis diferenciado según las etapas y las instituciones características del movimiento obrero internacional. Su fuente se encontrará en el lugar y la función que ocupan los teóricos y los organizadores, a menudo militantes internacionales, en la formación y estructuración del movimiento obrero moderno que cristaliza después de la caída de la Comuna de París. El culto naciente de las grandes figuras, el ascendente de su autoridad, su reconocimiento internacional derivan del papel motor que desempeñan. El dirigente de prestigio tiende a encarnar el movimiento, que se identifica con él, para luego encontrar a través de él su propia identidad. Impreciso e inestable durante largo tiempo, ese fenómeno se fijará mediante la institucionalización del grupo dirigente. La fuente misma de la autoridad, que en el período clásico halla su más acabada expresión en Engels, va a modificarse y a derivar del poder de que disponen los dirigentes: el poder del partido, y luego el poder que confieren el estado socialista o los resortes gubernamentales de un estado capitalista.

¿Cuáles son, desde entonces, las cualidades exigidas a un dirigente internacional o a una personalidad que forma parte de los círculos dirigentes? Se puede describir un conjunto variopinto complejo, de características divergentes y complementarias. Ese conjunto se modifica o configura según las generaciones políticas, sin que se borren los rasgos acumulados. En función de los objetivos fijados, de la naturaleza de las cuestiones que los dirigentes deben resolver en las

⁵⁴² Para una reseña crítica de las teorías de la élite, cf. Peter Bachrach, *The theory of democratic elitism. A critique*, Boston, Little, Brown and Co., 1967; el empleo de segunda mano del concepto weberiano de carisma lleva a interpretaciones sorprendentes. Así, Annie Kriegel, a propósito de la «fecundación carismática del culto de la personalidad» habla de «una legitimidad burocrática inicial», recubierta por «una segunda legitimidad de otra clase, una legitimidad del tipo de la que funda la *charisma*, en tanto que la *charisma* se sitúa en la *Geistesgeschichte*, en la *Kulturgeschichte*» (Annie Kriegel, «Bureaucratie, cuite de la personnalité et charisme: le cas français, Maurice Thorez», en *Communismes au miroir français*, París, Gallimard, 1974, p. 152).

distintas etapas del movimiento, las exigencias se modifican, se añaden nuevos rasgos. Las articulaciones se desplazan, sin que desaparezcan por ello las cualidades exigidas en la etapa precedente, que los dirigentes y los grupos dirigentes invocan en nombre de la continuidad, por sí misma fuente de legitimidad. La configuración de los grupos dirigentes de la II Internacional, desde su creación hasta 1940, cuando se produce su segundo hundimiento, nos da la medida de ello. Hasta fines del siglo XIX, período de elaboración, de clasificación de principios generales y de edificación de los partidos en las matrices nacionales, las cualidades de teórico y de organizador son las que confieren autoridad. Al cambiar el siglo, cuando –en expresión de Jaurès– el socialismo «entra en la fase de las realizaciones prácticas», la habilidad de táctico y de estrategia se convierte en una cualidad esencial sin que ello dispense de las competencias teóricas. Después de la primera guerra mundial, cuando la integración de la socialdemocracia en la sociedad global hace descender la actividad internacional de las esferas ideológicas al terreno político en términos de poder, la hoja de servicios gubernamental confiere la talla internacional. La autoridad internacional del dirigente socialista depende, como se ve, de un conjunto de rasgos. Al prestigio del partido que representa se añaden su aureola, su prestigio personal: sus méritos excepcionales al servicio del socialismo (por ejemplo, los jefes históricos); su talento, su clarividencia, su habilidad táctica y un sentido político afinado, su experiencia acumulada; su cultura y sus competencias en materia teórica; los resultados de que puede prevalerse a la cabeza de su partido, en la actividad gubernamental y la promoción de una política de reformas; su horizonte internacional y su competencia en materia de política mundial. Y en general, el dirigente de prestigio es además un orador, un tribuno, capaz de enardecer a las masas. Nuestro propósito no es, en modo alguno, extraer un modelo, un tipo ideal, sino establecer los rasgos que proporcionan la escala con la que medir el peso del individuo en el funcionamiento del grupo o el grado de su participación en las decisiones. Esta tipología reemplaza la habitual distinción entre teórico, organizador y táctico, que da prioridad a las funciones

ejercidas a expensas de los rasgos personales y, por eso mismo, mantiene la arbitrariedad en la elección de los instrumentos de medición. No se trata de enumerarlos como rasgos aislados sino de concebirlos como un conjunto coherente. Así puede comprenderse el grado de participación en las decisiones de un teórico de prestigio como Karl Kautsky, árbitro ideológico de la II Internacional, quien sin embargo no posee ninguno de los atributos del dirigente político. Los contemporáneos se muestran unánimes: antes de 1914, «no sólo un congreso del partido alemán sino incluso una reunión internacional no podían concebirse sin Kautsky»⁵⁴³. Sus intervenciones son decisivas en los debates de orden doctrinal, pero su peso en las decisiones políticas es limitado. En las reuniones del BSI, puede a veces imponer sus posiciones en materia de principios, mientras que fracasa en el plano político. Consciente de sus límites, escribirá a su amigo Victor Adler: «Siempre me siento incómodo ante los problemas prácticos y tácticos»⁵⁴⁴. Por lo demás, sólo su aureola le asegurará un lugar en el panteón del socialismo después de 1917. En cambio, Victor Adler antes de 1914, H. Branting y O. Bauer en el período entre las dos guerras, disponen de un peso decisivo, porque reúnen la mayor parte, cuando no la totalidad, de las cualidades exigidas al líder en un grupo dirigente.

El estudio de los grupos dirigentes debe tener en cuenta el origen de los dirigentes, venidos de los más distintos horizontes. Extracción social, cualificación, educación, son otros tantos elementos a tener en cuenta, pero todos se articulan alrededor de un eje: el itinerario militante y el mecanismo gracias al cual han alcanzado la consagración internacional.

En suma, el conocimiento del factor personal resulta indispensable para poder emprender, sirviéndose del indicador institucional, la espeleología de las relaciones en el interior de los grupos dirigentes, o para orientarse en el laberinto de los variados tipos de relaciones que se establecen en el interior del grupo y que abarcan desde la filiación

⁵⁴³ Mano Buchinger, *Találkozásom Europa, szocialisto vezetovel (Mis encuentros con los dirigentes socialistas europeos)*, Budapest, 1938, p. 53.

⁵⁴⁴ Victor Adler, *Briefwechsel...*, ob. cit., p. 592.

personal hasta los vínculos institucionales reglamentados. Las afinidades personales, los intereses privilegiados, las desconfianzas y las susceptibilidades, las animosidades tenaces, las rivalidades, son otros tantos fenómenos que marcan la vida de cualquier grupo dirigente, independientemente de su finalidad, de su perfil ideológico o de los engranajes institucionales. Se acentúan incluso en los grupos dirigentes reformados, remodelados por la estructura burocrática que segrega un nuevo mecanismo de consagración internacional, que produce y reproduce una nueva autoridad: la autoridad burocrática. Pero la estructura burocrática no suprime el factor personal, al contrario⁵⁴⁵. Al implantar la imagen de un líder supremo, carismático, lo acentúa y, de ese modo, hace más complejas y difíciles las relaciones internas del grupo hasta el punto de neutralizarlas y paralizarlas, lo que redundaría en la decadencia del prestigio colectivo del grupo.

De hecho, los avatares de la Komintern producen una ambigüedad: la aparente similitud entre los grupos dirigentes comunistas y los de sus hermanos-enemigos. Con la instalación del equipo dirigente en los años treinta a la cabeza de los partidos nacionales implantados, que exigen direcciones estables, el acento se desplaza de la ruptura a la continuidad. Desde entonces, el grupo dirigente se apropia de los rasgos tradicionales y trata de hacerse reconocer como el único heredero de una larga descendencia. Apuesta por la responsabilidad de un sistema compuesto por valores jerarquizados. No se trata de un simple gesto, sino de una transferencia apoyada en una sustitución: la imagen que asume se proyecta en el pasado; los antepasados que invoca son remodelados, adecuados a las virtudes y a los rasgos asumidos por la autoridad burocrática.

⁵⁴⁵ Sería interesante estudiar el discurso del dirigente sobre su propia función, sobre su estatuto, ver cuáles son la imagen del dirigente y la conciencia de su función en cuanto dirección moral e intelectual que se imponen en los distintos sectores del movimiento obrero y analizar dónde y cómo se instaura el culto a los jefes.

Evaluar la distorsión en los dos sentidos permite medir las mutaciones ocurridas a la vez en el movimiento obrero y en los grupos dirigentes. La duración, la continuidad erigida en fuente de legitimidad, resultan falaces. La imagen acreditada no coincide ya con una realidad congruente con las aspiraciones del movimiento obrero internacional, ni asegura ya al grupo dirigente el prestigio de antaño.

9. DINAMISMO Y CONSERVADURISMO DE LA IDEOLOGIA: ROSA LUXEMBURG Y LA INVESTIGACION MARXISTA SOBRE LA CUESTIÓN NACIONAL

Enfrentar el tema «Rosa Luxemburg y la cuestión nacional» equivale a derribar puertas abiertas o a introducir notas discordantes en un concierto que se desearía armonioso. Por un lado, el tema, centrado en el análisis de las posiciones de Rosa Luxemburg sobre la cuestión nacional en el marco del socialismo polaco, ha sido ampliamente tratado por sus biógrafos o exégetas a través de una interpretación interna de los textos. Por otro lado ¿por qué ocultar que con demasiada frecuencia el tema se ha enfrentado en términos de un proceso a las intenciones, de un juicio perentorio en el cual la historia ha sido invitada como juez, la lista de los errores utilizada para sostener un uso fuera de contexto de los escritos de Rosa Luxemburg, la polémica con Lenin aducida como medio de convicción y los méritos revolucionarios de Rosa Luxemburg invocados como circunstancias atenuantes?

Sí el primer camino ya ha sido batido, pese a la persistencia de divergencias considerables, la segunda vía definitivamente no tiene salida. Resbala en las arenas movedizas donde sirve de profesión de fe, de paliativo metafísico para la reflexión histórica y teórica.

Lo que intentamos es plantear la problemática bajo otra luz: situar el camino intelectual de Rosa Luxemburg en el largo y difícil proceso de desciframiento de un problema que por mucho tiempo ha permanecido como exterior o apenas conectado al pensamiento marxista. Partimos del postulado de que el desarrollo de la teoría marxista en el campo nacional no es un movimiento lineal de enriquecimiento o de empobrecimiento, de adición o de sustracción. ¡Al contrario! A menudo ligado a las circunstancias, viciado por generalizaciones prematuras, marcado por ásperas polémicas, el camino de esa elaboración teórica y política ha sido el de una búsqueda colectiva en la cual la clarificación y la profesión de la problemática pasan por divergencias profundas de interpretación, contraposiciones violentas entre el dinamismo y el conservadurismo de la ideología.

La dialéctica de la contraposición, además, no se plantea sólo a nivel de la ideología, sino en lo real, en el terreno de la historia. Es efectivamente frente a la necesidad de definir una actitud táctica y de adoptar una estrategia como se han polarizado las tentativas de conceptualización, se han modificado o desarrollado, mantenido o adaptado las respuestas teóricas apenas esbozadas por los fundadores del marxismo, a partir de las cuales prosiguió el camino intelectual de los marxistas de la Segunda internacional.

Más allá de las divisiones que intervienen en la visión histórica y en la estrategia del pensamiento posmarxiano, los marxistas de la época de la Segunda internacional continúan planteando la cuestión nacional en términos históricos y no metafísicos, lo cual explica sus aportes a la elaboración colectiva. Y es en la confrontación con lo real, a menudo bajo la presión de los hechos, que el pensamiento marxista, saliendo del marco trazado y de la temática transmitida por Marx y Engels, termina por acordarle un lugar y un estatuto teórico autónomo en el *corpus* mismo del marxismo.

El enfoque que proponemos trasciende necesariamente el simple análisis de los textos de Rosa Luxemburg. Debemos confesar que tal empresa presenta aún dificultades. La historia de las elaboraciones marxistas sobre la cuestión nacional es conocida sólo fragmentariamente o bajo una luz particular. Incluso los textos esenciales han sido utilizados sólo parcialmente y su significado ha sido con frecuencia deformado, sin hablar de los numerosos documentos, de los numerosos aspectos que aún son desconocidos. Se ha acordado prioridad absoluta a lo que de alguna manera constituye un punto de llegada no definitivo, es decir a los textos provenientes de Stalin o de Lenin. Así se olvida o se deja en silencio un hecho fundamental: sus elaboraciones teóricas, que se sitúan en la víspera de la primera guerra mundial, maduraron como resultado de una larga búsqueda y de una modificación del contexto histórico y se beneficiaron de un movimiento largo y difícil que operó la traslación del tema de la periferia al centro, traslación en función tanto de la maduración del pensamiento marxista como de la del fenómeno nacional, de su nacimiento, de su

progreso a partir de 1848. Pero es imposible disimular que en esa elaboración colectiva le corresponde a Rosa Luxemburg un papel destacado, de pionera. La cronología misma de sus escritos sobre la cuestión nacional (1893-1897, 1902, 1906, 1908-1909, 1915, 1918) es indicio del lugar que ella ocupa en los esfuerzos hechos por el pensamiento marxista para superar las múltiples dificultades inherentes a la comprensión de la cambiante y compleja realidad resumida en la expresión «cuestión nacional».

El estudio de la evolución del pensamiento marxista sobre la cuestión nacional en la época de la Segunda internacional puede subdividirse en realidad en tres momentos principales, que son al mismo tiempo etapas sociohistóricas y fases teóricas.

1. Fin del siglo XIX, período de arranque, de ruptura en el que se inicia la investigación.
2. Giro acelerado por el cataclismo de la revolución rusa de 1905 en el que se producen cambios profundos en la esfera ideológica y en el modo de plantear el problema.
3. Transformación fundamental en el modo de plantear el problema inmediatamente antes y durante la primera guerra mundial, en la cual éste sale del núcleo organizativo y táctico para situarse en la perspectiva de la estrategia en función de la dinámica de los movimientos nacionales y de sus relaciones con la revolución socialista.

En esta relación no nos proponemos completar la ambiciosa tarea que nuestro enfoque supone o deja entrever. Nos limitaremos a tocar algunos puntos cruciales que dan lugar a controversias sin pretender en modo alguno agotar los problemas planteados.

I. LAS PREMISAS

El contexto histórico

Desde el fin del siglo XIX, el fenómeno nacional se impone a la atención del socialismo y coloca a la Segunda internacional en vías de constitución frente a exigencias precisas, como la de conciliar las aspiraciones socialistas con las aspiraciones nacionales, y en particular la expansión y el rápido crecimiento del movimiento obrero animado por la convicción de un derrumbe del capitalismo a corto plazo y el principio del derecho de las naciones a la autodeterminación, levantado como reivindicación prioritaria por algunos partidos y movimientos que se autodefinen socialistas. El pensamiento socialista choca entonces concretamente con la dificultad de unir o armonizar el objetivo de la revolución proletaria con el de la liberación nacional.

Engels es consciente de ello. En algunos escritos suyos de los años 1880-1890, privados, pero también en los que publica, se pronuncia sobre la relación entre la independencia nacional y el desarrollo del movimiento obrero. Esa preocupación era un corolario de la nueva orientación estratégica definida después de la caída de la Comuna de París que llevó a la disolución de la Primera internacional, convertida en un marco arcaico y demasiado restringido para la expansión del movimiento obrero. Marx y Engels postulaban que el porvenir del socialismo debía ahora organizarse en función de su capacidad de inserción en las realidades de los diversos países y de organización dentro de los marcos nacionales así definidos, en potentes «organizaciones nacionales», según la expresión de Lafargue. En una carta a Kautsky de 1882, a propósito de la táctica que debían adoptar los socialistas polacos, Engels es explícito y perentorio cuando afirma: «Sólo el proletariado de las naciones independientes puede organizarse en forma eficaz.»⁵⁴⁶ La independencia cancela una hipoteca que grava pesadamente el desarrollo del movimiento obrero en los países «sometidos por un conquistador externo», en los cuales, al canalizarse toda la energía del pueblo necesariamente hacia los objetivos

⁵⁴⁶ K. Marx, P. Engels, *Werke*, vol. 35, Berlín, 1967, p. 270.

nacionales, el camino interno queda paralizado y la nación dominada (una «gran nación», precisa Engels) «es incapaz de actuar por su emancipación social». Pero sobre todo el estado independiente ofrece el marco en que se inserta la lucha de clases porque «para poder luchar hace falta en primer término un terreno, aire, luz y cierto margen de maniobra». Estas consideraciones implican el principio según el cual «el movimiento internacional del proletariado sólo es posible entre naciones independientes». Engels retoma la idea en 1892 y 1893 en el balance que hace del camino recorrido desde 1848 en los prefacios a las ediciones polaca e italiana del *Manifiesto del partido comunista*: «Sin la autonomía y la unidad restituidas a cada una de las naciones europeas, ni la unión internacional del proletariado, ni la tranquila e inteligente cooperación de esas naciones para fines comunes podrían realizarse», concluye Engels.⁵⁴⁷

La estrategia marxiana de desarrollo del movimiento obrero en los marcos nacionales se inserta en la realidad de los distintos movimientos, se concreta en el plano organizativo a través de la cristalización y la generalización de las formas modernas que el socialismo asume, es decir los partidos socialdemócratas organizados a escala nacional. Dicho esto, la problemática iniciada por Engels sigue abierta, terreno de discusión tanto en el plano político como en el teórico. Las indicaciones puntuales no son capaces de terminar con las vacilaciones, con las dificultades tácticas para conciliar exigencias divergentes surgidas en situaciones concretas. La mayoría de las veces, las interpretaciones son o unilaterales, o restrictivas: se expresan en la amalgama entre marco y objetivo transformada en dicotomía o en una separación rígida de las esferas de la lucha de clase y de la lucha nacional consideradas antinómicas.

Ciertamente los interrogantes centrales siguen siendo aquellos a los que se habían enfrentado Marx y Engels en la época de la Primera internacional, y que habían resuelto en función de las nuevas situaciones que se imponían a su atención (el caso irlandés). Guiados

⁵⁴⁷ *Ibid.*; *Für Polen*, en K. Marx, F. Engels, *Werke*, vol. 18, Berlín, 1962, p. 574; “Al lettore italiano”, prólogo a la edición italiana del *Manifiesto del partido comunista*, en K. Marx y F. Engels, *Opere*, vol. IV, Roma, 1973, p. 678.

por la preocupación por lo concreto, por una elaboración táctica ligada directamente a la coyuntura, se habían negado a hacer generalizaciones, a construir modelos e integrar sin reservas la dinámica nacional a la teoría de la revolución. Pero a fines del siglo XIX el pensamiento marxista se encuentra en la necesidad de enfrentar en forma urgente y precisa dificultades nacidas de realidades nuevas para las cuales está obligado a hallar soluciones adecuadas: ¿cómo soldar entre sí la lucha de clases y la liberación nacional en los países dependientes en que el movimiento obrero se ha afirmado como movimiento autónomo y fuerza hegemónica? ¿Cómo conciliar la exigencia del marco de acción —el estado independiente— con la historicidad del principio de autodeterminación, subordinado en Marx «a las exigencias de la evolución general de la cual la lucha de clase proletaria constituye la fuerza motriz principal», según la formulación de Kautsky?⁵⁴⁸ ¿Cuál es el lugar y el papel del factor nacional en el desarrollo del movimiento obrero en los estados plurinacionales?

Desde 1893, desde el inicio de su actividad de militante, Rosa Luxemburg se encuentra ante estos interrogantes: su reflexión se sitúa en la base y en el corazón mismo de la acción en cuya esfera se produce el enfrentamiento de las alternativas. En efecto, el socialismo polaco naciente tenía, según sus propias palabras, «desde el principio la tarea de superar la herencia histórica de la nobleza polaca, de hallar una solución para la cuestión nacional».⁵⁴⁹ Tarea que para Rosa Luxemburg equivalía a definir «la relación histórica específica entre la lucha política del proletariado y la aspiración a la restauración de Polonia». En realidad, la elección no era entre «las aspiraciones nacionales sin esperanza», los piadosos deseos «prácticamente irrealizables» y las posibilidades concretas de realización de la lucha cotidiana del movimiento obrero tal como la presentaba Rosa Luxemburg en el ardor de la polémica. El enfrentamiento en el seno del socialismo polaco, la división derivada de él, se referían a la prioridad a acordar al objetivo nacional o al objetivo de clase, según

⁵⁴⁸ K. Kautsky, *Die Befreiung der Nationen*, Stuttgart, 1917, p. 9.

⁵⁴⁹ R. Luxemburg, *Sozialpatriotische Programmkrablatik, en Internationalismus und Klassenkampf. Die polnischen Schriften*, Neuwied-Berlín, 1971, p. 153.

las modalidades de una armonización entre los intereses nacionales y los intereses de clase. Los términos del debate prefiguraban por otra parte los dilemas que se generalizaron dos décadas después en el socialismo europeo. En realidad, Rosa Luxemburg no negaba la existencia de una «relación orgánica entre esos dos objetivos en Polonia», así como tampoco perseveraba en la inicial «tentativa discreta» de hallarla. Su elección era guiada enteramente por la negativa a ver invertido el orden de las prioridades y así ver al socialismo desviado de su vocación y de su opción internacionalista. En consecuencia, Rosa Luxemburg habría invertido de alguna manera la formulación de Engels: los socialistas polacos son más nacionales cuanto más internacionales.

La dirección en que Rosa Luxemburg buscó la respuesta y planteó la alternativa no debe ser vista en términos de error ni únicamente a través de la constelación histórica específica. Los temas de reflexión de sus artículos sobre la cuestión nacional de los años 1895-1897 reflejaban, más allá de las dificultades con que chocaba el joven pensamiento marxista en el campo nacional, las premisas fundamentales que encaminaron la investigación e impregnaron su orientación.

Por otra parte los debates sobre la cuestión nacional de Polonia en la Segunda internacional pusieron en evidencia un hecho sintomático: el problema de vincular el objetivo de la lucha de clase al de las aspiraciones nacionales se planteaba en términos distintos para la generación de dirigentes y militantes socialistas que había madurado en la revolución burguesa de 1848, se había formado políticamente en la apasionada lucha por la unidad alemana, vinculada políticamente a Marx y a Engels, y para la generación de los marxistas nacidos durante la “gran depresión”, educados políticamente en las huellas y en el crecimiento del movimiento obrero y socialista moderno, formados ideológicamente por las obras de Marx y Engels y nutridos por la esperanza de una revolución proletaria a corto plazo. Se trataba de la expresión del conflicto y de la confrontación entre dos experiencias, entre dos mentalidades, entre dos sensibilidades divididas por la

brecha que se produjo después de la Comuna de París entre el período de emergencia del movimiento obrero en el cual la clase obrera de clase en sí se constituye en clase para sí, y la nueva fase caracterizada por Rosa Luxemburg como la fase de la «lucha sistemática cotidiana, la explotación del parlamentarismo burgués, la organización de las masas, el connubio de la lucha económica y política, y del ideal socialista con la obstinada defensa de los intereses cotidianos inmediatos».⁵⁵⁰

Dos períodos que corresponden a contextos históricos fundamentalmente distintos también en el campo nacional. En el período inicial, el nacimiento del movimiento obrero es paralelo a la emergencia de los movimientos nacionales: todos se desarrollan en simbiosis, las relaciones son de solidaridad y los objetivos son armónicos. Ése fue en particular el caso del joven movimiento obrero alemán para el cual el logro de la unidad nacional fue la condición y el supuesto previo de la emancipación de los trabajadores. Aspiraciones socialistas y nacionales no eran antinómicas, sino complementarias: el nacionalismo de tipo jacobino había sido por mucho tiempo ejemplo de la izquierda, la idea nacional había servido como ideología movilizadora progresista contra la resistencia feudal, las fuerzas conservadoras, antinacionales.

En el segundo período, el del movimiento obrero ascendente, la formación de los estados nacionales se realiza, su unidad es completada. El nacionalismo ha pasado a ser la ideología militante de la derecha; es advertido como el principal peligro para el socialismo que busca en el internacionalismo, con ayuda de la Internacional, antídotos para inmunizarse. Las transformaciones sufridas por el mapa de Europa son consideradas por los socialistas como definitivas o susceptibles al máximo de modificaciones secundarias. El problema de los estados plurinacionales en los cuales la cuestión nacional está en el orden del día con vigor y agudeza y las tensiones nacionales alimentan a los movimientos nacionales, no es planteado por ellos en términos nacionales sino sociales, no en términos de explosión sino de transformaciones internas a efectuar.

⁵⁵⁰ R. Luxemburg, *La crisi della socialdemocrazia*, en *Scritti politici*, ed. de L. Basso, Roma, 1970, p. 440.

En el mapa de Europa se inserta un cambio profundo ocurrido en la geografía del socialismo con la aparición del movimiento obrero y socialista en las nacionalidades oprimidas que Engels consideraba “naciones sin historia”. A menudo la emergencia de una conciencia nacional y de la conciencia social son concomitantes. La opresión de que son víctimas los trabajadores de las naciones oprimidas por parte de las naciones dominantes aparece al mismo tiempo como nacional y como social y complica el proceso de toma de conciencia. Los movimientos nacionales europeos revelan ambigüedades profundas y sufren a su vez cambios contradictorios en la concepción, en el contenido, en la composición. Las relaciones entre movimientos nacionales y movimiento socialista, que se enfrentan en un amplio espacio que va de la Europa central y oriental hasta los Balcanes, se revelan extremadamente complejas en función también de la expansión del capitalismo en las regiones atrasadas, de las especificidades de su desarrollo y de las transformaciones provocadas por las nuevas relaciones de producción. Son relaciones condicionadas tanto por las diferencias del desarrollo como por las diversidades sociales, étnicas, históricas; van de la complementariedad, de la competencia, de la rivalidad, de la hostilidad declarada, a la sustitución de objetivos socialistas por objetivos nacionales o al disfraz de los movimientos nacionales bajo apariencias socialistas.

Este contexto delimita el campo de la reflexión, los vínculos y las limitaciones históricas del pensamiento marxista a fines del siglo XIX.

Pero el contexto solo no basta para explicar las dificultades que encuentra, sus orientaciones y elecciones contradictorias, las divergencias que marcan las búsquedas hechas para superar o para enmascarar las antinomias, para asimilar y desarrollar la herencia de los fundadores del socialismo científico.

En esta exposición nos proponemos principalmente identificar los obstáculos con que choca el desarrollo del pensamiento marxista, poner de relieve los factores que han condicionado su horizonte, sus perspectivas, y definir la orientación de la elaboración teórica en

relación con la evolución del movimiento obrero alrededor de 1900. Dos grupos de interrogantes fundamentales, tanto para tratar de localizar el puesto de Rosa Luxemburg en el proceso de iniciación de la investigación marxista sobre la cuestión nacional, como para destacar la orientación y la estructura de su pensamiento, la coherencia de su discurso y sus sucesivas transformaciones relativas a los profundos cambios ocurridos en el modo de plantear el problema.

La asimilación de la herencia de Marx

Hay un doble error de perspectiva en que caen a menudo los historiadores, y consiste: 1] en analizar la herencia transmitida por Marx y accesible a las generaciones marxistas de fin y principios de siglo a través de las obras completas de que disponemos hoy; 2] en partir del postulado de que el marxismo, que ha conquistado un lugar hegemónico en el movimiento obrero internacional de fines del siglo XIX, impregna ya la mentalidad y fecunda el pensamiento socialista de la época.

¿Cuáles son, en esa época, los puntos de apoyo de una joven marxista con respecto a la cuestión nacional? Es preciso recordar un hecho evidente, el de que no hubo una elaboración teórica autónoma del tema por Marx y Engels, de donde deriva la ausencia de textos fundamentales de consulta. Fue sólo a través de escritos desparejos, artículos de actualidad, de lucha, nacidos en situaciones muy concretas, y sobre todo en su vasta correspondencia, que dejaron en herencia un conjunto de puntos de referencia, de indicaciones, de hipótesis, a partir de las cuales, por otra parte, se inició el debate de la Segunda internacional. Ahora bien, el acceso a esos textos era muy difícil. Sólo un reducido número de ellos era conocido en esa época. Ciertamente, *Die Neue Zeit* se esfuerza por sacar del olvido algunos artículos que Kautsky considera importantes. Pero es sólo en 1902 cuando empieza, gracias a F. Mehring y después a D. Riazánov, una publicación más amplia de su herencia literaria. Ya antes de esa fecha su actitud durante la revolución de 1848 con la condena de las

nacionalidades eslavas como contrarrevolucionarias, sus opiniones sobre la cuestión de Oriente de los años 1850-1860, ricas en reflexiones incidentales y contradictorias sobre los eslavos del sur y el papel del Imperio otomano y sobre todo sus tomas de posición con respecto a un momento central de sus preocupaciones por el problema nacional, es decir el caso polaco, eran conocidas sólo en forma fragmentaria. Por el contrario, un momento muy significativo de la reflexión marxiana, el caso irlandés, que confirió todo su significado político al principio enunciado antes de 1848: «un pueblo que oprime a otro no puede liberarse él mismo»⁵⁵¹ y que permitió establecer los puntos fundamentales de un nuevo enfoque de las relaciones entre lucía de clases y lucha nacional, fue prácticamente ignorado. Así en la selección de las cartas a Kugelmann publicada en 1902 en *Die Neue Zeit* las enseñanzas de la Comuna de París relegan al último lugar el análisis del caso irlandés. ¿De qué modo esos textos posteriormente conocidos, pero insuficientes para el pleno aprovechamiento de la herencia de Marx y Engels, fueron asimilados, integ)retados y utilizados por los marxistas de la Segunda internacional? Tema que merecería un estudio profundo porque plantea el problema revelador de la actitud frente a esa herencia. En el caso concreto: ¿qué textos conoció Rosa Luxemburg, de qué manera los utilizó, qué pudo retener de esa rica y perturbadora herencia? ¿Debemos sacar alguna conclusión del hecho de que atribuyó a Marx textos y una terminología que son, en realidad, de Engels? ¿No es más significativo que, ahondando en el estudio de los textos, Rosa Luxemburg haya hecho propios –como la mayor parte de los socialistas de la época– los conceptos y el vocabulario histórico marxianos en las formulaciones y con las connotaciones originales como «naciones contrarrevolucionarias», «naciones sin historia», «ruinas de pueblos», aceptando incluso un término cargado de socialdarwinismo, como el de «naciones vitales»? Pero, a diferencia de muchos contemporáneos suyos, que utilizan puntualmente la herencia de Marx y Engels, ya sea que retomen su juicio sobre Polonia, o el referente a las nacionalidades

⁵⁵¹ D. Riazánov, "Karl Marx und Friedrich Engels über die Polenfrage", en *Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung*, VI, 1916, p. 179.

eslavas del sur, o sobre las nacionalidades eslavas de Austria, sin replantear las tomas de posición en un desarrollo global, Rosa Luxemburg adopta de inmediato el procedimiento que usa como método para enfrentar el campo nacional en cuanto variable y subordinado a la estrategia global, a los intereses fundamentales del movimiento obrero. Ella asimila los principios, se adueña del marco trazado y de la temática transmitida; pero no trata de ahondar la dialéctica derivada de la adopción de distintas perspectivas en función del análisis de situaciones determinadas y nuevas a través del cual Marx percibe las traslaciones ocurridas, asigna a los movimientos nacionales funciones nuevas y de ese modo adapta las posiciones teóricas a los datos inéditos emergidos en el proceso histórico.

La actitud de Rosa Luxemburg frente a esa herencia es crítica. La utilización que hace de ella asume el aspecto de un conflicto entre la letra y el espíritu del marxismo. El conflicto se resuelve en favor de la letra, aun en contra de sus intenciones. Rosa Luxemburg logra hacer en los textos de Marx una distinción neta entre las posiciones de principio y las tomas de posición coyunturales, entre la estructura del procedimiento mental y su articulación en una situación dada. Pero ella absolutiza el procedimiento, que identifica con el método y sobre todo con la teoría. Es el procedimiento intelectual que trata de adaptar a los nuevos desarrollos de casos particulares, en primer término el de Polonia, sin admitir la necesidad de evaluar la globalidad de las traslaciones ocurridas, las dimensiones nuevas adquiridas por el complejo nacional desde la época de Marx. Se contenta con actualizar la experiencia sin desarrollar los presupuestos teóricos del marxismo y renovar sus implicaciones estratégicas. Cuando Rosa Luxemburg subraya la actualidad y el vigor del marxismo no dogmático, creador, y la necesidad de su aplicación a la cuestión nacional, se trata sobre todo de la expresión de una confianza en el método como guía para la acción, de un imperativo práctico y no de una tarea teórica de implicaciones estratégicas.

Pero el problema de la asimilación de la herencia de Marx sobre la cuestión nacional no se limita ni por asomo al problema del acceso a los textos. La recepción del marxismo, y en particular la problemática marxista sobre la cuestión nacional, choca con un obstáculo más difícil de eliminar, con un terreno más difícil de penetrar: el de las mentalidades.

Rosa Luxemburg era consciente de ello: en 1896, cuando somete a la opinión internacional las divergencias entre la SDKP y el PPS y abre así el primer enfrentamiento sobre la cuestión nacional en la Segunda internacional, la guía la convicción de que el análisis y el procedimiento histórico de Marx están muy lejos de impregnar la conciencia socialista, aun en los sectores ganados por el marxismo. El pensamiento socialdemócrata continúa sufriendo la influencia de una visión “utópica e idealista” en el campo nacional, señalará después Rosa Luxemburg, y la herencia marxiana difícilmente se libera de las actitudes superadas. Convicción compartida, por otra parte, por Kautsky, y que se hace clara en el reducido número de teóricos marxistas reunidos en torno a *Die Neue Zeit*. El objetivo y las preocupaciones del pensamiento marxista en el campo nacional alrededor de 1900, en consecuencia, están en gran medida dominados por el imperativo de salir de las vías tradicionales. «Eliminar los residuos de las ideologías del pasado» de la conciencia socialista, «superar de un modo u otro la ideología heredada de las luchas anteriores y de la historia política del país»,⁵⁵² eran tareas específicas que incumbían, según Rosa Luxemburg, a los partidos socialistas de todos los países, englobaban el campo nacional y se revelaban particularmente urgentes allí donde se planteaba la cuestión nacional. Procedimiento preliminar para restablecer la posición marxista, promover una política socialdemócrata basada en los principios del internacionalismo, y dotar al movimiento obrero de una concepción propia de la cuestión nacional.

⁵⁵² R. Luxemburg, *Sozialpatriotische...*, cit., p. 153.

La mentalidad tradicional

Vencer las resistencias, los hábitos mentales, quebrar la poderosa influencia de una mentalidad forjada en el período inicial del movimiento obrero, era una tarea mucho más difícil en cuanto incluso los marxistas que habían tomado conciencia de la importancia política de la cuestión nacional —como Rosa Luxemburg y Kautsky— estaban impregnados de ella, soportaban su peso exactamente igual que Marx, algunas décadas antes, había seguido siendo tributario, en el campo nacional, del horizonte mental de su época y del ambiente de la izquierda europea en particular. No era, por otra parte, la menor de las paradojas de un enfrentamiento que se daba en un campo todavía marginal con respecto a las preocupaciones de los marxistas y estaba sólo vinculado con los temas prioritarios de su reflexión. A fines del siglo XIX, el comienzo de una comprensión de la importancia política fundamental de la cuestión nacional era aún una excepción entre los marxistas, incluso donde se la encontraban directamente enfrente, donde se colocaba en el centro de la política y de la práctica. Aun en los partidos más directamente interesados, como la socialdemocracia austríaca, las transformaciones ocurridas en la composición de clase y del movimiento obrero plurinacional y la emergencia de un fenómeno radicalmente nuevo que Bauer colocará desde el primer momento en la historia de las “naciones sin historia” no lograron abatir las barreras que limitaban el campo de percepción de la socialdemocracia.

A fines del siglo XIX, cuando el desarrollo acelerado del capitalismo provocó en Austria-Hungría «esta conciencia de las nacionalidades históricas o nuevas», agudizó las tensiones nacionales hasta el punto de que se perfiló el desmembramiento del estado plurinacional, la amplitud que adquirió la cuestión nacional fue menor que su impacto sobre el desarrollo del movimiento obrero y sobre problemas que derivaban de su expansión y que pusieron a los militantes socialistas frente a su realidad y fueron el origen de sus reacciones. Las exigencias organizativas y los imperativos tácticos que imponían la necesidad de tomar en consideración la cuestión nacional provocaron los enfrentamientos, formaron la trama de la reflexión y presidieron las elecciones.

La cuestión nacional permanecía como un problema interno que debía ser resuelto específicamente por los partidos interesados, externo a las preocupaciones del socialismo internacional.

La incompreensión, la indiferencia o el estupor con que fue recibido el primer debate significativo de dimensiones internacionales sobre la cuestión nacional por parte de los delegados al IV congreso de la Segunda internacional reunido en Londres (1896) revelaban el estado de ánimo y las barreras mentales de la época. Gran número de militantes consideraba «la indiferencia nacional», el rechazo del momento nacional, como sinónimo del internacionalismo: expresión de una actitud mental y psicológica que Antonio Labriola ha definido como «internacionalismo utópico». «Cosmopolitismo utópico» hubiera dicho Otto Bauer, que consideraba ese fenómeno «la toma de posición precaria y más primitiva de la clase obrera frente a las luchas nacionales del mundo burgués». Formada en la segunda mitad del siglo XIX, esa actitud fue la que con más obstinación sobrevivió y se reveló como más tenazmente arraigada, al punto de que aun después de 1905 se verá en ella la causa de la «insuficiente atención que la mayor parte de la socialdemocracia presta a tal cuestión» (V. Medem).

Alimentada por diversas motivaciones, a menudo enmascarada por las opciones ideológicas, asumió formas y expresiones diversas. Su manifestación extrema era la negativa absoluta a tomar posición o comprometerse a una problemática revelada por la burguesía y que en consecuencia era considerada asunto de las clases dominantes sin relación con los intereses de la clase obrera, ajena al movimiento obrero. En general, esa indiferencia se manifestaba a través de una amplia gama que iba de la ignorancia a la subestimación de un fenómeno considerado históricamente superado, mantenido artificialmente vivo por la burguesía que trataba, por ese medio, de estorbar al movimiento obrero en su marcha hacia adelante.⁵⁵³

⁵⁵³ Así en el naciente movimiento socialista de los jóvenes países del sureste europeo o entre las nacionalidades oprimidas de Rusia, la línea de demarcación entre un demócrata burgués y un socialdemócrata pasa por el centro de gravedad de su problemática. El primero se afirma en la nación, el socialista mira a la clase.

Pero el «cosmopolitismo utópico» no es sino una variante de la mentalidad tradicional y sólo en parte explica la actitud de indiferencia de los socialdemócratas hacia la cuestión nacional. Detrás de esa pantalla, sobre la cual se proyecta un obrerismo rígido, se esconde la perplejidad de los militantes ante un fenómeno externo al movimiento obrero con el que tienen que enfrentarse. El cosmopolitismo se anida en un movimiento replegado sobre sí mismo, a menudo segregado de la sociedad o víctima de la represión, desprovisto de una concepción propia de la cuestión nacional y afectado de inmovilismo, a causa de una mentalidad colectiva prisionera de las ilusiones heredadas de la burguesía liberal.⁵⁵⁴

El panorama mental de los socialistas del siglo XIX es, en realidad, un panorama condicionado por el universo racionalista burgués, por el ascenso y la crisis del pensamiento liberal. En el campo nacional, los socialistas –y también los socialdemócratas alemanes entre los cuales se instauró el marxismo– ejercen su reflexión dentro del marco y de las categorías tomadas en préstamo del «cosmopolitismo humanista», de la filosofía del iluminismo del siglo XVIII y de la ideología liberal del 48. El tejido fundamental de la mentalidad colectiva no es el marxismo, sino que está formado por materiales heredados o retomados. De ahí la longevidad de un enfoque ético-liberal de la cuestión nacional y una concepción de la solidaridad internacional que presupone la igualdad abstracta de los derechos nacionales. Con el programa de la democracia política la SPD retoma los objetivos y las ilusiones nacionales de la tradición liberal de la «primavera de los pueblos».

Como observa Hans Mommsen, sobre el ejemplo de la socialdemocracia austriaca impregnada de las mismas tradiciones, «la idea de que el programa de la democracia resolvería automáticamente la cuestión nacional influirá por mucho tiempo en el pensamiento del

⁵⁵⁴ Fenómeno comprendido por algunos teóricos socialistas de la época como V. Medem y A. Pannekoek; las influencias paralizadoras han sido elucidadas por los trabajos de algunos teóricos, y en particular de H. Mommsen y H. U. Webler. Cf. V. Medem, *Socialdemokratia i nacionalni vopros*, San Petersburgo, 1906; A. Pannekoek, *Klassenkampf und Nation*, Reichenberg, 1912 [en español, *Lucha de clases y nación*, en *Cuadernos de Pasado y Presente*, núm. 74, México, 1978]; H. Mommsen, *Die Sozialdemokratie und die Nationalitätenfrage in Habsburgischen Vielvölkerstaat*, Viena, 1963; H. U. Wehler, *Sozialdemokratie und Nationalstaat*, Gotinga, 1971,

movimiento obrero.»⁵⁵⁵ Así para Wilhelm Liebknecht, «el principio de la igualdad de los derechos, de la libertad absoluta es lo que constituye el fundamento de cualquier solución posible de la cuestión de las nacionalidades»,⁵⁵⁶ y el modelo al que se refiere siguen siendo Suiza y los Estados Unidos, «esas negaciones encarnadas del principio de las nacionalidades».⁵⁵⁷ La cuestión nacional aparece esencialmente como un problema lingüístico-cultural y esa concepción impone las soluciones propiciadas.

«La ambivalencia específica» de esa mentalidad tradicional se manifiesta en la interacción de sus diferentes unidades constitutivas. A menudo las dos variantes –indiferencia nacional y emotividad nacional en su forma jacobina o cuarentiochesca– se nutren de las mismas fuentes ideológicas y no son antinómicas ni conflictivas sino que viven en simbiosis, se hallan estrechamente entrelazadas o se unen posteriormente.

De ahí la residual ambigüedad de la sensibilidad alimentada y expresada por la ideología ecléctica subyacente, una adaptación socialista de la idea del universalismo democrático. Se basa en una visión humanista del mundo que postula la igualdad entre los hombres y las naciones, la fraternidad y la armonía entre los pueblos libres que pueden ser alcanzadas y aseguradas por la aplicación del derecho de los pueblos a la autodeterminación –interna (social) y externa (nacional)– «diluido en la época de la Primera internacional en un programa universal pero completamente confuso».⁵⁵⁸ En esa concepción, el internacionalismo se reduce en realidad al sueño de un futuro en que los pueblos serán una gran familia que vive fraternalmente o el de un mundo convertido en «patria universal de naciones independientes y amigas». La misma concepción se encuentra en la base de la actitud hacia las naciones oprimidas de la Segunda internacional, que se define como «la defensora de todos los oprimidos sin distinción de culto o de raza». En los presupuestos de su

⁵⁵⁵ H. Mommsen, *Nationalitätenfrage und Arbeiterbewegung*, Trier, 1971, p. 7.

⁵⁵⁶ H. U. Wehler, op. cit., p. 95.

⁵⁵⁷ *Ibid.*, p. 117.

⁵⁵⁸ H. Mommsen, *Nationalitätenfrage...*, cit., p. 7.

condena de la opresión nacional la guían más consideraciones de índole humanitaria y una simpatía “natural” por los pueblos civilizados oprimidos que principios basados en el internacionalismo proletario. Sólo las motivaciones sufrirán cambios. La idea de una fraternidad de los pueblos será sustituida por las nociones de justicia y progreso humano. «Para que una lucha por la emancipación despierte nuestro interés y, dado el caso, dispongamos a su favor nuestras fuerzas, debe poseer un carácter civilizador»; cualquier pueblo capaz de una vida cultural nacional, declara Bernstein, debe ser digno del interés y de la simpatía de la socialdemocracia, desde el momento que no se presenta como un obstáculo para el libre «desarrollo de los grandes pueblos altamente civilizados de Europa».⁵⁵⁹

La Segunda internacional encarna por excelencia la ambigüedad residual de la mentalidad tradicional cuyos símbolos se reflejan en la institución. Federación de partidos autónomos, está dotada de una estructura elástica que se adapta a la extensión geográfica del socialismo y se expresa en la multiplicación de las «secciones y subsecciones nacionales» hasta el punto de que Renner verá en ella la encarnación misma del principio de las nacionalidades. Al mismo tiempo, los socialistas occidentales cuya autoridad y peso predominan en el «parlamento socialista mundial» permanecen impermeables a los cambios ocurridos en las nuevas zonas de penetración del socialismo, cambios definidos por Bauer con la terminología marxista de su época como el pasaje, la propagación del socialismo «desde los estados nacionales hacia los estados de nacionalidades, desde las naciones históricas a las naciones sin historia».⁵⁶⁰ Su negativa a tomar en consideración la emergencia de jóvenes naciones o de «naciones periféricas» en el seno de la Internacional, enmascarada bajo la indiferencia nacional, se manifiesta en el congreso internacional de Londres a propósito de las modalidades de votación. Ese estado de ánimo es expresado sin ambages por los adversarios declarados de la

⁵⁵⁹ E. Bernstein, “Die deutsche Sozialdemokratie und die türkischen Wirren”, en *Die Neue Zeit*, xv, t, 1, 1896-1897, p- 110. [“La socialdemocracia alemana y los disturbios turcos”, en *Cuadernos de Pasado y Presente*, núm. 73, México, 1978, p. 49.]

⁵⁶⁰ O. Bauer, *Die Nationalitätenfrage und die Sozialdemokratie*, Viena, 1907, p. 524. (*La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia*, México, Siglo XXI, 1979, p. 509.)

socialdemocracia que presentan con sarcasmo los esfuerzos por hacer reconocer la igualdad de las naciones dentro de la Internacional y definen «el grotesco voto por nacionalidades» como una manipulación «marxista» perpetrada con ayuda de una «geografía especial imaginada para uso de la votación», según la acusación del delegado anarquista A. Hamon.⁵⁶¹

Es en el campo de la política internacional del socialismo —adonde, en realidad, la Internacional relega la cuestión nacional— donde la influencia de la mentalidad tradicional se revela como total. Ésta vive de rentas, retoma y fija incluso en principios tomas de posición históricamente fechadas, precisamente sobre la cuestión polaca y oriental. Las posiciones y los juicios tradicionales son convertidos en dogmas, la tradición en profesión de fe. La negativa a tener en cuenta las transformaciones ocurridas en el plano internacional equivale a perpetuar la visión de la política exterior del socialismo, la actitud hostil hacia las nacionalidades eslavas. Se juzga a Rusia a través del cristal de 1848, se convierte en sinónimo de contrarrevolución y eje en torno al cual se articula la política de las nacionalidades del socialismo internacional. «Rusia es y sigue siendo nuestro enemigo» declara Liebknecht en 1885, y en consecuencia «un estado polaco sería el mejor bastión entre Alemania y Rusia».⁵⁶² Once años después, ante la efervescencia provocada por los movimientos nacionales del Imperio otomano, Kautsky observa a propósito de la política profesada por Wilhelm Liebknecht que «él se ha quedado en todos los puntos en las posiciones que tenía en el tiempo de la guerra de Crimea»⁵⁶³ y se indigna por la actitud de los viejos dirigentes prestigiosos que «se refugian tras la autoridad de Marx»⁵⁶⁴ para sostener sus posiciones. En realidad, la actitud de Liebknecht no tiene nada de particular. Más bien es característica del modo como ocurre la recepción de Marx en el campo nacional. Las posiciones de Marx pasan por el filtro de las estructuras mentales dominantes, y se absorben sus juicios circuns-

⁵⁶¹ A. Hamon, *Le socialisme et le congrès de Londres, Étude historique*, París, 1896.

⁵⁶² Citado por Wehler, *op. cit.*, p. 114.

⁵⁶³ Carta de Kautsky a Adler del 12 de noviembre de 1896, en V. Adler, *Briefwechsel mit August Bebel und Karl Kautsky*, Viena, 1954, p. 221.

⁵⁶⁴ *Ibid.*

tanciales compatibles con los prejuicios. Por el contrario, las categorías, los conceptos, el procedimiento marxianos permanecen exteriores, son rechazados. La autoridad de Marx sirve para consagrar las tradiciones, para justificar una actitud y tomas de posición políticas encontradas. Así las ideas de Marx en el campo nacional producen en esa época apenas un leve deslizamiento del significado y la utilización de los términos en un lenguaje cuya colocación cuarentiochesca es sorprendente. Los conceptos que los socialistas utilizan amplia y a menudo impropriamente no se remontan a Marx y sobre todo no son retomados con el significado establecido por Marx. El empleo y la utilización de términos como nación, derecho de las naciones a decidir su destino, son significativos a ese respecto. Por ahí es posible evaluar la débil penetración de la problemática marxiana o la distorsión de sus posiciones en el modo como plantea la cuestión polaca la SPD, el partido marxista por excelencia. La declaración, repetida en cada ocasión, en favor de la independencia de Polonia, se convierte en una afirmación retórica, una celebración ritual, la perpetuación de una tradición. «La socialdemocracia se nutría más de la herencia de los liberales radicales de 1848 que de las exigencias estratégicas de Marx», observa H. U. Wehler. Aspecto poco explorado, el marco mental proporciona pues la trama profunda de la orientación y también de la problemática del pensamiento posmarxiano en la primera fase de su desarrollo, cuando se afirma la voluntad de repensar la cuestión nacional en los términos de Marx y de liberarse de las concepciones heredadas de la democracia radical. Permite descubrir los presupuestos y las implicaciones internacionales de la lucha de Rosa Luxemburg en los años 1895-1897, el alcance de su enfoque nacido de una experiencia y un campo de estudio particulares, Polonia; lucha que se sitúa en el origen de una apertura, del proceso de ruptura. Desde el principio, el conflicto con el PPS debía salir del terreno en que había surgido.

El enfrentamiento asumió una dimensión y un significado internacionales, del mismo modo que la propia Rosa Luxemburg fue obligada a ampliar su horizonte, sus propósitos, los mismos fundamentos teóricos de su posición «más allá del contexto estrictamente polaco».⁵⁶⁵

Polonia representaba un campo privilegiado para comprender la naturaleza y las articulaciones de las divergencias que cristalizaba. Sobre la cuestión nacional, precisa ulteriormente Rosa Luxemburg, los marxistas han sido separados de los poseedores de la mentalidad tradicional liberal-humanista –de la que está impregnado el PPS– no por «puntos de vista particulares, sino por el mismo modo de pensar, por toda la ideología, que son diferentes».⁵⁶⁶

Retomando las hostilidades contra el PPS ante un público internacional, Rosa Luxemburg era perfectamente consciente del alcance general de su empresa, de sus implicaciones: «una polémica que comenzó siendo un problema doméstico del socialismo polaco se convirtió desde sus orígenes en una remisión total de las opiniones imperantes en el socialismo europeo occidental desde tres puntos de vista: el de las relaciones internacionales, el de las relaciones en Rusia y el de las relaciones en Polonia»,⁵⁶⁷ concluirá Rosa Luxemburg en 1905. En realidad, someter a un análisis crítico «las viejas tradiciones de la Internacional Socialista con respecto a la cuestión polaca» para eliminar «las ilusiones y las opiniones anticuadas»⁵⁶⁸ implicaba, en el contexto de 1896, la puesta en discusión de la clave de la política internacional del socialismo, el rechazo de las premisas de una visión arcaica dominante y superada sobre la cuestión nacional.

En efecto, la cuestión polaca se había convertido en ocasión de un conflicto entre el enfoque marxista –por lo demás muy dividido sobre la misma cuestión polaca– y la óptica ético-liberal dominante, más que en el enfrentamiento entre dos concepciones del marxismo: una

⁵⁶⁵ J. P. Netti, *Rosa Luxemburg*, Milán, 1970, vol. II, p. 439.

⁵⁶⁶ R. Luxemburg, *Prólogo a La cuestión polaca y el movimiento socialista*. [incluido en el presente volumen]

⁵⁶⁷ *Ibid.*

⁵⁶⁸ *Ibid.*

concepción «dinámica» y otra «estática», según la interpretación que brinda Nettl de este debate.⁵⁶⁹

II. UN DEBATE SIGNIFICATIVO

El modo como la cuestión nacional irrumpió en la Segunda internacional la víspera de su IV congreso convocado para el 28 de julio de 1896 en Londres y el ángulo desde el cual se impuso influyeron en el enfrentamiento al punto de falsear los datos y hacer confusos y míseros los resultados. En mayo de 1896, la Unión de socialistas polacos en el extranjero colocó en el orden del día de las sesiones de Londres una moción que reivindicaba la reconstitución de una Polonia independiente definida como uno de los objetivos fundamentales del proletariado internacional. Para obtener el apoyo de los representantes más eminentes de la Internacional el PPS hizo vibrar la cuerda de las tradicionales simpatías por Polonia, Impedir que esa plataforma del PPS obtuviera «la sanción de la suprema instancia socialista contra la cual se habrían de estrellar luego todas las futuras críticas en el interior de las filas socialistas polacas»⁵⁷⁰ pasó a ser el objetivo inmediato de la SDKP. La contraofensiva fue dirigida por Rosa Luxemburg y el enfrentamiento asumió la forma de una áspera polémica en la cual «predominan los argumentos de índole puramente política y táctica» sin dejar mucho espacio a las sutilezas teóricas.

Con esa controversia viva y pasional «a propósito de las tendencias socialpatrióicas en el socialismo polaco», iniciada por Rosa Luxemburg en marzo de 1896 en la prestigiosa *Die Neue Zeit* y que rápidamente se extendió al conjunto de la prensa socialdemócrata alemana y posteriormente italiana, «se abrió una discusión significativa sobre la cuestión nacional en el socialismo»,⁵⁷¹ según la pertinente observación de Bans-Ulrich Wehler. Significativa, y también reveladora en muchos aspectos.

⁵⁶⁹ J. P. Nettl, op, cit, p. 441.

⁵⁷⁰ Rosa Luxemburg, *Prólogo...*, cit.

⁵⁷¹ H. U. Wehler, op. cit., p. 137.

Significativa de la óptica con que Rosa Luxemburg enfrentó la cuestión nacional, del modo como eliminó los obstáculos a una revisión que había adquirido una actualidad ardiente e inició el proceso de ruptura en un contexto complicado, en medio de maniobras ocultas, en el engranaje de los intereses contradictorios que condicionaban las opciones y las posiciones adoptadas por los dirigentes socialdemócratas.

Reveladora del estado de ánimo que dominaba la Segunda internacional, del horizonte mental del socialismo de fin y principios de siglo y particularmente de la óptica que adoptaban los marxistas frente a los condicionamientos que sufrían, a los fines que se asignaban en el campo nacional.

Los objetivos del camino intelectual de Rosa Luxemburg

El hecho de que «la resolución polaca superflua pero anodina» según la observación de Adler y el tema cargado de elementos pasionales de la reconstitución de Polonia hayan sido suficientes para abrir un debate de tal amplitud a pesar de las resistencias significaba que el momento estaba efectivamente maduro, propicio para el comienzo de una revisión inevitable cuya idea se incubaba ya desde una década antes en algunos teóricos marxistas. Desde 1881 había sido sugerida en el *entourage* inmediato de Engels por quienes pasaban por ser los representantes más eminentes de la joven generación marxista, Bernstein y Kautsky, Ellos intentaron tímidamente convencer a Engels de que revisara «sus posiciones cuarentiochescas», en particular sobre los eslavos del sur y sobre Polonia.

Por sus orígenes, sus experiencias, sus vinculaciones políticas, Kautsky no era insensible a la problemática nacional y entrevió, gracias a su intuición, las transformaciones en curso. Su estudio sobre *La nación moderna* publicado en 1887 en *Die Neue Zeit* era un ensayo anticipatorio que ofrecía una explicación, un análisis coherente. Por otra parte siguió siendo por veinte años la única elaboración teórica sobre el tema y sus tesis, a las que adhirió Rosa Luxemburg, fueron conside-

radas el punto de vista marxista autorizado, ortodoxo, sobre el tema. Kautsky comprendió lúcidamente la peligrosidad de las posiciones «superadas y paradójicas» perpetuadas por las autoridades de la socialdemocracia y en primer lugar por Wilhelm Liebknecht. «Su concepción de la cuestión nacional está superada», observa frecuentemente Kautsky a propósito de las tomas de posición de Liebknecht que pasaba por ser el paladín de la política nacional defendida por Marx. Pero se limita a proponer sus críticas, sus objeciones, sus sugerencias a los amigos y trata de emprender la revisión indispensable sólo gradualmente y por interpósita persona, a través de la política de Adler o de la pluma de Bernstein. El contencioso austríaco, cuyos datos conocía perfectamente, también lo impulsó a la prudencia. Preocupado por conjurar el peligro de ver reencenderse las pasiones nacionales en el interior de su partido, Adler frenó conscientemente la apertura del debate sobre tan explosivo *dossier*. Pero Víctor Adler era uno de los pocos dirigentes socialdemócratas de la época conscientes de la importancia, de la amplitud de la cuestión nacional, pero también de la *impasse* hacia la cual llevaba a su partido; renunció a enfrentarla en nombre de un imperativo que le pareció prioritario y decisivo: mantener la unidad conquistada a alto precio, evitar comprometer el precario equilibrio interno entre los elementos nacionales. Sin compatir del todo sus temores, Kautsky se abstuvo de contrastar los esfuerzos del hombre cuyo sentido político y habilidad táctica sin igual reconocía.

Fue precisamente Adler, por otra parte, quien se opuso del modo más decidido a la iniciativa de Rosa Luxemburg y consideró peligrosas «las consideraciones más que intempestivas» aparecidas además en *Die Neue Zeit*, Frente al descontento del partido socialdemocrático de Galitzia, le pidió a Kautsky «salvar lo que esta gansa doctrinaria ha arruinado [...] Unos apagan el fuego, otros lo atizan».⁵⁷² En el debate,

⁵⁷² Carta de Adler a Kautsky del 27 de abril de 1896, en V. Adler, *op. cit.*, p. 207. El 30 de mayo de 1896 I. Daszynski le escribía a Víctor Adler; «La polémica con la redacción de *Die Neue Zeit* ha asumido en el artículo un tono muy conveniente. Kautsky tiene demasiado tacto para ignorar que nosotros no merecemos ser metidos en un mismo saco con la señorita Rosa respecto a un órgano del partido [...]. En realidad —seamos sinceros— no logro comprender cómo es que la socialdemocracia alemana no tiene *ahora, durante la coronación del zar*, nada más urgente que hacer que reivindicar la incorporación de Polonia a Rusia en el sentido de la señorita Rosa, contraria-

Kautsky no apagará el fuego, pero tratará de circunscribir «el embrollo».

Rosa Luxemburg dio comienzo de alguna manera al compromiso de la «conciencia en el impetuoso proceso histórico»,⁵⁷³ siendo la expresión de la conciencia, en ese caso concreto, el valor. Ella se comprometió inmediatamente y con entusiasmo en lo que el «teórico prudente» Kautsky se había abstenido de sostener en público. El debate que inició no se dirigía solamente al PPS: cuestionaba sin términos medios a los defensores de las concepciones o de las posiciones tradicionales, las autoridades de la Internacional, de Liebknecht a Plejanov. Rosa Luxemburg se enfrentaba en realidad a las posiciones expuestas por Engels apenas cuatro años antes, cuando expresó su convicción de la necesidad de una próxima reconstitución de Polonia.

No tuvo miedo de enfrentarse ni a las tradiciones ni a sus colegas.

Era consciente, sin embargo, de los prejuicios que obraban contra ella: tenía veinticinco años, era mujer, militante polaca sin apoyo en la poderosa socialdemocracia alemana; en la Internacional sólo era conocida por una afrenta sufrida, el rechazo de su mandato en el Congreso de Zurich; sus adversarios la definían como «una persona pedante y discutidora» que «se adueña de Marx y de Engels para deformar su pensamiento» y cuyas acusaciones de «socialismo desviado hacia el nacionalismo» no eran sino «pérfida calumnia», «chismes de intrigante».

Sin embargo la audacia produce un efecto de *shock*: ella pone en movimiento el mecanismo. En primer lugar, arrastra a Kautsky. Siguiendo su primer impulso, el director de *Die Neue Zeit* trata de descargar sobre Bernstein una toma de posición ineludible, antes de proponer en el terreno liberado por Rosa Luxemburg los análisis

mente a la voluntad de toda la socialdemocracia polaca y de otros países. Ese comportamiento ha sido por lo menos inoportuno, esa 'polémica' fue tan poco delicada, por no decir hostil, que no podría adoptar una posición distinta de la ya adoptada por nosotros con Hackel en nuestra respuesta. Las sospechas contra la señorita Luxemburg pueden eliminarse, aunque se impongan a cualquier ser pensante que conozca un poco la situación polaca. Sus mejores amigos, según se dice, la han abandonado, en estos últimos meses.» Archivos V. Adler. Viena.

⁵⁷³ R. Luxemburg, *Prólogo...*, cit.

madurados en el curso de quince años (o, según la observación irónica e injusta de Rosa Luxemburg, Kautsky «en esa ocasión se encontró en la necesidad de crear con sus propias fuerzas una teoría para apoyar el programa de reconstrucción de Polonia»).⁵⁷⁴ Con la entrada de Kautsky a la liza, el debate registró una ampliación de dimensiones y de público, aunque a expensas de las tesis defendidas por Rosa Luxemburg. Sólo la autoridad indisputada de «ese célebre representante del marxismo» pudo conferir a la obra de revisión el peso y el eco requeridos. Su artículo, aparecido la víspera de la apertura del congreso de Londres, permitió de alguna manera cerrar el debate sobre Polonia, y su punto de vista sería considerado concluyente. No hubo réplica de parte de Rosa Luxemburg, pese a las críticas a que fueron sometidas sus tesis; el modo como el congreso sepultó la moción del PPS, objeto inmediato de la disputa, la satisfizo en el plano táctico. Y sobre todo se dio cuenta de que en el plano internacional, «después del congreso londinense la discusión sobre el tema de la reconstrucción de Polonia perdió actualidad y valor práctico». ⁵⁷⁵ A partir de ese momento, Rosa Luxemburg prolonga el enfrentamiento sobre la cuestión nacional a través de la polémica suscitada por la cuestión de Oriente y por la política de los socialistas que vuelve a primer plano bajo la presión de los movimientos nacionales de los pueblos cristianos del Imperio otomano (la cuestión cretense y armenia).

Debate de gran envergadura que adquiere una amplitud y un público considerables. La prensa socialista occidental –alemana, inglesa, francesa– se convierte en escenario de vivaces enfrentamientos en torno a las posiciones tradicionales, las de «los Bax, los Liebknecht, los Hyndman» que siguen viendo en los movimientos nacionales del sureste europeo sólo «la obra del rublo itinerante» y defendiendo la integridad de Turquía como «en el tiempo de la guerra de Crimea». ⁵⁷⁶ En el campo marxista la crítica de la posición de Liebknecht fue emprendida simultánea pero independientemente por Rosa

⁵⁷⁴ *Ibid*

⁵⁷⁵ *Ibid*

⁵⁷⁶ Cartas de Kautsky a Adler del 5 de agosto de 1897 y del 12 de noviembre de 1896, en V. Adler, *op. cit.*, pp. 236, 221.

Luxemburg y por Eduard Bernstein. La primera, a quien Liebknecht le había negado las columnas del *Vorwärts*, se pronunció en la *Sächsische Arbeiterzeitung*, mientras que Bernstein, por lo demás inspirado por Kautsky, publicó en *Die Neue Zeit*. Pero esa crítica era su único punto común. En su artículo, posterior al de Rosa Luxemburg, Bernstein basó sus argumentaciones en las simpatías humanitarias por las «naciones civilizadas» en términos que ya le habían atraído reproches de Engels. Por el espíritu que lo animaba, el artículo de Bernstein se insertaba perfectamente en las huellas de Liebknecht y de una visión ético-liberal, mientras que la intervención de Rosa Luxemburg aspiraba a restaurar el enfoque marxista de la cuestión nacional.

Aparentemente, Rosa Luxemburg defiende posiciones contradictorias en esos dos momentos del debate. En el caso polaco se niega a admitir la validez de los objetivos nacionales y en el caso de los pueblos balcánicos sostiene la causa de su independencia. En realidad no hay en sus posiciones incoherencia ni contradicción. Las tesis expuestas en esas dos series inseparables forman un todo indivisible. La segunda faz del debate, la cuestión de oriente, a menudo minimizada o considerada digresiva, revela en realidad el alcance y los objetivos generales del enfrentamiento provocado por ella sobre la cuestión nacional, precisa los objetivos perseguidos, así como a través de las articulaciones de su proceso intelectual con respecto a dos situaciones concretas se delinea su concepción fundamental de la cuestión nacional.

Las articulaciones del proceso intelectual de Rosa Luxemburg

La coherencia o más bien la unidad orgánica del discurso de Rosa Luxemburg en los debates de los años 1895-1897 parece poderse articular en torno a tres elementos: 1] la revisión fundamental de las posiciones tácticas superadas; 2] la crítica de las visiones «utópicas» o residuales en el pensamiento socialista; 3] la tentativa de homogeneizar las concepciones de la socialdemocracia sobre la cuestión nacional, de definir una «posición unitaria basada en el internacionalismo proletario».

La revisión se basa en dos aspectos precisos:

1] Las «opiniones corrientes del socialismo europeo occidental» sobre las relaciones internacionales. El objetivo perseguido es el de esclarecer las modificaciones ocurridas en el contexto y poner de relieve los datos nuevos sobre los cuales debe articularse la política internacional del socialismo. La revisión consiste en una «crítica de las opiniones tradicionales sobre Rusia» para frenar la rusofobia que falsea todo juicio y sustituir la imagen superada de la «Rusia patriarcal de Nicolás I» por «la noción de una Rusia moderna, capitalista, con su proletariado en lucha».⁵⁷⁷

2] «Las concepciones envejecidas de Marx», las valoraciones que han caducado. La situación había sido resumida perfectamente por Kautsky:

«Soy de la opinión que sobre la cuestión oriental igual que sobre la de Polonia la vieja posición de Marx se ha vuelto insostenible, así como su posición con respecto a los checos. Sería ciertamente no marxista cerrar los ojos ante los hechos y persistir en el punto de vista superado de Marx.»⁵⁷⁸

Eliminar una hipoteca debida a la absolutización de las tradiciones, a la transformación en dogma de los juicios contingentes de Marx y Engels es una premisa indispensable para identificar los principios, las líneas directrices, la posición marxista en el batiborrillo de las circunstancias. Ahora, según la definición de Rosa Luxemburg, era preciso «rever las anticuadas opiniones de Marx sobre la cuestión polaca a fin de que las bases de la teoría marxista tuvieran libre acceso al movimiento obrero polaco»⁵⁷⁹ y para poder «aplicar el *método* mismo y los principios básicos de la doctrina marxista».⁵⁸⁰

⁵⁷⁷ R. Luxemburg, *Prólogo...*, cit.

⁵⁷⁸ Carta de Kautsky a Adler, en V. Adler, *op. cit.*, p. 221,

⁵⁷⁹ R. Luxemburg, *Prólogo...*, cit.

⁵⁸⁰ *Ibid.*

La afirmación del método que «no tomaba en cuenta ninguna fórmula abstracta, sino solamente las relaciones reales de cada caso en particular»⁵⁸¹ pasa necesariamente por la crítica de las ilusiones residuales de las nociones abstractas no vinculadas «en forma específica ni al socialismo ni a la política obrera». Eso equivale para Rosa Luxemburg a precisar en primer lugar el significado, el alcance del concepto clave, el principio del derecho de las naciones a la autodeterminación. «Principio reconocido por el socialismo» y que deriva de sus «principios elementales», se convierte, una vez erigido en derecho absoluto, en una fórmula metafísica y regresa en el plano ideológico a sus orígenes, a «una paráfrasis de la vieja consigna del nacionalismo burgués de todos los países y en todos los tiempos...»⁵⁸² Y es la actitud frente al principio del derecho de las naciones a la autodeterminación lo que da origen, según Rosa Luxemburg, a las divergencias fundamentales entre los socialistas, internacionalistas o social-patriotas, entre una visión marxista y una visión liberal-humanista. A una interpretación ético-liberal, Rosa Luxemburg contrapone un enfoque de clase que enfrenta el fenómeno nacional en su historicidad a través de la dinámica concreta de las condiciones y de los intereses de la lucha de clases.

¿Cuáles son las premisas de ese enfoque? ¿Cuáles son sus consecuencias tácticas? Los textos de Rosa Luxemburg de los años 1895-1897, marcados por la polémica, se prestan a interpretaciones contradictorias. Según la interpretación de J. P. Netti –interpretación corriente– Rosa Luxemburg habría aducido, para sostener sus tesis, el axioma de la incompatibilidad de las «aspiraciones nacionales y las socialistas» y habría reducido la consigna de la autodeterminación a un síntoma de «un oportunismo que uncía al socialismo al carro triunfal de los enemigos de clase».⁵⁸³ Este punto de vista postula una generalización de las tesis sostenidas por Rosa Luxemburg en el caso de Polonia. Pero no corresponde a los términos de Rosa Luxemburg, a su manera de plantear la cuestión en forma global.

⁵⁸¹ R. Luxemburg, *La cuestión nacional y la autonomía*, en *Cuadernos de Pasado y Presente*, núm. 81, México, 1979, p. 38.

⁵⁸² *Ibid.*, p. 26.

⁵⁸³ J. P. Netti, *op. cit.*, p. 439.

Ella no razona en términos de compatibilidad entre aspiraciones nacionales y aspiraciones socialistas, igual que para ella el problema no consiste en conciliar en política factor nacional y factor de clase. Ella hace rigurosamente suyas las premisas fundamentales de Marx partiendo de una distinción entre el derecho y la necesidad, entre el principio y la consigna de la autodeterminación. Así como el fenómeno nacional no es unívoco, este principio no es universal, no es un objetivo en sí mismo; para la socialdemocracia reviste un valor táctico, una función histórica circunscrita. Esta tesis cardinal de Rosa Luxemburg deriva de su axioma general: las posiciones de clase, y no las posiciones nacionales, constituyen el fundamento de la política socialista y condicionan la actitud hacia la cuestión nacional. El objetivo esencial de la clase obrera ante la cuestión nacional deriva de la finalidad del proletariado, y las soluciones a adoptar están subordinadas a las exigencias de la lucha de clases. En Polonia, integrar la idea del estado nacional al programa socialista no corresponde a los intereses del proletariado, e incluso entra en conflicto con ellos.

La primera etapa del proceso de homogeneización de las concepciones socialistas es para Rosa Luxemburg la definición de una actitud de principio que consiste en enfrentar la cuestión nacional desde el punto de vista de clase. «La cuestión nacional para la socialdemocracia es, como por otra parte todas las demás cuestiones sociales y políticas, una cuestión de intereses de clase»,⁵⁸⁴ precisa en 1908 resumiendo así su posición fundamental. Las aspiraciones nacionales deben por lo tanto ser juzgadas y resueltas en cada situación concreta partiendo de esas posiciones de principio, lo que equivale a «aplicar el método marxista en el espíritu que era también el de Marx», según la correcta observación de Nettl.⁵⁸⁵ La posición de principio no se identifica con las tomas de posición de los fundadores del socialismo científico históricamente superadas, sino que se define «partiendo del punto de vista del socialismo científico»; así como la política nacional del socialismo no puede articularse sobre la base de tareas cumplidas o superadas sino sobre tareas políticas nuevas que han surgido y deben ser asumidas en

⁵⁸⁴ R. Luxemburg, *La cuestión nacional...*, cit., p. 52.

⁵⁸⁵ J. P. Nettl, *op. cit.*, p. 441.

función de las relaciones de fuerza que cambian, en función de los cambios ocurridos que expresan las tendencias generales del desarrollo del capitalismo y las contradicciones resultantes.

El punto de vista socialista sobre la cuestión de las nacionalidades depende en primer término de las circunstancias concretas «que son notablemente distintas en los varios países»,⁵⁸⁶ de la especificidad de las contradicciones: la política y la actitud que impone sólo pueden ser tácticas, no se identifican con una posición de principio. En efecto, «debido a que las características del problema nacional en un país dado varían con el tiempo, consecuentemente su valorización debe sufrir ajustes periódicos».⁵⁸⁷ Rosa Luxemburg formula con claridad esas exigencias metodológicas subyacentes recién en 1908, pero ya las tiene en cuenta en 1897 cuando trata de definir los criterios que deben guiar a los socialdemócratas en su juicio acerca de las aspiraciones nacionales y en su actitud diferenciada frente a los movimientos nacionales. Rosa Luxemburg efectúa una distinción entre a) el principio que consiste «en estar siempre del lado de las aspiraciones a la libertad» y b) los «intereses prácticos de la socialdemocracia».⁵⁸⁸ Dos criterios complementarios que no pueden coincidir en todos los casos y de los cuales el segundo es determinante.

¿Por qué pueden surgir la discordancia y la contradicción? Porque la realidad de la cuestión nacional y la de los movimientos nacionales, el contenido de las aspiraciones nacionales, cambian en función de relaciones de clase específicas. La aspiración a la independencia nacional no expresa necesariamente el mismo conjunto de fenómenos, no reviste un carácter idéntico ni un alcance que trasciende las condiciones históricas y los intereses de clase; así como la lucha nacional no es siempre la forma que mejor corresponde a la lucha de liberación, no es siempre el medio de hacerla avanzar. Por estas razones, el problema se plantea de distinta manera en los Balcanes, en

⁵⁸⁶ R. Luxemburg, *La cuestión nacional...*, cit., p. 34.

⁵⁸⁷ *Ibid.*, p. 34.

⁵⁸⁸ R. Luxemburg, *Die sozialistische Krise in Frankreich*, en *Gesammelte Werke*, Berlín, vol. 1/1, 1970, pp. 63-64.

Europa central y en Europa oriental. En efecto, no hay homogeneidad en las condiciones históricas y las realidades económicas imperantes en esos lugares.

Así, en el caso de los movimientos nacionales en Turquía principios e intereses prácticos de la socialdemocracia coinciden. Los movimientos asumen allí la tarea consistente en el desarrollo de las fuerzas productivas en una vasta región de Europa hasta entonces inmóvil, esclerosada. La liberación nacional de los pueblos cristianos oprimidos es la primera condición del progreso social que sólo puede realizarse con la conquista de la independencia. Que estados nacionales ocupen el lugar de un imperio «decrépito y podrido» corresponde a las exigencias del desarrollo económico y social de los Balcanes, es el presupuesto indispensable del desarrollo del capitalismo y la emergencia del movimiento obrero. Al mismo tiempo, la liberación de los pueblos balcánicos oprimidos constituye un progreso en la constelación política internacional porque el proceso de disgregación del imperio otomano conlleva el debilitamiento de las posiciones estratégicas de las grandes potencias y, más particularmente, va contra los intereses y las miras de dominación de Rusia en el sureste de Europa.

Por el contrario, Polonia se ha convertido para Rosa Luxemburg en el paradigma de la discordancia y el conflicto entre los dos criterios. La aspiración a la independencia ha dejado de ser una reivindicación revolucionaria. Ya no corresponde a la necesidad de desarrollo social. Ni siquiera se identifica con los intereses estratégicos del socialismo internacional. En efecto, Polonia ha dejado de ser «el bastión de Europa contra el zarismo» y la consigna de su reconstitución ha dejado de encarnar una estrategia global y coherente, se ha convertido en un tema retórico que oculta la sustitución del socialismo por el nacionalismo, con ayuda del cual el PPS trata de obstaculizar la lucha de clases. El estatuto privilegiado que sigue disfrutando la cuestión polaca en la Internacional, la reivindicación de su independencia erigida en principio, en objetivo prioritario del proletariado, es pues en realidad sólo un concepto ideológico calcado sobre el «derecho liberal

a la autodeterminación reforzado por la antipatía contra Rusia». ⁵⁸⁹ Polonia se ha convertido en un aspecto particular del problema general de la cuestión nacional. Pertenecer con el mismo título que Alsacia-Lorena y Bohemia a ese grupo de regiones dominadas ya integradas a grandes conjuntos después del desarrollo de las relaciones capitalistas, lo cual conlleva una modificación fundamental de los datos y del modo mismo de plantear la cuestión nacional. Según Rosa Luxemburg

«en todos estos casos, asistimos a un proceso directamente opuesto de asimilación capitalista de los países anexos a los países dominantes, lo cual condena las aspiraciones separatistas a la impotencia y los intereses del movimiento obrero nos imponen intervenir por la unificación de las fuerzas y no por su división en las luchas nacionales». ⁵⁹⁰

Los intereses prácticos del movimiento siguen siendo pues el criterio único y prioritario.

Así, a través de estas dos caras del debate, se concreta el procedimiento mental presidido por la historicidad del concepto y de la realidad de las aspiraciones y movimientos nacionales. Rosa Luxemburg basa sus juicios antinómicos en la especificidad de las contradicciones determinadas por la naturaleza específica de la cuestión nacional en cada caso.

El núcleo de los debates: táctica y organización

Para sostener su tesis referente al cambio ocurrido en el significado histórico de la cuestión polaca y las implicaciones de ese cambio para los objetivos del socialismo polaco y para la política internacional del socialismo, Rosa Luxemburg recurre a argumentos de orden táctico, que se organizan en torno «al análisis de la dirección esencial del

⁵⁸⁹ H. U. Wehler, *op. cit.*, p. 115.

⁵⁹⁰ R. Luxemburg, *Die sozialistische Krise...*, cit., pp. 63-64.

desarrollo social de Polonia»⁵⁹¹ en el marco de las transformaciones fundamentales ocurridas en Rusia. Ingresada a la esfera del desarrollo del capitalismo europeo, convertida en sede de un desarrollo rápido del movimiento obrero revolucionario, Rusia estaba minada por contradicciones explosivas. En ese proceso de desarrollo acelerado, la Polonia rusa en plena expansión desempeña un papel de motor que da testimonio de los rasgos específicos de la vida social en Polonia y el dinamismo de los cambios en el imperio ruso más que de «la vitalidad de la nación polaca» (Engels). Por otra parte, la burguesía polaca de las tres partes ocupadas nunca ha retomado la reivindicación de la independencia; en efecto, sus intereses, sobre todo en la Polonia rusa, se vincularon inmediatamente a los del capitalismo del país ocupante demasiado estrechamente para que sintiera la existencia de un territorio homogéneo sobre el cual ejercer su hegemonía. El proletariado polaco no tiene por lo tanto ninguna justificación en cargar con una tarea que nunca ha sido la de la burguesía polaca porque «si el proletariado es capaz de reconstituir el estado de clase polaco a pesar de todas estas resistencias –las de los estados ocupantes y de las tres burguesías polacas– también será capaz de hacer la revolución socialista».⁵⁹² Las tendencias del desarrollo del capitalismo han creado un mecanismo económico único y hecho a la Polonia más industrializada orgánicamente dependiente del mercado ruso y vinculada a él. Esos cambios por lo tanto obligan al movimiento socialista polaco a hacer concordar su programa con «la férrea consecuencia de la necesidad histórica».⁵⁹³ Ahora bien, esa necesidad histórica es la revolución en Rusia, la caída del zarismo, por la cual pasa la conquista de la libertad de las naciones oprimidas. Los objetivos nacionales, en consecuencia, están subordinados a los objetivos de la clase obrera convertida en motor y fuerza hegemónica de la lucha revolucionaria. La liberación de las naciones oprimidas en Rusia pasa y se realiza a través de la lucha solidaria, unida, del proletariado ruso y polaco.

⁵⁹¹ R. Luxemburg, *Prólogo...* cit.

⁵⁹² R. Luxemburg, *Die sozialistische Krise...*, cit., p. 22.

⁵⁹³ R. Luxemburg, *Prólogo...*, cit.

Este proceso de integración, que desde el punto de vista del progreso de la lucha del movimiento obrero es un factor de desarrollo, define por lo tanto los intereses prácticos de la socialdemocracia. La dinámica de la lucha de clases exige una estrategia unificadora que debe traducirse y realizarse en el plano organizativo. La organización en cuanto práctica constituye para Rosa Luxemburg la segunda etapa de la clarificación de los principios, la matriz en que se produce la homogeneización de las concepciones de la socialdemocracia sobre la cuestión nacional.

¿Cuál es el impacto del hecho nacional sobre la estructura organizativa? Para Rosa Luxemburg las dos exigencias solidarias, tácticas y organizativas, en el marco de las tareas prácticas inmediatas, dominan las opciones y definen los intereses prácticos del movimiento obrero. La organización según el principio nacional tal como la quiere el «social-patriotismo corrompería la lucha de clase y disolvería la lucha política compacta del movimiento obrero en una serie de luchas atomizadas e infructuosas»⁵⁹⁴ Provocaría una revisión fundamental de la posición actual de la socialdemocracia internacional, un deslizamiento en el programa, en la táctica y en los principios de organización de posiciones puramente políticas y de clase a posiciones nacionalistas.

El punto esencial de la argumentación de Rosa Luxemburg se resume en este trozo:

«Una vez, pues, que Polonia se organice en los tres estados como partido nacional común para la lucha por su propia independencia política ¿por qué no deberían hacer lo mismo las otras nacionalidades de Austria, o los alsacianos con los franceses, y así por el estilo? En una palabra: se abrirían de par en par las puertas a las luchas y a las organizaciones nacionales. En lugar de la organización de los trabajadores de acuerdo con las condiciones políticas de los estados, se consagraría el principio de la organización de las nacionalidades, que tiene múltiples puntos de contacto con ella. En lugar de los programas políticos que

⁵⁹⁴ R. Luxemburg, *Die sozialistische Krise...*, cit., p. 41.

responden a los intereses de clase, se formularían programas nacionalistas. En lugar de la lucha política unida de la clase trabajadora en cada uno de los estados, se sancionaría como principio la resolución de tal lucha en una serie de estériles luchas nacionales.»⁵⁹⁵

Este argumento nos coloca en el centro del problema en torno al cual se articularán los desacuerdos y las discusiones entre los marxistas en los países en que se plantea la cuestión nacional. En 1896, el problema se circunscribe a la socialdemocracia austríaca que más por pragmatismo que por consideraciones ideológicas adopta una posición diametralmente opuesta a la de Rosa Luxemburg y considera que «las mejores condiciones prácticas para la organización de las numerosas nacionalidades de Austria» consisten en la federalización de las organizaciones nacionales. Dos soluciones, dos opciones que corresponden a tipos de relaciones diferentes establecidas entre las organizaciones socialistas de las naciones dominantes y de las naciones dominadas en función de la agudeza del problema nacional y del grado de tensión alcanzado. Si en Austria éste ha llegado a ser explosivo y se sitúa en el centro mismo de la lucha política y social, en el Imperio ruso reviste sólo una importancia subalterna con respecto a las grandes contradicciones sociales y políticas que harán madurar la revolución de 1905. En Rusia, el paso de grupos o de organizaciones aisladas a los partidos territoriales o nacionales se da primero en las regiones occidentales del imperio, las primeras en ser industrializadas, donde la mayoría de la población está formada por las nacionalidades polaca y judía. Si en Rusia propiamente dicha la dispersión de los centros industriales frena la organización del naciente movimiento obrero a escala nacional, la geografía económica del oeste del imperio cataliza el proceso y permite alcanzar ese objetivo. Así, la SDKP y el PPS, los dos partidos socialistas polacos rivales, son muy anteriores al POSDR (Partido obrero socialdemócrata ruso) y el Bund, el partido obrero judío fundado en 1897, es un elemento iniciador y constructivo del nacimiento del POSDR. Precediendo parcialmente al de la nación

⁵⁹⁵ R. Luxemburg, *La cuestión polaca en el Congreso internacional de Londres*.

dominante, el movimiento obrero de las nacionalidades en el Imperio ruso contribuirá a plantear al POSDR la cuestión nacional en términos de asociación de las organizaciones surgidas en las diversas regiones. Por otra parte, en ocasión del segundo congreso del POSDR en 1903, es la SDKP (convertida desde 1900 en SDKPIL) la que pide que se definan los términos de su asociación al partido global.

Para Rosa Luxemburg, el problema organizativo no se plantea simplemente en términos de adaptación a las realidades y a las situaciones tácticas: reviste una importancia fundamental, se convierte en punto de comparación del internacionalismo. La alternativa socialismo o nacionalismo se refleja en la alternativa de una organización del movimiento obrero de las nacionalidades según el principio de clase o según el principio de las nacionalidades. En el problema de organización que plantea en 1896, Rosa Luxemburg parte de una corrección restrictiva a la definición engelsiana del marco de lucha nacional necesario para el movimiento obrero y de la distinción entre marco de acción, tarea política y cuadro organizativo.

En su interpretación, la disolución de la Primera internacional en favor de los «partidos organizados en cada estado» fue motivada no por la consideración del factor nacional, sino por «consideraciones políticas existentes»: los partidos obreros, organizaciones nacionales surgidas en esa forma no tienen en cuenta la nacionalidad de un obrero, sino simplemente el marco político específico representado por la realidad del estado. El marco de acción no se traza por lo tanto en función de un estado nacional abstracto, la organización no se limita a las fronteras de las nacionalidades sino que toma en cuenta las fronteras del estado constituido. Rosa Luxemburg desplaza el énfasis del marco nacional (estado nacional independiente) en cuanto terreno de inserción al marco determinado por el estado capitalista existente en cuanto terreno de acción y terreno de lucha. Esa realidad impone las tareas políticas específicas en función «de las particularidades económicas, políticas e históricas de cada país»,⁵⁹⁶ pero no afecta, no modifica los principios básicos de la organización, ni la naturaleza del

⁵⁹⁶ R. Luxemburg, *Sozialpatriotische...*, cit., p. 156.

movimiento obrero que sigue siendo internacional en su esencia y debe seguir siéndolo. Instrumento para la realización de las tareas políticas, la organización no es producto del marco de acción; deriva del principio del internacionalismo proletario. En efecto, no son las exigencias o las consideraciones nacionales sino la concepción y la motivación de principio del programa socialdemócrata las que determinan los medios y métodos de lucha tanto en los estados nacionales como en los plurinacionales. Lo que permitirá al movimiento obrero polaco alcanzar sus objetivos en el campo nacional no es «la maraña artificial de los intereses de clase del proletariado polaco y de las tradiciones nacionales»⁵⁹⁷ en una alianza entre socialismo y nacionalismo, sino únicamente una alianza orgánica con el conjunto del movimiento obrero de Rusia.

La controversia con Kautsky

Es a través de la homogenización de las concepciones y de las posiciones sobre la cuestión nacional como el debate va más allá de la ruptura con la mentalidad tradicional y se convierte en un enfrentamiento teórico dentro del marxismo sobre los cruciales problemas planteados y dejados abiertos por Engels. El artículo de Kautsky significativamente titulado *Finis Poloniae?*⁵⁹⁸ refuta a Rosa Luxemburg a la vez que se opone por razones de principio a la resolución del PPS.

Kautsky suscribe los dos objetivos de la formulación de Rosa Luxemburg: la revisión de las concepciones superadas sobre la cuestión nacional y la reevaluación del significado de la cuestión polaca para el socialismo internacional. Admite que:

«el nacimiento de un potente movimiento revolucionario en Rusia tiene como efecto que el apoyo a la reconstitución de Polonia, así como el apoyo a la integridad de Turquía, dejen de ser una necesidad urgente para la democracia de Europa occidental».⁵⁹⁹

⁵⁹⁷ *Ibid.*, p. 178.

⁵⁹⁸ K. Kautsky, «Finis Poloniae?», en *Die Neue Zeit*, XIV, vol. 2, 1895-1896, pp. 484-491, 513-525.

⁵⁹⁹ *Ibid.*, p. 491.

Pero se niega a seguir a Rosa Luxemburg hasta extraer de ahí la conclusión de que la independencia de Polonia es algo superado o utópico. Sus divergencias tocan un problema de fondo: el papel del factor nacional en el desarrollo del movimiento obrero, Kautsky refuta el excesivo rechazo de Rosa Luxemburg a pactar con la idea del estado nacional, y además pone en guardia contra la amalgama entre el marco y el objetivo de la lucha usando una fórmula elástica:

«la independencia nacional no está ligada en forma suficientemente estrecha con los intereses de clase del proletariado para ser una aspiración incondicionada que se debe defender en cualquier circunstancia».⁶⁰⁰

Pero en el caso de Polonia esa aspiración no es ni utópica ni superada porque sólo en una Polonia reconstituida el socialismo adquirirá una influencia correspondiente a su nivel de desarrollo. Kautsky es categórico en su rechazo de la separación rígida efectuada por Rosa Luxemburg entre marco de inserción y marco de lucha, tareas políticas y factor nacional. Kautsky considera una abstracción irreal la subestimación del factor constituido por el sentimiento nacional, porque «la comunidad de lengua constituye un vínculo más sólido que la comunidad de acción en las luchas políticas»⁶⁰¹ del movimiento obrero dentro de un mismo estado. La socialdemocracia no puede ni debe hacer abstracción del factor nacional. Así, en el caso de Polonia, Kautsky comprende que el proceso endógeno de extensión de la conciencia nacional deja de ser exclusivo de las capas reaccionarias, campesinas o pequeñoburguesas y se extiende a la clase obrera. Y contrariamente a Rosa Luxemburg que sostiene que la clase obrera es impermeable a la idea nacional o que ésta desaparece en la comunidad de lucha, afirma:

«cuanto más sólidamente se afirma la socialdemocracia entre

⁶⁰⁰ *Ibid.*, p. 520.

⁶⁰¹ *Ibid.*, p. 521.

las masas, más actúa sobre y a través de las masas, más se harán sentir las diferencias nacionales, con o sin programa social-patriótico». ⁶⁰²

En otros términos, la socialdemocracia debe, en sus tareas prácticas, tener en cuenta la realidad constituida por el momento nacional dentro del movimiento obrero, que se impone como realidad objetiva.

Las divergencias de punto de vista entre Rosa Luxemburg y Kautsky no se limitan a dos interpretaciones distintas, a dos puntos de vista opuestos: expresan ya en filigrana dos sensibilidades, dos concepciones sobre el lugar a acordar a la cuestión nacional en la praxis y en la reflexión teórica del movimiento obrero. Sin embargo, las premisas ideológicas e históricas son idénticas. Para usar el juicio de H. Mommsen, Rosa Luxemburg «tuvo el mérito de haber reconocido la importancia y el alcance del problema nacional para el socialismo internacional mucho antes que la mayor parte de la socialdemocracia alemana». ⁶⁰³ Kautsky fue uno de los primeros, entre las autoridades del marxismo, en comprender no sólo la necesidad de tomar distancia frente a la herencia de 1848, sino también de la complejidad de sus datos y de su peso para el movimiento obrero:

«Para nosotros ya no es tan fácil como para los revolucionarios del 48, para quienes los alemanes, los polacos, los húngaros eran los revolucionarios y los eslavos los reaccionarios. Toda la situación demuestra por el contrario que es posible infundir a las masas en forma duradera el entusiasmo por el socialismo sólo en la medida en que se resuelvan las cuestiones nacionales.» ⁶⁰⁴

Igual que Rosa Luxemburg, Kautsky no se hace ilusiones sobre las posibilidades inmediatas del movimiento obrero de eliminar esa hipoteca. En efecto, los estados plurinacionales y en primer término Austria-Hungría, «ruinas feudales y absolutistas incapaces de transformaciones democrático-burguesas», han llegado a un estado de cosas en que «no hay una verdadera salida». Para Kautsky, «la

⁶⁰² *Ibidem.*

⁶⁰³ H. Mommsen, *Die Sozialdemokratie...*, cit., p. 253.

⁶⁰⁴ V. Adler, *op. cit.*, p. 236.

sociedad burguesa ya no tiene ni siquiera fuerza para eliminar las construcciones más pútridas, el sultanato, el zarismo, Austria. Pero no es posible prever cuándo tendremos nosotros fuerza para barrer con las ruinas. No hay duda, es preciso tener paciencia»,⁶⁰⁵ le escribe a Adler. Las divergencias entre Rosa Luxemburg y Kautsky se manifiestan en la definición de las tareas que incumben al movimiento obrero y en la actitud a adoptar.

Para Rosa Luxemburg, la cuestión nacional forma parte de un campo «en el que las posibilidades concretas de realización superan las posibilidades del proletariado». La socialdemocracia debe enfrentarla en el lugar y en el momento en que se inscribe en el orden del día, en las contradicciones y en las luchas políticas, cuando todos los partidos políticos se ven obligados a hallar una solución para esa cuestión «ya sea por las exigencias de la actividad política práctica o por las de las tareas inmediatas vinculadas a ellas».⁶⁰⁶ Este enfoque no deriva de la índole de la cuestión nacional, sino del momento de realización en que se encuentra el movimiento obrero, en el que éste debe someter «todo problema, toda meta [...] al juicio riguroso de la posibilidad práctica, y todo lo que no se demuestre alcanzable con las fuerzas del proletariado debe ser rechazado sin reservas, por bello y atractivo que sea».⁶⁰⁷ Polonia presenta el caso de la reivindicación de la independencia y más globalmente el de la problemática nacional. En consecuencia, si es intelectualmente seductor por las dificultades que plantea, es políticamente peligroso e inoportuno lanzarse prematuramente a una elaboración teórica y política que no puede dejar de caer en la generalidad, en la utopía, y desviar por eso mismo de las tareas inmediatas. Por otra parte, ella concibe sus tesis en el campo nacional como una «reflexión histórica sobre la actualidad», según la feliz expresión de Nettl. En efecto, la naturaleza de la realidad histórica cambiante de la cuestión nacional excluye la posibilidad de las soluciones generales o de las generalizaciones prematuras. Para Rosa Luxemburg, considerar teóricamente el problema nacional equivale a

⁶⁰⁵ Carta de Kautsky a Adler del 5 de junio de 1901, *ibid.*, p. 354.

⁶⁰⁶ R. Luxemburg, *La cuestión nacional...*, cit., p. 25.

⁶⁰⁷ R. Luxemburg, *La cuestión polaca...*, cit.

esclarecer y unificar las concepciones, a formular los principios generales y a armarse así ideológicamente para poder asegurar «a la política socialdemócrata una solución y un tratamiento fundamentalmente uniformes».⁶⁰⁸ Abordarlo políticamente consiste en enfrentarlo en el plano práctico, en la actualidad. En Polonia, en lo inmediato, sólo puede resolverse en el plano en que se plantea directamente, la organización de clase.

Para Kautsky, el modo como Rosa Luxemburg plantea el problema denota miopía política. El socialismo no debe renunciar a reivindicaciones que en el momento parecen incompatibles, abandonar la de la independencia de Polonia o negarse a enfrentar la cuestión nacional fuera del marco impuesto por el movimiento obrero porque supera las posibilidades de realización del proletariado.

«Nuestras reivindicaciones prácticas no se miden en base a su realizabilidad en las relaciones de fuerza existentes, sino en base a su conciliabilidad con el orden social existente y a la posibilidad de que su realización sirva para facilitar la lucha de clase del proletariado y despejarle el camino que lleva al dominio político.»⁶⁰⁹

Por cierto, la solución del problema nacional escapa al proletariado, pero eso no significa que haya que eliminarlo de las preocupaciones permanentes de la socialdemocracia hasta el momento en que ésta se vea obligada a enfrentarlo como tarea política inmediata. La socialdemocracia debe tener una política ofensiva; concebir teórica y políticamente la cuestión nacional significa tratar de dominarla: la socialdemocracia «debe estar en condiciones de intervenir en las luchas nacionales con un programa realizable en el contexto dado y no con un consuelo para el porvenir».⁶¹⁰

⁶⁰⁸ R. Luxemburg, *La cuestión nacional...*, cit., p. 25.

⁶⁰⁹ K. Kautsky, «Finis Poloniae?», cit., p. 513.

⁶¹⁰ K. Kautsky, «Nochmals der Kampf der Nationalitäten in Oesterreich», en *Die Neue Zeit*, XV, vol. 1, febrero de 1898, p. 726.

A través de la disputa entre Rosa Luxemburg y Kautsky, este primer enfrentamiento del socialismo sobre la cuestión nacional cambia de dimensiones y de significado. Más allá de una ruptura con la mentalidad tradicional y de un esfuerzo por rever herencias gravosas, desemboca en un debate que plantea los puntos básicos de la problemática marxista y toca las interrogantes fundamentales correspondientes a los problemas con que choca el movimiento obrero en esa fase de su desarrollo.

III. EL INTERNACIONALISMO INTRANSIGENTE

El alcance del debate supera de lejos su punto de partida pero no justifica en absoluto la importancia que se le concedió posteriormente, es decir la de un giro a partir del cual el significado político profundo de los problemas nacionales sería comprendido y aclarado. La distorsión se produce la víspera de 1914, en ocasión de la polémica de Lenin con Rosa Luxemburg, en base a la exégesis de la moción aprobada por el Congreso de Londres. Concebida en términos generales, redactada posiblemente por Kautsky, esa moción reafirma el reconocimiento del derecho de todas las naciones a la autodeterminación y expresa la simpatía de la Internacional «por los obreros de todos los países que se encuentran bajo un yugo militar, nacional, o de cualquier otro despotismo», indudablemente la moción representa la victoria del enfoque marxista sobre la visión ético-liberal de la solidaridad internacional. Texto de compromiso, debe más su existencia a las maniobras encaminadas a hacer fracasar un debate considerado inoportuno que a un esfuerzo consciente de esclarecimiento de las posiciones de principio. Incorporada apresuradamente por la comisión IV del congreso al proyecto de resolución general sobre la acción política, fue aprobada en medio de la incomprensión y la indiferencia generales. Por otra parte, sólo en el original alemán figura el término *Selbstbestimmungsrecht*; las versiones inglesa y francesa hablan de autonomía. Discordancia de la quintaesencia misma de la resolución que pasó inadvertida por muchos años; fue señalada

por Lenin en 1913. En realidad la confusión de la terminología es la confusión en el concepto en una época en que «independencia» y «autonomía» son términos utilizados indiferentemente por los socialistas, incluyendo a Engels.

El movimiento de reflexión iniciado por el debate sobre Polonia, el crecimiento, dentro de la socialdemocracia, de una corriente de ideas favorable a un nuevo examen del campo nacional, no deben atribuirse a cambios ocurridos en la esfera ideológica, sino a la toma de conciencia de un número limitado de teóricos directamente interesados en el problema, La trayectoria de las elaboraciones se inició sin que se hubieran superado las fronteras de la mentalidad tradicional. El debate sobre la cuestión nacional revela otro fenómeno más que testimoniar un ensanchamiento del horizonte: la dinámica nacional se había desarrollado, en el seno del movimiento obrero, a tal punto, que era imposible mantenerla entre paréntesis. Convertida en factor de división del socialismo polaco, «al mismo tiempo causa y medio [de] diferenciación»,⁶¹¹ la cuestión nacional fue fuente de *impasses* y de dificultades allanadas con esfuerzo o postergadas en los otros partidos y en primer término en la pequeña Internacional. Gracias al debate de 1896, salió a la luz del sol y en lugar de una concepción que la reducía a una simple cuestión lingüística se afirmó un enfoque que la planteaba en términos políticos. Es ahí donde reside el cambio más notable. Desde el principio de ese enfrentamiento se habían producido reacciones tácticas o políticas, pero no la exigencia de definir una política socialdemócrata consiguiente. Empiezan a abrirse camino los intentos de elaborar sus premisas y la posición de Rosa Luxemburg da testimonio de ello.

El impulso político y emotivo dado por la irrupción de la cuestión nacional en la Segunda internacional se expresa de inmediato y con la máxima resonancia donde ésta se plantea agudamente: en Austria. La negativa táctica a considerarla fracasó, igual que fueron quebradas las resistencias dentro del partido. El Congreso de Brünn [Brno], de 1899, en que se adoptó el primer programa de un partido socialdemócrata

⁶¹¹ J. P. Nettl, *op. cit.*, p. 439.

sobre la cuestión nacional marca una fecha importante en el movimiento de investigación marxista: constituyó el primer intento «realizado por un partido del proletariado para resolver en la práctica esas dificultades»,⁶¹² opina Rosa Luxemburg. Según su interpretación, es la alternativa concreta formulada en Brünn y no las declaraciones de principios de Londres lo que corona los esfuerzos de clarificación emprendidos a partir de la revisión de las posiciones tradicionales sobre Polonia.

Bajo la presión de la actualidad, de la conflictualidad nacional austríaca y a partir de esa encrucijada que Adler presuntuosamente consideraba como «un laboratorio de experiencias de la historia mundial»,⁶¹³ las interrogantes, las interpretaciones se multiplican. La cuestión nacional ocupa un lugar mayor. En esta primera etapa que va hasta 1905 es absorbida por la actualidad inmediata: es más aproximada a los problemas tácticos que enfrentada a las lagunas teóricas y no se mide su distancia respecto a la dinámica del fenómeno. Era preciso esclarecer la actitud a tomar no tanto en respuesta a las reivindicaciones nacionales de las minorías como en consecuencia de los efectos de éstas sobre la lucha política. La problemática se circunscribe al conflicto entre las nacionalidades de los estados plurinacionales que Kautsky designaba como «la esencia de las cuestiones nacionales de la época contemporánea».⁶¹⁴ La búsqueda de soluciones sigue siendo el objetivo central en torno al cual se articulan y se confrontan las opciones.

El movimiento de búsqueda que se inicia a fines del siglo XIX no desemboca necesariamente en la conciencia de los nuevos procesos en el interior mismo del socialismo que revelan aspectos inexplorados de la compleja realidad englobada bajo la expresión «cuestión nacional». La organización y la táctica siguen siendo el núcleo de las reflexiones o de las reacciones. La comprensión del significado político de la cuestión sigue siendo limitada. Sólo un reducido número de

⁶¹² R. Luxemburg, *La cuestión nacional*. . cit., p. 27.

⁶¹³ V. Adler, *Aufsätze*, Viena, 1922-1929, vol. VIII, p. 377.

⁶¹⁴ Artículo de Kautsky aparecido en *Leipziger Volkszeitung*, 29 de abril de 1905; en ruso en *Poslednie Isvestia*, núm. 52, reproducido también en opúsculo cit. por V. Medem, pp. 58-64.

militantes, en su mayoría intelectuales, le presta atención, y todavía en una perspectiva limitada. Kautsky es prácticamente el único que se ocupa de los aspectos de principio de la cuestión de las nacionalidades, que intenta una tímida clarificación teórica.⁶¹⁵

La actitud fundamental, el horizonte mental permanecen sin cambios: el pensamiento marxista se prohíbe comparar su desarrollo con la realidad histórica global: los socialdemócratas, marxistas o no, revolucionarios o reformistas, continúan sufriendo los acontecimientos o se conforman con plantear la cuestión consistente en saber de qué modo dominar el momento nacional dentro del movimiento obrero. La demarcación con respecto a una concepción superada, con respecto a una visión anclada en el período inicial emprendida por el marxismo no afecta profundamente el modo de sentir, el modo de percibir, no toca las estructuras mentales en los sectores del movimiento obrero en que la cuestión nacional no ocupa un lugar independiente en la conciencia de clase. Ciertamente la coyuntura, el desencadenamiento de la «infausta y estúpida discordia nacional en Austria-Hungría» (V. Adler) condiciona las reacciones, polariza la percepción de los militantes, alimenta las resistencias, las actitudes defensivas. La desconfianza dentro del movimiento obrero se fortalece y también la prudencia en cuanto a comprometerse en un terreno minado por el explosivo nacional acumulado por una burguesía que ha fracasado en su revolución y se empantana en una lucha de competencia sin salida. La coyuntura no hace sino alimentar los prejuicios. El momento histórico proporciona el elemento explicativo de la tenaz resistencia del modo de sentir y de las actitudes refractarias al problema nacional encerrado en la antinomia nacionalismo o internacionalismo. En el plano político, la perseverancia en asimilar a las tendencias separatistas los momentos nacionales expresados dentro del movimiento, el temor a una desnaturalización de los intereses de clase a través de las reivindicaciones nacionales condicionan en gran medida las posiciones, aun cuando aflora cierta comprensión, cierta elasticidad. En el plano teórico, la negativa a distinguir entre objetivo

⁶¹⁵ H. U. Wehler, *op. cit.*, p. 214.

nacional y proceso nacionalista expresa la óptica con que el pensamiento marxista se interroga sobre el problema en la época de la creación de la Segunda internacional.

En este aspecto, la elección del frente de lucha hecha por Rosa Luxemburg es significativa. Ella designa claramente al adversario principal: el nacionalismo; combate solamente la variante liberal-humanista; asume íntegramente las tradiciones «ardientemente internacionalistas» del movimiento obrero polaco. La referencia de Rosa Luxemburg es el partido «Proletariado» nacido «de la *negación*, del rechazo categórico de la cuestión nacional»,⁶¹⁶ de la actitud «negativa frente a las aspiraciones nacionales polacas», según su definición. La SDKP se inserta en el humus impregnado de «internacionalismo utópico»; en un primer momento ella sólo trata de «completar la actitud negativa de los socialistas polacos frente a la cuestión nacional con un programa positivo»⁶¹⁷ que consiste en una lucha común del proletariado polaco con la clase obrera «de cada una de las potencias ocupantes por la democratización de las condiciones políticas comunes». Pero el internacionalismo de Rosa Luxemburg no es sólo una variante del «internacionalismo utópico», así como su concepción fundamental de la cuestión nacional no es un simple reflejo ideológico de una mentalidad.

La posición intransigente, sin transacciones de Rosa Luxemburg sobre la cuestión nacional, el punto de vista que ella defiende, expresan ya una orientación que se concretará en una actitud política, la de la izquierda marxista, actitud que se autodefinió precisamente como «internacionalismo intransigente». Rosa Luxemburg coloca el centro de gravedad de la cuestión nacional en el internacionalismo y juzga el significado político de la dinámica nacional en función del internacionalismo. Es a ese nivel donde ella sitúa el punto neurálgico de su desacuerdo con el PPS: el «socialpatriotismo», «versión moderna del nacionalismo», «enmascarado bajo la bandera del programa político del proletariado» amenaza el edificio internacionalista del movimiento

⁶¹⁶ R. Luxemburg, *Sozialpatriotische...*, cit., p. 153.

⁶¹⁷ *Ibidem*.

obrero; Rosa Luxemburg lo percibe como el síntoma de un peligro que no se puede circunscribir a un solo foco de contaminación y representa una tendencia tan extendida en el movimiento obrero internacional que justifica la vigilancia de quienes temen las consecuencias de una infección nacionalista.

Esa percepción, expresada a través de la posición de Rosa Luxemburg como reveladora de las perspectivas políticas y del estrechamiento del horizonte mental del pensamiento marxista alrededor del cambio de siglo, se explica en parte por el momento histórico, definido por Rosa Luxemburg como la rápida transformación de los socialistas «de secta que eran» en «un gran partido que lucha en el terreno práctico», convertido en «elemento dominante» de la vida social de los mayores países civilizados.⁶¹⁸

En esta etapa del desarrollo del movimiento obrero, de ímpetu y transformaciones rápidas, las perspectivas siguen condicionadas por una doble separación con respecto a las tendencias del capitalismo ascendente. Su transformación en imperialismo se realiza sin que el pensamiento marxista llegue a comprender y analizar su nueva fase de desarrollo. En consecuencia, el campo geográfico del socialismo queda limitado a Europa y más particularmente a la Europa occidental y central desarrollada, mientras el sistema imperialista despierta nuevas fuerzas históricas, libera las energías del movimiento de liberación nacional de los «pueblos sin historia» o de los continentes «fuera de la civilización occidental». La perspectiva general del movimiento obrero sigue siendo la del siglo XIX; los socialistas, incluyendo a los marxistas, están convencidos de que la batalla decisiva de la historia entre el socialismo y el capitalismo es inminente. Convicción alimentada y mantenida por la dinámica del crecimiento del ritmo de desarrollo del movimiento obrero. Contemplado desde la altura alcanzada, el campo nacional queda en las brumas del nacionalismo y la cuestión nacional aparece como un obstáculo o como un problema de dimensiones menores y queda relegado a los márgenes.

⁶¹⁸ R. Luxemburg, *La cuestión polaca...*, cit.

Pero ese rápido crecimiento alimenta también el temor de ver los intereses nacionales imponerse por encima de los intereses de clase. El desarrollo ha provocado una ampliación y un cambio de la base social de la socialdemocracia, en la función y en los objetivos que los partidos socialdemócratas, convertidos en partido de masa, empiezan a asumir. Bajo la presión de sus propias bases y proporcionalmente a su inserción en las realidades nacionales, se consideran órganos de defensa de las clases obreras nacionales y se dejan guiar en su acción y en sus objetivos por el realismo de lo cotidiano. Este proceso hace «nacer una creciente tendencia a privilegiar los valores nacionales respecto a los intereses de la revolución nacional de la que la clase obrera, cada vez más integrada, es una parte».⁶¹⁹

A medida que se va percibiendo esa tendencia se manifiesta la insistencia en la dimensión internacional de la lucha, la prioridad absoluta concedida a los objetivos susceptibles de asegurar su cohesión, de contrabalancear el repliegue nacional, y la subordinación rigurosa de la cuestión nacional a ese imperativo. La tarea de los marxistas ya no consiste, según Rosa Luxemburg, en consolidar «el nuevo evangelio» del socialismo, sino en imprimir una orientación «a la lucha de las enormes masas populares conquistadas por el nuevo evangelio del socialismo»,⁶²⁰ en edificar y fundamentar el programa político de la lucha de clase para asegurar la unidad internacional de la lucha política a la cual debía su ímpetu el movimiento. Una de las preocupaciones del pensamiento marxista a fines del siglo es impedir el resquebrajamiento del movimiento por líneas nacionales, hacer más estrechos sus vínculos orgánicos, escudo contra el nacionalismo. Paradoja reveladora, los marxistas de la Segunda internacional perciben desde un punto de vista y en términos puramente ideológicos el fenómeno del repliegue nacional y las tendencias nacionalistas que expresan cambios profundos ocurridos en el seno de la clase obrera en pleno crecimiento y en los partidos socialdemócratas respecto a la sociedad global de su terreno nacional de inserción. Asimilado a un

⁶¹⁹ M. Rodinson, «Le marxisme et la nation», en *L'Homme et la Société*, enero-febrero-marzo de 1968, p. 135.

⁶²⁰ R. Luxemburg, *La cuestión polaca...*, cit.

fenómeno pasajero de crecimiento, el nacionalismo es reducido a una contaminación debida a la penetración de elementos pequeño-burgueses en las filas del movimiento, a un subproducto inevitable del proceso de desarrollo. En su estudio sobre la nación moderna Kautsky explica la opinión ampliamente difundida entre los socialdemócratas: los excesos nacionalistas, así como su infiltración en el movimiento obrero, son «una lucha de retaguardia de una burguesía en declinación».⁶²¹

Esa convicción los lleva a la conclusión de que el nacionalismo sería contenido por los progresos de la lucha de clases y por la introducción del socialismo científico en el movimiento obrero. La inquietud de Rosa Luxemburg, suscitada por el momento histórico, se basa en un optimismo que es subestimación de la naturaleza y la magnitud del peligro. Así, en 1905, haciendo el balance de las consecuencias del debate de 1896 ella señala con satisfacción que se ha producido un «giro que no puede decirse que haya ocurrido sólo por la cuestión polaca, sino en general por las tendencias nacionalistas en el movimiento obrero, que suscitan ya una repugnancia evidente y, donde sea necesario, también un áspero rechazo».⁶²²

La polarización sobre el internacionalismo, la percepción de la cuestión nacional desde el ángulo del nacionalismo son también consecuencia de la contradicción entre la dinámica de crecimiento del movimiento obrero y el desarrollo desigual y contrastado de la inserción del marxismo. En realidad, a fines del siglo XIX, el marxismo que ha conquistado la hegemonía política en el movimiento obrero internacional es minoritario en la realidad del movimiento socialista de los distintos países. El marxismo se ha difundido en forma desigual, su geografía sigue siendo limitada y aun en las regiones en que más ha penetrado, como en la Europa oriental, representa sólo una fracción del pensamiento socialista.

⁶²¹ H. Mommsen, *Nationalitätenfrage...*, cit., p. 30.

⁶²² R. Luxemburg, *Prólogo...*, cit.

En Polonia la SDKP es un grupo minoritario mientras que el espacio socialista está ocupado por el PPS y en la lucha por la conquista de la hegemonía la SDKP evidencia por otra parte una tendencia pronunciada entre los marxistas de las nacionalidades oprimidas, doblemente minoritarios, que Lenin señalaría luego dentro de su propio partido:

«Entre las naciones oprimidas, la separación del proletariado en un partido independiente conduce a veces a una lucha tan encarnizada contra el nacionalismo de la nación de que se trata, que se deforma la perspectiva y se olvida el nacionalismo de la nación opresora.»⁶²³

Habrá que esperar la revolución de 1905 para que se produzcan nuevos desplazamientos en la esfera ideológica y se acelere así la trayectoria de las elaboraciones marxistas, teóricas y políticas, sobre la cuestión nacional. Si hasta entonces «ésta se presentaba como problema crucial [sólo en] Austria-Hungría [...] hoy [...] se ha vuelto actual también en Rusia», observa Rosa Luxemburg en el otoño de 1908.⁶²⁴ La revolución rusa fue uno de los agentes principales de una toma de conciencia que se inicia con el siglo. Los acontecimientos exteriores al movimiento obrero que se acumulan, la extensión del problema nacional y la acentuación de su gravedad, el desarrollo de los movimientos nacionales hacen nacer un nuevo modo de ver y conllevan una reevaluación de las premisas. En las huellas de los acontecimientos, las interrogantes marxistas, los debates, superan las fronteras de los estados plurinacionales y adquieren dimensiones internacionales. Como observa en 1907 Otto Bauer:

«En todos los estados del ámbito cultural europeo, la posición del partido obrero socialdemócrata con respecto a las cuestiones nacionales está en el centro de la discusión política.»⁶²⁵

⁶²³ V. I. Lenin, *Sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación*, en *Obras escogidas*, 3 vols., Moscú, Editorial Progreso, s. f., t. I, p. 666.

⁶²⁴ R. Luxemburg, *La cuestión nacional...*, cit., p. 25.

⁶²⁵ O. Bauer, *Prefacio a la 1ª ed. de Die Nationalitätenfrage und die Sozialdemokratie*, p. VII. [*La cuestión de las nacionalidades...*, cit., p. 3.]

Los esfuerzos teóricos por repensar los datos de la cuestión nacional a la luz de los nuevos procesos ocurridos en la época del imperialismo, por superar la visión de un proceso histórico que se desarrolla esencialmente en función de los antagonismos internacionales de clase como en la época de Marx, amplían considerablemente el abanico de las interrogantes que desembocan en las contradicciones fundamentales del imperialismo. Desde ese momento la contribución de Rosa Luxemburg a ese esfuerzo colectivo del pensamiento marxista se plantea en distintos términos.

A partir de 1905, Rosa Luxemburg matizará sus posiciones, completará o añadirá acentos nuevos sin cambiar su concepción fundamental ni su temática constituida en la época del primer gran debate sobre la cuestión. ¿En qué medida influyó en ella el momento histórico en que había comenzado a plantearla en términos nuevos para su época y efectuado una revisión que ya había llegado a ser indispensable, contribuyendo así en modo considerable a impulsar la investigación y el movimiento de pensamiento? ¿Es posible que haya corrido la suerte de los pioneros, quedándose condicionada por una problemática, por una tarea nacida de un contexto ideológico y político concreto, anclada en los objetivos impuestos por el momento histórico, es decir prisionera del conservadurismo de la ideología como observa en 1905 en el prefacio al volumen *La cuestión polaca y el movimiento socialista*?

“Toda ideología –escribe– contiene su parte de ideas superadas y también la ideología del movimiento obrero, aun con todo el sentido revolucionario de su visión del mundo, está subordinada a las mismas leyes. [...]”

Y así las opiniones tradicionales permanecen en las cajas fuertes de la socialdemocracia por mucho tiempo intactas, aunque las relaciones sociales correspondientes a ellas hayan desaparecido del escenario mucho tiempo antes. Y sólo cuando nuevas exigencias vitales para el movimiento surgen del proceso histórico y aparecen en clara contradicción y contraste con las tradiciones polvorientas, la opinión pública las saca a luz y las somete a una crítica profunda.»⁶²⁶

En la nueva situación posterior a 1905 ¿Rosa Luxemburg sintió la necesidad, comprendió la necesidad de emprender ese tipo de aproximación a sus propias adquisiciones entre la cuestión nacional?

La respuesta a esta pregunta excede el marco de este trabajo. Se refiere al comportamiento general de Rosa Luxemburg frente a los problemas de su tiempo y también a las divisiones ocurridas en las posiciones marxistas sobre la cuestión nacional, en la estructuración de conjunto del punto de vista defendido por los representantes del internacionalismo intransigente: Rosa Luxemburg, Anton Pannekoek, Josef Strasser.

⁶²⁶ R. Luxemburg, *Prólogo...*, cit